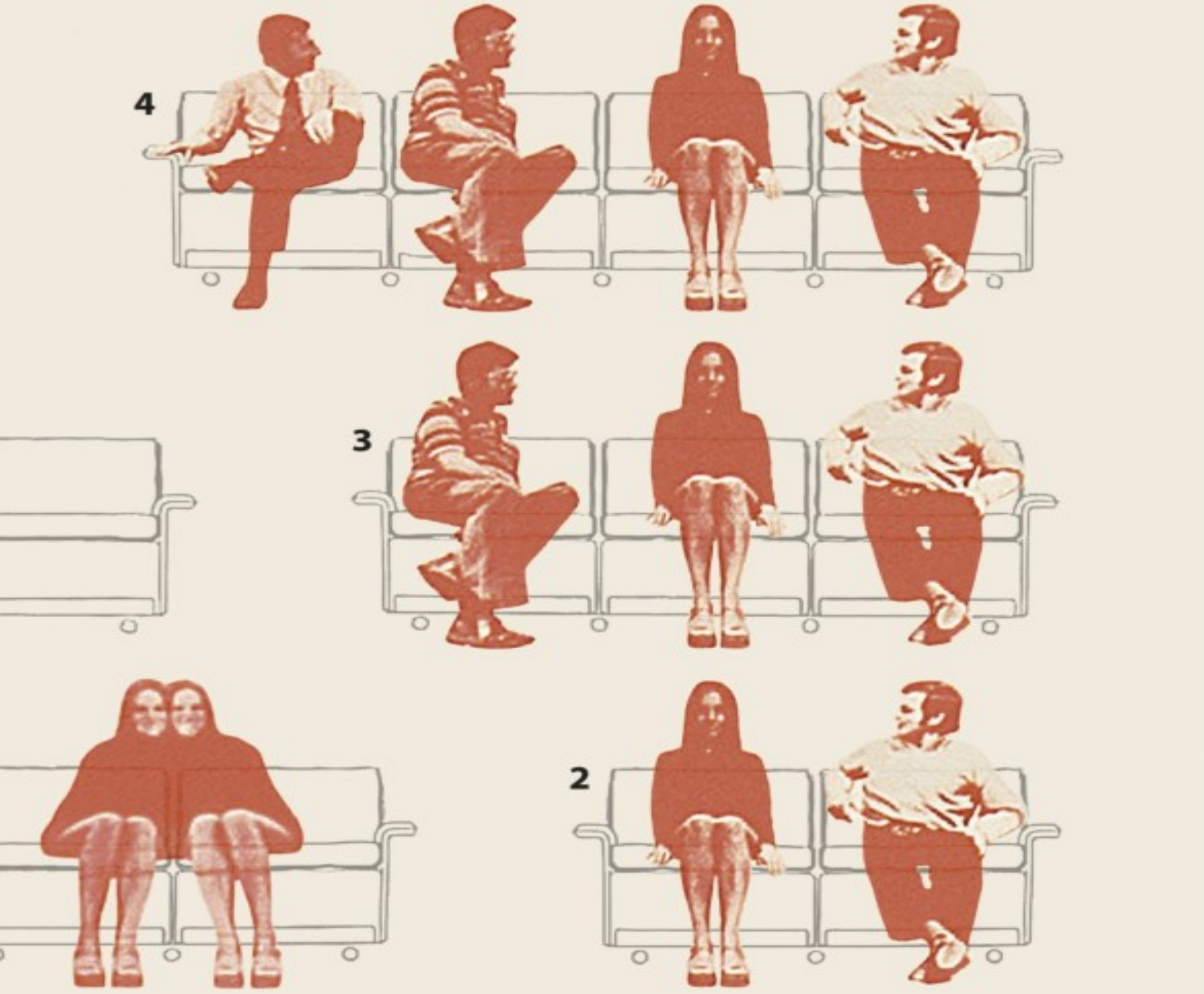
¡MÁS!

Memorias de un matrimonio abierto

MOLLY RODEN WINTER

Traducción de **Patricia Antón**

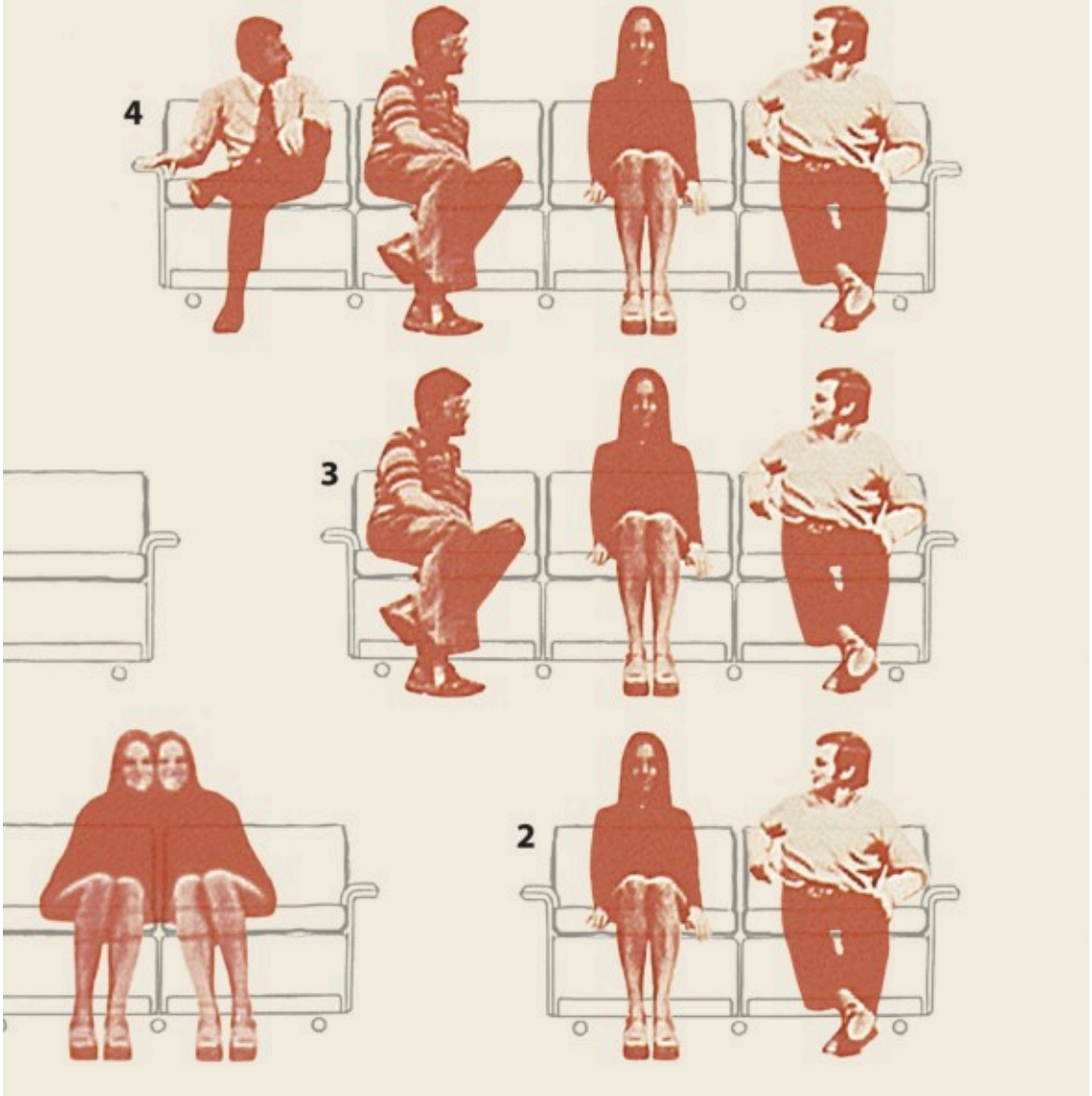


¡MÁS!

Memorias de un matrimonio abierto

MOLLY RODEN WINTER

Traducción de **Patricia Antón**



¡MÁS!

¡MÁS!

Memorias de un matrimonio abierto

MOLLY RODEN WINTER

Traducción de Patricia Antón

gatopardo ediciones

Título original: *More: A Memoir of Open Marriage*

© Molly Roden Winter, 2024

© de la traducción: Patricia Antón, 2025
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2025

Rambla de Catalunya, 131, 1.º - 1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © Vitsœ (www.vitsoe.com)
Imagen de solapa: © Nina Subin

eISBN: 979-13-991088-1-1
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Nota de la autora

¡MÁS!

Prólogo

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

SEGUNDA PARTE

7

8

9

10

11

12

13

TERCERA PARTE

14

15

16

17

18

19

20

Agradecimientos

Molly Roden Winter

Sinopsis

Otros títulos publicados en Gatopardo

Para Stewart

El erotismo es la nodriza
de nuestro saber más profundo.

W. H. Auden

Nota de la autora

Cuando se me ocurrió la idea de escribir este libro, consulté mis viejos diarios y me sorprendió descubrir que me había mentido a mí misma montones de veces. Comprendí entonces que llegar a una verdad más profunda que cualquiera de las que ya había puesto por escrito iba a suponer un gran trabajo emocional por mi parte. Este libro es mi intento de recuperar esa verdad.

Dicho eso, la memoria es imperfecta y las historias siempre se escriben dando preferencia a unos detalles sobre otros. Además, he cambiado la mayoría de los nombres, aunque no todos, y he modificado muchos detalles para proteger la privacidad de las personas involucradas. En ocasiones, he alterado el orden cronológico de los acontecimientos en aras de la coherencia narrativa.

Sin embargo, en general, me he esforzado al máximo por dejar constancia de (mi versión de) la verdad.

¡MÁS!

Prólogo

«¿Mamá? ¿Estás ahí?»

«¿Mamá? ¿Dónde te has metido?»

«Mamá, tengo que hablar contigo.»

«Mamá, por favor, llámame.»

Cuando el vuelo procedente de LaGuardia aterriza en Houston, quito el modo avión del teléfono y veo cómo se acumulan los mensajes de texto cual naipes en un mazo.

Mensaje de Daniel, mensaje de Daniel, de Daniel, de Daniel, de Daniel…

«Mamá, ¿tenéis tú y papá un matrimonio abierto?»

Esto no es el plan A. Ni siquiera es el plan W. Esto, por decirlo suavemente, es motivo de pánico.

Recurro al procedimiento que suelo seguir cuando me enfrento a un dilema sin solución: me pongo en contacto con mi marido, Stewart.

Primero, hago una captura de pantalla de los mensajes. Debajo, escribo:

«¿Qué coño es esto? ¿Qué debo hacer?»

«Hostia», me responde. «¿Quieres que hablemos?»

Salgo tambaleándome del avión y busco a la desesperada un lugar donde serenarme, donde pueda dejar mi botella de agua y la basura del avión, poner orden en mis pensamientos y mi dignidad. Encuentro un sitio junto a la pared, flanqueado por los paneles de información de salidas y llegadas.

Stew contesta antes de que el teléfono haya sonado siquiera.

—Ay, tesoro —dice, y capto la compasión en su voz. Stew sabe qué poco me apetece tener esta conversación con Daniel y me hace una oferta difícil de rechazar—: ¿Y si lo llamo yo?

—No, me lo ha preguntado a mí. A lo mejor algún programa de

televisión le ha metido esa idea en la cabeza y consigo escabullirme de alguna manera.

—Es un chico maduro. Sea lo que sea, todo irá bien. Más tarde puedo hablar yo con él también, ¿de acuerdo?

—Vale, gracias.

—Te quiero, tesoro.

Tras dieciséis años de matrimonio, después de todo lo que hemos pasado, sé en lo más hondo de mi ser que es verdad.

—Yo también te quiero. Deséame suerte.

—No necesitas suerte. Lo harás de maravilla.

Me apoyo contra la fría pared de yeso, con la maleta de ruedas hincada entre las piernas, y me dispongo a llamar a mi hijo para hablarle de mi vida sexual. La gente, en distintas escalas de sus vuelos, sigue pasando a toda prisa. Me cuesta oír, tanto por el zumbido de la sangre en mis oídos como por el bullicio del aeropuerto.

Me llevo el teléfono a una oreja y me tapo la otra con el dedo.

—Hola, Daniel. Lo siento, acabo de recibir tus mensajes. Estaba volando, acabo de aterrizar en Houston.

Mi tono es tranquilo, pero estoy temblando.

—Hola —responde. Su voz, que antes me parecía tan familiar y en la que ahora apenas asoma el tonillo agudo e infantil, me sobresalta —. ¿O sea que papá y tú tenéis un matrimonio abierto?

Así, en toda la frente.

El consejo que recibí hace varios años, cuando saqué la pajita más corta y tuve que dar clases de Educación Sanitaria en sexto de primaria, me viene a la mente en ese instante: *Primero averigua qué saben*.

—Vaya. Es un asunto peliagudo. ¿Por qué lo preguntas?

Antes de que pueda felicitarme por tan brillante estratagema, Daniel responde:

—He visto el perfil en OkCupid de papá en su portátil y ponía eso.

—Ah. —Hago una pausa para rascarme la pantorrilla con el pie, como si así pudiera borrar el malestar que me invade. Y luego, como una tonta, contravengo el segundo principio de toda maestra de Educación Sanitaria que se precie y ofrezco información sin que me

la pidan.

—Quiero que sepas algo, Daniel. Tu padre y yo somos muy felices juntos y siempre somos sinceros el uno con el otro. Entre nosotros no hay secretos.

Al otro lado de la línea, Daniel guarda silencio. Quiero creer que está felicitándose por su buena fortuna al tener unos padres tan progresistas y éticos. Y entonces suelta:

—Un momento… ¿Tú también lo haces?

Contengo la respiración. Daniel ha visto el perfil de la página de citas de Stewart, pero no ha visto el mío. Comprendo demasiado tarde que he malinterpretado la ansiedad en sus mensajes, en su recién estrenada voz de hombre. Creía que su padre me estaba poniendo los cuernos. Esta llamada era para avisarme, para proteger a su inocente madre de una traición medida en abstracciones adolescentes. Pero pensar que tu padre comete adulterio es peor que saber que tu madre se acuesta con otros hombres, ¿verdad? Ahora mismo, no estoy segura. Se me agolpan en la cabeza las innumerables formas en que un chico podría sufrir un daño irreparable al cobrar conciencia de la sexualidad de su madre.

Y luego exhalo.

Llega un momento en que tus temores simplemente se hacen realidad. Llevaba siete años temiendo este momento. O tal vez más. Quizá lo he temido desde que nació Daniel y caí en la cuenta de que algún día mi hijo crecería para verme con ojos críticos, y que entonces sabría quién soy en realidad. Pero algo así no ocurre de la noche a la mañana; caer en desgracia puede llevar su tiempo. Yo tardé muchos años en ver a mi propia madre como una mujer imperfecta, de carne y hueso, un ser sexual y espiritual con necesidades propias que a veces eran opuestas a las de su hija.

Y en la fracción de segundo que tardo en decidir qué decirle a Daniel, si contarle la verdad o mentirle, pienso en mi madre. Me pregunto si ahora ella lo haría todo de otra manera.

Me pregunto si yo también lo haría de otra manera.

PRIMERA PARTE

1

Llueve a cántaros cuando Matt gira la llave en la puerta de su casa, la abre de un empujón y entra dando tumbos detrás de mí. Llevo su chaqueta en alto sobre la cabeza y, cuando la bajo, una cortina de agua cae sobre el suelo de baldosas. Estamos justo en la cocina. Su pisito no tiene recibidor ni un armario en la entrada como el de mi casa, con cuatro cubículos sin puerta.

Matt está empapado, pero aun así coge un paño de cocina y me lo ofrece.

—Estoy bien —le digo. Tiene el pelo rizado plagado de gotitas de lluvia y una que le cuelga de la punta de la nariz. En lugar de secarse, arroja el paño sobre la encimera.

Nos quedamos frente a frente en el pequeño espacio entre el horno y el fregadero. Por encima de su hombro, alcanzo a ver la cama. En cualquier momento, podría cogerme en brazos y llevarme en volandas.

El zumbido de la nevera se detiene y el repiqueteo de la lluvia adquiere presencia. Matt me observa ahora con una intensidad concentrada. Su mirada es tan firme como el centro de una llama.

—No deberíamos hacer esto —dice uno de nosotros, o quizá los dos.

Sé qué motivo tiene Matt para no hacerlo: está engañando a su novia. Pero ¿por qué no debería hacerlo yo?

«¿Qué significará esto para ti, Molly?»

Me abalanzo sobre él, hundo las manos en su espesa melena, y sus largos dedos me agarran por la cintura y me atraen. Y entonces su boca cubre la mía. Siento el beso de otro hombre, de alguien que no es Stewart. Sabe a cerveza y noto sus labios cálidos, más suaves de lo que esperaba, más flexibles. Qué distinto de los besos de Stewart, que vienen en dos sabores: por un lado, los de hola y

adiós, que duran solo un instante y se posan en mis labios como un sello de aprobación; y por otro, los besos que preceden al sexo y los que me da durante el acto en sí. Son besos que me revelan que Stew tiene el control, que lo único que debo hacer es entregarme a él, seguirlo a donde sea que nos lleve, y todo irá bien.

En el beso de Matt, capto algo nuevo: una invitación a asumir yo el control, a no esperar a que él me lleve, sino a cogerle la mano y guiarlo. Llevaba mucho tiempo esperando este momento y ahora que ha llegado me debato entre el miedo y el deseo. De hecho, es la fuerza de este anhelo, la pleamar de mi deseo, lo que más miedo me da. Abro los ojos justo cuando Matt abre los suyos, y ambos damos un paso atrás.

—Debería irme —afirmo. Lo dejo ahí, con la mirada clavada en mí, pero sin hacer el menor ademán de detenerme. «Esto depende de ti», responde con la mirada.

En la acera, la tormenta arrecia y soy incapaz de pensar. Noto el cuerpo electrizado y el agua me recorre como una corriente que me anestesia la mente. No soy más que aliento, sangre y un cúmulo de sensaciones punzantes. Pongo un pie delante del otro, despacio, muy despacio. Si consigo demorar mi vuelta a casa, podré retrasar el fin de lo que estoy sintiendo. Podré diferir la reincorporación a mi vida de madre y esposa que suena narices, friega platos y gruñe.

Me refugio bajo un toldo, saco el móvil y lo miro con cara de perplejidad. No puedo tomar esta decisión sola. Mis pulgares teclean un torrente de palabras y pulso «Enviar». Le he escrito un mensaje a Stewart y necesito que su respuesta sea más rápida que mis pies. Le he contado lo que he hecho y lo que quiero hacer y le he pedido permiso.

«¿Debería volver?»

Han pasado casi dos años desde que vi a Matt por primera vez, pero apenas recuerdo los tiempos anteriores, cuando no estaba atrapada en un torbellino constante y secreto de deseo y culpa materna.

El día en que lo conozco es como cualquier otro. Esa mañana, Stewart me dice que llegará a casa «temprano», es decir, lo bastante pronto como para encontrarme despierta, pero no lo bastante como

para ayudarme a acostar a los niños.

Son las 20.47. ¿En qué planeta se considera eso temprano?

Oigo la llave en la cerradura y mi cuerpo se tensa. Ni siquiera voy a decir hola. Mi boca se niega a hacerlo.

—Tengo que airearme —declaro. Apenas lo miro, porque temo pegarle un grito, soltarle un tortazo o algo peor.

—¿Adónde vas? —pregunta, perplejo. Para él, «temprano» significa pedir cena para llevar, ver la televisión juntos y, con suerte, echar un polvo.

—A dar un paseo. —Cojo la chaqueta y las llaves—. Quiero echar un vistazo a la casa.

Salgo por la puerta antes de que él haya podido cerrarla.

En la calle, una fina niebla flota en el aire, que tiene un aroma a lilas. Lo inspiro profundamente mientras camino, con la mirada fija en los pies, mientras trato de apaciguar mi respiración y liberar la opresión en mi garganta.

—¿Molly?

Levanto la vista y reconozco a una colega maestra de lo que me parece otra vida.

—¡Kayla! —exclamo—. Perdona, no te había visto. Estaba pensando en las musarañas, supongo.

—No te preocupes. —Se acerca para darme un abrazo—. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué planes tienes para esta noche?

—Solo dar un paseo. Tenía que salir, hoy los niños me han vuelto loca.

Kayla es soltera y no tiene hijos. Más allá de las escenas de madres agobiadas que se ven en las comedias de televisión, me pregunto si tiene la menor idea de lo que le estoy contando. Pero me mira con expresión solidaria.

—¡Deberías venirte conmigo! He quedado con unos amigos en el Gate.

Me fijo en su sonrisa, en sus botas de tacón alto, su pintalabios recién aplicado y su ligero perfume. Luego reparo en mi propio aspecto. Me he peinado y me he puesto desodorante esta mañana, hará unas quince horas, pero salta a la vista que no me he duchado. Llevo una sudadera con capucha, vaqueros, zapatillas deportivas y

no voy maquillada. Estoy exhausta.

Me miro y caigo en la cuenta de otra cosa.

—Me he dejado el monedero —le digo.

—No te preocupes. Te invito a una copa —dice, cogiéndome del brazo—. Vamos. Tienes pinta de necesitarla.

He pasado muchas veces por delante del Gate, empujando a Daniel y luego a Nate en el cochecito de camino al parque que hay al otro lado de la calle, pero cuando cruzo las grandes puertas de madera caigo en la cuenta de que nunca había puesto un pie dentro. Daniel nació una semana después de que nos mudáramos a Brooklyn y, en los seis años transcurridos desde entonces, obviamente, no he tenido ocasión de explorar los bares de la zona.

Mientras mis ojos se acostumbran a la penumbra, absorbo los sonidos de las conversaciones, las risas y los acordes de Pearl Jam. Aspiro el olor a cerveza y madera vieja y siento el suelo pegajoso bajo los pies. Había olvidado lo relajante que es estar en un sitio donde no se permite la entrada a niños.

A mi lado, Kayla pasea la mirada por la sala. Cuando ve a sus amigos en una mesa situada al fondo, me agarra del codo y me lleva hacia ellos.

—¡Hola, chicos! Esta es mi amiga Molly. Me la he encontrado vagando por las calles.

Al final de la mesa, dos mujeres sonríen y saludan con la mano. Aparto la silla junto a Kayla, me siento y cuelgo la sudadera en el respaldo.

—Molly, ¿eh? —oigo decir a una voz grave—. Tuve una perra que se llamaba Molly.

—Me dicen eso a menudo. —Levanto la vista para buscar al dueño de la voz. Unos ojos verdes y risueños me miran fijamente.

—Soy Matt —continúa la voz—. ¿Qué vas a tomar?

—Cerveza, ¿sabes si tienen IPA de barril? —Hago una pausa—. Pero no llevo dinero. Kayla me iba a prestar un poco.

—No te preocupes. —Matt hace un ademán para quitarle importancia a la cosa y se levanta. Es larguirucho, sin duda pasa del metro ochenta y cinco—. Marchando una IPA de barril. Ahora vuelvo. —Se encamina a la barra.

A mi izquierda, Kayla conversa con el resto del grupo. Finjo escuchar mientras mis ojos se desvían hacia la derecha, hacia Matt. Está de espaldas a mí, y me fijo en sus caderas estrechas, en lo bien que le sientan los vaqueros, en su pelo espeso y rizado, un poco rebelde en la coronilla. Antes de que mi mente tenga tiempo de procesarlo mi cuerpo reacciona ante lo que veo. Una agradable sensación primero me sube desde lo más profundo hasta el corazón, que late con fuerza, y me baja rápidamente hasta la entrepierna.

Matt se da la vuelta, con sendas cervezas en las manos, y me pilla dándole un repaso. Sonríe, y me miro las manos, posadas sobre la mesa. Tengo las uñas cortas y gruesas —llevo meses sin hacerme la manicura— y mi alianza destella bajo la luz del bar. Bajo las manos al regazo y, sin tocar el vaso, doy un sorbo a la cerveza que Matt ha dejado ante mí.

—Mmm —murmuro—. Hacía tiempo que no me tomaba una cerveza. Gracias.

—De nada —dice con una mirada divertida todavía en los ojos—. Solo por curiosidad, ¿cómo has acabado aquí? ¿Dónde te ha encontrado Kayla?

—Me he escapado del manicomio.

Se echa a reír.

—No te ofendas, pero me estaba oliendo algo así. Tienes pinta de fugitiva. —Da un sorbo a la cerveza y me mira expectante.

—Tengo dos hijos —suelto, y me arrepiento de inmediato. Ha estado bien pasar mis buenos cinco minutos sin que me vieran como una madre. Y este tipo es demasiado joven para ser padre—. Son geniales, pero a veces me vuelven loca. Necesitaba aire, de modo que he salido disparada sin pensar adónde iba.

Él asiente con la cabeza.

—Lo entiendo. Bueno, no por experiencia propia, pero mi hermana tiene dos hijas. Vive en Iowa, pero las últimas Navidades pasé mucho tiempo con ella y mis sobrinas. Por eso probablemente he reconocido la expresión en tu cara.

—¿Tan evidente es? —pregunto, y noto cómo se me relajan los hombros. Temía que confesar que tengo familia abriera una brecha entre nosotros. Pero sus palabras me han tranquilizado.

—Pero no en mal sentido, en absoluto —responde—. Solo tienes pinta de necesitar que te dé el aire.

Levanto la birra.

—Brindemos por eso.

—Salud —dice Matt cuando entrechocamos los vasos.

Las horas y las cervezas pasan como un montaje de una película de los ochenta. En un fotograma, Matt celebra conmigo cuando mi dardo da en el blanco. En otro, estoy en primer plano con los chicos guais, dando una calada a un cigarrillo y acariciando al perro de alguien. Finalmente, vuelvo a la mesa y, cuando el grupo recoge sus cosas para irse, le digo a Matt:

—Te debo unas rondas. —Y luego, como un director que intenta ayudar a una actriz novata a meterse en su papel, me obligo a añadir—: Vives cerca, ¿verdad? Dame tu número y repetimos algún día.

¡Bravo!

—Te lo daré si me das el tuyo —responde—. Pienso obligarte a cumplir tu promesa.

—Oye, Kayla, ¿tienes un bolígrafo? —pregunto, y le explico a Matt —: Los profes siempre llevan un boli.

Kayla hurga en su bolso y saca uno. Me mira arqueando las cejas.

—¿Lo ves? Incluso es rojo.

Garabateo mi número en una servilleta, le paso el bolígrafo a Matt y él hace otro tanto. Kayla nos observa y luego me susurra al oído:

—Parece que al final ni he tenido que pagarte las bebidas.

La miro de reojo y respondo en susurros:

—Estoy casada, Kayla. No pasa nada.

—Si tú lo dices…

No parece muy convencida.

De camino a casa, con la servilleta del bar en el bolsillo, el aire fresco me ayuda a serenarme. Me detengo a pensar en lo que acabo de hacer. He intercambiado números de teléfono con un hombre. Más joven. Y soltero. Repaso lo que sé sobre él: es de Iowa, un estado que he cruzado en el asiento trasero de una camioneta más veces de las que puedo contar, de camino a visitar a mis abuelos maternos en Denver. Fue a la universidad con Kayla, de modo que

debe de rondar su edad más o menos, ocho años menos que yo. Tiene una hermana y unas sobrinas a las que está muy unido. Trabaja en Manhattan, pero aún no sé muy bien en qué. Es divertido, dulce, sabe escuchar y está como un tren. Sabe que estoy casada y aun así quiere volver a quedar conmigo para tomar algo. Al menos eso dice. El globo que tengo en el pecho se desinfla un poco. Es probable que no vuelva a saber de él. En cualquier caso, lo he pasado en grande; de hecho, ha sido una de las mejores noches que recuerdo desde que nacieron los niños.

Los niños.

Siento la necesidad repentina de verlos: de abrazar a Daniel, de darle un achuchón a Nate. En parte, se debe a la culpa que siento por las horas que he pasado sin pensar en ellos. Pero hay algo más: adoro ser madre. Eso es cierto, bien que lo sé. Incluso en los peores tiempos, cuando los dos todavía llevaban pañales y ninguno dormía la siesta, cuando Stewart estaba en el trabajo y la idea de darme una ducha parecía un sueño lejano, solía llamar a mi madre desde la sala de estar, tumbada en el suelo. Veía cómo pasaban volando los cereales Cheerios y escuchaba los dramas épicos que se desarrollaban entre las locomotoras Diésel el Malvado y Thomas el Héroe de las Vías, y mi madre me preguntaba: «Vamos a ver, aunque pudieras, ¿te cambiarías por Stewart?». Y yo debía reconocer que no. Porque entonces echaría en falta los besos pegajosos y las triunfales cacas en el orinal, la dicha de ver la paciencia con la que Daniel enseñaba a Nate las normas arbitrarias de sus juegos con Thomas la Locomotora. Echaría de menos los baños de burbujas y las carcajadas y las mil maneras en que la maternidad casi me hace estallar el corazón de puro amor día tras día, incluso cuando fantaseo con salir huyendo como alma que lleva el diablo.

Aprieto el paso mientras saco las llaves del bolsillo. Cuando entro por la puerta, veo juguetes, zapatos y chaquetas desparramados por el suelo de la sala de estar, exactamente donde han caído antes. Suelto un suspiro, evito pisarlos. Mañana seguirán ahí.

Entro primero en la habitación de los niños, sin hacer ruido. Escucho su respiración y aspiro su aroma. Les doy a ambos un beso

en la frente y observo sus rostros, tan expresivos incluso mientras duermen. Daniel tiene el ceño fruncido, serio como siempre. Nate, por su parte, luce una sonrisa en los labios, como si tramara un sueño lleno de travesuras.

No me sorprende ver la luz encendida en nuestro dormitorio. Stewart suele quedarse despierto hasta las dos o las tres de la madrugada y, aunque tengo la sensación de haber pasado fuera una eternidad, solo pasan unos minutos de la medianoche. Abro la puerta y lo veo sentado en la cama, leyendo una de las revistas sobre la industria musical que no paro de encontrarme por el suelo o sobre la banqueta del piano.

—Mira quién está de vuelta —dice—. Pensaba que no tardarías ni una hora. Te habría llamado, pero te has dejado el móvil. —Lo levanta a modo de prueba.

—Lo siento —contesto pasando rápidamente a su lado de camino al cuarto de baño—. Tengo que hacer pis. —Me bajo los vaqueros y me siento en la taza con la puerta abierta. Me será más fácil hablar si no tengo que mirarlo.

—¿Dónde estabas? Empezaba a preocuparme.

—Ni siquiera he llegado a la calle Diez. Me he encontrado con Kayla y hemos ido a tomar unas copas.

—¿Kayla?

—Una de mis amigas maestras. —Stewart rara vez me acompaña a los actos en la escuela, pero siento la necesidad de seguir hablando, de modo que añado—: No puedo creer que no la conozcas.

—Entonces, ¿quién es Matt?

—¿Matt? —repito procurando que mi tono sea despreocupado, y trato de ganar tiempo con una estratégica descarga de la cisterna del inodoro—. Fue a la universidad con Kayla. Hoy estaba en el bar con nosotras. ¿Por qué lo dices? —Salgo del baño apretando los dedos. Si empiezo a morderme las uñas, Stew me verá el plumero.

—Te ha mandado un mensaje, hace unos minutos —responde Stewart señalando el móvil.

—¿Qué decía?

Lo abre, se aclara la garganta y baja la voz hasta adoptar un tono

sexi de barítono:

—«Me ha encantado conocerte esta noche, Molly. Espero que volvamos a vernos pronto. Matt.» —Me mira, expectante.

—Como te decía, estaba en el bar con nosotras. —Me entretengo desatándome los cordones de las deportivas para evitar su mirada—. Me olvidé la cartera, de modo que he coqueteado un poco para conseguir un par de copas gratis.

—Pues parece que lo has hecho de maravilla —comenta. Noto su mirada clavada en mi rostro, que ha empezado a sonrojarse—. ¿Piensas volver a verlo?

—Claro que no —contesto, quitándome los calcetines.

—¿Por qué no?

Lo miro. Hace un montón de tiempo, pero he visto antes esa expresión.

—Pues porque estoy casada. Contigo. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Y ahora tenemos hijos. Y Matt es joven y soltero y seguro que no tiene interés en mí.

—Pues yo diría que sí. —Me observa mientras me desabrocho el sujetador. Ver su mensaje me ha puesto como una moto, la verdad.

Me detengo a pensar en eso. Antes de tener hijos, Stewart y yo echábamos tres polvos por semana, y a veces incluso tres al día. Últimamente caen dos al mes, con suerte. Mejor dicho, con suerte para él. Por mi parte, como si cumpliera con todos los clichés que he oído sobre el sexo en el matrimonio, estoy demasiado cansada para tener ganas. Para mí, ahora es un deber conyugal más. Y Stew lo nota. En respuesta, prueba con otras estrategias, intenta hacer cosas nuevas, besarme o lamerme de otra manera, inmovilizarme o meterme un dedo en el culo. Pero yo solo quiero echar un polvo rapidito, un método de probada eficacia para alcanzar un orgasmo mutuo que me permita dormir unas preciosas horas antes de oír los lloros de Nate.

—Cielo, me alegra que estés disfrutando con esto, pero no va a pasar.

—No estoy de acuerdo —responde, mientras me meto en la cama —. Pasará si tú quieres que pase. Lo he decidido.

—¿Qué has decidido?

—Que puedes volver a salir con él, siempre y cuando me lo cuentes todo. —Me atrae hacia sí, se acurruca haciéndome la cucharita y me besa en la nuca.

Esa noche, tendida a su lado, no consigo dormir. Mi cabeza no para de ir de Matt a Stew y viceversa.

Espero que volvamos a vernos pronto.

Puedes salir con él... siempre y cuando me lo cuentes todo.

Recuerdo una conversación que mantuvimos antes incluso de comprometernos. El tema era el número de parejas sexuales que habíamos tenido cada uno y la enorme diferencia entre mi cifra y la suya. Yo había tenido cuatro; él, docenas. Entonces Stew hizo una predicción. Qué improbable y peligrosa me había parecido en aquel momento.

—Espera y verás —me dijo. Se parecía mucho a mi amor platónico, el tenista Andre Agassi, con esa cabeza redonda y calva y esos ojos color avellana, inocentes pero traviesos—. Dentro de diez años, verás a un tipo y te preguntarás cómo sería follar con él. Y a mí no me importará. Bastará con que me lo cuentes.

A eso hemos llegado. Diez años después.

2

Las dos semanas siguientes me parecen cuatro, y eso sucede porque me he dividido en dos para llevar vidas paralelas.

En una, me levanto con los niños al amanecer, preparo el desayuno y las fiambreras del cole, organizo las recogidas y sus juegos con amigos, hago la cena y los baño, les leo cuentos y les canto canciones de cuna. Recibo a Stewart cuando llega a casa ya entrada la noche, le masajeo la espalda o hacemos el amor y me acuesto a su lado. Soy la viva imagen de la madre y la esposa diligente, pero hago todo eso solo por el bien de mi otra vida, aquella en la que pienso en Matt. Imagino qué estará haciendo y con quién andará. Me pregunto si también piensa en mí. Incluso después del sexo con Stew, me toco e imagino que es Matt quien me lleva al orgasmo una vez más.

Tras el mensaje que me envió la noche que nos conocimos, me obligué a esperar hasta la tarde siguiente para responderle. Desde entonces, hemos intercambiado unos cuantos mensajes y cada vez que me escribe me pongo frenética hasta el momento en que consigo responder con la mayor naturalidad posible. Y la espera que sigue hasta la llegada del siguiente mensaje supone un martirio.

«¿Qué tal el fin de semana?», me escribió Matt el domingo por la noche, y mi respuesta, el lunes por la mañana, fue: «No estuvo mal, ¿y el tuyo?».

«Bastante tranquilo. Pero esta semana la tengo liada», me llega la noche del lunes, lo que me indica que debo esperar unos días, hasta que no puedo aguantar más y añado: «¡Espero que estés sobreviviendo!».

Seguimos así hasta mediados de la semana siguiente. Cuando Matt responde a una de mis chorradas con «Me vendría bien una cerveza», considero que me está dando pie a decir: «Pues te debo

un par, ya sabes». Me muerdo las uñas mientras espero respuesta. Esta vez, llega cuando no ha pasado ni una hora.

«Pues sí, tienes razón. ¿Cuándo estás libre?»

Esa misma noche, en la cama con Stew, lo dejo caer:

—Matt me ha pedido que salga a tomar algo con él.

—¿En serio? —responde Stew, como si se lo esperara. Instintivamente, su mano busca mi muslo bajo las sábanas—. ¿Y qué le has dicho?

—Aún no le he contestado.

—Cielo, por mi parte, genial. Te lo prometo.

—¿Estás seguro? —Me vuelvo de costado hacia él con su mano aún encajada entre mis piernas.

Me besa en el cuello y me cubre un pecho con la otra mano.

—Del todo.

Cómo envidio su entereza.

Al día siguiente, con Daniel en el colegio y Nate espachurrando plátanos en la mesa de la cocina, tecleo un mensaje de texto para Matt. Me ha llevado horas redactarlo mentalmente para que quede perfecto. «¿Qué haces el viernes?» me parecía demasiado indiscreto. «¿Estás disponible el viernes?» sonaba demasiado formal, y «¡Quedemos el viernes!», demasiado desesperado.

Lo peor es que no puedo pedir consejo a nadie. La mayoría de mis amigos están casados. Me imagino diciéndoles: «Pero Stewart quiere que salga con él», y viendo entonces la expresión de incredulidad en sus caras.

«¿Qué tal el viernes?»

Observo las cuatro palabras en la pantalla. Transmiten que me siento relajada pero segura de mí misma, pienso, y pulso «Enviar». La respuesta de Matt no se hace esperar:

«Hecho.»

Los días previos pasan sin orden ni concierto. Le digo a Stew que buscaré una canguro para que pueda quedarse hasta tarde en el trabajo. La verdadera razón es que solo pensar en que llegue tarde a casa, aunque sea un minuto, hace que se me encoja el corazón. Además, quiero estar sola cuando vuelva de ver a Matt. Necesitaré

estar sola.

El viernes, me encuentro con que no soy capaz de comer. Cualquier otro día, me zamparía los huevos revueltos que se deja Nate en el desayuno y las cortezas con queso fundido o restos de perritos calientes del almuerzo, y picaría chips de verduras y barritas de cereales toda la tarde. Pero hoy ni siquiera el café me parece buena idea, de modo que me tomo a sorbos un té helado grande de Starbucks. Al acabar, mordisqueo la pajita hasta hacerle un agujero.

La canguro llega a las cinco y media, lo que me deja más de una hora para ducharme y vestirme. Me hago con una Coronita y un abrebotellas y los escondo bajo la sudadera antes de escabullirme hacia el dormitorio. Cuando estoy dando un largo trago, vibra el teléfono. Es un mensaje de Stew.

«Que te diviertas esta noche, tesoro. Estaré pensando en ti.»

Algo en sus palabras me produce irritación. ¿Acaso cree que todo esto es por él?

A las siete menos cuarto, estoy lista para salir. Daniel está absorto en *Bob Esponja*, pero Nate se pone a gritar y llorar cuando me ve a punto de salir por la puerta.

—Vete tranquila —me asegura la niñera cuando he abrazado y besado a Nate por tercera vez, y al cerrar la puerta detrás de mí la oigo añadir—: Anda, vamos a buscar algunos juguetes para el baño.

«Vete tranquila», repito para mis adentros, plantada en la acera delante de nuestro piso. «Vete tranquila, vete tranquila…»

En la época en que iba sola en metro al trabajo y tenía tiempo para leer, recuerdo haberme encontrado con una frase de *El despertar*, de Kate Chopin. Edna, la protagonista, dice lo siguiente: «Daría la vida por mis hijos, pero no me daría a mí misma». Esa distinción me confundió, aunque ahora que tengo hijos cobra otro sentido. Aun así, sigue habiendo un dilema: si no soy madre y esposa, ¿qué soy?, ¿quién soy, qué es ser «mí misma»?

Sinceramente, no lo sé. Quizá va siendo hora de averiguarlo.

Matt y yo hemos quedado de nuevo en el Gate, y me tiemblan las manos cuando abro la pesada puerta y lo busco con la mirada. Lo veo sentado en la barra, vestido con vaqueros y una camisa

informal. Cuando sonríe y me saluda con un gesto, la tensión desaparece de mi cuerpo para verse sustituida por otra cosa. Por algo intenso e inconfundible.

Deseo.

Me encamino hacia él cuando se pone en pie. No me acordaba de lo alto que es. Stewart siempre me acusa de tener un tipo ideal de hombre: alto y delgado, con una buena mata de pelo. «Solo hay que imaginar lo opuesto a mí, he ahí lo que te va», me ha dicho más de una vez.

Sin pensarlo dos veces, hago lo que me parece más natural: le doy un abrazo a Matt, con mi rostro a la altura de un triángulo de piel desnuda. Podría tratarse de un abrazo amistoso, me digo, no especialmente cariñoso. Aspiro ese aroma a jabón, cerveza, juventud y libertad, y caigo en la cuenta de que me está devolviendo el abrazo. Nos quedamos así un momento más de lo que toca.

—Hola —me saluda Matt, mirándome con sus ojos verde mar.

—Hola —contesto.

Yo me quito la chaqueta y él no me quita la vista de encima.

—Te has arreglado mucho.

Me río.

—Sí, me he duchado y me he puesto ropa limpia.

Lo digo como quien no quiere la cosa, pero la verdad es que me he pasado horas pensando en qué ponerme. No quería dar la impresión de haberme esforzado demasiado, solo borrar de un plumazo la imagen de madre desaliñada que podría haberse hecho de mí. Llevo unos vaqueros negros, botas y un jersey ajustado. Voy maquillada, me he puesto unos aretes en las orejas y me he secado el pelo con el secador. Sentada en un taburete junto a Matt, me siento guapa. Tan guapa como me hacía sentir Stewart cuando empezamos a salir. Sé que Stew no tiene la culpa de que mi autoestima esté por los suelos, pues no para de decirme que soy preciosa. Pero me cuesta creerle. La maternidad me ha sorbido toda la belleza. Había olvidado lo bien que sienta un piropo.

—¿Hoy volverás a tomar una IPA de barril? —me pregunta—. Esta pilsener también está buena, si te apetece probarla. —Desliza su cerveza por la barra hacia mí.

La cojo y le doy un sorbo. Mis labios se posan en el mismo vaso que han tocado los suyos. Y él se acuerda de la birra que tomé la última vez.

—Deliciosa. Pero se supone que soy yo quien te invita esta vez.

—No te preocupes, te dejaré pagar un par de rondas.

Mientras nos tomamos las cervezas, me cuesta concentrarme. Solo escucho a medias nuestra charla, que viene a ampliar los datos personales que intercambiamos en el primer encuentro. Sobre todo, soy consciente de lo cerca que están nuestras caras, del hecho de que nuestras rodillas no paren de tocarse. ¿Lo habrá tenido en cuenta al decidir sentarse en la barra? ¿Quería evitar que una mesa creara una barrera entre nuestros cuerpos?

Casi me he acabado la segunda cerveza cuando soy plenamente consciente de las palabras de Matt. Acabo de preguntarle cuánto tiempo lleva viviendo en Park Slope, una cuestión que parece de lo más inocente.

—Mi novia y yo nos mudamos aquí hace unos meses —responde —. Tenemos un piso en la calle Dieciséis. ¿Y tú y tu marido?

Novia. Marido.

Hago una pausa. Sabe que estoy casada, por supuesto; nunca he pretendido ocultarlo. Pero oírlo pronunciar la palabra «marido» ha logrado que Stew se plante aquí, en el bar, con nosotros. Y él tiene novia. ¿Por qué me importa tanto esta información? Quizá da por hecho que ambos somos infieles. Quizá esto no sea más que amistad, al fin y al cabo. Apuro la cerveza y miro al techo, como si sopesara mi respuesta.

—Veamos —empiezo—. Nos vinimos aquí justo antes de que naciera Daniel, y ahora ya ha cumplido los seis, de modo que hace eso: seis años. Dentro de poco nos mudaremos a una casa unifamiliar, todavía en Park Slope, de modo que el plan es quedarnos aquí para siempre. Ahora estamos haciendo reformas. Supone un lío tremendo, pero nos vendrá bien disponer de más espacio.

Me oigo divagar y se me revuelve el estómago. Qué satisfecha parezco con mi vida convencional: Daniel ya ha cumplido seis años… Nos mudamos a una casa… Estamos haciendo reformas… ¡Qué lío tan tremendo! Me dan ganas de vomitar. Esa no soy yo. Pero

tampoco soy la que anda haciéndole ojitos y rozándole la rodilla a un casi perfecto desconocido.

Cojo el teléfono con dedos temblorosos.

—Ay Dios, se me ha hecho tarde —suelto—. Debería irme a casa, por la canguro.

—Oh, claro —contesta Matt—. ¿Te acompaño?

—No, queda en la dirección contraria. Pero cuando nos mudemos a la calle Diez, ¡seremos vecinos! —añado con el tono más alegre y vecinal posible. Saco unos billetes de la cartera y los pongo debajo del vaso vacío.

—Aquí tienes, por la cerveza. ¡Lo he pasado muy bien! —Me bajo casi de un salto del taburete y empiezo a embutir los brazos en la chaqueta.

—Sí, yo también —responde Matt con cara de no entender nada —. Espero que llegues sana y salva a casa.

—¡Lo haré! —Me despido con un ademán mientras me abro paso entre los veinteañeros que se interponen entre mí y la puerta y me bloquean la fuga—. ¡Adiós!

Una vez fuera, doblo la esquina y me encamino hacia las sombras de la calle Tres. ¿Qué estoy haciendo? ¿En qué estaba pensando? Soy una esposa. Una madre con hijos pequeños. ¿Cómo creía que sería una «cita» con un tío más joven? Acelero el paso. Pues claro que tiene novia. ¿Debo suponer que suspira por mí durante las semanas que paso con mi familia, que se reserva para tomar cervezas en el bar conmigo? Es probable que yo solo sea un entretenimiento, una madurita que se derrite por él y le alimenta el ego.

Saco el teléfono y le envío un mensaje a Stewart: «Ya de camino a casa».

«¿Tan pronto?», se extraña. Me lo imagino con el móvil en la mano, a la espera de alguna novedad subida de tono para hacerse una paja en su despacho. Casi veo su cara de decepción cuando cae en la cuenta de que no voy a entrar en detalles lascivos.

«Sí. He tenido la sensación de que me estaba equivocando.»

«Vaya, tesoro, lo siento. ¿Estás bien? ¿Quieres que vaya a casa?»

No, no estoy bien. Y el hecho de que Stewart lo sepa hace que se

me llenen los ojos de lágrimas. Pero ¿cómo se lo explico? ¿Cómo le digo que necesito tenderme sola en la cama a llorar, a lamentar la pérdida de algo que nunca tuve?

«¡Estoy bien!», replico, y comprendo demasiado tarde que los signos de exclamación delatan mi mentira. «Solo estoy cansada. Me voy a la cama.»

«Vale», responde. «Si quieres hablar, aquí estoy. Te quiero.»

«Gracias, cariño. Yo también te quiero.»

Pero no basta, pienso. Nada volverá a ser nunca suficiente.

3

Cada vez pienso menos en Matt. Durante los primeros meses tras mi «cita» fallida, cuando Stew y yo follamos, él intenta mantener viva la fantasía de Matt. Hablar de él alimenta la libido de mi marido. Cuando me dice que imagine cómo es la polla de Matt, qué sentiría al notar su boca en mi coño, Stew se pone más caliente de lo que me gusta. En una ocasión, me llama «zorra» en pleno polvo y me echo a llorar.

—¿Estás enfadado conmigo? —balbuceo.

—No, tesoro, qué va —responde Stewart abrazándome mientras sollozo contra su pecho—. No lo decía en el mal sentido. Me gusta imaginarte con otros hombres, eso también me excita. Es solo que, si no encuentro la manera de liberar algo de tensión, acabaré corriéndome demasiado pronto.

Pero lo que funciona para Stewart no funciona para mí. Lo que deseo no es la polla de Matt, en realidad no. Quiero su atención. Quiero imaginármelo preparándome la cena, cómo me miraría la primera vez que me quedara desnuda ante él. Aunque esas cosas parecen quedar fuera del ámbito de las fantasías de Stewart y están por tanto fuera de lugar.

—No hablemos más de él en la cama, ¿vale? —le pido. Pero en lugar de contarle a Stewart la verdad, que Matt ha revelado un vacío en mi vida, un ansia que el matrimonio y la maternidad no pueden saciar, y que la mera mención de su nombre me llena de dolor, de un anhelo que no puedo soportar, digo—: Quiero concentrarme solo en ti cuando follamos.

Y hago todo lo posible por quitarme a Matt de la cabeza.

Hay distracciones de sobra. Nos mudamos a la nueva casa, y decido volver a dar clases. Le cuento a Stew una pequeña parte de la verdad que me reveló la experiencia con Matt: que necesito una

vida más allá de los niños. Acepto un empleo a tiempo completo en mi antigua escuela y comparto aula con Kayla. Además, mis dos hijos ya están en edad escolar. Puedo hacer realidad el sueño de tomar café con mis colegas, de ir al baño sin un crío pequeño pisándome los talones, de usar el cerebro durante horas y horas.

Y, sin embargo, la mayoría de los días me despierto cuando aún está oscuro y, a las ocho de la mañana, cuando Daniel y Nate ya están aparcados en sus aulas y yo en la mía, me encuentro empapada en sudor, a punto de empezar una nueva jornada en la que habré de batallar con adolescentes. A las cinco de la tarde, cuando recojo a los niños de las extraescolares, suelo tener migraña. Entorno los ojos durante nuestra vuelta a casa en metro, preparo la cena y las fiambreras para el día siguiente, lavo los platos y pongo una lavadora, hago que los niños se bañen y se pongan el pijama, les leo un cuento y les canto canciones mientras los arropo bien, quizá corrijo unos cuantos exámenes y, para cuando Stewart llega a casa —«temprano», como todavía le gusta decir—, la ira bulle bajo mi piel como la superficie del sol.

Pero también hay un lado bueno: al vivir en un estado de caos constante, puedo pasar la mayor parte del tiempo fingiendo que todo va bien. Y, a veces, es así.

Justo después de las vacaciones de primavera, me llega un mensaje de Evite a la bandeja de entrada:

> ¡SHHHHH! ¡ES UNA SORPRESA!
> ¡VAMOS A CELEBRAR EL CUMPLEAÑOS DE KAYLA!
>
> Dónde: Sing Sing Karaoke, en la avenida A
> Cuándo: el viernes 24 de abril de 2009
> Hora: 8 de la tarde ¿¿??
> Confirma tu asistencia aquí
> Y no lo olvides… ¡¡¡NO SE LO DIGAS A KAYLA!!!

Hago clic en el enlace con el corazón acelerado y echo un vistazo a la lista de invitados. Ahí está, al final: «Matthew Wolfe». Tiene que ser él. Y, cómo no, tiene un apellido sexi. ¿Seguirían temblándome

las piernas si hubiera visto a un tal «Matthew Dinkledorf» en la lista? Es posible. Aún no ha confirmado su asistencia, pero me digo que da igual. Kayla es amiga mía, por supuesto que voy a ir a su fiesta. Hago clic en «Asistiré» junto a mi nombre e ignoro el «+1». De todas formas, Stew no querrá ir. «¡Me muero de ganas!», escribo en el cuadro de comentarios.

Durante las dos semanas siguientes, a veces cada hora, hago clic en el enlace de Evite y compruebo si Matt ha confirmado su asistencia. No sé qué sería peor, si un «+1» junto a su nombre o un «Lo siento, no puedo ir». Entretanto, le cuento a Stewart lo de la fiesta, y cuando añado que no hace falta que vaya suelta un suspiro de alivio. No vuelve a mencionar el tema. Al parecer, ha olvidado que Kayla es mi conexión con Matt, lo que me hace exhalar mi propio suspiro de alivio. No me veo capaz de tolerar sus insinuaciones.

Dos días antes, reviso mi correo electrónico durante un rato libre y encuentro otro mensaje de Evite. «No olvidéis confirmar vuestra asistencia», se lee en el asunto. A lo mejor eso anima a Matt a actuar. Me obligo a esperar hasta después de clase para comprobarlo. Hago salir a los últimos alumnos del aula y muevo mi ordenador para que no se vea desde el escritorio de Kayla. Un par de clics y ahí está: «Matthew Wolfe: Asistiré».

No hay «+1».

Mi plan era ir al Sing Sing con una amiga que también es profesora, pero en el último momento se echa atrás por un dolor de garganta. Tendré que llegar sola a la fiesta. En el vagón de la línea F, la rodilla me brinca de forma incontrolable como a uno de mis alumnos de primero de secundaria. Cuando recorro la calle Houston, la letra de una canción de Liz Phair suena en mi cabeza una y otra vez, en un bucle vertiginoso.

¿Por qué me cuesta tanto respirar cuando pienso en ti?

Se supone que todo el mundo debe ser puntual para no echar por tierra la sorpresa. Voy con el tiempo justo, de modo que no me queda la opción de dar una vuelta a la manzana para calmarme. Cuando me acerco al Sing Sing, miro alrededor, buscando a Matt en

la acera.

Una vez dentro, lo distingo con facilidad gracias a su altura. Está al frente del grupo que se dirige a una de las salas privadas más grandes. Vislumbro su perfil y cómo ríe con sus amigos de la universidad, perfectamente cómodo. He cometido un error. No debería haber venido, y menos sola.

Entro en los lavabos, respiro profundamente varias veces y me doy ánimos: «Esto no es nada del otro mundo, solo es una maldita fiesta. Nunca sales. Relájate y pásalo bien». Me tranquilizo con una última mirada al espejo y salgo al pasillo. Oigo cantos y risas al otro lado de cada una de las puertas cerradas. Cuando entro en la fiesta de Kayla, oigo con claridad la letra de «Son of a Preacher Man», el tema de Dusty Springfield.

La sala está a oscuras y, al fondo, veo a las dos mujeres que conocí en el Gate el año pasado bajo las luces giratorias de una bola de discoteca, soltando gritos a través de sus micrófonos y bailando. Hay otro grupito de personas sentadas en el sofá, examinando la extensa oferta de canciones a la luz de un teléfono móvil. A un lado, distingo una mesa con jarras de cerveza y me encamino hacia ella. Necesito hacer algo con las manos. Cuando me dispongo a coger un vaso, oigo una voz grave a mis espaldas.

—¡Hola! ¿Me sirves una a mí también?

Me vuelvo en redondo y veo a Matt sonriéndome, de nuevo con esos ojos tan risueños.

—¡Claro! —respondo, agradecida por tener una tarea definida. Sirvo una cerveza y se la paso. Cuando nuestros dedos se tocan, una descarga eléctrica me recorre el cuerpo—. ¿Cómo te va?

Me concentro en servirme otra cerveza, evitando su mirada.

—Bien, gracias. ¿Y a ti?

—Bien, bien —balbuceo, sin saber qué otra cosa decir. Doy un sorbo para ganar tiempo y luego levanto la vista. Hostia, qué ojos tan verdes tiene. Me permito sumergirme en ellos durante un instante y luego miro hacia otra parte.

—¿Vas a cantar? —pregunto, señalando los micrófonos.

—¡Claro que sí! —contesta—. Me sé algunos clásicos de karaoke que siempre triunfan. Uno de ellos es un dúo, así que voy a

necesitar ayuda. ¿Te apuntas?

—Será un honor —respondo. ¿Cómo es posible que estemos coqueteando otra vez, que sea tan fácil? Ha pasado más de un año desde la última vez que lo vi. Me comporté como una idiota. Y aquí estamos ahora, tomando cerveza y planeando salir al escenario juntos, como si no hubiera pasado nada. Porque en realidad no pasó nada, me recuerdo.

Kayla hace su gran entrada y la sacan al escenario para casi todas las canciones de la noche. Las horas pasan volando. Da un poco igual quién tenga el micrófono, el local entero prorrumpe una y otra vez en viejas canciones como: «Don't Stop Believin'!», «I Like Big Butts and I Cannot Lie!» o «Girls Just Wanna Have Fun!».

Matt se asegura de que mi vaso nunca quede vacío mucho rato, y cuando las luces parpadean de repente, indicando que nuestra sesión llega a su fin, noto que todo me da vueltas antes de detenerse de nuevo. Estoy mareada.

Una amiga de Kayla, la que organizó la fiesta, se pone de pie sobre el sofá y se aparta el pelo de los ojos.

—¡La juerga aún no ha terminado, chicos! Sería estupendo que cada uno me diera algo de pasta para pagar la sala y que luego vayamos al bar de al lado. ¿Vale?

Billetes de veinte dólares aletean en el aire mientras la gente coge sus chaquetas, dispuesta a seguir quemando la noche. Cobro conciencia de que no acabo de formar parte de la multitud. ¿Soy la mayor? ¿Soy la única que tiene hijos en casa?

Entrego mis veinte dólares y me doy la vuelta para coger mi chaqueta. Pero Matt ya la tiene en la mano.

—Todavía tenemos que cantar nuestro dúo —dice.

Me mira de una forma distinta. ¿O es mi imaginación? Pienso en Nate y Daniel, en sus camas, dormidos.

Como si me leyera el pensamiento, pregunta:

—¿O tienes que irte a casa?

Trago saliva.

—Vale… puedo quedarme un ratito. Pero creo que ya han cerrado la sala.

—Sí, pero hay otras que solo cuestan diez dólares por media hora,

pasada la medianoche. —Su cara está muy cerca de la mía y su voz es casi un susurro—. ¿Me concedes media hora?

Lo ha planeado todo. Incluso se ha informado. Consigo asentir con la cabeza.

—Genial. Ahora mismo vuelvo.

Aturdida, salgo al pasillo y busco a tientas mi teléfono. Hay un mensaje de Stewart, enviado hace una hora más o menos.

«Hola, tesoro. He salido del trabajo un poco antes, así que he mandado a la canguro a casa. ¡Quédate todo el tiempo que quieras y diviértete! Te quiero.»

Hago una pausa. ¿Por qué no le he contado a Stew que Matt estaría aquí? ¿Por qué no quiero decírselo ahora? Le gusta la idea de que ande coqueteando, y más, con otro hombre. Entonces, ¿por qué tengo la impresión de estar pasándome de la raya?

«¡Gracias! Me lo estoy pasando bomba. Todos están pidiendo otra ronda en el bar, pero no volveré muy muy tarde. Yo también te quiero.»

Pulso «Enviar» y levanto la vista. Matt se dirige hacia mí.

—Todo listo.

El resto del grupo ya ha salido. Oigo cómo una voz aguda y ebria trata de convencer al resto de ir al bar. Sin testigos, Matt me coge de la mano y me lleva hacia la puerta número tres. La estancia es diminuta. Una vez dentro, nos dejamos caer en el sofá de dos plazas frente a una pantalla. Noto la presión de su larga pierna contra la mía, desde la cadera hasta la rodilla.

—Vale —dice—. Déjame buscar la canción. —Coge un cancionero de la mesita y echa un vistazo a los títulos—. ¡Aquí está! Más vale que empuñes el micrófono. —Teclea el código en el mando a distancia y se pone en pie carraspeando con dramatismo.

Reconozco los primeros compases de «Islands in the Stream» y, levantándome a mi vez, suelto un falso gemido.

—Se te nota que eres de Iowa, Matt.

—No finjas que no te encanta esta canción. Cierra el pico y canta.

Matt entona las primeras estrofas de Kenny Rogers con los ojos cerrados. Espero a que aparezca la letra en rosa, que señala la entrada de Dolly. Mientras canta, Matt se coloca detrás y me rodea

la cintura con un brazo, atrayéndome hacia sí.

Tú me haces algo que no puedo explicar
Abrázame más fuerte y no sentiré dolor…

Mientras nos mecemos al ritmo de la música, trato de concentrarme: no en la letra, sino en los puntos de contacto entre su cuerpo y el mío. Él apoya la barbilla en mi cabeza y mi trasero encaja perfectamente en su pelvis. Noto su aliento en el cuero cabelludo, cómo se expande y se contrae su diafragma contra mi espalda. Una oleada de sensaciones me recorre el cuerpo de pies a cabeza, como la vibración de una guitarra de una sola cuerda. Pienso en una frase de la novela *Amo a Dick*, que leí cuando me mudé a la ciudad. El libro me hacía sentir un poco simple, pues apenas lo entendía, pero también atrevida cuando la gente me veía leyéndolo en el metro.

El deseo no es carencia, es energía excedente, una claustrofobia bajo tu piel.

Cuando termina la canción, dejamos los micrófonos y Matt me da un rápido apretón antes de soltarme. Me doy la vuelta y lo miro.

—Los mejores diez dólares que he gastado nunca —comenta.

Si vamos a besarnos, será ahora. Está esperando una señal por mi parte. Solo tengo que tender la mano y tocarle el brazo, y él hará el resto. Pero no soy capaz.

—Tengo que irme —digo. Y el momento se esfuma.

Al llegar a casa, me encuentro a Stewart viendo la tele en el sofá.

—¿Ya en casa? ¿Qué tal la fiesta?

—¡Muy divertida! —respondo quitándome la chaqueta—. Te lo contaré mañana. Estoy agotada.

Lo único que quiero es meterme en la cama y revivir cada momento de la velada. Me inclino sobre el respaldo del sofá para darle un beso, uno rápido, superficial.

—Vale —contesta, observándome—. Por cierto, estás muy guapa. Hacía tiempo que no te veía pintarte los ojos así. —Su tono es inquisitivo, pero me niego a reconocerlo.

—Gracias. No tardes.

—Voy contigo. —Apaga la televisión—. Ya he visto esta película.

Stewart se mete en la cama y yo dejo la puerta del baño abierta. Procuro tener la boca ocupada cepillándome los dientes y bostezando a propósito, pero noto cómo brota dentro de mí una confesión. No tiene sentido ocultarle lo que ha pasado.

Sin que sea en realidad una decisión consciente, cuando Stew apaga las luces, me oigo decir:

—Estaba Matt.

—Ya lo sé.

Me vuelvo hacia él con los ojos muy abiertos en la oscuridad.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—Molly —contesta riendo y acariciándome el hombro desnudo—, a veces eres como un libro abierto. ¿Qué ha pasado?

Mientras le relato la velada a Stew, soy parcialmente consciente de cómo reformulo lo ocurrido, cómo apenas le cuento una verdad a medias. En esta versión, Matt es el protagonista. Yo interpreto el papel de objeto de su deseo, no el de una participante activa.

—No paraba de llenarme el vaso sin que fuera consciente de lo mucho que había bebido… Le he prometido que cantaríamos a dúo, pero sin pensar que la cosa fuera en serio… Y antes de darme cuenta me estaba rodeando con los brazos…

Mientras hablo, la mano de Stewart se mueve por mi cuerpo, acariciándome la cadera, el culo. Y cuando termino, retoma él mi relato donde lo he dejado.

—¿Sabes qué está haciendo Matt ahora mismo? —Sus dedos se deslizan sobre mis bragas.

—No —susurro.

—Yo sí. Está pensando en lo que le habría gustado hacerte en ese sofá.

—¿Y qué era?

—Esto —responde bajándome las bragas para toquetearme con dos dedos.

Cierro los ojos. Estoy de vuelta en el sofá. Abro las piernas y dejo que los largos dedos de Matt se muevan y noten lo mojada que estoy.

—Fóllame —digo, quizá por primera vez en nuestra vida conyugal.

Cuando Stewart me penetra, suelto un gemido. Pero es Matt

quien me folla.

A la tarde siguiente, sábado, voy a casa de mi amiga Jessie. Hace unos años, Jessie se enamoró locamente del profesor de piano de su hijo. Fui una de las pocas personas a quienes se lo confesó, de modo que, cuando estamos tomando café en la cocina y nuestros hijos juegan en la habitación de al lado, decido confiar en ella.

—Tengo algo que contarte —le digo.

—¿Algo para adultos? —Hinca el codo en la mesa y apoya la barbilla en la palma de la mano—. Soy toda oídos.

Me emociona compartir mi secreto y saboreo la expresión de fascinación de Jessie mientras me escucha. Pero cuando llego a la parte donde Matt me rodea con los brazos en el karaoke, Jessie muda de semblante. Empieza a parecer preocupada.

—Espera un momento —exige levantando una mano para interrumpirme—. ¿Estás pensando en acostarte con este chico?

—Mira, el caso… —respiro hondo antes de continuar— es que Stewart quiere que me acueste con él.

—¿Qué?

Niega con la cabeza como quien procura despertarse de un sueño descabellado.

—Me dice que le excita la idea.

Jessie me mira fijamente. Me pone en el brazo la mano con la que me acaba de interrumpir.

—Molly —declara—, tengo que ser sincera. Me parece que te estás metiendo en terreno peligroso.

Se me hace un nudo en la garganta. La parte de mi cerebro que ha gobernado mi vida hasta ahora está de acuerdo con ella: lo que está pasando con Matt me parece muy peligroso. Y caigo en la cuenta de que por eso se lo estoy contando a Jessie. Espero que ella me convenza de que vale la pena correr el riesgo por un sentimiento como este; de que, de vez en cuando, conviene hacer cosas peligrosas. De lo contrario, podrías ahogarte en tu propia sensación de seguridad. Despertarte una mañana encerrada en la fiambrera con las sobras de pollo y los palitos de zanahoria que preparaste para el almuerzo de todos los demás, sin salida, sin aire que respirar.

Me alivia oír unos llantos en la habitación de al lado.

—¡Para ya, Nate! ¡Mamá! ¡Nate está volviendo a mover las vías del tren!

—Continuará —dice Jessie cuando nos levantamos para encaminarnos hacia los gritos.

Esa tarde, cuando salgo de su casa, Jessie me da un papel con un nombre y un número de teléfono.

—No te estoy diciendo lo que debes hacer —comenta mientras le pongo la chaqueta a Nate—, pero yo solía ir a este terapeuta en Nueva York. Es fantástico. A lo mejor te conviene hablar con alguien sobre todo este asunto de Matt.

Me da un abrazo rápido y salgo luciendo una expresión lo más neutra posible, con las emociones envasadas al vacío.

Tardo un tiempo en concertar una cita. Se trata de mi segundo intento con la terapia desde que llegué a Nueva York. Durante mi primer verano en la ciudad, vivía con Nina, mi mejor amiga de la infancia, que había estudiado en Barnard. El año anterior, cuando rompí con William, mi novio de la facultad, tras haberlo seguido hasta el norte del estado, pasaba la mayoría de fines de semana visitando a Nina en Manhattan. Ella escuchaba mis penas relacionadas con William, compartió conmigo su grupo de amigos e incluso me consiguió una entrevista en la escuela donde había hecho unas prácticas de Psicología. Conseguí el empleo, me mudé con ella y luego tuve que figurarme cómo pasar las interminables horas de «vacaciones» antes de que comenzara el curso. Cada día, al menos una de esas horas la pasaba llorando.

—Déjame buscarte un terapeuta —me dijo Nina un día cuando llegó a casa del trabajo y me vio todavía en la cama, con pañuelos usados amontonados en el regazo y viendo *Casablanca* en vídeo—. Confía en mí. En Nueva York, todo el mundo va a terapia.

Llevé una magdalena de maíz gigante a mi primera visita y me pasé toda la sesión llorando por William entre mordisco y mordisco. Al final, mi nueva terapeuta miró con desdén las migas que había dejado en la silla y me pidió que no comiera durante las sesiones siguientes. A partir de ahí, me esforcé en causar mejor impresión,

intentando mantener a raya tanto el hambre como mis sentimientos. Pasé todo el curso yendo al Upper East Side una vez por semana y haciendo comentarios sensatos, o eso esperaba, sobre lo bien que estaba llevando mi adaptación a un nuevo trabajo y a la Gran Manzana.

Un día, mi terapeuta salió de su consulta y se dirigió a la sala de espera donde estaba sentada, me miró a los ojos y me tendió la mano.

—Hola. Soy la doctora Randolph —se presentó.

Llevaba un año hablando con ella cada semana, casi cincuenta veces en total, y ni sabía quién era.

Pero ahora, un miércoles a las cuatro de la tarde, mientras mis hijos están en sus extraescolares, me encuentro sentada en un sofá estrecho, flanqueada por cojines, en la consulta de Mitchell Kaplan, terapeuta titulado. Y acabo de caer en la cuenta de que Mitchell no es como la doctora Randolph. Cuesta determinar su edad. Tiene una buena mata de pelo blanco, pero el rostro joven y los ojos de un azul eléctrico. Su apellido me indica que es judío y su acento lo delata como oriundo del Medio Oeste, una combinación que al instante me hace sentir cómoda. El corte impecable de su ropa, junto con su tendencia a gesticular ampliamente, me hacen sospechar que es gay. También me pide que lo tutee y lo llame por su nombre de pila. En otras palabras, Mitchell es perfecto.

Me paso casi cuarenta minutos contándole mi historia. Solo me interrumpe para hacerme preguntas aclaratorias. Cuando termino, lo miro expectante, consciente de que espero obtener de Mitchell lo mismo que quería de Jessie.

Quiero tirarme a Matt. Que nadie intente disuadirme. Quiero que me den permiso.

Mitchell no hace ninguna de las dos cosas. En su lugar, me pregunta:

—¿Qué significará esto para ti, Molly? ¿Por qué quieres acostarte con él?

Hago una pausa, tratando de discernir el alcance de su pregunta.

—No lo sé —admito.

—Bueno —reconoce Mitchell inclinándose hacia delante en su silla

con gesto cómplice—, la gente lleva siglos teniendo relaciones sexuales sin entender por qué. Pero he aquí mi sugerencia.

Yo también me inclino, apenas capaz de respirar.

—Creo que tú y yo deberíamos dedicar un tiempo a averiguarlo.

Salgo de su consulta tras haber concertado otra cita para dentro de dos semanas, con la impresión de haberme liberado de un peso para cargarme con otro. Y un atisbo de conciencia, como un aura en el borde de mi visión periférica, me anuncia el inicio de una migraña.

Mi obsesión con Matt no tiene que ver con él. Tiene que ver conmigo.

El sábado siguiente, a primera hora, estoy sentada en el suelo junto a la bañera donde Nate chapotea y juega. He descubierto que bañar a Nate temprano por la mañana me concede media hora más de descanso, si no de sueño. Con una segunda taza de café a mi lado, apoyo la cabeza contra la pared alicatada y cierro los ojos.

El teléfono vibra cuando entra un mensaje. Es de Matt. Es la primera vez que me escribe desde la fiesta en el karaoke, y el corazón me da un vuelco.

«Hola. ¿Qué planes tienes?»

Espero un momento y luego respondo:

«Probablemente llevaré a los niños al parque. ¿Por qué?»

«No, me refiero a mucho más tarde. Esta noche, cuando ya estén en la cama.»

Las palabras de Mitchell acuden a mi pensamiento: «¿Qué significará esto para ti, Molly?». Se supone que debo averiguarlo, ¿no?

Me mordisqueo el dedo mientras pienso cómo responder a Matt. Últimamente me mordisqueo mucho el dedo. La piel que rodea la cutícula está roja e irritada, como una acusación.

«¿Qué tenías pensado?», escribo.

«¿Te apetece salir a tomar algo? Cerca de casa hay un bar que me gustaría probar. ¿A las nueve?»

Puedo oír a Stewart a través de la pared del baño, grabando en su estudio. Toca las mismas cinco notas una y otra vez: está componiendo una de esas breves piezas musicales de promoción

que considera «favores» para los clientes, un trabajo extra que parece ocupar por entero nuestros fines de semana. Podría ir a planteárselo ahora. Nuestro único plan es pedir algo para cenar en casa. Estoy segura de que le encantaría despacharme a una cita con Matt después. Pero no quiero pedirle permiso para ver a Matt.

¿Qué significará esto para ti, Molly?

He aquí una pista: sí, voy a informar a Stew de mis planes.

«A las nueve perfecto», escribo. «Dime dónde y allí estaré.»

De repente, el día que se extiende ante mí no parece tan gris y deprimente. He aquí otra pista. Saco a Nate de la bañera y lo envuelvo en una toalla con capucha. Imitando el ruido de un avión, lo llevo en volandas a la habitación de los niños, donde Daniel rellena con esmero un álbum de pegatinas de Bob Esponja.

—¿Qué calzoncillos quieres ponerte hoy? —le pregunto a Nate—. ¿Bob Esponja o Diego?

Nate echa un vistazo al libro de Daniel.

—¡Bob Esponja!

—Ya voy yo a por ellos —dice Daniel, levantándose para asumir el papel de hermano mayor. Mientras los dos rebuscan en el armario, llamo a la puerta del estudio de Stewart.

—Hola —saludo—. Matt me propone tomar algo esta noche. Quedaremos a las nueve. ¿Te parece bien?

Stew gira su silla para mirarme.

—Me parece estupendo —contesta enarcando una ceja.

—Estupendo —repito como una idiota—. Voy a llevar a los niños al parque.

—Que lo paséis bien —añade con la ceja todavía arqueada.

Sigo con el resto de mi jornada de forma mecánica, confiando en mis respuestas autónomas. En el parque, atiendo a mis hijos con sus «¡Mírame!» cuando se tiran por el tobogán, intentan encaramarse a las barras trepadoras o caminar por la telaraña de cuerdas. Miro, sonrío, aplaudo. Los empujo en los columpios. Les doy tentempiés cuando tienen hambre. Tengo a punto una muda de ropa para cuando se derraman el zumo. Cuando llegamos a casa, mis manos saben cómo preparar raviolis con forma de cohete, cómo hacer brócoli al vapor, dónde guardar los juguetes. Stew sale de su estudio

alrededor de las siete y aprovecho para darme una ducha rápida. Milagrosamente, consigo que a las ocho y cinco los dos niños ya estén en la cama. Y cuando nos sentamos frente a frente a la mesa de la cocina para desenvolver los palillos y atacar el sushi y el edamame, me concentro en cada tarea. Stewart espera a que haya recogido los platos y cuando estoy ante el fregadero se acerca con sigilo, me abraza y me besa la oreja.

—¿Lista para tu gran cita? —susurra.

—Solo tomaremos una copa —respondo. Me esfuerzo en parecer despreocupada, pero estoy segura de que Stewart capta mi pulso acelerado—. Vive con su novia, ¿recuerdas?

—Lo sé. —Los besos me bajan por el cuello—. ¿Notas lo excitado que estoy? —Noto su erección contra mi trasero.

—Sí —contesto. Pero tengo ganas de apartarme. Me apetece pensar en Matt, no en él. El recuerdo del placer de Stewart se me antoja una intrusión.

¿Qué significará esto para ti, Molly?

Se trata de mi deseo, no del de Stewart.

Me quito ese pensamiento de la cabeza y me vuelvo hacia Stew. Me obligo a sonreír y le doy un leve beso en los labios.

—Tengo que irme ya. Luego te pongo un mensaje.

Truena cuando llego al lugar donde he quedado con Matt. Es uno de esos bares de South Slope demasiado modernos para lucir un letrero. Paso dos veces por delante, presa del pánico y deseando haber traído un paraguas, antes de darme cuenta de que estoy en el lugar correcto. Una vez dentro, recorro con la mirada los taburetes, esperando verlo sentado en uno de ellos, pero lo ubico finalmente en una mesita en un rincón. Parece incómodo, como un pájaro de patas largas en nido ajeno. Sonríe y yo me las apaño para saludarlo con un débil ademán.

Me acerco y me inclino para abrazarlo justo cuando él se levanta para hacer lo mismo. Nos encontramos en algún punto intermedio y nuestras mandíbulas chocan. En lugar de reír, indicando con ello que se trata de un momento cómico, retrocedo en medio de un silencio incómodo. Matt sale disparado hacia la barra murmurando:

—Voy a por algo de beber.

Me quito la chaqueta, me aliso las mangas y cuelgo el bolso en el respaldo de la silla. Cierro los ojos y respiro profundamente. Ojalá me hubiera tomado una cerveza antes de salir de casa.

Oigo sus pasos acercándose a la mesa y me esfuerzo por parecer tranquila. Deja las jarras de cerveza en la mesa y, renunciando a la silla de enfrente, donde aún cuelga su chaqueta, se sienta a mi lado.

Noto su rodilla contra la mía, una sensación que llevo semanas anhelando, y esta vez no hay duda de nuestras intenciones. Tomo un sorbo de cerveza y evito su mirada hasta que me resulta imposible seguir haciéndolo. Nos miramos fijamente durante largo rato. Entonces él esboza una sonrisa.

—Hola, Molly —dice con esos ojos suyos tan risueños. Agradezco un montón ver de nuevo esa alegría en su mirada.

—Hola, Matt.

Entablamos una conversación más o menos superficial, pero nada consigue distraerme de la presión de la rodilla de Matt contra la mía. Incluso cuando se levanta para ir a la barra a pedir otra ronda, retomamos nuestra postura con las piernas en la misma posición, como las letras magnéticas que a Daniel le gusta sostener a un milímetro de la nevera solo para notar cómo se separan de su mano.

Y entonces lo suelta:

—¿Quieres venir a casa?

—¿Qué? —contesto. Pero llevo esperando esas palabras desde la noche en que lo conocí. Las he imaginado sin acabar de creer que las pronunciaría, sin saber qué respondería yo a la hora de la verdad.

Se pasa la mano por el rostro, como si pretendiera librarlo de las telarañas de la incertidumbre. Me mira.

—Mi novia está fuera —explica—. Vivo aquí mismo.

He ahí la razón de que no quisiera quedar en el Gate sino en otro sitio más cerca de su apartamento. Es probable que hoy se haya levantado temprano y la haya ayudado a llevar la maleta hasta el taxi, para luego volver corriendo a casa para enviarme un mensaje e invitarme a salir. Esto es lo más cerca que está de pedirme que me acueste con él sin decirlo abiertamente.

Continúa hablando, en un intento de llenar el silencio que he creado.

—Me gustaría mucho que vinieras.

Mi respuesta suena más a consecuencia inevitable que a elección propia:

—Vale.

En la calle, la lluvia ha empezado a caer en láminas metálicas. Matt se quita la chaqueta y la sostiene sobre mi cabeza mientras corremos por la acera resbaladiza, con el redoble de tambor de la lluvia combinándose con los latidos de mi corazón, impulsándome a seguir. Llegar apenas nos lleva un par de minutos, pero él está empapado y lleva la camisa pegada al cuerpo cuando abre la puerta y me sigue al interior.

Y ahí estamos, el uno frente al otro en su cocina.

Cuando me encuentro de nuevo en medio de la tormenta, lo único que se me ocurre es enviarle un mensaje a Stewart. Él es el único que puede arreglar esto. Porque ahora es real, ya no es una situación hipotética, una fantasía tejida en nuestro lecho conyugal.

«¿Debería volver?», he escrito, arrebujada bajo un toldo, ajena a los fogonazos cada vez más cercanos de los relámpagos. Miro el teléfono, deseando que me conteste, y en cuestión de segundos lo hace.

Para tratarse de una pregunta tan enorme, la respuesta de Stewart es breve.

«Adelante.»

Adelante. No permanezcas en el entorno seguro de nuestro matrimonio, arriésgate a salir de él. Y aunque he recibido su bendición, pese a que Stew me anima a dar este paso, no lo hago por mi marido. Ni para mantener viva la emoción en nuestro matrimonio. Voy a la casa de otro hombre porque es lo que deseo. Subo las escaleras, llamo al timbre y empiezo a desabrocharme el vestido empapado antes incluso de que Matt abra la puerta, porque le deseo.

Pasadas las tres de la madrugada salgo del piso de Matt, de vuelta a

la acera empapada, que ahora me parece distinta. La tormenta ha pasado y reina de nuevo la calma. Me encamino hacia casa, con el vestido y los zapatos todavía mojados, y paso por debajo del toldo donde me he detenido hace unas horas para enviarle un mensaje a Stewart.

En casa, me quito la ropa mojada en el lavadero, cojo una camiseta del suelo y me la pongo. Me meto en la cama, confiando en que Stewart esté dormido, pero entonces oigo su voz en la oscuridad.

—¿Cómo ha ido, mi mujercita sexi?

Una sirena de alarma suena de pronto en mi interior, y le hago un resumen incompleto.

—Ha sido divertido —contesto.

No le digo que lo único que deseo es volver, sentir de nuevo las manos de Matt en mi cuerpo, la boca de otro hombre en la mía.

4

Nate se despierta temprano a la mañana siguiente y me salva de mis pensamientos. Apenas he dormido, pero no estoy cansada. Una energía frenética me transporta cuando llevo a Nate a la cocina, haciéndole pedorretas con los labios en las mejillas mientras él se ríe. Vierto cereales Cheerios en un tazón mientras en mi cabeza sigue habiendo un zumbido que relega cualquiera de mis actos a un segundo plano. No tiene sentido luchar contra ello.

Llevo a Nate con sus Cheerios a la sala de estar y lo siento frente al televisor.

—¡Mira! —exclama una voz alegre —. ¡Es como el parvulario en la tele!

Nate ve cómo los dibujos animados del alce Moose y su amigo el pájaro mudo Zee presentan el siguiente programa del canal, mientras yo me tumbo en el sofá detrás de él y cierro los ojos. Hago girar mi alianza de boda en el dedo y me concedo una proyección privada de las imágenes de anoche. No quiero perderme ni un solo fotograma.

Matt abre la puerta. Ya me he desabrochado el vestido hasta el ombligo y observo cómo sus ojos van de mi cara a mi pecho. Llevo un sujetador con cierre delantero y lo desabrocho ahí mismo, en el umbral. Yo, la chica que era incapaz de mirar a los tíos a los ojos en el instituto, la chica que perdió la virginidad con casi diecinueve años y a quien dejaron plantada al día siguiente. Ya no soy esa. Me siento sexi, segura de mí misma. Me dejo caer hacia su cuerpo expectante, nuestras bocas se unen mientras con una mano me acaricia un pecho y con la otra me agarra la nuca, con los dedos entrelazándose con mi cabello. Noto la suavidad de su rostro bien afeitado. Tira de mí hacia el interior y cierra la puerta de una patada. Dando traspiés, cruzamos la cocina, donde nos hemos besado hace solo diez

minutos, donde me he apartado de él como si fuera algo venenoso, aunque eso ha sido obra de la chica que solía ser antes. Ahora me encuentro devorándolo y descubro que no es veneno en absoluto, sino una droga que necesito para sobrevivir, para mantener a esa otra chica triste y cautelosa en el lugar que le corresponde, bajo las escaleras del sótano y sin decir ni pío. Nos derrumbamos sobre su cama. Busco a tientas su cinturón mientras mantengo mi boca pegada a la suya para saborear la droga en su lengua y beber a fondo de…

—¿Mami?

Abro los ojos y veo la carita de Nate a pocos centímetros de la mía. En la pantalla, Dora la Exploradora ha convencido a Tico la Ardilla de cruzar el puente con ella a caballito. Pero el viejo Trol Gruñón está causando problemas.

—Me he comido todos los Cheerios. ¿Me pones más, por favor?

—Claro, tesoro. Dame un minuto.

—Vale. —Tiende una manita regordeta y la apoya en mi brazo, y luego gira el cuerpo para ver cómo resuelve Dora su siguiente crisis.

Vuelvo a cerrar los ojos e intento retomar la cosa donde la había dejado. *Le desabrocho el cinturón y los vaqueros, deslizo una mano bajo el calzoncillo y palpo el tamaño, la forma de su polla erecta…* Noto un beso en la mejilla, el roce de una barba de tres días. Ahora veo la cara de Stewart, boca abajo sobre mí, y cómo frunce la nariz.

—Hueles raro —dice—. ¿Te duchaste anoche al llegar a casa?

—Lo siento —contesto—. Era muy tarde. Ni se me ocurrió que podía importarte.

—Bueno, me importa un poco —confiesa, y se aleja.

¿Qué significará esto para ti, Molly?

Ni sé qué significa ni quiero saberlo. El peligro que he sospechado todo este tiempo es ahora patente. Soy al mismo tiempo un personaje en una película de terror que se interna en el bosque oscuro donde aguarda el asesino y la espectadora ansiosa en el cine, que se muere por gritar: «¡No entres ahí!». Pero todo el mundo sabe qué va a pasar. Es parte de la emoción.

Saco el móvil y escribo:

«Lo siento, Mitchell. Tengo que cancelar nuestra cita de la semana

que viene.»

Planeo un viaje con Daniel y Nate para ver a mis padres. El equilibrio de mi madre va de mal en peor y hace tiempo que debería haberla visitado. Pero hay otra razón por la que quiero verla, una conversación que tengo pendiente con ella o, para ser más precisa, una conversación a la que me gustaría poner fin.

Stewart tiene que trabajar, por supuesto, y se queda en casa. La noche previa a nuestra partida, me dan las tantas haciendo las maletas: una llena de ropa para mí y los niños, dos bolsas de mano con juguetes y tentempiés para el vuelo. Stew entra en la habitación y aparta un montón de ropa interior. Se sienta en la cama.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Claro —respondo sin levantar la vista—. ¿Sabes dónde están las botas de agua de Nate? —El pronóstico del tiempo para Chicago es deprimente, pero estoy decidida a sacar a los niños a la calle.

—Ni idea —responde, y añade—: Lena me ha invitado a su casa este fin de semana, mientras estáis fuera.

Dejo de doblar camisas y lo miro.

—¿Lena? ¿Te refieres a tu ex?

—Sí —admite Stewart—. Creo que ya te lo he contado, está pasando por un divorcio bastante duro. Solo quiere hablar.

—Conque solo hablar, vaya por Dios.

Bajo la mirada y finjo volver a examinar los montones de ropa.

—Creo que sí. Pero ¿y si la cosa pasara a mayores? ¿Cómo te haría sentir eso?

El corazón se me encoge hasta convertirse en una pequeña bola, que me aplasta los pulmones y me impide respirar. De todas las antiguas novias de Stew, Lena es una de las pocas que rompió con él y no al revés. Pero Stewart siguió siendo amigo suyo: Lena fue una de las cinco exnovias que asistieron a nuestra boda, lo que debe de suponer alguna clase de récord. Y no es que esté celosa. Lena es mayor que yo y con los años ha acabado teniendo aspecto de matrona. Pero también sé que, en algún rincón de su mente, Stew desearía demostrarle a Lena lo que se ha perdido. E imaginarlos juntos me hace sentir como si hubiera caído al fondo de un pozo.

—No estoy segura —contesto apartando la vista.

Tengo miedo de echarme a llorar si lo miro.

Me siento siempre al borde de las lágrimas desde la noche que pasé con Matt. O, para ser más precisa, desde que transcurrieron unos días y caí en la cuenta de que tal vez no volvería a verlo. Su novia ha vuelto y él se siente muy culpable.

—Supongo que está bien. Quiero decir… no es justo que yo sea la única que… ya sabes…

—Estupendo —concluye Stew levantándose—. Dudo que pase nada. Ella sigue sin poder quitarse de la cabeza a su marido, pero quería asegurarme de que no te supusiera un problema. Por si acaso.

—Vale —digo—. Lo entiendo.

Stewart se detiene en la puerta.

—¿Seguro que te parece bien?

—Sí, sí.

Por fin levanto la vista y le dedico una sonrisa forzada. ¿Es que no se da cuenta de que miento?

—Solo estoy un poco estresada, por lo de hacer las maletas.

—Mañana os llevo yo al aeropuerto —ofrece—. Voy a echaros mucho en falta.

«¿De verdad vas a echarnos de menos?», pienso. «Tendrás la casa vacía y una cita apasionada con Lena.»

—Nosotros también te echaremos de menos —zanjo.

Cuando el avión aterriza en O'Hare tengo migraña. Mi padre se ha ofrecido a recogernos en el aeropuerto y me siento aliviada al verlo, con las manos a la espalda, en pie como un centinela, cerca de la cinta de recogida de equipajes. Lleva la barba entrecana bien recortada, pero sus cejas apuntan en varias direcciones. Escudriña la multitud, y lo saludo con la mano hasta que me ve.

—¡Trasto! —grita Nate, usando el apodo que le ha puesto a mi padre el mayor de mis sobrinos. Arremete contra las piernas de su abuelo, que gruñe como si lo hubiera placado un jugador de fútbol americano, para deleite del crío. Mi padre le revuelve el pelo y luego tiende la mano para estrechar la de Daniel.

«¿En serio?», pienso. «¿Nada de abrazos, aunque aún tenga ocho años? Supongo que debería sentirme agradecida de que no obligue a sus nietos a llamarlo Phil.»

—Hola, papá —saludo yo, envolviéndolo en un abrazo antes de que pueda escabullirse.

—Hola, pequeña.

Sus brazos cuelgan con torpeza detrás de mí, pero se las apaña para darme unas palmaditas en la espalda.

En el coche, le pregunto por la salud de mi madre.

—¿Cómo está? Dime la verdad.

—Oh, los dos vamos tirando —contesta con la vista fija en la carretera—. Ahora he asumido algunas tareas, como la colada. Las escaleras le cuestan mucho, ya sabes. Y me ocupo de la mayor parte de la compra y la cocina.

Me mira de reojo, calibrando mi reacción ante esa novedad. Cuando era pequeña, mi padre nunca contribuía a tareas domésticas y ahora quiere que lo felicite. Hago un pequeño gesto con la cabeza, arqueando las cejas sin mucho entusiasmo. Me parece demasiado poco por su parte y demasiado tarde. Pienso en mi madre, esforzándose en subir las escaleras. Me quedo en silencio mientras lo asimilo.

La migraña persiste. Cuando la abrazo para saludarla, cuando sigo a Nate por la casa para que no moleste al perro; mientras tomo café o preparo el almuerzo, cuando observo cómo los niños se encaraman a las barras en el parque infantil o los empujo en los columpios bajo la llovizna, la migraña es mi compañera constante y retumba en el fondo desplazando los pensamientos sobre Stewart y Lena. Por la noche, antes de acostarme, me tomo un par de pastillas de paracetamol con difenhidramina, a escondidas de mi madre.

Dispongo de unos minutos antes de que las pastillas hagan efecto, durante los cuales me pierdo en el papel pintado de motivos azules. A lo largo de gran parte de mi infancia, esta fue la habitación de mis padres. No la heredé hasta el verano anterior al penúltimo curso en el instituto, después de que mi hermana se fuera de casa y mis padres reformaran su habitación para convertirla en un dormitorio principal para ellos. Pero nunca hice mía esta habitación.

La alfombra, la lámpara, la cómoda, incluso la cama: todo les pertenecía a ellos. Y todo sigue pareciendo suyo.

Intento no pensar en quién más podría haber estado aquí. Pero me cuesta lo mío no recordar lo que sé.

Alrededor de un año antes de que naciera Daniel, Stewart y yo fuimos a Boston a pasar el fin de semana. Mi tía favorita, la hermana mayor de mi madre, Anne, estaba visitando a su hijo, mi primo Henry, con ocasión de su propio sexagésimo cumpleaños. Anne era la rebelde de la familia, en comparación con mi madre, más buena que el pan. Estaba divorciada, bebía demasiado y se acababa de hacer un tatuaje. Anne nos invitó a cenar y, en algún momento de nuestra comida de mar y montaña, después de que nos sirvieran el tercer vodka con tónica, la conversación derivó hacia la familia. Para mí era raro ver a Anne sin mi madre presente. Aproveché la ocasión y le hice una confidencia.

—¿Sabes qué me pone frenética de mi madre? —le dije—. Que siempre sea tan perfecta. Cuesta enfadarse con ella.

—Bah —resopló Anne—. Tu madre no es tan perfecta.

—¿Qué quieres decir?

—Uy, no debería haber dicho nada —respondió Anne disfrutando a todas luces de mi confusión.

Me fijé en cómo Henry se concentraba en beber agua, evitando mi mirada.

—¿Qué? —insistí—. Cuéntamelo.

Anne se enderezó en la silla y bebió con parsimonia. Y luego respondió:

—Tuvo una aventura.

—¿Cómo dices? —Las mesas a nuestro alrededor parecieron desaparecer y un foco iluminó solo a Anne y el vaso de tubo que volvía a llevarse a los labios—. ¿Cuándo? ¿Con quién?

Stewart me posó la mano en la pierna.

—No es para tanto, tesoro. Tus padres siguen casados, y parecen quererse.

—Para mí sí es importante —repuse. Creía conocer a mi madre. Creía que era una clase de persona y ahora me estaban diciendo que

era otra. Una hipócrita. Una mentirosa—. Vamos, Anne. ¿Con quién?

Anne me miró a los ojos.

—Creo que ya lo sabes.

Lo sabía. Con Jim.

Jim era el mejor amigo de mi madre. Ella le llevaba ocho años, exactamente la misma diferencia de edad que hay entre Matt y yo. Jim era divertido y vivaz, y tenía mucha gracia imitando voces. Se conocieron cuando él acababa de salir de la universidad y trabajaba como suplente en el instituto donde mi madre daba clases de lengua y literatura inglesa. Al igual que mi madre, era un buscador espiritual por naturaleza. Cuando yo tenía seis años, llevó a mi madre a un dojo Mahikari, un lugar donde los miembros de una doctrina curativa japonesa podían intercambiar «las enseñanzas divinas de la luz verdadera». Finalmente, mi madre y Jim hicieron un viaje juntos a Los Ángeles. Tomaron un curso de una semana y se hicieron miembros del Mahikari.

Aún puedo verlos a los dos imponiéndose mutuamente su luz en la sala de estar. Mi padre salía hasta tarde las noches que venía Jim, y mi hermana se encerraba en su habitación. Pero a mí no me gustaba estar sola. Me sentaba en las escaleras y los espiaba mientras se turnaban para dar y recibir luz. Todo el proceso llevaba su tiempo, ocupaba las dos horas que iban de la cena a la hora de acostarme. Aunque debía guardar silencio, me alegraba que Jim estuviera allí; de lo contrario, mi madre habría querido imponerme luz a mí.

En primer lugar, mi madre daba y Jim recibía. Se sentaban uno frente al otro sobre los talones con las rodillas flexionadas. Mi madre recitaba el canto, que yo me sabía de memoria. Luego, durante diez minutos, posaba la mano sobre la frente de Jim, sustituyendo una mano por la otra cuando se le cansaba el brazo. Si se trataba de la versión larga de la sesión, Jim se tumbaba boca abajo y ella le aplicaba veinte minutos de luz en varios puntos a lo largo de la columna vertebral. El contacto era mínimo. A veces ella le presionaba la piel con el pulgar para detectar toxinas. Cuando encontraba alguna, levantaba la mano unos cinco centímetros por encima de su cuerpo y la luz invisible brotaba de su palma. Cuando

hacían eso, Jim se ponía muy serio. Me hacía sentir incómoda, como si se hubiera convertido en otra persona.

Las noches en que Jim no venía, mi madre solía hablar con él por teléfono. Yo siempre sabía con quién estaba hablando por los sonidos que hacía. Primero se reía a carcajadas. Seguía un silencio cuando se dejaba caer en la silla, paralizada, y luego venían jadeos desesperados en busca de aire. Yo sabía qué estaba haciendo Jim al otro lado de la línea, pues hacía lo mismo cuando se sentaba con nosotros para cenar en la mesa de la cocina, antes del intercambio de luz. Empezaba diciendo algo ligeramente gracioso, al menos para mi madre, y cuando ella soltaba una risita, él se ponía serio y, con una voz que era una parodia de la severidad, decía: «Mary, eso no tiene gracia. Deja de reírte, Mary».

Era cuanto hacía falta. Él era el único que hacía reír así a mi madre.

Me encantaba oírla reír, a mi madre, que siempre andaba ocupada con alguna tarea: preparando la cena, fregando los platos, corrigiendo exámenes en la mesa de la cocina hasta altas horas de la noche. O intercambiando luz con Jim. En su vida no había tiempo para otras cosas que no fueran esas obligaciones.

Pero en su risa con Jim, yo oía algo más. Algo más ligero y libre.

Durante todo el año siguiente, mientras duraba mi embarazo, guardé el secreto que Anne me había revelado. Pero cuando Daniel tenía solo unos días de vida, el padre de Stewart se puso muy enfermo. Una semana más tarde, estaba en el hospital con un episodio grave de neumonía. Stewart tuvo que dejar a su hijo recién nacido para estar junto al lecho de su padre moribundo.

Todo era confusión, y me sentía agradecida por tener aquella única tarea de ocuparme de mi bebé. La maternidad me envolvió en un manto protector. Mis turgentes pechos eran la única fuente de alimento de Daniel, y pasaba horas y horas de mis días y noches amamantándolo. Mi madre acudió en mi ayuda, a cuidar de su propio bebé, según me dijo, mientras yo cuidaba del mío.

Tenía a Daniel pegado a un pecho la mayor parte del tiempo, lo que me producía una sed horrorosa. Mi madre me traía vasos de

plástico con agua helada y una pajita larga para que pudiera beber sin usar las manos, y luego se sentaba en el sofá a mi lado mientras yo daba de mamar. Nuestras conversaciones iban desde lo más trivial —el mejor bálsamo para mis pezones doloridos, métodos para hacer eructar a Daniel— hasta lo más trascendental, a las cuestiones sobre la vida y la muerte que nos rodeaban.

El día que Stewart me llamó para decirme que su padre había fallecido, colgué el teléfono y me apoyé en mi madre, para llorar sobre su hombro mientras Daniel seguía mamando sin parar. Agotada y abrumada, no pude contener más mi pregunta. Se me escapó de los labios y fue a caer sobre el pequeño trecho de sofá que nos separaba.

—Sé lo de tu aventura —revelé—. No es asunto mío, pero quiero preguntarte una cosa. ¿Lo sabe papá?

Mi madre se quedó callada un momento, mirándose las manos en el regazo. Yo también las miré. Sus misteriosos síntomas acababan de empezar y ya era incapaz de estirar del todo los dedos de la mano izquierda: se curvaban alrededor de un huevo invisible.

—Fue idea de tu padre —respondió.

Cuando el paracetamol hace efecto, me sumo en sueños agitados en los que regreso a nuestra casa de Brooklyn o me encuentro con Stewart en su oficina, o en un restaurante —el escenario cambia constantemente—, solo para descubrir que hay otra mujer allí con él, ocupando mi lugar. Cinco o seis horas más tarde, cuando Nate me arrastra de vuelta a la vigilia, me tomo dos Excedrin con cafeína. Pero la migraña sigue con su martilleo implacable.

La última noche en casa de mis padres, ya no sé si el dolor de cabeza va remitiendo o si sencillamente me he acostumbrado a él. Arropo a Daniel y Nate en las literas que ahora ocupan mi antigua habitación, donde dormía de pequeña, la del papel pintado de mariposas que yo misma elegí en su día. Luego llamo a la puerta del cuarto de baño de mis padres.

La voz de mi madre responde, con su alegría de siempre, pase lo que pase:

—¡Adelante!

La encuentro sentada en la taza, luchando con sus calcetines de compresión. Hace unos años, mientras corregía unos trabajos de sus alumnos sobre *Siddhartha*, justo cuando mi primer curso como profesora de lengua y literatura llegaba a su fin, mi madre descubrió que ya no podía controlar el bolígrafo que empuñaba. Empezó a costarle levantar el dedo gordo del pie izquierdo. Con el tiempo, no conseguía articular palabra sin esfuerzo y su equilibrio empeoró. Acudió a la Clínica Mayo en Minnesota, pero los médicos no supieron encontrar respuestas. «Ataxia», sigue llamándolo mi madre, a falta de un diagnóstico real. Durante una visita tras el nacimiento de Nate, valoramos las posibles causas. «Quizá es por toda mi ira reprimida», reflexionó. Como madre de dos hijos, entendí perfectamente a qué se refería. Lo había sufrido en mis propias carnes. A veces no sabía qué tenía más probabilidades de acabar conmigo, si la rabia en sí o mis esfuerzos por contenerla. Pero en este momento me pregunto si su rabia no será más profunda incluso de lo que yo imaginaba.

—Hola, mamá —le digo—. ¿Necesitas ayuda?

Para mi madre, últimamente, vestirse y desvestirse parece una ocupación a tiempo completo.

—¡No! Esto es mi fisioterapia. ¿Se han dormido los niños?

—Pronto lo averiguaremos. —Me siento en el suelo del baño y me apoyo contra la superficie lisa de la bañera. Observo su rostro (ella sigue siendo guapa en opinión de todos menos en la suya), con el ceño fruncido por la concentración. No me queda claro si trata de ponerse el calcetín o de quitárselo.

—Me alegro mucho de que estés aquí —comenta con el calcetín colgando de los dedos de los pies—. No hemos tenido ocasión de hablar. Cuéntamelo todo. ¿Cómo está Stewart?

Cuéntamelo todo. ¿Sobre el otro hombre con el que te has acostado? ¿Sobre la mujer a la que Stewart se estará tirando en este preciso instante?

«Tu madre no es tan perfecta», me había revelado Anne. Resulta que yo tampoco soy tan perfecta.

—Stewart está bien —contesto—, pero a veces la cosa es difícil, con los niños y todo eso, ya sabes.

Confío en poder transmitirle con la mirada todo lo que no acierto a decir.

—Una pareja casada es como dos piedras en un río —comenta. Ya se ha quitado el calcetín. Se concentra en bajar el pie hasta el suelo y luego centra toda su atención en mí—. Pasan la vida rozándose, creando fricción. Pero cada uno suaviza así los bordes ásperos del otro.

Me trago las lágrimas que iban a inundarme los ojos mientras ella sigue mirándome. Lo ve. Lo sabe.

—Stewart es tu otra piedra del río, cariño. Nunca he tenido ninguna duda al respecto.

Asiento con la cabeza y luego aparto la mirada. Hay tantas cosas que quiero preguntarle… Sobre mi padre, sobre su rabia, sobre qué significa ser esposa y madre, y qué no. Pero las palabras se niegan a brotar. Y entonces aparece de nuevo la migraña, y reclama esa parte de mi mente que podría haber formulado una pregunta.

—Estoy agotada —me limito a decir, levantándome para darle un beso en la coronilla—. Que duermas bien, mamá. Te quiero.

Tumbada en la antigua cama de mis progenitores, pensando en Stewart y Lena, me gustaría volver al cuarto de baño, donde es probable que siga mi madre, cepillándose los dientes o lavándose la cara con esmero; ahora va tan lenta que tarda más de una hora en completar su rutina antes de acostarse. Pero no consigo reunir el valor para hacerlo. Aparte de aquella conversación tras el nacimiento de Daniel y la muerte del padre de Stewart, ella y yo nunca hemos hablado abiertamente de sexo. Y aunque contara con el permiso explícito de mi padre, aun así se había referido a su relación con Jim como una «aventura». Fui capaz de captar la vergüenza en su voz cuando me lo contó, como si el apoyo de su marido no importara en lo más mínimo; como si nada pudiera excusar el deseo de una mujer por algo o alguien fuera de los límites del matrimonio.

Pero ¿es la vergüenza de mi madre la razón por la que no le planteo mis preguntas? ¿La razón por la que no quiero saber si mi padre también tuvo «aventuras»? ¿Si mi madre se sintió también devastada por los celos y el dolor que yo siento al pensar en Stewart acostándose con Lena?

Soy consciente de que no quiero plantearle esas cosas porque no quiero contarle nada sobre mí. No quiero que mi madre sepa la verdad sobre mi propio matrimonio. Porque me estoy preguntando si habré cometido un terrible error.

Pues, por razones que no soy capaz de expresar, también me siento avergonzada.

Al día siguiente, con la cabeza todavía como un bombo, nuestro avión aterriza en LaGuardia. Stewart nos espera en la zona de recogida de equipajes. Nate y Daniel se abalanzan contra él, que los abraza con fuerza y se inclina sobre sus cabezas para besarme.

—Me estalla la cabeza —le confieso.

—Lo siento, tesoro. Vámonos a casa.

Observo cómo coge a Nate con un brazo, cómo tiende el otro hacia la cinta de equipajes para levantar nuestra pesada maleta; sus anchos hombros, los voluminosos bíceps bajo la camiseta, la barba de tres días con salpicaduras de rojo y dorado.

Sigo a Stew y a los niños hasta el aparcamiento, observando los andares seguros de mi marido, su bonito trasero, su actitud divertida y cariñosa con nuestros hijos. Noto cómo me invade el pánico. Es un tío sexi, un padre estupendo, un partido excelente. ¿Cómo he podido olvidarlo?

Los niños no paran de hablar durante todo el trayecto a casa y yo cierro los ojos y siento esa punzada de dolor que se esconde en mis pensamientos. Stewart y yo no tardaremos en estar solos y ya no tendré que preguntármelo. Ya no podré contar con una vía de escape de este temor, con la esperanza de que *quizá no lo hicieron* para apoyar todo mi peso ahí, aliviada.

Cuando entramos en casa, Daniel sale corriendo hacia su habitación y Nate va en busca del gato. Stewart sube la maleta por las escaleras y yo lo sigo con las piernas pesadas, como una autómata en una misión que terminará con su autodestrucción.

Una vez en nuestra habitación, cierro la puerta a mis espaldas.

—¿La quieres sobre la cama? —pregunta Stew señalando la maleta.

Me quedo muda, con las rodillas temblando. Hay manchas

flotando en mi campo visual. Mi voz emerge en un susurro.

—¿Te la has follado?

Stew baja la cabeza junto con la maleta y deja escapar un profundo suspiro. Me mira y veo la respuesta en sus ojos antes de que la pronuncie.

—Sí.

Me fallan las piernas. Me desplomo en el suelo junto a la cama. Creo que voy a vomitar.

—Molly… —comienza.

Pero apenas lo oigo. Ahora estoy en el fondo del pozo. Muy lejos, capto palabras y frases que se ensamblan sin sentido ni conexión. *Ella no significa nada para mí… Me dijiste que estabas de acuerdo… ¿Por qué reaccionas así?*

Una sola sílaba salida de su boca llega hasta mí. Ese «sí».

Sí, oigo, *todos tus temores se han hecho realidad*.

Me despierto en una habitación a oscuras. Ahora noto la cabeza más magullada que hecha pedazos. Me levanto de la cama y bajo sin hacer ruido por las escaleras. En la casa reina el silencio. Stewart está en la cocina, lavando los platos con los auriculares puestos.

Me acerco con sigilo por detrás, lo rodeo con los brazos y apoyo la cara en su espalda. Cierra el grifo, se seca las manos en los vaqueros y se quita un auricular.

—Has acostado a los niños —le digo—. Gracias.

—Claro —responde sin volverse. Su voz suena fría.

—Perdona.

—¿Por qué? —pregunta. Stewart odia que me disculpe sin saber el motivo. Pienso en cuántas veces ha dicho «lo siento» mi madre este fin de semana, y durante años antes de eso; de hecho, toda mi vida. Se disculpaba constantemente. Por nada. Por todo.

—No lo sé.

Nos quedamos en silencio un rato; mis manos se aferran a su pecho. Rompo a llorar.

—Te estoy dejando la camisa perdida —gimo.

Se da la vuelta.

—Hablemos.

Entramos en la sala de estar y nos sentamos en el sofá. Es agradable sentir su cuerpo junto al mío sin tener que mirarlo de frente. Ojalá pudiera hacerme un ovillo en su regazo, pero hay una coraza a su alrededor, un campo de fuerza invisible que no logro atravesar.

—No sé cómo hablarte de esto —empieza mirándose las manos—. No quiero sentirme culpable por hacer algo para lo que me diste permiso.

Advierto que está enfadado conmigo. Es él quien está enfadado, mira por dónde. Se me nubla la mente y reprimo una arcada.

—Creo que no debería haberte hablado de Lena —continúa—. Me gusta saber cosas sobre lo tuyo con Matt, pero sé que tú no sientes lo mismo sobre que yo esté con otra mujer.

Tiene razón, por supuesto, pero oír eso es la menor de mis preocupaciones. El problema es el simple hecho de que esté pasando. Pienso en mi madre: «Fue idea de tu padre». Pero esto es diferente. Acostarme con Matt fue idea mía, ¿no?

—Lena nunca va a sustituirte, Molly. —Me mira brevemente antes de volver a bajar la vista hacia sus manos—. Somos amigos, nada más. Igual que tú y Matt. No significa nada.

No puedo respirar y me invade una oleada vertiginosa de náuseas. *¿Qué significará esto para ti, Molly?* Todavía no estoy segura de qué significa para mí follar con Matt, pero no se trata de amistad.

Stewart sigue hablando, ajeno a mi silencio o ignorándolo a propósito.

—Pero debo admitirlo: sienta bien que te encuentren atractivo, ¿sabes?

Por supuesto que lo sé. Me pasa lo mismo. Pero había olvidado que Stewart también necesita que le demuestren interés. En una de nuestras primeras citas, Stew y yo visitamos la casa de sus padres en Long Island. Me enseñó una foto tomada en su *bar mitzvah*: un niño gordito enfundado en un traje color crema, con los botones de la chaqueta a punto de reventar, gafas de culo de botella, acné, el pelo rizado del color de una moneda nueva (peinado *jewfro*, lo llamaba Stew), entre sus padres sonrientes y su hermano mayor,

alto y delgado. «Mi madre llama a mi hermano "el guapo"», me había confesado Stew, haciéndome soltar un grito ahogado de horror.

Vuelvo a llorar. Pienso en cómo lo he visto en el aeropuerto esta tarde. No sé cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que le dije que era sexi. Él me lo dice mucho, pero yo sigo sin creerle. ¿Por qué no podemos ofrecernos eso el uno al otro? ¿Qué nos pasa?

Él me coge la mano, flácida y sin vida, y la sostiene entre las suyas.

—Creo que tenemos que tomar una decisión. ¿Quieres que dejemos de hacer esto?

Por supuesto que sí. Tenemos que dejarlo. No puedo compartir a Stewart. No puedo compartirlo con Lena, la mujer que desearía ser su esposa, la mujer que lo conoce desde hace más tiempo que yo, la mujer cuyos hijos lo llaman tío Stew.

Pero, al mismo tiempo, no puedo dejar de ver a Matt. Sigo sin lograr explicarme por qué. Quizá sea por eso que ha dicho Stewart, lo de que te vean con otros ojos. No sentirme una esposa o madre, sino una mujer deseable de nuevo. Quizá mis sentimientos por Matt no sean más que una dependencia de cómo me siento cuando estoy con él: resplandeciente, radiante.

—No lo sé —le digo a Stew.

—¿Quieres que haga un número de marionetas? —Levanto la vista. Con la mano izquierda hablándole a la derecha, añade con voz tonta—: Háblame.

Qué ganas tengo de dejarme llevar por sus tonterías. El superpoder de Stewart es su capacidad para hacerme reír, incluso en medio de desastres y catástrofes, y está muy arriba en la lista de razones por las que me casé con él. Pero ahora me cuestiono sus motivos. ¿Trata acaso de distraerme del abismo que se ha abierto debajo de nosotros? *Mira el espectáculo de marionetas*; *no mires abajo*.

Es demasiado agotador. Decido confiar en él porque no veo otra salida. Le echo los brazos al cuello.

—Te quiero mucho —le digo.

—Yo también te quiero, tesoro —responde él—. Siempre te

querré. Pero probemos una nueva regla durante un tiempo. No volveré a contarte nada sobre lo que esté haciendo.

—Vale —acepto. La cabeza me late como una luz estroboscópica y eso vuelve mis pensamientos amorfos, imposibles de examinar.

—Eso sí —añade con una sonrisa diabólica—, tú tienes que contármelo todo.

Esa noche, en la cama, con mi cuerpo encajado contra el de Stewart, no puedo quitarme de la cabeza una imagen de hace más de diez años, cuando fui a Venezuela con mi amiga María, un viaje que coincidió con nuestro primer aniversario de boda. Me pareció simbólico que no nos hiciera falta estar juntos aquel día, que pese a estar casados pudiéramos seguir teniendo nuestras propias vidas independientes.

Un fin de semana, María y yo nos escapamos a hacer *rafting* en aguas bravas. El segundo día, nuestros guías se detuvieron en un puente. Era un sitio muy popular desde el que saltar al río y dejarse llevar por los rápidos, para luego nadar en ángulo recto hasta la orilla. Al parecer, había gente que lo encontraba divertido.

Yo tengo pánico a las alturas, pero allí sentí un impulso abrumador. Tenía ante mí la oportunidad de afrontar mi miedo, de no ser la prudente por una vez, de mostrarme audaz. Me ofrecí a saltar primero. Más tarde, María describió la escena desde su perspectiva.

—Fue como ver a alguien intentando suicidarse —comentó.

Ignoré todos los consejos que nos habían dado los guías: «Sobre todo, pon las puntas de los pies hacia abajo, cruza los brazos sobre el pecho y salta cuanto puedas hacia delante». En lugar de eso, me limité a dar un paso fuera del puente, agitando brazos y piernas, y caí al agua con un planchazo. Aturdida, quedé flotando a la deriva, sin hacer el menor intento por mover los brazos o las piernas. María saltó al agua detrás de mí y arrastró mi cuerpo inútil hasta la orilla del río.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca más! —me gritó.

—Vale —contesté volviendo a ser la chica dócil de siempre mientras ella me mantenía a flote—. No lo haré.

Más tarde, me salió un moretón en la cadera y el muslo, donde me había golpeado contra la superficie del agua. Era del tamaño de un frisbi, verde, violeta y dorado, y María le hizo una foto para recordarme mi promesa. Pero el moretón se ha curado, la foto se ha perdido y sé que romperé mi promesa.

Estoy a punto de dar otro salto descabellado.

5

Durante los siguientes cuatro años, solo me acuesto con Matt un puñado de veces, cuando su novia está fuera o cuando Stewart ha ido a algún congreso y los niños están de colonias. La historia es siempre más o menos como sigue: follamos y después Matt me envía un mensaje de texto para decirme que no puede seguir haciendo esto, que se siente demasiado culpable. Yo lloro y me deprimo, mientras libro una batalla contra la migraña, y luego me ocupo de mis tareas. Mis hijos aún son pequeños. Me necesitan. Todo es por su bien, me digo. Entonces, al cabo de un par de meses, Matt y yo volvemos a mandarnos mensajes de texto, cada semana o cada dos, y luego con mayor frecuencia: mensajes con el sello de una castidad fraudulenta a medida que crece la expectativa cuando surge la oportunidad de vernos. Su novia va a hacer un viaje de trabajo, o tengo la casa para mí sola. Lo más importante es que nunca planeamos follar. Simplemente retomamos el contacto, comprobamos si el otro está libre para salir a tomar algo, a charlar.

No le menciono que Stew está al corriente de estos encuentros. Quiero que Matt crea que los dos estamos naufragando en barcos idénticos, que ambos luchamos contra los mismos demonios. Pero, en realidad, cuanto más se acercan esas citas «inocentes», más ligera me siento y menos frecuentes son mis migrañas. Cuando sé que no tardaré en ver a Matt, soy más paciente con los niños, tengo más ganas de follar con Stewart.

Las noches en que Matt y yo quedamos —siempre es por la noche — la electricidad recorre mi cuerpo en el preciso instante en que sus ojos verdes se encuentran con los míos. Pasamos un par de horas comportándonos lo mejor posible, bebiendo a buen ritmo para echar abajo cualquier inhibición, hasta que por fin nuestras rodillas se tocan debajo de la mesa y así se quedan. Nos miramos con fijeza a

los ojos y luego, con andares ebrios y tambaleantes, nos encaminamos a su casa o la mía, la que esté vacía, y nos desnudamos uno al otro y follamos como locos, pero siempre brevemente, y siguen unos diez minutos quizá de tensa charla en la cama antes de que la culpa de Matt y mi vergüenza vuelvan a asomar sus feas cabezas. Y el ciclo se repite.

La culpabilidad de Matt me parece lógica, pero mi vergüenza no está tan clara. No siento la menor responsabilidad hacia la novia de Matt. («Si la está engañando antes incluso de casarse, su relación debe de estar condenada, ¿no?») Yo tengo el permiso de mi marido. Sin embargo, hay algo en el hecho de reconocer mis propias necesidades insatisfechas que me hace apartar la mirada.

En la cama, con Stew, sin embargo, mi vergüenza desaparece y Matt vuelve a pertenecer a mi matrimonio, en el papel de accesorio, su cometido previsto. Incluso en los paréntesis semestrales, Matt logra ponerme como una moto. «¿Quieres ver cómo le chupaba la polla a Matt?» «¿Quieres que te enseñe cómo lo montaba a horcajadas?» Vuelco todo mi miedo, todo mi deseo en Stewart. El sexo con él se me antoja peligroso, como si nos asomáramos a un abismo, aferrándonos uno al otro para no caer. A veces, cuando Stewart hace algo nuevo, como mover la lengua de otra manera o ponerse una de mis piernas sobre un hombro en una postura desconocida, me quedo paralizada. «¿Dónde ha aprendido eso?», me pregunto. Pero no me atrevo a pedir explicaciones. Muevo la cabeza de un lado a otro para liquidar la cuestión, como un perro con una rata en la boca, y me obligo a sumirme en un estado primario, con la mente libre de pensamientos. Entonces alcanzo un orgasmo más intenso incluso que los que experimentaba en los primeros días de nuestro matrimonio.

No sé con qué frecuencia ve Stewart a Lena, pero sé que sucede. Un día, cuando estoy haciendo la colada, meto la mano en los bolsillos de uno de sus pantalones para sacar pañuelos de papel, envoltorios de chicles, recibos y resguardos de la tintorería. Palpo algo que parece una tarjeta de crédito. Saco un trozo de plástico rectangular y me quedo mirándolo varios segundos antes de cobrar conciencia

de lo que estoy viendo.

Hilton. Disfrute de su estancia.

Es una llave magnética de hotel, y me habla con la voz de Stewart.

> No te voy a contar nada más sobre lo que estoy haciendo, dice. En lugar de eso, dejaré las llaves de hotel en los bolsillos. Sé que te ocupas tú de lavar toda la ropa: seguro que las encuentras. Así podrás imaginarnos juntos en una habitación de hotel. Si recuerdas qué vaqueros llevaba yo en un momento dado, a lo mejor incluso podrás averiguar la noche exacta en que ocurrió. Te acordarás de aquel mensaje de móvil en el que te decía que trabajaría hasta tarde. Recordarás que fue justo la noche en que llegué a casa a las cuatro y media de la madrugada y te besé mientras dormías, te besé con los labios que la habían besado a ella, que habían recorrido su cuerpo, que la habían hecho gemir y gritar.

Pienso en las veladas que he pasado sola con los niños a lo largo de los años: en las cenas, en la hora de acostarlos, en los platos sucios; en la soledad de tener que ocuparme de todo, porque Stew tenía que trabajar. Reviso en retrospectiva mi sentido de la realidad. «¿Estaba él realmente en la oficina?» Sí, creo que sí. Al fin y al cabo, es evidente que se le da fatal mentir, ya que ni siquiera es capaz de cubrir sus huellas.

Pero otro pensamiento brota en mi interior, pese a mis esfuerzos por reprimirlo. Todas aquellas noches, mi marido podría haber venido a casa a la hora. Ahora está saltándose el trabajo para estar con ella, ¿no?

Noto cómo los celos se mezclan con ese resentimiento que he mantenido a raya durante años, cada vez que la rabia por estar sola en la épica tarea de la crianza de los hijos me ceñía las sienes, me oprimía la garganta y se abría camino hasta mis entrañas. Pero contemplar mi ira es como mirar al sol: duele fijar la vista demasiado tiempo, y eso imposibilita cualquier examen exhaustivo. Y cuando aparto la mirada, todo se tiñe de furia.

Tiro la llave de hotel a la basura.

En todo este tiempo, nunca he invitado a Matt a nuestra casa

cuando estaban los niños… hasta hoy. Quizá lo hago porque Nate ya tiene ocho años y estoy segura de que no se despertará en plena noche. Quizá haber encontrado la llave del Hilton me ha impulsado a cometer esta imprudencia, como si hubiera tomado un potente cóctel de celos y rabia que me nublara el juicio. Me percato de que mi resentimiento no va tan dirigido a Lena como a la libertad de Stewart para hacer lo que le venga en gana, para ir a hoteles sin preocuparse por minucias como acostar a los niños o las canguros. En cualquier caso, me digo, Daniel y Nate están arriba, dormidos en sus camas. Y nosotros dos pisos más abajo, en la habitación de invitados, con una puerta que se cierra con llave y una vía de escape disponible bajo el porche.

Hay ropa desparramada por el suelo y le digo a Matt que tengo que ir a echar un vistazo a los niños. Lo dejo tendido en la cama y subo corriendo desnuda por las escaleras hasta la cocina, una verdadera imprudencia. No voy a comprobar cómo están los niños. En lugar de eso, le escribo un mensaje a Stewart. Ha accedido tan dócilmente a quedarse hasta tarde en la oficina, facilitando así este plan descabellado, que empiezo a sentirme culpable.

«Matt sigue aquí», escribo. «Pero no te preocupes, como amante no te llega a la suela del zapato.»

Lo digo en serio, y a la vez no. El sexo con Matt es diferente, emocionante por su naturaleza ilícita. Pero Stew conoce muy bien mi cuerpo: Matt tardaría años en ponerse a su nivel. Sobre todo, mi intención es tranquilizar a Stewart, contarle una versión apetitosa de todo lo que estoy haciendo, como me ha pedido.

Pulso «Enviar». Y veo entonces que he enviado mi mensaje al hombre equivocado.

Esta vez sí que le envío un mensaje a Stew: «¿Cómo borro un mensaje?», escribo frenéticamente. «¡Creía que te estaba mandando un mensaje a ti, pero se lo he enviado a Matt!»

Stewart intenta ayudar, pero es inútil. El mensaje sigue enviado. Corro escaleras abajo, todavía desnuda, y entablo una charla caótica mientras hurgo entre nuestra ropa desparramada, buscando el teléfono de Matt como si fuera una bomba de relojería. Tengo que borrar ese mensaje.

—Molly —dice Matt.

No levanto la vista.

—Molly —repite—. ¿Para quién era ese mensaje?

Sigue tumbado en la cama, pero se ha puesto los vaqueros. Sostiene en alto el móvil, que debía de llevar en el bolsillo trasero.

Clavo la mirada en el móvil que tiene en la mano, tratando de figurarme si hay algún modo de seguir mintiendo. No lo hay.

—Era para Stewart —confieso—. Pero no lo decía en serio, eres un amante increíble. Solo intentaba hacerle sentir mejor.

—Esa es la menor de mis preocupaciones, Molly. ¿Sabe que estoy aquí?

Asiento con la cabeza. Veo algo nuevo en sus ojos cuando me mira: asco, tal vez, pero no sé si se lo produzco yo, él mismo o los dos. Se me seca la garganta, como si hubiera tragado serrín. Soy incapaz de articular palabra.

—Tengo que irme —declara negando con la cabeza—. Necesito pensar.

Lo observo en silencio mientras se calza y se pone la camiseta. Cruza la puerta tan rápido que me hace dudar de que haya estado aquí siquiera. Le envío otro mensaje a Stew: «Se ha ido. ¿Puedes volver a casa, por favor?».

No soporto mirar las sábanas revueltas en la que seguramente será la última oportunidad de sentir su cuerpo contra el mío. Pero me obligo a quitarlas y a meterlas en la lavadora, a darme una ducha y a ponerme el pijama.

Cuando Stewart llega a casa, me abraza y me dice que no me preocupe.

—No es para tanto —comenta—. ¿Por qué debería importarle?

No puedo explicar cómo lo sé, pero estoy segura de que es el final. Por la forma en que me ha mirado, como si lo hubiera estado utilizando todo este tiempo. Y es posible que lo haya hecho, aunque no en el sentido en que él cree, no solo a modo de accesorio en mi matrimonio, como he pretendido que Stewart creyera. No, he estado utilizando a Matt como un portal a otro mundo, un mundo en el que puedo correr desnuda hasta mi propia cocina sin la sensación de que estoy haciendo algo malo. Aunque ese mundo no es real. Y el portal

se ha cerrado.

Permanezco despierta durante horas y, en cuanto aparece el primer rayo de luz en la ventana del dormitorio, envío un mensaje a Matt para intentar explicárselo. Su respuesta es muy escueta.

«Te deseo lo mejor, Molly, pero se acabó. Adiós.»

Paso el resto del día como una sonámbula, aturdida por la conmoción de lo ocurrido, por la estupidez de mi error. He sido la protagonista de un culebrón: ocultándole a Matt durante años que Stewart sabía la verdad, follando en la habitación de invitados mientras mis hijos dormían arriba, deambulando desnuda por la casa y mandándole el peor mensaje posible en el peor momento posible a la peor persona del mundo. Si estos actos no los hubiera cometido yo, la situación casi sería divertida. Pero nada de esto es cosa de otra persona. Todo es culpa mía. Y estoy sumida en la vergüenza.

Esa noche, Stewart llega temprano. Me ve ausente, en algún lugar al que no puede acceder, y me trata con cuidado.

—¿Quieres hablar del tema? —me pregunta tras haber acostado a los niños. Estoy tumbada en el sofá, muda, con los ojos rojos e hinchados.

—No sé si puedo seguir así —contesto.

Él asiente en silencio, y luego añade:

—¿Quieres que deje de ver a Lena?

Sus palabras son como un salvavidas. Emerjo de las profundidades para agarrarme a él.

—¿Harías eso por mí? —quiero saber.

—Por supuesto —responde—. Me importas más que nadie en el mundo. Tomémonos un descanso, hasta que te sientas mejor.

El salvavidas se desinfla un poco y vuelvo a hundirme bajo la superficie. Un descanso. Conque no se trata del final.

—No lo entiendes. No creo que pueda volver a hacerlo nunca más. Duele demasiado.

Ni siquiera sé cómo poner orden en todo el dolor. Me duele compartir a Stewart y también perder a Matt. También duele dar esta parte de mi vida por terminada. No volver a sentir que alguien me ve resplandeciente y deseable. No volver a sentirme resplandeciente y deseable.

—Creo que sí lo entiendo —dice Stewart cogiéndome la mano—. ¿Te acuerdas de Le Trapeze?

Por supuesto que me acuerdo. Le Trapeze era un club de citas de mala muerte al que íbamos antes de casarnos. Pero, por la expresión de Stewart, por lo visto lo recordamos de manera distinta. Ahora mismo me acuerdo de dos prostitutas en el baño de mujeres que hablaban de lo que esperaban sacar aquella noche: que sus clientes las llevaran al McDonald's.

—No me gustaba Le Trapeze —respondo.

—¿Qué? No lo dices en serio —contesta con un ademán despreciativo—. De ser así, no habríamos ido dos veces, nada menos. Había cosas que te gustaban y cosas que no. Lo mismo pasa con lo de salir con otras personas.

Debo reconocer que es verdad. En Le Trapeze, me gustaba pasearme con los pechos al aire. Me encantaba ver cómo me miraba Stewart y cómo me miraban los demás hombres. Me gustaba la sensación de romper con mi imagen de chica buena, de ser atrevida y deseada.

Pero no me gustaba el anonimato. No me gustaba la sensación de ser un cuerpo intercambiable. Por eso, le dije a Stewart que quería irme en cuanto un desconocido me puso un dedo encima. Y aunque fue idea mía volver por segunda vez, me emborraché mucho para poder hacerlo.

—No te prometo nada —le digo a Stew—. Pero lo pensaré. Dame un poco de tiempo. Para empezar, creo que necesito volver a terapia.

—Gran idea —responde Stewart, y me besa en la frente—. Siempre y cuando yo no tenga que ir.

—La última vez que estuviste aquí —dice Mitchell—, te pedí que pensaras en qué significaría para ti acostarte con Matt.

Asiento con la cabeza, sorprendida. Es como si nunca hubiéramos dejado de hablar. Aunque haya revisado sus notas antes de mi entrada en la consulta, capto algo genuino en sus ojos. Aprecio este sentimiento que me transmite Mitchell: el de sentirme reconocida, recordada, familiar.

—Pero la última vez no quería pensar en qué significaba. Solo quería hacerlo. —Guardo silencio un instante—. Y me acosté con él. Varias veces. —Me sienta bien confesar mis pecados, y aún me sienta mejor que Mitchell no actúe como si hubiera cometido algún pecado.

—¿Y ahora notas un cambio? —quiere saber—. ¿Estás lista para pensar en ello?

Asiento de nuevo.

—Necesito aclarar algunas cosas —añado.

Un dolor repentino se apodera de mi cráneo, como un instrumento de tortura con forma de gorro de natación. Mitchell se da cuenta. Debo de haber hecho una mueca de dolor.

—¿Qué está pasando en tu interior en este momento? Físicamente, quiero decir.

—Me estalla la cabeza —contesto—. Una migraña. Puede ser muy fuerte, pero no la tengo de forma constante.

—Hmm —murmura Mitchell tomando nota—. Creo que ya hemos descubierto tu primera tarea. Durante las próximas dos semanas, me gustaría que pusieras por escrito lo que haces o piensas cada vez que notes que se avecina un dolor de cabeza.

—De acuerdo —respondo animándome un poco y con el gorro de tortura aflojándose—. Me encanta que me pongan deberes.

—¿En serio? —replica Mitchell riendo—. ¿Por qué?

Me paro a pensarlo. Recuerdo el día en que empecé tercero de primaria, lo emocionada que estaba porque era el curso en el que por fin tendría deberes.

—Supongo que porque siempre se me han dado bien —sugiero—. El primer día de tercero de primaria, hice todos los deberes del curso: dos libros enteros de lectura y matemáticas. Así que acabé saltándome cuarto.

Mitchell toma otra nota. No sé muy bien qué relevancia puede tener eso para mi vida sexual, ni siquiera para mis dolores de cabeza.

—Debías de ser muy jovencita en comparación con tus compañeros de clase.

—Sí —admito—. Era la menor de mi curso. Así que solo tenía doce

años cuando empecé la secundaria, y dieciséis cuando entré en la universidad. La gente solía llamarme «la doctora precoz».[1] Pero tampoco es que anduviera curando el cáncer ni nada por el estilo. Solo se me daban muy bien las fichas de ejercicios.

—Seguro que era algo más que eso —opina él volviendo a reír. Me alegra que me encuentre tan divertida—. ¿Cómo te sentiste al saltarte un curso?

Reflexiono sobre su pregunta.

—Me gustaba que me consideraran lista —respondo—. Me gustaba que los adultos me creyeran tan capaz, especialmente mis padres. —Mitchell me mira en silencio. De pronto empiezo a atar cabos.

»Pero no era fácil ser tan joven. Siempre me han considerado una empollona. Y no me eché un novio hasta mi tercer curso en la facultad. Ese, William, lo tuve durante cuatro años, hasta justo antes de conocer a Stewart. De hecho, por eso Stew me dijo, incluso antes de que nos comprometiéramos, que quería que me acostara con otros. Él creía que había perdido la oportunidad de darle un poco de gusto al cuerpo.

Observo cómo Mitchell garabatea algo.

—Además, le excita —revelo.

Mitchell asiente de nuevo, todavía a la espera.

—Hay algo más —añado—. No sé decir si es importante o no, pero mis padres también tenían un matrimonio abierto… aunque ellos no lo llamaban así. Mi madre se acostaba con otro hombre y fue mi padre quien la animó a hacerlo. Se parece a lo mío con Stewart, de hecho. Pero yo no estaba al corriente de lo de mis padres cuando Stew y yo sacamos el tema.

Mitchell arquea las cejas y garabatea furiosamente con el bolígrafo.

Cuando acaba la sesión tengo un montón de deberes. Para empezar, debo llevar un registro de mis dolores de cabeza. Sin embargo, mi siguiente tarea es aún más importante.

—Molly —prosigue Mitchell observando primero el techo para ordenar sus ideas y luego mirándome a los ojos—. Me has contado por qué cree Stewart que deberíais tener un matrimonio abierto, y

has citado la relación de tus padres como precedente, pero sigues sin articular qué esperas obtener tú con este acuerdo. De modo que me gustaría que siguieras dándole vueltas a eso.

Digo que sí con la cabeza. Ojalá pudiera llevarme a Mitchell a casa conmigo.

Entonces añade, haciendo hincapié en sus palabras:

—Y te recomiendo encarecidamente que hables con tu madre.

1. En el original inglés, «Doogie Howser». Es el protagonista y el título de una serie que estaba en antena en la época que describe este libro (2008 aproximadamente), sobre un niño prodigio que ejercía de médico, más o menos al estilo de *The Good Doctor*. Se emitió en España con el título de *El médico precoz*. *(Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.)*

6

Soy una alumna de lo más aplicada. Me tomo muy en serio los deberes.

Llevo un registro de mis migrañas, pero me cuesta lo mío encontrar una pauta. Me puede doler la cabeza cuando dejo a Nate en el colegio, durante el almuerzo o en mi última clase, cuando recojo a Daniel de las extraescolares o cuando los acuesto a los dos. O a las cuatro de la madrugada puedo despertarme de un sueño en el que me aplastan la cabeza a pedrada limpia. Es posible que me encuentre tomando Excedrin antes de salir una noche con Stewart, en un intento de mantener a raya el dolor para poder dedicar un compartimento de mi persona a la felicidad conyugal y el sexo sin preocupaciones. Puedo pensar de pronto en Matt y sentir náuseas ante los destellos de luz que parpadean detrás de mis ojos, y es posible que me vea obligada a meterme en la cama y llorar bajo las sábanas, confiando en purgar mis lágrimas y mi dolor de cabeza antes de que los niños me encuentren.

¿Y cuál es mi último método infalible para entrar en la zona de la migraña? Pensar en mis otras dos tareas.

¿Por qué quiero un matrimonio abierto?

¿Y de verdad tengo que hablar con mi madre?

Le pido a Stewart que lleve a los niños al parque el sábado para poder llamarla. A principios de semana, le envié un correo electrónico preguntándole si podíamos hablar. Mi madre y yo hablamos por teléfono con regularidad, de modo que mi petición era para avisarla: no será una charla habitual. «Por supuesto», respondió. «¡Estoy intrigada!»

Me devano los sesos durante días para decidir por dónde empezar. Y repaso en silencio lo preparado cuando contesta al teléfono con torpeza y oigo cómo está a punto de dejar caer el auricular, lo que

me recuerda una vez más su nueva realidad física.

—¡Hola, mamá! —saludo con el tono más alegre posible.

—Hola, cariño —contesta con una voz que parece venir de muy lejos—. Lo siento. Dame un momentito para ponerme el teléfono donde toca.

Me recuerda a las llamadas que hacía mi abuela en los meses previos a su muerte. A menudo tenía el teléfono al revés en la mano y teníamos que aclararle a gritos que le diera la vuelta. Al menos mi madre es consciente de sus problemas.

—¡Así está mejor! —Habla más despacio que antes, pero con el tono animoso de siempre—. Vale, ¿qué pasa? Tu correo me ha dejado muy intrigada.

Respiro hondo y, antes de que me falte el valor, suelto la introducción que he ensayado:

—Verás, es que ahora voy a un terapeuta, y me ha puesto deberes. Uno de ellos es que hable contigo sobre algo, pero no sé cómo expresarlo.

—¡Ya veo! —exclama ella. A veces pienso que mi madre tiene madera de actriz de comedia y podría haber hecho una audición para un papel de madre perfecta a lo June Cleaver—. Bueno, en ese caso, ¡deja de andarte por las ramas y ve al grano!

Aunque imaginaba que mi madre respondería así, no he llegado a prepararme la siguiente frase. Respiro hondo y me brota una avalancha de palabras improvisadas.

—Ejem, pues vale… Stew quería hace unos años que me acostara con otro como cuando papá te dijo que deberías tener una aventura y eso hice y se llama Matt y duró un tiempo pero ahora ya no quiere hablar conmigo y creo que Stewart y yo seguimos bien aunque me preocupa haber echado por tierra mi matrimonio y creo que no debería volver a hacer algo así a pesar de que hubo partes que fueron muy bonitas y echo mucho de menos a Matt pero no sé si realmente lo echo de menos o si solo echo de menos cómo me hacía sentir y sigo queriendo a Stewart pero no creo que pueda soportar que esté con otras mujeres y ahora ando hecha unos zorros y la cabeza me estalla y no sé qué hacer.

Al detenerme para recuperar el aliento rompo a llorar. No sé

cuánto habrá sido capaz de descifrar mi madre, pero ya no puedo más. Sostengo el teléfono encajado entre el hombro y la oreja izquierdos y cojo la caja de pañuelos junto a la cama.

—Ay, mi niña —dice—. Llevas mucho tiempo guardándote esto. Me alegro de que me lo cuentes ahora.

—¿En serio? —gimoteo—. Me daba miedo decírtelo. La última vez que saqué el tema… ya sabes, lo tuyo con Jim, parecías muy… incómoda. —Evito mencionar la palabra vergüenza. Más de una década después, aquella conversación sigue envuelta en la neblina del agotamiento posparto. Pero cuando me quito la venda de los ojos de mi propio recuerdo, veo los hombros rígidos de mi madre. Oigo sus palabras entrecortadas: «Era virgen cuando nos casamos. Tu padre pensó que una aventura me daría confianza. Pasó hace mucho tiempo».

—Supongo que sí —responde—. Y sigue sin apetecerme compartir detalles íntimos. Pero si tú necesitas hablar de ello… bueno, eso es distinto.

—Está bien —digo—. Creo que tampoco quiero entrar en detalles. Pero sí tengo un par de preguntas que hacerte. Sin entrar en detalles.

—Vale —accede—. Pregunta lo que quieras.

—¿Crees que acostarme con otros echará por tierra mi matrimonio?

—Por supuesto que no —responde mi madre, con tanta certeza que me hace reír. Ella también se ríe.

Me viene a la mente el sonido de su risa, como el tintineo de una campana, cuando hablaba con Jim por teléfono. Esta es mi verdadera madre. No la santurrona a quien intenté imitar durante mi infancia, sino una mujer de bandera que desafiaba las normas, que anima a su hija a hacer lo mismo y que, para colmo, se ríe de ello.

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura? —le pregunto cuando nos hemos calmado.

—Porque Stewart y tú tenéis los dos ingredientes mágicos —explica—: os habláis y os queréis. Si seguís haciendo esas dos cosas, abriros a nuevas experiencias solo puede enriquecer y fortalecer vuestro matrimonio.

—Parece pan comido. ¿Fue fácil para ti y para papá? ¿No sentías celos? —indago en busca de información—. Supongo que él también tenía permiso para acostarse con otras.

—No voy a hablar de la experiencia de tu padre —zanja mi madre, siempre tan reservada. Sus palabras brotan despacio, con pequeñas pausas entre ellas, en sus esfuerzos por controlar los músculos de la boca—. Esa conversación deberás tenerla con él.

Me estremezco solo de pensar en preguntarle a mi padre sobre su vida sexual o compartir con él un ápice siquiera de información sobre la mía—. Solo te diré que no fue fácil, en absoluto. A veces nos pasábamos la noche entera dándole vueltas. Pero si tuviera que volver a hacerlo, no cambiaría nada.

Un pequeño nudo de tristeza se forma en mi garganta cuando dice eso.

—Pero mamá, tú tenías un vínculo real con Jim, y seguís siendo amigos. Quizá por eso no te arrepientes de nada. Matt y yo apenas nos veíamos. Y ahora me pregunto si todo fue solo… no sé… superficial.

—Oh, cariño —dice mi madre—. No te preocupes. Habrá más.

No caigo en la cuenta hasta que ya he colgado el teléfono: también para mi madre tuvo que haber habido más.

Por la noche, cuando los niños ya están en la cama, Stewart me sienta en el sofá y me pregunta por la conversación.

—¿Cómo ha ido? —quiere saber, y por su cara parece que haya conseguido pases para el *backstage* de un concierto de Van Halen—. ¿Qué has averiguado? ¿Algo escandaloso?

—La verdad es que no —respondo—. Mi madre nunca es muy explícita.

Suelta un suspiro y niega con la cabeza, decepcionado.

—¿Y de qué habéis hablado?

—Solo hablamos sobre el matrimonio abierto en general, aunque ella nunca lo llama así. Dudo que ni siquiera conozca la expresión. —Hago una pausa para considerar qué otra cosa decir. No puedo contarle a Stew que le he preguntado a mi madre si creía que nuestro matrimonio estaba en crisis. Con eso revelaría mi propio miedo. Cuando decido centrarme en otra cosa, no se me escapa la

ironía en mis palabras—: Sí me ha dicho que tú y yo tenemos buena comunicación. Eso es lo más importante.

—Ay, qué bonito —comenta Stewart—. Y resulta que estoy de acuerdo. —Me aprieta la rodilla y me besa—. Voy a trabajar un poco. Buenas noches, mi Maleta sexi. —«Maleta» es el apodo que me ha puesto. Es una de las pocas palabras que recuerda del español que aprendió en el instituto y, a sus oídos, suena parecido a «Molly». A mi marido se le pasan cosas muy interesantes por la cabeza.

—Buenas noches, tesoro. Te quiero.

Más tarde, tendida en nuestra cama, pienso en mis padres en la suya, durante los años de mi infancia. «A veces nos pasábamos la noche entera hablando», me ha dicho antes mi madre. Recuerdo haber escuchado al menos algunas de esas conversaciones. Nunca llegué a captar las palabras, pero el tono de sus voces entremezcladas, con la tesitura de barítono de mi padre y la de contralto de mi madre, siempre me reconfortaba. Y ahora mi madre cree que yo, tal vez por ósmosis, he aprendido la importancia de la comunicación en mi propio matrimonio.

Pero un pensamiento informe me ronda la cabeza. Empiezo a creer que esa es la verdadera fuente de mis migrañas: las verdades no expresadas que me niego a reconocer, ni siquiera ante mí misma. El pensamiento está empezando a adquirir forma ahora. Tiene que ver con lo que me dijo mi madre en los primeros tiempos de sus síntomas de ataxia, cuando empezaba a ir más lenta y a tropezar, a arrastrar las palabras y babear.

«Quizá es por toda mi ira reprimida», sugirió entonces.

¿Cómo encaja esa ira en la imagen de armonía conyugal que ella me ha pintado? ¿Una vida en la que ella y mi padre se daban mutua libertad y hablaban sobre todos sus sentimientos difíciles? ¿De dónde venía esa rabia?

¿Y qué significado tiene para mí la ira de mi madre?

Llevo estos interrogantes a mi siguiente sesión con Mitchell.

—¿Cuál crees que es el origen de la rabia de tu madre? —me pregunta.

Y regreso a 1979. Mi padre vuelve a casa de un viaje con sus

alumnos. Dirige un programa de aprendizaje experiencial para estudiantes de último curso de secundaria. Mi madre también es profesora, pero una «de batalla», con clases que impartir y exámenes que corregir. La clase de maestra que también es madre y debe cuidar a los niños, hacer la compra, preparar la cena y fregar los platos. Mi madre suelta un profundo suspiro cuando mi padre anuncia que le trae su ropa sucia y vuelve a marcharse al día siguiente.

—He ahí el único modo que tenía mi madre de expresar su ira —le cuento a Mitchell—. Mediante suspiros. ¿A que es una putada?

—¿Y cómo expresas tú la rabia, Molly? —quiere saber Mitchell.

De repente, todo encaja.

—¡No la expreso! ¡Por eso tengo migrañas!

—Aaah —responde Mitchell—. Creo que vamos por buen camino. ¿Has registrado tus dolores de cabeza como te pedí?

—Sí —respondo.

Nunca me había emocionado tanto pensar en mis dolores de cabeza. He tomado notas en mi teléfono. Abro ahora el documento y empiezo a leer en voz alta. Casi todo lo que hay en mi lista (cuidar de los niños, dar clases, incluso el sexo con Stewart) tiene que ver con un sentimiento de obligación. El único otro punto (pensar en Matt) guarda relación con la desaparición de una cosa en mi vida que no me parecía obligatoria.

—Sé que los hombres también tenéis obligaciones —explico—, pero estoy bastante convencida de que los sentimientos de una madre son distintos a los de un padre. No se trata tan solo del deber de mantener a tu familia. Da la sensación de que, como madre, supuestamente debas renunciar a tu yo por entero, como si no se te permitiera tener una identidad.

—No es raro que las mujeres se sientan así. Y parece que tu madre ejemplificó esa clase de feminidad para ti, con una excepción.

—¡Exacto! Da la impresión de que la libertad sexual fuera su única válvula de escape —confirmo—. Pero sigue culpando de su enfermedad a la «ira reprimida», de modo que queda claro que esa válvula no era suficiente.

—Molly —comenta Mitchell inclinándose para apoyar los codos en

las rodillas—. Por lo que parece, con esto se te ofrece una oportunidad: ¿qué puedes aprender de la trayectoria de tu madre? Las emociones reprimidas pueden haber contribuido a su dolencia, y en tu caso parecen estar asimismo relacionadas con la enfermedad, con esas horrorosas migrañas.

Lo miro a los ojos y asiento con vehemencia, con los ojos llenos de lágrimas. Es un gran alivio que alguien describa qué narices me está pasando.

—Voy a ponerle un nombre a esa parte de ti que siente esas obligaciones y reprime la ira: llamémosla la Molly de Matrícula de Honor.

Me echo a reír.

—Le viene como anillo al dedo.

—Y como a la Molly de Matrícula de Honor le encantan los deberes, vamos a ponerle algunos. El tema de hoy será la libertad. Me gustaría que redactaras tres listas.

Arranca una hoja nueva de su cuaderno y escribe en la parte superior: «Nuevos deberes para la Molly de Matrícula de Honor». Debajo del título, crea tres columnas. Me encanta esta tarea, con sus letras mayúsculas, sus líneas rectas. Me siento como pez en el agua.

—La primera columna —continúa Mitchell— es «liberarme de»… ¿De qué necesita liberarse la Molly de Matrícula? La siguiente es «libertad para ser»… Y, por último, «libertad para hacer».

Acaba de escribir y me entrega el papel. Tengo la sensación de que me está dando un verdadero pedazo de libertad.

—Hoy has hecho un buen trabajo, Molly —concluye Mitchell—. Nos vemos dentro de dos semanas.

Llevo mis libertades en el bolsillo a todas partes. Hacia finales de la segunda semana, mi hoja tiene la consistencia de un pañuelo de papel usado y la letra es casi ilegible. He llenado cada columna con las libertades que deseo y, antes de volver a la consulta de Mitchell, hago balance e intento poner un poco de orden en ese caos sin forma. Redacto la lista definitiva en el teléfono para tenerla siempre conmigo.

Liberarme de:

- la presión de ser puntual
- las obligaciones autoimpuestas (¡nunca volveré a aceptar ser la delegada de la asociación de padres y madres de alumnos!)
- la culpa
- complacer a los demás

Libertad para ser:

- espontánea
- imperfecta
- mi propia prioridad
- sincera con Stewart

Libertad para hacer:

- tonterías
- cosas divertidas y solo para mí (¿clases de guitarra?)
- un trabajo que me dé más libertad que la docencia

En nuestra siguiente sesión, Mitchell elogia mis listas y me anima a compartirlas con Stewart. He descubierto que me gusta pensar en mí misma en tercera persona, como si me desdoblara. Que le den a la Molly de Matrícula de Honor. La Molly Auténtica necesita más libertad, más espontaneidad, más imperfección, ¡más, más, más!

Después de hablarlo con Stew, decido dejar la docencia y aceptar un empleo como redactora de planes de estudios y formadora de profesores en la empresa que fundó mi padre cuando se jubiló de la enseñanza. Es un trabajo que implica viajar un poco, pero también es de media jornada. Stewart se compromete a echarme una mano cuando yo salga de la ciudad, y me imagino la libertad de ir al gimnasio o a la escuela de guitarra de Brooklyn por las mañanas, de hacer la compra entre semana, de coger un avión sola para «viajes de trabajo».

También decidimos mantener el matrimonio abierto. Estoy resuelta a lograr que esta clase de matrimonio funcione para mí, a ampliar mis horizontes sexuales y a aportar más espontaneidad y aventura a mi vida. Pero pese a haber convertido la libertad en mi nuevo centro de atención, a una leoparda inquieta le cuesta lo suyo

cambiar el perfecto camuflaje de sus manchas. Estoy emocionada, pero también asustada: temo que me hagan daño, me da miedo perder a Stewart. Le cuento todo esto. Al final, añado:

—Sin embargo, no creo que debamos mantener nuestro antiguo acuerdo, según el cual yo te lo cuento todo, pero tú no me cuentas nada. Porque si no me dices con quién estás, sé que voy a inventarme cosas. Por ejemplo, me dará miedo que sea una conocida mía, o mucho más joven que yo, o que desees estar casado con ella en lugar de conmigo.

—Molly, eso no va a pasar —responde Stew—. Pero se me ocurre esto: establezcamos nuevas reglas.

—¿Nada de exnovias, por ejemplo? —Lena ha concluido su proceso de divorcio y está saliendo con alguien nuevo, alguien que quiere una relación monógama.

—Claro, eso puedo cumplirlo.

Una vez que empiezo, mis reglas se multiplican. No las pongo por escrito; de algún modo, basta con decirlas en voz alta. Tengo la sensación de estar dándole a Stew un guion, pero uno que está vivo y coleando y que puede cambiarse según convenga. «He aquí cómo debes comportarte para que me sienta segura», transmiten mis reglas. Pero también sirven para resaltar todos mis miedos e inseguridades:

—No salgas con una ex. No salgas con nadie del barrio. No salgas con nadie que viva muy lejos. No salgas con alguien de tu trabajo. Nada de enamorarse. Limítate a quedar las noches en que yo también salga. No vayas a casa de nadie. No quedes durante el día. No duermas en casa ajena. No salgas con nadie de quien pudieras enamorarte. Nada de jugar al ajedrez ni de ir al cine con nadie que no sea yo: eso es cosa nuestra. No salgas con nadie demasiado joven. No me enseñes fotos hasta que pase un año. Cuéntame lo justo, pero no demasiado. Lo digo en serio: no te enamores. Solo cuéntame lo malo. No me envíes mensajes de texto justo después de una cita, porque me preocupará que sigas pensando en ella. No, vale, da igual, mándame mensajes para que sepa que piensas en mí.

»Y recuerda: ni se te pase por la cabeza enamorarte.

Unas semanas más tarde, estoy cenando con mi amiga Edie, la madre de un compañero de clase de Daniel, a quien admiro desde hace mucho tiempo. Es elegante, sexi, tanto que no parece la madre de nadie. Quizá su principal atributo es que sigue soltera. Esto la convierte en una de las pocas personas a las que puedo imaginar contarle el acuerdo que tengo con Stewart.

Espero hasta que pedimos la segunda botella de vino y entonces dirijo la conversación con cautela, centrándome solo en su experiencia.

—Cuéntame, ¿cómo son las citas con hombres hoy en día? —quiero saber.

—Ay, Dios —suelta—. Son increíbles y horrorosas a la vez. Acabo de abrirme un perfil en Tinder.

—¿Y eso qué es?

—Es una aplicación para ligar. Mira, te la enseño.

Edie saca su Android y lo coloca para que yo pueda verlo.

—Aquí están todos los tíos solteros en ocho kilómetros a la redonda. Si te gusta uno, deslizas hacia la derecha, y si no, hacia la izquierda. —Empieza a mostrarme sus opciones. Aparecen hombres de todas las formas y colores. Lo único que por lo visto tienen en común es que todos son menores de treinta años—. Estoy enganchada; esta mierda es como el crac.

—¿Has salido con alguno de estos chicos? —le pregunto.

—Yo no lo llamaría salir exactamente —comenta arqueando las cejas de forma elocuente y haciéndome reír—. Hay un tío que viene a casa cuando los niños están en el colegio. El sexo es increíble, pero es mucho más joven que yo. Para colmo, está colado por mí, y mira que no quiero nada serio. Menudo lío.

No logro decidir si Edie es mi heroína o si está haciendo ondear una bandera roja. Quizá ambas cosas. Pero parece la persona adecuada a quien pedir consejo.

—Tengo una pregunta que hacerte… —me arriesgo. Le cuento lo de Matt y Lena, lo de mis padres, le hablo de Stewart y de mi deseo de llevar nuestro matrimonio abierto de forma que nadie sufra daño —. Además, tengo la impresión de que debo ser discreta. No quiero que se entere todo el mundo.

Eso parece un gran obstáculo. La idea de que alguien más esté al tanto de mis correrías me provoca urticaria, literalmente. ¿Qué pensaría mi vecino, el pastor, si supiera que soy infiel? Aparte de Edie, ¿seguirían dejando las rectas madres de los amigos de mis hijos que sus niños se quedaran a dormir en casa de una pelandrusca? Incluso me da miedo lo que podrían pensar los dependientes de la farmacia si me vieran comprando condones o… ¡ay qué horror!, lubricante.

—Lo entiendo —asegura Edie—. La gente puede ser muy crítica. —Entonces se le enciende la bombilla—. Espera, ¿escuchas a Howard Stern en la radio?

—Uy, pues no —respondo mientras vuelvo a llenar nuestras copas de vino. Lo único que sé de Howard Stern es que es un gilipollas misógino. Pero intento mantener la mente abierta.

—Siempre habla de una página web de citas en su programa —continúa Edie—. Se llama Ashley Madison. Es para gente que engaña a su pareja. Pero ya sabes, a veces los hombres no están casados, o tienen un acuerdo con su mujer de no preguntar, no contar nada, o algo así. ¡Deberías echarle un vistazo!

La combinación del vino con los ánimos de Edie crea lo que me parece un entusiasmo genuino por la idea. Me he liberado de la culpa, ¿no? ¡Tengo libertad para ser espontánea! ¡Libertad para hacer tonterías! Además, las posibilidades de enamorarse de un adúltero parecen muy escasas.

Esa misma noche, ebria de una embriagadora mezcla de vino y libertad, me creo un perfil en Ashley Madison. El eslogan del sitio es «La vida es corta. Ten una aventura». Es caro para los hombres, pero gratuito para las mujeres. La mayoría de los clientes utilizan nombres falsos (Dispuesto-a-Todo, Scorpioman, Pervertidillo4U) e incluyen fotos de cuello para abajo o imágenes retocadas. Sus rostros se ocultan tras elementos de atrezo —bigotes, gafas de sol y sombreros— proporcionados por la propia Ashley. Selecciono una foto que Stew considera especialmente sexi, donde aparezco con un vestido negro y un sombrero del Derby de Kentucky, en una pose muy coqueta en la entrada de nuestra casa, y luego tapo mis ojos con un rectángulo diseñado para ese propósito. Me pongo el nombre

de «Mercedes Invierno», un *alter ego* formado a partir del nombre que me pusieron en la clase de español de segundo curso de secundaria y una traducción atractiva y fácil de pronunciar de mi apellido. El doble pecado de la apropiación cultural y de falsear mi identidad ante hombres con fetiches latinos no parece algo grave en el mundo de Ashley Madison.

Mercedes Invierno es una chica con malas pulgas, en las antípodas de la Molly de Matrícula de Honor. A las veinticuatro horas de su debut en el mundo de las citas *online*, más de cien hombres anónimos, casi sin rostro, que buscan «ligar» con una «cómplice» le han puesto un «Me gusta» a Mercedes.

Y ella devora toda esa atención como si fuera un plato de churros calientes.

SEGUNDA PARTE

7

Son las tres de la tarde de un miércoles en algún lugar de la avenida Ámsterdam. He llegado a uno de los últimos reductos cutres del Upper West Side. Unos cuantos bebedores solitarios, luciendo camisas de franela y un aura de tristeza, están desplomados en la barra, donde una mujer de cabello leonado y con una camiseta sin mangas que le queda pequeña les rellena los vasos. Solo hay una persona sentada a una mesa, hacia el fondo, donde no llega la luz del día. Lleva una gorra de béisbol y se parece a uno de los chicos que solía ver en las fiestas de la universidad. Guapo pero anodino, del tipo que siempre se acompañaba de una chica rubia y delgada de la hermandad y nunca se fijaba en mí. Es mi cita, Mike, aunque dudo que ese sea su verdadero nombre.

Me observa cuando me dirijo hacia él y se levanta con vacilación.

—¿Mercedes? —pregunta, aunque lo pronuncia a la americana, como la marca de coches.

—En realidad me llamo Molly —respondo. Por Dios, qué mal se me da esto—. Tú debes de ser Mike.

—Eh… sí, hola —contesta sin corregirme. Definitivamente, no se llama así—. No puedo creer que seas tú. Quiero decir que eres igual que en la foto.

No se corta un pelo y me da un buen repaso. Claro que, en estas circunstancias, ¿por qué debería hacerlo?

Me río.

—¿No suele ser así?

—Ay, Dios, no tienes ni idea. ¿Te pido una copa?

—Tomaré lo mismo que tú —contesto señalando con la cabeza la cerveza casi vacía que tiene en la mano.

—Genial.

Se aleja hacia la barra. Me siento a la mesa y reparo con cierta

sorpresa en lo tranquila que me siento. Todo bajo control. Es posible que le haya dicho a Falso Mike mi nombre real, pero Mercedes Invierno es quien está aquí, quien nota la mirada de un desconocido a cinco o seis metros de distancia y juega con su pelo, cruza las piernas y se vuelve a aplicar brillo de labios.

Falso Mike vuelve y deja dos vasos sobre la mesa. Titubea antes de sentarse a mi lado. Pero no me mira a los ojos. Está nervioso, y eso contribuye a mi sensación de poder.

—Háblame de esas mujeres que no son quienes dicen ser —le pido mientras da un largo trago a su vaso.

—Ay, Dios —repite—. Es terrible, para los hombres al menos. La mitad de las «mujeres» en Ashley Madison son piratas informáticos rusos o algo así: solo pretenden engañarte e inventarse crisis para que les envíes dinero, pero si les propones quedar cara a cara te dan largas. —Me mira de reojo para asegurarse de que capto la magnitud de su desgracia—. Pero no me trago esos cuentos.

Pienso en mi bandeja de entrada de la aplicación de citas. Clasificar las docenas de mensajes que me llegan cada día se ha convertido en una especie de empleo a tiempo parcial. No me extraña que sea tan popular.

—Vaya, no tenía ni idea. ¿Y cómo te ha ido?

—Bueno, solo he tenido otra cita —admite, ganando confianza a medida que su historia tiene el efecto deseado—. Y su foto era muy sexi. Además, era reciente, porque se veía un cartel de la última película de James Bond al fondo.

—¡Vaya! —comento con mi tono más alentador.

—Pero cuando apareció, era como treinta años mayor que en la foto. La misma persona, pero treinta años más vieja. Fue alucinante. ¿Cómo se hizo esa foto con el cartel de Bond? No parecía retocada ni nada por el estilo. —Mike mira ahora a lo lejos, como si aún no fuera capaz de comprender la trama, digna de *En los límites de la realidad*, de su anterior intento de infidelidad.

—Me huele a chamusquina —coincido.

—Yo no sabía qué decir. No quería soltarle: «¿Cómo has envejecido tanto y tan deprisa?», porque habría sido grosero, ¿no?

—Muy grosero.

—Así que le dije: «Estás un poco diferente que en la foto», y ¿sabes qué me respondió? —Se inclina hacia delante exhalando un aroma a whisky. Caigo en la cuenta de que, mientras que yo estoy a punto de tomar mi primera copa, Mike lleva ya un buen rato en este bar. También me fijo en sus bíceps bien marcados bajo la camiseta, lo que parece contradecir mi primera opinión.

—¿Qué?

—Pues va y me suelta: «Sí, la foto que publiqué es de mi hija. ¡Pero todo el mundo me jura que somos idénticas!». —Niega con la cabeza al recordarlo y da otro largo sorbo a su bebida—. No me digas que no es una gilipollez de tres pares de cojones, ¿eh?

—Pues sí, menuda gilipollez.

—Y, por cierto, antes de seguir hablando de mi vida de mierda, tengo que decirte que eres preciosa. Mucho más guapa que la hija de esa mujer.

Ahí está. El reconocimiento que tanto anhelo.

Un par de horas más tarde, Falso Mike y yo salimos del bar y damos un paseo tambaleante por Central Park. Tonalidades surrealistas de amarillo y rojo tiñen los árboles; incluso el aire resplandece. Gentes de otro mundo —hombres trajeados, mujeres con faldas tubo— pasan de camino a casa después del trabajo. Sigo sin tener ni idea de a qué se dedica Falso Mike para poder salir conmigo a plena luz del día, pero me da igual. Echo un vistazo a mi teléfono para asegurarme de que no han llamado del colegio de los niños. No hay mensajes de voz, lo que significa que la canguro los ha recogido a tiempo de las actividades extraescolares. Me pregunto si Stew comprueba alguna vez su teléfono cuando está en una cita, si se detiene a pensar dónde están los niños en ese momento, si siente cómo una punzada de responsabilidad lo arranca de un momento hedonista. Pero ya sé la respuesta. No necesita sentirse responsable porque yo me encargo de todo. Siempre lo he hecho.

Agarro la mano de Falso Mike y lo alejo del camino pavimentado hacia la hierba cubierta de hojarasca. Es una escena clásica de comedia romántica —el anochecer otoñal en Central Park— en todos los sentidos menos en uno, y me siento como una Meg Ryan de un

universo alternativo. Me detengo junto a un enorme olmo, lo atraigo hacia mí, dejo que me empuje contra la corteza rugosa y guío su mano por la parte delantera de mis vaqueros. Dejo que el anonimato de la ciudad de Nueva York me envuelva como un escudo protector, pero ni siquiera esta descarada demostración me parece lo bastante atrevida.

—Espera un segundo —digo, ¿o es la voz entrecortada de Mercedes Invierno la que oigo? Saco el móvil del bolsillo trasero. Además de informarme de la existencia de Ashley Madison, Edie también me ha hablado de otra página web donde se pueden reservar habitaciones de hotel con descuento durante unas horas al día. Tras una búsqueda de hoteles que se acogen a esa rebaja en el Upper West Side —claramente obra de la Molly de Matrícula—, tengo una lista de números en mi móvil. Llamo a uno, doy los datos de mi tarjeta de crédito y, de repente, por el módico precio de cincuenta y nueve dólares, tenemos una habitación a donde ir. Falso Mike ha dado un paso atrás y me mira con casi tanta incredulidad como yo a mí misma.

En el hotel, me detengo en recepción a recoger la llave. Para ello, tengo que entregar el carné de conducir, pasar mi tarjeta de crédito por el lector en previsión de gastos extra y firmar un documento en el que declaro que estoy al corriente de la prohibición de fumar en el hotel. Estoy recuperando la sobriedad demasiado rápido y temo que a Falso Mike le pase lo mismo. Se mantiene alejado de mí, mirando por el vestíbulo como si buscara a otra persona. Nos magreamos en el ascensor, tratando de reavivar nuestra ebria pasión, pero una vez en la habitación me doy cuenta de que tengo que hacer pis y corro al baño sin decir esta boca es mía. Abro el grifo del lavabo para enmascarar el sonido de un posible pedo y dejo mis vaqueros y mi camisa en un montón en el suelo.

Cuando salgo, Falso Mike está tumbado en la cama. También se ha quedado en ropa interior e intenta resucitar su erección con una mano, intentando fingir que la realidad no ha hecho que el ímpetu cobrado en el parque pierda fuelle. Las luces están apagadas y la habitación casi a oscuras, con los últimos vestigios de luz de sol perfilando las persianas bajadas. Ahora, en la penumbra, puedo

mirarlo, puedo convertir al Falso Mike en quien yo quiera. Me subo a la cama y lo monto a horcajadas, me inclino para besarlo mientras él forcejea con el corchete de mi sujetador.

Me pregunto si tiene hijos, si los pechos de su mujer, como los míos, están salpicados de estrías, si son dos globos medio desinflados. Me dejo caer para volverme boca arriba y así trabajar con la gravedad, no contra ella. Incluso en la oscuridad, me siento expuesta.

—Espera —digo, la primera palabra que sale de mi boca desde que he hablado con el recepcionista.

Alargo una mano hacia mi bolso y saco un paquete de condones, una prueba más de que este plan no es tan espontáneo como quiero que Falso Mike crea. Él abre obedientemente el paquete mientras yo le acaricio el pene, más pequeño que el de Stewart o el de Matt. Para cuando se pone el condón y consigue penetrarme, ya empieza a perder la erección.

—Lo siento —murmura—. Hace una buena temporada que no usaba uno de estos. Mi mujer toma la píldora.

—No te preocupes —contesto. Dejo que su polla se salga, le quito el condón con gesto sexi y sin ánimo de crítica, o eso espero, procedo a lamerle el miembro como si fuera un polo medio derretido. La habitación está mal ventilada. Algunos pelos rebeldes se me pegan al labio. Me apoyo sobre un codo para que mi pecho sudoroso no se le quede pegado a la pierna y con la otra mano ayudo a mi boca. Ahora me siento segura, en mi elemento. Digamos que soy especialista en mamadas. Con dieciséis años, cuando fui a la universidad, sabía que no estaba preparada para perder la virginidad. Mi hermana se había quedado embarazada a los diecinueve años y la penetración me daba miedo. Pero ¿el sexo oral? Eso sí estaba a mi alcance. Se la chupaba a chicos que conocía en mi residencia, en las fiestas de las fraternidades, en Daytona Beach durante las vacaciones de primavera. No disfrutaba del acto en sí, pero me encantaba el poder que me otorgaba. Meterme un pene en la boca en lugar de en la vagina me proporcionaba una sensación de control.

Pero mi resistencia ya no es la que era, y mientras mis cansados

labios siguen moviéndose arriba y abajo por la decepcionante polla de Falso Mike, y mi estado de embriaguez empieza a transformarse en los primeros síntomas de resaca, brota en mi interior un sentimiento incómodo, una familiar y desagradable sensación de obligación. No hay forma posible de fingir que estoy disfrutando. Me limito a bombear con la mano, hundiendo el miembro de Mike hasta el fondo de mi boca, para que se corra antes y esto termine de una vez.

Aun así, cuando Falso Mike empieza a gemir, cuando me agarra la cabeza con las manos y se corre en mi garganta y me lo trago todo, experimento una especie de placer. Imagino que es el primer orgasmo satisfactorio que ha tenido en años y me siento especial. Después, le masajeo la espalda desnuda y rasposa, y nos enzarzamos en una parodia de conversación de alcoba.

—Ha sido muy divertido —comenta.

—Pues sí —miento.

—Has estado increíble —añade.

—Gracias —respondo.

—Será mejor que me vaya si quiero coger el tren —anuncia.

—Vale, ¿dónde vives? —pregunto.

—En Westchester —responde vagamente.

—Bueno, pues gracias por venir a la ciudad para quedar conmigo.

—No me ha supuesto ningún problema —responde.

Cuando se marcha, miro la hora en mi teléfono. Son las 7.23 de la tarde, la hora en que nació Daniel. Calculo a toda prisa la edad exacta de Daniel para distraerme de la tristeza que se apodera de la habitación y amenaza con envolverme, aquí desnuda y tendida en la cama. Daniel tiene doce años, siete meses y quince días. Ese es el tiempo que llevo siendo madre.

Pienso en *Un trabajo para toda la vida,* el libro de memorias de Rachel Cusk sobre la maternidad que una amiga me regaló cuando nació Nate. En la introducción, Cusk escribe sobre cómo dar a luz separa a las madres del resto del mundo, y separa a las mujeres incluso de sí mismas. La frase que recuerdo textualmente es esta: «Cuando está con sus hijos, no es ella misma; cuando está sin ellos, tampoco es ella misma; por eso es tan difícil separarse de los hijos

como quedarse con ellos».[2] Tengo la sensación de que es una verdad como la copa de un pino. Me parece imposible que la persona que acaba de comérsela a un desconocido sea la misma persona a la que Daniel y Nate llaman «mamá». Ni siquiera recuerdo cómo cambiar de código. No sé cómo volver a un estado de maternidad lo bastante deprisa como para relevar a la canguro y acostar a mis hijos. Así que me quedo inmóvil sobre la colcha arrugada, que Falso Mike y yo no nos hemos molestado en quitar, y observo cómo las luces de los coches que pasan animan la anodina pared. A las nueve y media, ya me parece seguro irme —los niños ya deben de estar dormidos—, y eso hago.

—Creo que necesito salir con más de una persona —le digo a Mitchell después de contarle la historia de Falso Mike. Ahora que ha pasado más de una semana, parece solo eso: una historia. Estoy sentada con las piernas cruzadas en el sofá, con un café de calabaza de Starbucks en la mano, hablando con naturalidad, como si Mitchell se hubiera atrasado con el libro del club de lectura y yo lo estuviera poniendo al día con las páginas que se perdió.

—¿Y por qué? —quiere saber.

He preparado mi respuesta a esa pregunta.

—No quiero obsesionarme demasiado con un solo tío.

Falso Mike esperó dos días enteros para mandarme un mensaje de texto con una tibia invitación a repetir mi primera actuación: «No puedo dejar de pensar en tu boca, ¿quieres que volvamos a quedar?». Ni siquiera me gustaba, eso no me costaba admitirlo. Pero aun así me decepcionó su tardía respuesta y que se refiriera tan solo a mi habilidad para las mamadas.

—Sospecho que, si salgo con varios a la vez, me resultará más fácil mantener una distancia emocional. Stew hace eso. Ahora mismo está saliendo con cuatro mujeres diferentes.

Stew sigue procurando no compartir detalles, pero sí me cuenta con quién sale y cuándo. Esa información crea una extraña mezcla de consuelo y celos. Por un lado, si sale con muchas mujeres, es poco probable que se enamore de alguna. Pero, por otro lado, me da cierta envidia lo fácil que parece todo para él.

—Vale —contesta Mitchell tras haber hecho su pausa característica. He descubierto que a veces entorna los ojos en estos momentos, sobre todo cuando está pensando en la mejor manera de decir algo que no quiero oír. Ahora los tiene entrecerrados. Además, se apoya el pulgar y el índice en la frente, lo que acentúa su mirada de concentración—. Acabas de decirme que buscas la «distancia emocional» en tus relaciones con los hombres. Sin embargo, cuando has descrito tu cita con Mike, me ha parecido que el distanciamiento era parte de lo que te hacía sentir tan insatisfecha. —Abre los ojos y me mira—. ¿Ves el dilema?

—Sí. —Suelto un suspiro—. Supongo que sí. A lo mejor lo que de verdad quiero es que los hombres se sientan unidos a mí, pero que yo me sienta lejos de ellos.

—Ahh —responde Mitchell tomando más notas—. ¿Sabes qué me revela eso?

—No —contesto con toda franqueza. Pero me encantaría saberlo; incluso cuando Mitchell me dice una verdad difícil, le agradezco su capacidad para verles sentido a mis partes contradictorias.

—Me revela que sigues intentando complacer a los demás para obtener aprobación. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No del todo —confieso.

—Bueno, tu cita con Mike es un buen ejemplo. Querías que él te deseara y querías complacerlo sexualmente. Eso te importaba más que desearlo tú o sentir algún placer real por ti misma.

—Sí, supongo que es cierto.

—Y no estoy sugiriendo que sea mala idea que salgas con más gente —continúa—. Sin embargo, creo que es importante que averigües qué te proporciona placer. A ti. Es posible que tener múltiples parejas forme parte del asunto. Pero, como me has dicho antes, lo que le funciona a Stewart no tiene por qué funcionarte a ti. Tienes que prestar mucha atención a ti misma y a lo que recibes u obtienes de cada relación.

Esa noche, paso horas leyendo mis mensajes en Ashley Madison, que son centenares. Había quedado con Falso Mike porque era guapo y más joven, dos cualidades que supuestamente me harían

sentir mejor a mis cuarenta y pico. Pero entiendo el punto de vista de Mitchell. Necesito subir el listón, encontrar hombres que tengan algo que ofrecerme. Al final, quedo con dos hombres distintos para la semana siguiente.

Primero conozco a Leo, que ni siquiera está casado. Su novia de hace cinco años vive en Filadelfia y me dice que tienen un acuerdo: lo que hacen en sus respectivos territorios es asunto de cada cual. Leo es divertido; guionista de comedias, ha trabajado en programas que me gustan. Es famosete, con perfil en IMDb y todo, lo que atestigua la veracidad de su identidad. Me invita a un bar cerca de su casa, en el barrio de Hell's Kitchen.

«Ya no bebo», escribe, «pero si te tomas un par de cócteles no me importa». Es la última vez que veo a Leo en algún sitio que no sea su apartamento.

Leo es mayor que yo, incluso mayor que Stewart, y se nota que tiene experiencia. Es un amante creativo. Un día me llega un mensaje suyo que dice: «¿Cuál es la canción más sexi que se te ocurre?».

«"Kiss"», le respondo. Y luego, sin que haga ninguna falta, añado: «de Prince».

En la siguiente ocasión que voy a su casa, me recibe en la puerta con unos auriculares y un pañuelo. Me ata el pañuelo alrededor de la cabeza, vendándome los ojos, y luego me pone los auriculares en las orejas. Oigo las vibraciones del *riff* inicial de la guitarra y, para cuando Prince me dice que lo deje todo en sus manos, Leo ya me ha bajado las bragas hasta los tobillos y está arrodillado bajo mi minifalda.

A partir de entonces, nunca vuelvo a cruzar el umbral del dormitorio de Leo completamente vestida. En cuanto entro por la puerta, sus manos se posan sobre mí y me besa apasionadamente mientras me desabrocha los vaqueros o me baja la cremallera del vestido.

Tiene la habilidad de quitarme el sujetador con una sola mano y llevarme hasta la cama mientras al menos tres dedos se mueven dentro de mí.

La primera vez que Leo me penetra con el puño, no tengo ni idea

de qué está pasando. Siento una plenitud física diferente a todo lo que haya experimentado antes. Después, le pido que me enseñe lo que ha hecho y suelto un grito ahogado cuando me señala un punto debajo de su muñeca.

—¿Todo eso estaba dentro de mí?

—Sí —contesta disfrutando de mi expresión de alarma.

—¡No sabía que fuera posible!

—No a todo el mundo le gusta tanto como a ti —añade acariciándome el muslo—. Está claro que te va la estimulación del punto G.

Luego está Laurent. Es mitad francés y mitad argentino, una combinación que lo distingue de la chusma en mi bandeja de entrada de Ashley Madison. Si mi objetivo es el placer, ¿cómo puedo equivocarme con semejante pedigrí sexual? A diferencia de Leo, Laurent está casado y tiene dos hijos pequeños. Pero me asegura que él y su esposa tienen un acuerdo de «no preguntes, no cuentes nada».

—Ella es de Brasil —explica en un inglés algo chapurreado y con mucho acento francés—. Tiene buena… cómo se dice... se le da bien comprender a los hombres latinos.

En nuestra primera cita, Laurent me sigue al baño de mujeres y me mete los dedos mientras estoy sentada en el lavabo. En nuestra segunda cita, me sigue de nuevo y dejo que me folle. En la tercera, quedamos en una esquina de Chelsea y me dice que tiene una sorpresa: entradas para un espectáculo.

—¿En serio? —pregunto, y la animación que siento me lleva a admitir algo para mis adentros: estaba deseando tener una cita de verdad. Por los extractos de la tarjeta de crédito, sé que Stewart siempre lleva a las mujeres a cenar antes de dirigirse a un hotel. Pero yo no soy Stewart, me digo. Para mí, cena y distancia no casan bien, ¿no?—. ¿Un espectáculo de Broadway o algo así?

Se ríe.

—No exactamente. Pero te gusta Shakespeare, ¿no?

El corazón me da un pequeño vuelco. Se acuerda de algo que dije en una «cita» anterior. En los embarazosos momentos tras haber

copulado en el baño, comenté en broma la necesidad de tachar cosas que hacer de mi lista de pendientes antes de morir («¡Lo siguiente será sexo en la cárcel!») y luego parloteé sobre una increíble producción de *Julio César* que había visto, ambientada en una prisión de mujeres. Ni se me pasó por la cabeza que Laurent estuviera escuchando. Pues no solo eso, sino que tomó nota de una de mis pasiones, compró entradas y trazó cuidadosos planes para nuestra velada.

Laurent me coge de la mano y camina con determinación. Cuando gira para guiarme hacia las puertas de un hotel señorial, aparto la mano.

—Espera, ¿qué pasa? —quiero saber.

Él se ríe de nuevo.

—Habrás oído hablar de *No duermas más,* ¿no?

—No —admito—. ¿Qué es eso?

—Es un espectáculo, basado en *Macbeth.* Te encantará.

Laurent me abre la puerta y cruzo el vestíbulo, donde dos mujeres con máscaras negras y vestidos rojos nos indican que nos acerquemos a la barra. Laurent pide vino mientras yo contemplo las arañas de luces *art déco* y las barandillas de latón e intento formular una pregunta. Cuando vuelve, lo único que se me ocurre es:

—¿Has venido aquí antes?

Laurent se ríe de nuevo y se lleva un dedo a los labios. Es entonces cuando me doy cuenta de que todo el mundo habla en susurros. Bebo vino y observo a los demás clientes. Nadie parece tan confundido como yo, ni mucho menos. Las mujeres vestidas de rojo nos hacen señas y, en silencio, el pequeño grupo reunido en la barra las sigue. Nos conducen hasta un ascensor antiguo, nos hacen entrega a todos de una máscara blanca que cubre todo el rostro y se alejan sin decir palabra. Me pongo la mía mientras un ascensorista nos hace entrar y cierra la puerta de acordeón. Al mirar los rostros enmascarados que me rodean, no me siento recién llegada a una representación de *Macbeth*, sino más bien como si me hubiera unido al reparto de *Eyes Wide Shut.* Hay algo denso en el aire. Algo erótico. Y peligroso.

Cuando empezamos a subir, el ascensorista dice con voz

dramática y gutural:

—Bienvenidos a *No duermas más.* Deben seguir tres reglas: no hablar, no usar los móviles y no quitarse la máscara. —El ascensor se detiene bruscamente y se abren las puertas, y el tipo añade—: Y recuerden, ¡la fortuna favorece a los audaces!

Laurent me coge de la mano. Me lleva por varios espacios donde los actores representan escenas de la obra de teatro, pero sin seguir el orden. Yo solía impartir clases sobre *Macbeth,* y me fascina la abstracción que presencio aquí, y trato de descifrar las profecías de las brujas, el asesinato de la esposa y el hijo de Macduff, pero Laurent no me deja detenerme. Me lleva de una sala a otra, bajando escaleras, y finalmente hacia un grupo de espectadores con máscaras blancas reunidos en torno a una bañera salpicada de sangre donde se lava una mujer desnuda. Esta es fácil: es lady Macbeth tras el asesinato de Duncan. Estoy mirando, hipnotizada, cuando Laurent se lleva mi mano a la entrepierna y me susurra al oído:

—Sígueme.

Se acerca a un rincón oscuro donde hay una cortina de terciopelo rojo. Echa un vistazo antes de colarse detrás de ella, arrastrándome consigo. Noto la cortina muy pesada contra mi cuerpo y me siento como un cadáver envuelto en una alfombra, una impresión que se ve agravada por la máscara que llevo. Me la quito, pero Laurent se deja la suya puesta, un espectro flotando ante mis ojos, que se esfuerzan por ver algo.

Oigo su respiración entrecortada que resuena detrás de la máscara y miro su mano, que ahora se desplaza a sus pantalones para acariciar el miembro erecto. Con la otra mano, Laurent me empuja hacia abajo por el hombro. Caigo de rodillas y Laurent me mete la polla en la boca. Estamos tan cerca del resto del público que oigo sus susurros y les veo los zapatos. En cuestión de segundos, Laurent se corre en mi boca. Un instante después, se sube la cremallera y sale de detrás de la cortina, dejándome allí de rodillas.

No importa, me digo. Estoy viviendo aventuras. Estoy viviendo a tope.

Un día, Leo me envía un mensaje: «Quizá deberías agenciarte un tapón anal y traerlo la próxima vez. Tengo la sensación de que te gustará». Hay una tienda de artículos sexuales en Park Slope llamada Babeland. Siempre me ha parecido fuera de lugar, flanqueada como está por una librería infantil y una cafetería vegana. La idea de que alguien me vea entrar es demasiado horrible para contemplarla, pero, por razones que no puedo explicar, la idea de pedir un juguete sexual por Internet me resulta igualmente bochornosa. Decido hacer una excursión a la tienda matriz de Babeland, en el Lower East Side, donde las madres con cochecitos son tan raras como… bueno, digamos que como las madres que compran tapones anales.

Me acerco a la mesa de juguetes anales y se me corta la respiración ante la longitud y el grosor de algunos artículos expuestos. Hay bolas anales que se calientan, consoladores con mando a distancia, tapones que se acoplan a colas de conejito peludas. Una empleada tatuada y con dos aretes en la nariz me ayuda a elegir un «tapón anal para principiantes»: morado, de silicona y, francamente, adorable. Aunque el nombre de la tienda no lo delatara, sería evidente que este lugar va dirigido a mujeres.

—Te recomiendo que compres también un lubricante de buena calidad —añade la dependienta, y eso hago. Me alegro de haber traído la mochila y, nada más salir de la tienda, meto en ella la bolsa rosa brillante de Babeland.

Por la noche, en casa, cuando los niños ya se han dormido, decido probar mi nuevo juguete. Tumbada en la cama con un frasco de lubricante a mi lado, me levanto el trasero sobre una almohada y trato de relajarme. Me siento como la primera vez que me puse un tampón. Mi madre nunca me había hablado de esas cosas, de modo que no fue hasta mi primer año en la facultad cuando me atreví a probarlo. Volví del baño compartido y le dije a mi compañera de habitación, una chica de segundo curso y bastante práctica de Flint, Michigan, que el tampón no me entraba. Con mucha paciencia, me dibujó un diagrama de los tres orificios que tenía. Me dio vergüenza admitir que solo conocía dos.

—El de arriba es para orinar. Queda justo debajo del clítoris. El de

en medio es para tener relaciones sexuales, ahí va el tampón. El de abajo es para cagar. —Me entregó el papel—. No vuelvas hasta que lo hayas resuelto.

Lo resolví, y estoy decidida a resolver esto también. La mujer de Babeland me recomendó que primero introdujera un dedo lubricado en el ano y que, cuando estuviera relajada, lo sustituyera por el tapón anal.

—Al principio, llévalo solo en casa, diez o quince minutos cada vez —fue su recomendación—, hasta que aumente tu resistencia. Pero con el tiempo, podrás llevarlo todo el día puesto si quieres. Hay gente que incluso duerme con él.

La idea de llevar un tapón anal las veinticuatro horas me resulta tan atractiva como perforarme el apéndice. Pero saber que hay gente que usa sus tapones como quien se pone unas cómodas zapatillas ha despertado mi curiosidad. Y, tras varios intentos, consigo que entre.

Es una sensación extraña, sin duda, pero no desagradable, quizá incluso agradable.

Stewart está abajo, trabajando en su estudio, y le envío un mensaje:

«Adivina qué llevo puesto.»

«Supongo que no es un *muumuu* hawaiano», responde.

«Sube y lo verás», lo provoco.

«Déjame acabar esta canción y subo pitando.»

Para cuando Stew llega al dormitorio, empiezo a notar cierta irritación. Pero quiero que se reconozca mi audacia, de modo que me inclino y le enseño mi bultito morado.

—¿Qué demonios es eso? —quiere saber.

—¡Es mi nuevo juguete sexual! —respondo.

Me clava una mirada extraña.

—No sabía que te iban esas cosas.

—Bueno, todavía no estoy segura de si me gusta. Fue idea de Leo, pero quería probarlo primero en casa.

—Creía que el pervertido era Laurent.

—Los dos son un poco pervertidos, supongo —estoy empezando a enfadarme—. Vale, ¿qué opinas?

—Pues no lo sé —dice Stewart, y luego hace una pausa—. ¿Se supone que esto es una especie de invitación?

—Es lo que pensaba cuando te he mandado el mensaje, pero ahora empieza a doler. —Cuando veo la confusión en su rostro, una ira incoherente brota en mi interior, y le suelto a gritos—: ¿Por qué has tardado tanto en subir?

—¿Por qué te enfadas conmigo? —exclama él—. Has comprado un juguete sexual para usarlo con tu amiguito y me gritas porque no he subido lo bastante rápido para probarlo.

Las palabras salen de mi boca antes de que tenga tiempo de considerarlas.

—¡Seguro que te has tomado tu tiempo porque estás tan cansado de follar con un millón de mujeres que no quieres follar conmigo!

—¿Un millón de mujeres? —repite Stewart sentándose en la cama a mi lado, y deja escapar un suspiro—. Me alegra que me creas todo un Casanova, Molly, pero exageras un poco, ¿no te parece?

—Es que para ti todo parece muy fácil —suelto finalmente, tras meses pensándolo. Mercedes Invierno quiere fingir que acostarse con varios hombres es un sueño hecho realidad. Y la Molly de Matrícula de Honor es demasiado competitiva para admitir que Stewart va ganando en los Juegos del Matrimonio Abierto. Me apoyo en él haciendo mi mejor puchero.

Stew me rodea con un brazo.

—Sabes por qué es así, ¿verdad?

Lo miro de reojo, recelosa de lo que vaya a decir.

—¿Por qué?

—Porque yo salgo con mujeres —explica—. Y tú sales con hombres. Y, como ambos sabemos, los hombres son unos capullos.

—Es verdad. —Noto cómo una parte de la tensión abandona mi cuerpo. Es un alivio caer en unos brazos que saben exactamente cómo me gusta que me abracen.

—Y para que conste —añade ciñéndome más—, sí que quiero follar contigo. Es solo que me has pillado por sorpresa.

—Últimamente me tomo por sorpresa incluso a mí misma —murmuro contra su pecho—. ¿Qué narices me está pasando?

—Oh, tesoro, no te preocupes. Estoy aquí para ayudarte a

averiguarlo. Pero primero hay algo que debes aprender por ti misma.

Me acurruco más contra él.

—¿Y qué es? —Me gusta la idea de que Stew me conozca tan profundamente. ¿Qué va a decirme? ¿Que debo aprender a confiar en mi voz? ¿A establecer límites más claros? ¿A anteponer mi autoestima a mi necesidad de complacer a los demás?

Me mira y su expresión impasible comienza a resquebrajarse.

—Tienes que aprender a quitarte un tapón anal —suelta, y se echa a reír.

2. La cita, con pequeñas variaciones para adaptarla al presente texto, es de la edición española de *Un trabajo para toda la vida*, de Rachel Cusk, en traducción de Catalina Martínez Muñoz, publicada en Libros del Asteroide.

8

Le hablo a Mitchell sobre Laurent, sobre Leo, sobre mi discusión con Stew. Incluyo la parte sobre la compra del tapón anal, pues me parece una compra aséptica que aún ha de dedicarse a un uso sexual real, pero omito los escenarios de mis encuentros con Laurent y el tema de la inserción del puño con Leo. Algo me impide darle descripciones demasiado gráficas a Mitchell.

—Bueno, Molly —dice él cuando termino mi resumen—. Creo que aquí hay dos cuestiones diferentes.

—¿Solo dos?

Mitchell se ríe.

—Empezaremos con dos. Por un lado, parece que experimentas una desconexión entre tu identidad sexual y el resto de ti. Y, por otro, temes que las relaciones de Stewart interfieran en tu matrimonio, en especial en lo tocante al sexo.

Hostia, qué bueno es.

—Aunque me pregunto —continúa Mitchell— si es posible que tú y Stewart utilicéis vuestra exploración sexual fuera del matrimonio para construir un vínculo más fuerte entre vosotros. Creo que tu impulso de invitar a Stew a experimentar con un juguete sexual contigo era saludable. Demuestra que estás dispuesta a hablar abiertamente con él sobre las nuevas experiencias sexuales que estás teniendo y tu deseo de integrar esas experiencias en vuestro matrimonio.

—Sin embargo, no sé si estoy preparada para oír las exploraciones sexuales que lleve a cabo Stewart —admito—. No quiero que me mienta, pero tampoco quiero conocer detalles sobre las mujeres con las que sale. Ni de lo que hace con ellas.

—Díselo. Pero da la impresión de que Stewart sí se muestra abierto a escuchar tus descubrimientos personales. Así que quizá

deberías empezar por ahí.

—Muy bien —respondo—. Aunque es un poco raro. Stew y yo siempre hemos podido hablar de sexo, o al menos del nuestro. Me da un poco de vergüenza hablar de sexo que no sea con él, en especial de algunas cosas pervertidas que estoy probando.

—Lo que para una persona es pervertido, para otra puede ser común y corriente —comenta Mitchell—. Por lo que me has contado de Stewart, no parece probable que vaya a escandalizarse.

Me echo a reír.

—Es verdad.

—Pero que te avergüence hablar de sexo con Stewart me lleva a la desconexión que he mencionado. Aparte de tu sexualidad, no te expones ni con Laurent ni con Leo. Creo que supondría un gran ejercicio para ti revelarles quién eres. Necesitas reducir la distancia entre Mercedes y Molly.

Laurent ni siquiera pronuncia mi nombre como es debido: logra que suene distinto. Por mi parte, mi boca del Medio Oeste emite un gorgoteo ahogado en la última consonante del suyo. En general, evitamos llamarnos del modo que sea, así que decido que Leo es mejor candidato para compartir con él mi verdadera identidad.

Durante las siguientes semanas, en lugar de nuestro habitual *sexting*, le mando a Leo grabaciones en las que canto y toco la guitarra. Lo invito a uno de mis «conciertos», que se limitan a un micrófono abierto en un bar cutre de Brooklyn. Me dice que le encantaría ir, pero unas horas antes recibo un mensaje: «Esta noche se me ha liado mogollón, pero ¡mucha mierda!». Me sugiere que aprenda una canción de Joan Armatrading que le parece que se adapta a mi voz, y paso horas practicándola, ansiosa por tocársela en persona. La ocasión nunca llega, pero aun así siento que nuestra conexión ha ido más allá del sexo. Leo me ofrece un botellín de San Pellegrino después de echar un polvo, que nos tomamos de pie y desnudos en la pequeña cocina de su apartamento, y la semana después de Navidad, me entrega un frasco de limones en conserva como el que ha regalado a todos sus amigos por las fiestas.

—Están buenísimos como relleno de un pollo asado —me dice.

Eso significa algo para mí: que soy una persona a quien Leo es capaz de imaginar en otro lugar que en su cama, una persona con una vida tan plena que podría necesitar una forma fácil de preparar un buen pollo para una cena improvisada.

Una lánguida tarde de domingo de febrero, mientras Stewart lleva a Daniel y Nate al cine, estoy tumbada en la cama de Leo. La calefacción de su edificio de antes de la guerra echa bocanadas de aire caliente, de modo que abrimos un poco la ventana. Una deliciosa sensación de calor y frescor recorre mi cuerpo saciado mientras Leo me mira incorporado sobre un codo.

—Bueno, MJ —dice—, tengo una pregunta que hacerte.

En algún momento, Leo y yo empezamos un juego en el que debíamos adivinar el segundo nombre del otro con la inicial como única pista. Yo acerté con el de Richard casi de inmediato. Pero tras un par de intentos genuinos («¿Jennifer? ¿Jocelyn?»), sus conjeturas se volvieron más extravagantes. «¿Jabba el Hutt? ¿J. Lo?» Ahora parece contentarse con llamarme por mis iniciales. Me gusta ser MJ, como la novia de Spiderman: se encuentra a medio camino entre la realidad de Molly Jean y la fantasía de Mercedes Invierno.

—No, no es Jambalaya —bromeo.

Él se ríe.

—Bueno saberlo, pero mi pregunta va en serio. ¿Dónde cree tu marido que estás ahora mismo?

Respondo de forma automática, pero me sorprende que mi reflejo sea decir la verdad. Supongo que MJ está más cerca de Molly de lo que pensaba.

—Sabe que estoy aquí, contigo. Tenemos un matrimonio abierto. —Leo abre mucho los ojos, sorprendido, y me apresuro a añadir—: Siento no habértelo contado nunca. Temía que te molestara.

—No, qué va —contesta moviendo la cabeza en un gesto a medio camino entre el asentimiento y la incredulidad—. Eso es de lo más avanzado. Y muy sexi.

—¿Sí?

—Totalmente —opina—. Y yo aquí, pensando que te estaba corrompiendo. Pero lo tienes todo controlado.

—Yo no diría tanto —respondo—. Todavía me estoy

acostumbrando. De hecho, eres una de las poquísimas personas a quienes se lo he contado.

—Vaya, me siento honrado. He considerado ser más abierto con Claire acerca de… todo. Estoy seguro de que ella lo sabe. Pero supongo que me gusta la emoción del secreto, ¿sabes?

En lo que respecta a su atracción por lo ilícito, me pregunto si Leo y Laurent son más parecidos de lo que creía.

Un día me encuentro en la escuela de Nate, donde me he unido a un comité de la asociación de padres, en un intento por marcar una casilla en la lista de cosas que debe hacer una buena madre, y cuando termina la reunión, salgo y saco el móvil para echar un vistazo al correo electrónico. Veo un mensaje con «URGENTE: INCUMPLIMIENTO DE CONTRATO» en el asunto, y me apresuro a abrirlo.

> Estimado cliente de Breather:
>
> Lamentamos informarle de que ha infringido las condiciones del servicio relativas a la prohibición de actividades sexuales en uno de nuestros espacios Breather. La comunidad Breather se basa en la confianza y el respeto mutuos. Por lo tanto, los miembros que incumplan las normas de nuestra comunidad quedarán excluidos de forma permanente del uso de nuestros espacios. Además, se efectuará un cargo de doscientos dólares adicionales en la tarjeta de crédito registrada a su nombre.

Siento una humillación aplastante mientras miro alrededor para comprobar si alguna de las madres «normales» se ha percatado de que hay una pervertida entre sus filas. Me escabullo a un rincón oscuro que crea un andamio cercano y le escribo un mensaje a Laurent.

«¡Me acaban de expulsar de Breather! ¡De por vida! ¡Y me van a cobrar doscientos pavos! ¿Qué coño pasa?»

Observo cómo aparecen tres puntitos debajo de mi mensaje.

«Menuda locura», responde. «Gracias a Dios que usamos tu tarjeta de crédito.»

Observo con atención sus palabras y niego con la cabeza. ¿Está de broma? El hecho de que nos hagan gracia cosas muy distintas es

solo una de las razones que me hace preguntarme por qué sigo saliendo con Laurent. Pero, hable en broma o no, espero algún gesto por su parte, un ofrecimiento de cubrir al menos la mitad de este gasto inesperado. Al fin y al cabo, la idea de un despacho en Breather había sido de Laurent. Cierto que él habría estado encantado de seguir follando en los baños de los bares, pero cuando me quejé de que se estaba volviendo monótono, me sugirió que lo hiciéramos en Breather, uno de esos espacios de oficina repartidos por toda la ciudad donde se puede trabajar, celebrar una reunión o, como dice la página web, «simplemente recargar las pilas». Laurent me aseguró que el sistema de pago por horas era un permiso tácito para reponer energías como nos viniera en gana. Me pidió que reservara yo la habitación para que su mujer no lo viera en el extracto de la tarjeta de crédito.

—Ella lo sabe, pero se hace la tonta, ¿entiendes?

De modo que creé una cuenta en Breather, añadí una tarjeta de crédito y reservé el despacho.

Pero resulta que las habitaciones de Breather no están previstas para un uso lascivo. Todavía me pregunto cómo se enteraron de mi infracción, mi vulneración, mi flagrante falta de respeto por las «normas de la comunidad». ¿Había una cámara de vídeo oculta junto a las estériles obras de arte en las paredes, debajo del escritorio de chapa de madera, en la silla giratoria de cuero? ¿O fueron los vecinos quienes oyeron nuestros gemidos y se quejaron? También me pregunto si la suma en cuestión supone un castigo o si es el coste de la limpieza profunda necesaria para lavar la mancha del pecado. En realidad, no quiero saber más de lo que ya sé: me han prohibido el acceso, me han cobrado doscientos dólares adicionales en mi tarjeta y Laurent no expresa otra cosa que alivio.

—Hoy he recibido un correo electrónico bastante loco —le comento a Stewart cuando estamos a punto de meternos en la cama.

—¿Alguien ha encontrado tu tapón anal? —Lleva burlándose de mí desde que llegué a casa tras mi cita con Leo y descubrí que me había dejado la bolsa con el tapón y el lubricante en el metro.

—Ja, ja. —Le doy un suave puñetazo en el hombro. Luego le

cuento lo de la multa de Breather y que me han prohibido la entrada, y se echa a reír.

—Esto es mucho mejor que la historia del tapón anal desaparecido, nunca mejor dicho.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué no os vais a un hotel? Él se lo puede permitir.

Le he contado a Stewart que Laurent es un tío «del mundo financiero», pero me he saltado otra información relevante. Aunque es seis años más joven que yo, Laurent ya va por el tercer matrimonio y gasta un montón de dinero cada mes en pensiones alimenticias. En cualquier caso, me molesta lo que me parece una suposición sexista sobre quién debe pagar en las citas. Sé que Stew corre con los gastos de todas las habitaciones de hotel y todas las cenas, con alguna excepción ocasional cuando una mujer insiste. Sospecho que cree que así debe ser, aunque nunca lo diría abiertamente.

—Creo que a Laurent le gusta que sea un poco tabú —respondo.

No es el único tabú que le gusta. Como sugirió Mitchell, le cuento todo a Stewart, como él siempre ha querido que hiciera, en una especie de frenesí. Cosas como: «A veces Laurent me da una bofetada y luego me lame la mejilla. ¡La verdad es que me gusta!». Stew me mira entornando los ojos, tratando de entender a esa desconocida que tiene delante.

En una ocasión en que Stewart y yo estamos echando un polvo, le pido que me ponga boca abajo, como suele hacer Laurent, para que pueda penetrarme desde atrás.

—¡Haz como Laurent! —gimoteo.

Desconcertado, pero tratando de seguirme la corriente, Stewart me da una bofetada. No muy fuerte, pero basta para hacerme llorar.

—¿Por qué has hecho eso?

—¡Me has dicho que te pegara, como hace Laurent! —protesta él —. ¡Creía que ahora te gustaba!

—¡Me refería a que me la metieras por detrás, no a que me pegaras! —le digo a gritos—. Y, de todos modos, eso solo me gusta cuando lo hace Laurent.

Estoy inclinada sobre mi escritorio, de puntillas para mejorar el ángulo de Laurent y tratando de no darme de cabezazos contra la pantalla del ordenador, cuando oigo un *ping,* el sonido de las puertas del ascensor al abrirse. A mi espalda, Laurent está a lo suyo.

—Shh —susurro—. Creo que viene alguien.

—No pasa nada —responde con su marcado acento y sin perder el ritmo—. Relájate.

El sexo en un cubículo no es precisamente relajante. Aun así, he traído a Laurent a mi espacio de trabajo compartido en Dumbo, una versión más barata que Breather de alquiler mensual, donde la preocupación por el medio ambiente se expresa no encendiendo nunca el aire acondicionado ni la calefacción. Debido a la hora tardía y al frío inusual en esta época del año, supuse que mi planta estaría vacía y que mi cubículo rodeado de plexiglás sería un lugar adecuado para un polvo rapidito.

Pero ahora oigo voces. Y se dirigen hacia nosotros y entran en el cubículo dos puertas más abajo. Laurent no se detiene. Y yo no le pido que lo haga.

—*Ouiiiii* —gime.

Mantengo la cabeza en la misma posición para que el monitor oculte la mayor parte de mi rostro, pero imagino a mis vecinos, dos tipos altos y una mujer con gafas y cara de empollona que ocupan el gran despacho del rincón. No sé cómo se llaman, pero a veces charlo un poco con la mujer ante la fotocopiadora. Aunque sus voces suenan amortiguadas, la conversación fluye sin interrupción. He apagado las luces de mi escritorio, para evitar que nos descubran.

Cuando las arremetidas de Laurent cobran impulso, afianzo bien los pies contra el suelo y encajo el culo contra su pelvis con toda la fuerza que puedo. Mi propio placer ya no es el objetivo. Necesito que se corra rápido para poder planear nuestra huida. Justo cuando oigo cómo Laurent alcanza el clímax —«¡Oooohhhh!»—, capto algo más que hace que me flaqueen las piernas. Silencio. Hundo la cara entre los antebrazos.

Laurent se desploma sobre mi espalda con la respiración entrecortada. Pero el ritmo normal de la conversación al final del pasillo se ha detenido. Y entonces me llegan susurros.

—Moly, ha sido *fantastique* —jadea Laurent.

—Shhh… —repito débilmente—. Creo que nos han oído.

Laurent se ríe y añade sin bajar la voz:

—¡Vosotros, los americanos, sois demasiado serios! ¿Qué tiene de malo hacer un poco el amor?

Vuelvo a oír las puertas del ascensor y espero unos instantes antes de decidir que es seguro incorporarme.

—Bueno, al menos dame el condón para tirarlo en el baño —digo subiéndome los vaqueros y dándome la vuelta—. No quiero que lo vea el personal de limpieza.

Laurent me mira con una sonrisa avergonzada.

—¡Uy! —dice llevándose la mano a la boca y soltando un falso gritito ahogado—. ¡Parece que se me ha olvidado el condón!

Empiezo a notar un dolor concéntrico en la coronilla. No es la primera vez que me folla por detrás sin protección. En la última ocasión, dijo que se le había salido, y ahora ni siquiera se esfuerza en mentir. Pero yo debería saberlo, ¿no? Debería ser capaz de notar la diferencia. Lo miro fijamente, intentando decidir quién de los dos es más culpable.

—No pasa nada, Moly —gaguea—. Estoy muy sano, ¿eh? Y tú tomas la píldora, ¿no?

—Esa no es la cuestión —respondo—. Bueno, da igual. Al menos déjame ir a mear para no acabar con otra infección urinaria.

No le he contado a Stew lo del incidente sin condón, con el razonable argumento de que los dos nos hacemos pruebas de ETS regularmente. Pero es difícil ocultarle una infección urinaria. En los seis meses que llevo saliendo con Laurent, ya he tenido tres. Después de la última, Stew soltó un suspiro resentido.

—Este tipo está rompiendo todos mis juguetes —se quejó. Aun así, eso es lo más lejos que ha llegado en cuanto a críticas.

Laurent me coge la mano cuando me acerco a abrir la puerta del cubículo. No tiene mucho sentido que haya puertas, puesto que las supuestas paredes que separan un compartimento del siguiente ni siquiera llegan al techo.

—Ve a hacer pis, pero tengo que irme. Ya llego tarde.

Suelto un suspiro. Hace semanas que no salimos juntos de un

edificio. Laurent me atrae hacia sí y me agarra la cara con la otra mano.

—*Bonne nuit, ma chérie* —se despide, y me da un beso. Me suelta la cara con un gesto dramático y coge su chaqueta—. Te llamaré.

Sin molestarme en abrocharme los vaqueros, me tambaleo por el pasillo hasta los aseos de mujeres. Mientras hago pis, contemplo el rollo de papel higiénico industrial bajo las luces fluorescentes del baño. Se supone que esto debería ser divertido, un placer, mi libertad. ¿Cómo he llegado a este punto? Sinceramente, no estoy segura.

La vergüenza hace eso: difumina los detalles hasta que se vuelven tolerables.

9

Sentada en el avión, de camino a impartir un curso de formación para profesores en algún lugar a las afueras de Houston, intento rascarme la entrepierna con disimulo.

Hace un par de semanas, Laurent me hizo una pregunta bastante directa:

—¿Alguna vez te has planteado depilarte?

El acento francés hizo que sonara incluso peor.

Me sentí indignada. ¿Quién se creía para decirme qué debía hacer con mi cuerpo? ¿Qué clase de psicópata desearía que pareciera una preadolescente? Pero mi cólera se vio eclipsada por la inseguridad.

Recordé una ocasión, en mi primer curso de universidad, en que pasábamos el rato en una habitación de la residencia con un grupo de chicos y chicas recién llegados. La conversación era de esas que te hacían percatarte de que ya no estabas en el instituto, y pasábamos de una revelación a otra a velocidad de vértigo. Mi amigo Rahul, que había crecido sin hermanas en una familia india conservadora, estaba alucinando: «¿De verdad el periodo puede durar una semana?», y se planteó una nueva cuestión: «Si pudieras cambiar una cosa de tu físico, ¿qué sería?». Yo tenía la respuesta a punto y, como una tonta, fui la primera en responder.

—No tener tanto vello —declaré.

Hubo una pausa de asombro, seguida de sonoras carcajadas. No recuerdo qué respondieron los demás. Es probable que fueran cosas como «tener los dedos de los pies más largos» o «no ser tan flaco».

Laurent había mencionado el rasgo físico que más odiaba de mí misma, pero me negaba a darle la satisfacción de admitirlo. Aun así, decidí sondear a Stewart. Confiaba en que su respuesta me sirviera de consuelo.

—Oye… ¿alguna de las mujeres con las que has salido… se

depila… ya sabes… el pubis?

—¡Hostia! —exclamó—. ¿A qué viene eso?

—Limítate a responder a la pregunta.

—Pues supongo que la mayoría.

—¡¿Cómo?! —No era la respuesta que esperaba.

—Pero no todas. Y no todas se hacen la depilación brasileña —se apresuró a añadir—. Además, la verdad es que me da igual.

—A Laurent sí le importa —comenté, abatida—. Básicamente, me pidió que me depilara. Creí que era alguna clase de pervertido, pero supongo que la rara soy yo.

—Cielo, no eres rara. A mí me gusta tu vello púbico —repuso haciéndome ojitos. A Stewart le pone cualquier cosa.

—No se trata solo de mi vello púbico —me quejé—. Tengo mucho vello en la parte superior de los muslos y, cuando me afeito, se me enrojece y se me inflama la piel. Quizá tenga razón. A lo mejor debería deshacerme de él.

—Haz lo que quieras, mi pequeña Hobbit —concluyó Stew besándome en la cabeza—. Me pareces sexi de todas las maneras.

Decidí informarme por lo menos y concerté una cita en V&N Laser Skin Care. El láser parecía una solución más rápida que la cera; al menos no tendría que someterme a una tortura cada pocas semanas. Pero mis esperanzas se desvanecieron muy deprisa. Valeria o Natalia, una de las dos mujeres rusas prácticamente idénticas que regentaban el centro, echó un vistazo a mi vello púbico y chasqueó la lengua en señal de desaprobación. Salí del salón caminando con las piernas arqueadas y sumida en la autocompasión, con diecinueve sesiones pendientes del paquete de veinte que había adquirido. Al parecer, recortar mi paisaje particular iba a suponer una tarea larga, cara y dolorosa.

Pero nadie me avisó sobre el picor. Me he pasado todo el vuelo con una sudadera sobre el regazo para que nadie vea cómo me rasco. Y ahora, cuando el avión ya desciende hacia la llanura de Houston, planeo la estrategia de pillar al vuelo mi maleta del compartimento superior y salir pitando hacia la parte delantera del avión. Tengo que llegar al baño de mujeres para poder rascarme libremente y aplicarme un poco de hamamelis.

Mientras rodamos hacia la puerta de embarque, saco el teléfono para distraerme. Le quito el modo avión y veo cómo una avalancha de mensajes desciende del ciberespacio. Todos son de Daniel.

Y aquí estoy ahora, apoyada contra la pared de yeso de la terminal, apretando mi maleta de ruedas entre las piernas en un intento de frotarme entre sí los labios vaginales y escuchando la voz ronca de Daniel, de trece años, al otro lado de la línea.

—¿O sea que tú y papá tenéis un matrimonio abierto?

La mano que sostiene el teléfono tiembla mientras intento estabilizar mi voz.

— Quiero que sepas algo, Daniel. Tu padre y yo somos muy felices juntos y siempre somos sinceros el uno con el otro. Él me lo cuenta todo y yo se lo cuento todo.

Silencio.

—Un momento… ¿Tú también lo haces?

—Bueno, no sería justo que solo lo hiciera papá —balbuceo.

—Sí, eso pensaba —responde mi feminista en ciernes—, pero tengo una pregunta.

—Suéltala. —Me preparo para lo que venga.

—¿Cuándo? Entiendo que papá tenga tiempo para eso, quiero decir, pero… ¿cuándo lo haces tú?

La duda de Daniel me produce alivio en dos niveles distintos. En primer lugar, acaba de usar «eso», un demostrativo maravillosamente vago, para aludir a lo que hacemos. «Eso» puede significar cualquier cosa. «Eso» puede significar salir con otros hombres con intenciones puramente sociales o intelectuales. «Eso» puede significar que ando por ahí manteniendo profundas conversaciones sobre poesía y política, no follándome a adúlteros en los baños de los bares.

En segundo lugar, de un tiempo a esta parte me ha preocupado no estar pasando el tiempo suficiente en casa, el tiempo suficiente con mis hijos. Y aquí tengo la confirmación de que, al menos en opinión de Daniel, estoy tan presente que no puede imaginar que me las apañe para estar en otro sitio.

Aun así, eludo la pregunta. En otras palabras, miento.

—No lo hago muy a menudo. —Espero que mi tono sea

desenfadado y convincente. Pero me parece que es un buen momento para cambiar de tema, de modo que le pido a Daniel que haga algo por mí—. ¿Podrías quitar de en medio el portátil de papá? No quiero que Nate lo vea.

—Te llevo la delantera, mamá.

La idea de que su hermano pequeño se entere de «eso» le resulta casi tan repugnante como a mí. Mientras que la mayoría de los niños, incluido Daniel, prefieren evitar hablar con sus padres sobre sexo, o al menos abordar el tema sin entrar en detalles, Nate, a sus diez años, hace todo lo contrario: ve el mundo a través de un prisma sexual y comparte sus observaciones con todo el que se le ponga a tiro.

Cuando apenas tenía tres años, un día que fui a recogerlo al parvulario, su profesora me pidió que saliera un momento para hablar con ella.

—Hoy he llevado a Nate y otra alumna al baño —me contó conteniendo a duras penas la risa—. ¿Y sabe qué le ha soltado a la niña?

Decidí no aventurar ninguna hipótesis.

—Pues le ha dicho: «¡Tienes un culo bonito!». —Se echó a reír a carcajadas. Me produjo alivio que la declaración de Nate fuera recibida con diversión en lugar de alarma.

Cuando mi hijo tenía siete años, saqué algunos libros de la biblioteca para leerle antes de dormir. Uno de ellos se titulaba *El rey y el rey.* Era sobre un príncipe que no quería casarse con una princesa, sino con otro príncipe. A medida que avanzaba la historia, Nate se alteró cada vez más, riéndose y retorciéndose y haciendo todo tipo de tonterías. Temiendo estar criando a un niño homófobo, le regañé.

—Nate —le dije—. ¿Cómo te sentaría que alguien te obligara a casarte con un príncipe si tú querías casarte con una princesa?

Le brillaron los ojos.

—Diría: ¡que vengan los hombres!

Para Nate, el sexo era sexo y punto. Y todo era motivo de alegría.

Excepto, por supuesto, cuando se trataba de la idea de que su propia madre follara con alguien. Durante toda la escuela primaria,

Nate examinaba con atención a los hombres con quienes nos cruzábamos: los padres de sus compañeros de clase, los chicos que trabajaban en la pizzería o en la tienda de la esquina, los transeúntes fortuitos.

—Le gustas —anunciaba de vez en cuando entornando los ojos ante el agresor en cuestión. A veces yo misma tenía una sensación similar; era desconcertante que Nate también lo notara.

—No sé por dónde empezar —le digo a Mitchell unos días después de regresar de Houston. Busco un pañuelo. Hay algo patético en llorar en el primer minuto de una sesión de terapia, pero es mejor que el otro extremo. Los días en que salgo de la oficina de Mitchell y noto los inicios de una migraña martilleándome en las sienes, sé que no he profundizado lo suficiente durante la sesión y que, para acabarlo de arreglar, he malgastado doscientos dólares.

—Limitémonos a esperar un poco, y luego puedes empezar con lo primero que se te pase por la cabeza.

Esta forma de abordarlo me resulta reconfortante. Una vez que consigo acallar el parloteo de mi mente, no hay duda de cuál es mi mayor preocupación. La cara de Daniel aparece ante mí; su voz resuena en mis oídos. Le cuento a Mitchell lo que el chico ha descubierto.

—¿Crees que le estoy arruinando la vida a mi hijo? —pregunto enjugándome las lágrimas. Ese es mi mayor temor. Más que nada en este mundo, quiero ser una buena madre.

—Molly —responde Mitchell sin vacilar un instante—, creo que se la estás arruinando exactamente lo que toca.

Me río y, antes de poder controlarlo, mi mente da un giro: hacia mi madre, Jim, el Mahikari. ¿Mi madre también me arruinó la vida justo lo que tocaba?

Estamos en la primavera de 1983. Tengo diez años y los horrores de sexto de primaria ya llegan a su fin. La diferencia de edad entre mis compañeros de clase y yo se nota más ahora que a los ocho años, cuando se tomó la decisión de que me saltara un curso. En la secundaria, las chicas llevan sujetador, hablan de chicos y tienen la

menstruación. Ese mundo no es el mío.

Me da demasiada vergüenza pedirle a mi madre que me compre un sujetador que no necesito. Tampoco puedo hablar con ella sobre lo mucho que deseo tener la regla. Mi madre y yo solo hablamos de lo mismo que ella habla con Jim: del Mahikari.

Desde tercero de primaria, me he pasado todo el tiempo enferma. Mis tres dolencias principales son resfriados, conjuntivitis y faringitis. Pero la doctrina Mahikari, a la que mi madre recurre en busca de sabiduría, enseña que la enfermedad es una purificación, que nada debe interrumpir el flujo externo de toxinas. Así que, en lugar de medicinas, mi madre me da luz.

Me pone la mano en la frente mientras cierro los ojos y escucho el sonido de sus cánticos en una lengua que ninguna de las dos entiende. Soy la única de mi familia que la deja hacerlo de buena gana. Mi padre llama al Mahikari «macaroni». Mi hermana se muestra abiertamente hostil con casi todo lo relacionado con mi madre, y especialmente con la doctrina del Mahikari.

Yo, sin embargo, soy buena chica.

Varias veces por semana, me coloco ante ella en la posición que corresponde: sentada sobre las rodillas en el suelo con la espalda recta, los pies recogidos debajo de mí, con el dedo gordo del pie izquierdo sobre el derecho, el pulgar izquierdo sobre el derecho, y una oración ante el corazón. Nos hacemos una mutua inclinación de cabeza y yo cierro los ojos. Ella da tres palmadas y comienza a canturrear:

—*Goku bi JI-so gen gen shikari*… —Sigo ahí, captando la palma abierta de mi madre ante mi frente, hasta que su voz brama—: *¡O-shizu-mari!* —liberando así mi espíritu del control de la luz.

Ahora que tengo diez años, mi madre me dice que ya tengo edad suficiente para unirme.

—¿Te gustaría iniciarte en *kensho*? —me pregunta utilizando la fórmula oficial para el despertar de la experiencia en el Mahikari.

Veo la esperanza en los ojos de mi madre. Jim va a mudarse a Nueva York, de modo que no tendrá a nadie a quien imponerle su luz. Mi madre me necesita.

—Me harías la madre más feliz del mundo —añade.

El Mahikari es para adultos. Es aburrido y extraño, pero la sugerencia de mi madre de que pueda hacer algo tan maduro me hace sentir importante, especial. ¿Cómo puedo dejar pasar la oportunidad de hacer feliz a mi madre?

—De acuerdo —contesto, sin entender exactamente a qué me estoy comprometiendo.

En la fotografía tomada en mi ceremonia *kensho*, estoy sentada en primera fila. Se me ve muy pequeña. Llevo mi mejor ropa: una blusa con cuello de tono pastel y una falda caqui. Me he subido los calcetines hasta las rodillas y, según la costumbre japonesa, voy descalza, como todos los demás. Mi largo cabello, de un color arena claro que apenas recordaba, se ha peinado con raya en medio y sujetado con dos pasadores. No sonrío, estoy seria, a diferencia de mi madre, que está detrás de mí, radiante.

—Nunca lo había pensado —le digo a Mitchell, con la ira brotando en los confines de mi conciencia. Empiezo a atar cabos y la imagen que se forma es inquietante—. Pero Jim es la única razón por la que mi madre se unió al Mahikari. Y fue una putada que me pidiera que me metiera yo ahí, en una secta. Tampoco es que ella lo llamara secta, ni él. Pero ¿negarme las medicinas? ¿Y todo el dinero que andaban pidiendo? ¿Cómo pudo adoctrinar a una niña de diez años con esa mierda? ¡Tenía la edad de Nate, por Dios!

Mitchell me dirige una mirada compasiva.

—Es muy común que las personas recuerden experiencias de la infancia, o incluso las revivan, cuando sus propios hijos tienen la misma edad.

Asiento con la cabeza imaginándome a los diez años, menuda y enfermiza, hombro con hombro con Nate. Siento una oleada de instinto protector hacia mi versión más joven, amplificada por una indignación sin sentido. Todo sucedió hace más de treinta años.

—Pero ¿qué debo hacer con todo esto?

Mitchell levanta la vista. Sus dedos forman dos arbotantes sobre la boca, sosteniendo sus palabras hasta que estén listas para salir.

—Lo que hagas con ello depende de ti, Molly —comienza—. Parece que estés enfadada con tu madre por involucrarte en lo que

se suponía que era su viaje.

—Pues sí, estoy enfadada —confirmo. Me sienta bien reconocer la verdad, aunque no me imagino contándole a mi madre cómo me siento. Pienso en la cara ofendida que pone cuando mi hermana se cabrea con ella. No quiero ser nunca la causa de esa expresión.

—Y luego están los temores que te hace sentir cómo está afectando a tus propios hijos tu viaje hacia el matrimonio abierto.

Asiento de nuevo y toda la rabia que había acumulado se derrite y se convierte en culpa.

—Concédete un momento para sentir lo que estás sintiendo, Molly —añade Mitchell con suavidad—. Ahora mismo estás en terreno fértil.

Lo intento. Las imágenes se agolpan en mi cabeza, cada una de ellas levantando una nube de polvo emocional: yo, con la garganta ardiendo por las infecciones sin tratar y, una vez más, tan seria en la fotografía del *kensho*; Jim en la mesa de la cena, haciendo reír a mi madre; Daniel leyendo las palabras «matrimonio abierto» en el portátil de Stewart; Nate mirando de reojo a los hombres que me sonríen.

Más tarde, cuando me levanto para irme, Mitchell comenta:

—Has demostrado tener capacidad de recuperación, Molly. —Su sonrisa se vuelve irónica y responde a la pregunta que no he formulado en voz alta—: Para que conste, creo que tu madre también te arruinó la vida, tal como tocaba.

Durante las siguientes semanas, Daniel está obsesionado con mi paradero.

«¿Adónde vas?», anda preguntando. «¿De verdad vas a casa de Jessie?» o «¿Seguro que vas al gimnasio?». Entretanto, Stewart sigue entrando y saliendo a su antojo, sin que Daniel le preste la más mínima atención. Me siento culpable y furiosa al mismo tiempo, y descargo ambos sentimientos sobre Stew.

—¿Por qué Daniel no te pregunta adónde vas? —lo increpo sin levantar la voz una noche, tras la puerta cerrada de nuestro dormitorio—. ¿Por qué a nadie parece importarle que el padre ande follando por ahí, pero se supone que la madre debe ser la

condenada Virgen María?

—Quizá deberías tomártelo como un cumplido —recomienda Stew —. Te necesita más a ti que a mí. O a lo mejor está preocupado por ti.

—Ninguna de esas posibilidades me hace sentir mejor.

—¿Qué tal si hablo con Daniel a solas, de hombre a hombre?

—¿Qué vas a decirle? —quiero saber.

—Eso déjamelo a mí —responde Stewart.

Me cuesta horrores no escuchar a escondidas. Los conozco bien a ambos y sé que ninguno de los dos va a revelar jamás el contenido completo de su conversación. Después, Stew me cuenta que todo ha ido bien. Y Daniel dice que le gustaría hablar conmigo.

—Siento haberte preguntado sin parar adónde ibas, mamá — empieza—. Sé que es algo privado. Y no es justo que nunca le haga preguntas a papá.

—No pasa nada, cariño —le respondo, maravillándome, como llevo años haciendo, ante la cósmica madurez de este niño—. Es que no creo que realmente quieras saber si tengo una cita. Y a veces solo voy a casa de Jessie o al gimnasio.

—Sí —contesta, pensativo—. ¿Podrías limitarte a mentirme? Intentaré no preguntarte adónde vas, pero si lo hago, ¿puedes mentirme cuando tengas una cita?

Eso es justo lo que he estado haciendo todo este tiempo, por supuesto. Pero contar con su permiso, ese reconocimiento suyo de que mis mentiras son por su bien, alivia un poco la culpa que me produce mi falta de honestidad. Sin embargo, sigue quedando mucha vergüenza.

La siguiente vez que veo a Leo es al cabo de un largo paréntesis. Ha pasado un tiempo de viaje con unos amigos, navegando desde Nueva York hasta aguas canadienses. Durante las semanas que ha estado fuera, me enviaba fotos de sí mismo, de pie en el barco, bronceado y con el pelo al viento, o haciendo morisquetas ante un cartel *kitsch* en algún pintoresco pueblo portuario. Me mandaba invitaciones vagas por correo electrónico: «Algún día deberías venirte a navegar, ¡con tu guitarra!».

Al día siguiente de su regreso, Leo me envía un mensaje a primera hora de la tarde, en el que casi me suplica que vaya a su casa. Pero no hace falta que me lo ruegue; los niños están en el colegio y una cita a mediodía sin la mirada inquisitiva de Daniel es justo lo que me ha recetado el médico.

Me doy una ducha rápida y cojo el metro hacia la parte alta de la ciudad. Mientras camino desde la estación hasta el piso de Leo, intento mirarme en los escaparates y los espejos laterales, para comprobar que no tenga mocos secos en la nariz y confiar en que el sudor que se me acumula en la raíz del pelo no haya corrido la base de maquillaje. Leo me recibe en la puerta, a medio vestir, como de costumbre, y mediante un esfuerzo conjunto, nos desnudamos en menos de un minuto. Pero entonces la cosa deja de parecerme familiar.

Supongo que hay una razón por la que los marineros tienen la reputación que tienen, con lo de pasarse largas temporadas en el mar sin acceso a mujeres. El sexo es consensuado este día, pero también es duro, más duro que nunca, y más de lo que yo querría. Me entrego a sus deseos e intento reprimir los míos. Leo me muerde el labio, con fuerza, y me deja un moretón como una mancha de pintalabios que voy a notar durante días. Y una vez que terminamos de follar, la charla íntima que solemos alargar un buen rato se corta en seco. Leo tiene mucho que hacer. Me da las gracias por haber acudido con tan poca antelación. Y luego me acompaña a la puerta.

Mientras camino de vuelta al tren, cuestiono mi recuerdo de lo que acaba de pasar. Pero el dolor en el labio no me permite mentirme a mí misma.

¿Por qué no lo he detenido? ¿Por qué no he sido capaz de decirle cómo me hacía sentir, como si fuera un pedido de comida para llevar que se le entrega a un hombre voraz, que lo devora sin siquiera el civismo de usar servilletas o cubiertos? Porque, en realidad, ¿quién soy? No soy especial. No soy una persona amada. Ni siquiera soy la amante de Leo: soy su aventura de una noche. ¿Qué esperaba?

—Me siento una mierda —le digo a Mitchell la semana siguiente—. Se suponía que la libertad era divertida, o eso pensaba.

—Nada es divertido todo el tiempo —responde Mitchell. La sensatez de semejante afirmación me hace soltar un suspiro—. Seamos más específicos sobre tus sentimientos. Lo de «una mierda» es un poco vago.

—Vale, y ¿qué tal fuera de control? Es como si solo reaccionara a lo que quieren los hombres. No me impongo en absoluto. Y contar con su atención, follar con ellos… sienta bien, pero es muy temporal. Después me siento como una mierda. Perdón… quiero decir que después me siento vacía.

El hecho de pronunciar esa palabra hace que el sentimiento correspondiente salga a la superficie. Vacía, me siento vacía. Busco un pañuelo cuando las lágrimas empiezan a aflorar a mis ojos.

Mitchell hace una pausa mientras lloro y mira al techo, como suele hacer cuando sopesa qué decir a continuación.

—Molly, déjame preguntarte algo. ¿Cuál es el sentimiento opuesto a ese, a sentirte vacía?

—¿El opuesto? Pues supongo que sentirme llena.

—Estupendo —continúa Mitchell—. Pues alejémonos entonces un momento de las cosas que haces que te provocan esa sensación de vacío. Me gustaría que enfocaras la cosa de otra manera. ¿Puedes recordar algún momento reciente en el que te hayas sentido llena?

Me paro a pensarlo. ¿Cuándo me siento llena? Pienso en mis conversaciones con Daniel, en los momentos en que le leo cuentos a Nate en la cama, en que dejo que Stewart me abrace.

—Me llenan mis hijos —contesto—. Y Stewart también. Pero es curioso: darles demasiado de mí misma también me hace sentir vacía. O quizá me siento vacía haga lo que haga. —Semejante idea amenaza con provocarme un nuevo ataque de llanto, y cojo otro pañuelo.

—Hmm —murmura Mitchell con los ojos fruncidos por la concentración—. Se me ocurre una idea, y me pregunto si te servirá de ayuda.

Lo miro, expectante.

—Creo que tu cubo tiene un agujero.

Conque mi cubo tiene un agujero. Asiento con la cabeza. Me gusta esa imagen tan concreta.

—Te estás llenando de todas las cosas buenas de tu vida, y eso incluye a tu marido y tus hijos —continúa—, pero luego se escapan por el fondo y vuelves a sentirte vacía. Tienes que tapar el agujero para que las cosas buenas no se derramen.

—¿Cómo lo hago?

—He ahí tu tarea —responde Mitchell—. Eso debes descubrir.

Durante las semanas siguientes, pienso en mi cubo y su insidioso agujero.

Una noche, observo cómo duerme Stewart, con los labios exhalando aire, al borde del ronquido. Desde mi posición privilegiada, tengo la impresión de que Stew no obtiene otra cosa que diversión de su garboso recorrido por la senda del matrimonio abierto. ¿Qué estoy haciendo mal yo? ¿Por qué su cubo está en mejor estado que el mío? Una antigua canción popular resuena en mi cabeza, un gemido lastimero:

¿Cómo voy a arreglar esto, querido Stewart, cómo?

En primer lugar, decido no volver a ver a Leo. Aunque ya no noto la magulladura en el labio, sí permanece en mi memoria, recordándome cómo se derramó mi autoestima del cubo la última vez que me acosté con él, la degradación que sentí. Como para confirmar mi sensación de que no se preocupa realmente por mí, Leo deja de enviarme mensajes. Lucho contra el impulso de mandarle yo uno. Me parece absurdo iniciar el contacto solo para decirle que no quiero volver a verlo; su silencio lo dice todo.

Y luego está Laurent. Hemos pasado a un nuevo nivel de sordidez, y no sé si es más alto o más bajo que los baños de los bares, los espacios Breather y mi cubículo en Greendesk.

El Liberty Inn, un dechado de la libertad sexual en sí mismo, es el único ocupante de un triángulo de tierra en un rincón poco frecuentado de Manhattan. Se puede pasar por delante al tomar un desvío en la entrada de la West Side Highway en la calle Catorce, tal vez mientras se hace una entrega en uno de los almacenes del Meatpacking District. En el Liberty Inn se puede reservar una habitación durante dos o tres horas. Se prefiere el pago en efectivo, y Laurent está dispuesto a soltar unos cuantos billetes de veinte

siempre que no tenga que usar la tarjeta de crédito. Algunas habitaciones tienen espejos en el techo. Los muebles están cubiertos con plástico fácil de limpiar, por lo que los únicos fluidos corporales con los que se encuentra una pareja son los suyos propios. Desde la recepción incluso llaman a la habitación diez minutos antes de que se acabe el tiempo: más que un aviso para despertar a los clientes, es una petición educada de que se larguen con viento fresco: el personal de limpieza, de aspecto deprimido, con el que evito el contacto visual, debe preparar la habitación para los siguientes ocupantes.

Para Laurent y para mí, el Liberty Inn se ha convertido en nuestro lugar especial.

Una noche, cuando correteamos como cucarachas para recoger nuestras cosas antes de que se acabe el tiempo pagado y nos cobren un recargo por retraso, me armo de valor para hacer una declaración. Me sale en forma de pregunta.

—¿Crees que podríamos ir a otro sitio la próxima vez? —quiero saber mientras busco mi sujetador, que Laurent ha usado para atarme las manos antes de arrojarlo por ahí—. Este sitio es tan… no sé… tan roñoso.

El espacio entre las cejas de Laurent se contrae.

—¿Qué quiere decir esa palabra?

—¿Roñoso? Es como «asqueroso». «Repugnante.» No tienes más que mirar este sitio y te figurarás por ti mismo qué significa.

—Yo creo que es sexi —gaguea Laurent acercándose por detrás para acariciarme los pechos justo cuando distingo mi sujetador debajo del aire acondicionado—. Como tú. —Me besa en el cuello.

Lo aparto de un empujón.

—Solo tenemos tres minutos para salir de aquí.

—Vale, vale —responde con su fuerte acento, levantando las manos y sonriendo como un niño pequeño al que hayan pillado robando en el bolso de su madre.

Me pongo el vestido por la cabeza y me calzo las sandalias. Bajamos corriendo las escaleras y entregamos la llave a través de la abertura en el cristal antibalas. El recepcionista suelta un gruñido y oprime el botón para abrirnos las dos puertas que llevan al exterior.

Fuera, los vientos de la calle Catorce, la Décima Avenida y la West Side Highway han creado un vórtice de basura. Las bolsas de plástico y los envases de comida rápida se arremolinan en el aire junto con las primeras hojas otoñales.

—En serio, mira este sitio —insisto—. Qué asco.

Laurent me coge de la mano y me lleva por la calle Catorce. Nunca hay taxis tan al oeste, en especial a estas horas de la noche.

—Tienes razón —admite—. La próxima vez iremos a un sitio nuevo; de todas formas quería pedirte que vinieras conmigo.

—¿De verdad? —pregunto, más animada—. ¿Adónde?

Me rodea los hombros con el brazo para que no me quede atrás y me susurra al oído:

—Es un club sexual…

Me escabullo de debajo de su brazo y me detengo.

—Espera un momento. Ya te hablé de las veces que fui a Le Trapeze con Stewart. No pienso volver.

—Relájate —me dice—. Es un sitio diferente, en el Bowery. Te prometo que te encantará.

Cuando llego a casa, le pago a la canguro y voy derecha al ordenador. Escribo «club sexual Bowery» en el buscador y aparece un artículo de *Time Out New York* publicado en 2013. Empiezo a leer:

> Imagino que hay muchas buenas razones por las que nunca deberías ir a un club de intercambio de parejas. Con la apertura de Bowery Bliss, un *sexploratorium* de 370 metros cuadrados y varios niveles, situado en la confluencia entre el Lower East Side, Chinatown y Nolita, la ubicación poco elegante no tiene por qué ser una de ellas.

Cuanto más leo, más se intensifica mi trastorno por estrés postraumático por Le Trapeze. No importa que en su momento dijera que me gustó. No importa que acabara yendo más de una vez. Le Trapeze no era lo mío, y Bowery Bliss, pese a su ubicación elegante, no parece mejor.

Decido quitarme la tirita de un tirón. Me meto en la cama y le mando un mensaje a Laurent: «He buscado información sobre

Bowery Bliss. Lo siento, pero el sexo en grupo no es lo mío. Vamos a un hotel bonito por una vez, ¿vale?».

Laurent me responde solo con un emoji. Una cara que hace pucheros.

Ya he visto esa cara antes. En persona. Pienso en todas las veces que Laurent se ha resistido a usar condón, en cómo se quejaba de lo incómodo que es, de que era como tener sexo con un guante de goma, en que me decía que necesitaba notarme, sentirme por entero, para poder llegar al orgasmo. Y luego pienso avergonzada en cómo acababa yo cediendo y en cómo justificaba mi decisión: «De todas formas se lo va a quitar», pensaba. «Tomo la píldora. Le pediré que solo se corra cuando tengamos sexo anal. (Hace meses que dejé los tapones anales.) Seguiré haciéndome pruebas de ETS.»

Y ahora Laurent me pide que vuelva a ceder, que renuncie a una decisión que tomé hace mucho tiempo: no volver a pisar nunca más un club sexual.

Ojalá Stewart estuviera aquí. No recuerdo si ha salido con otra mujer, si trabaja hasta tarde o está tomando algo con sus amigos. Ojalá pudiera consultárselo, preguntarle qué debería hacer. Pero entonces, una certeza asoma la cabeza desde algún lugar en lo profundo de mi ser: no necesito el consejo de Stew. No puedo ir a otro club sexual. No lo haré.

Como si me leyera el pensamiento, Laurent vuelve a escribir: «Solo una vez. Te lo prometo».

«Lo siento, Laurent.» (¿Por qué me disculpo?) «He tomado una decisión. No volveré a pisar un club sexual».

Espero a que los tres puntitos se conviertan en un mensaje.

«¿De modo que no te importa mi placer?», escribe. Otra carita haciendo pucheros. Algo dentro de mí se quiebra.

«¿Qué coño dices? ¡Todo lo que hago es por tu placer! Para ya de ser un gilipollas inmaduro.»

Noto el corazón en la garganta mientras los tres puntos parpadean durante una eternidad.

«Muy bien. Quizá va siendo hora de que me busque otro botón.»

Miro fijamente su mensaje, sin palabras. Me acuerdo de algo que me dijo en nuestra primera cita. Cuando hice una referencia

indirecta a su esposa (¿lo sospecha?), él evitó la pregunta. En su lugar, me repitió algo que solía decirle su madre argentina: «Las mujeres son como botones: si pierdes uno, siempre puedes encontrar otro». ¿Por qué no había salido corriendo yo en dirección contraria?

Me invade una oleada de náuseas. Trata de presionarme para que le conceda todos sus caprichos, de hacerme sentir culpable por todas las formas en las que no lo complazco. Debo hacer lo que él quiere o ver cómo encuentra a alguien que lo haga.

Me imagino el agujero en mi cubo y casi soy capaz de ver mi autoestima derramándose en el suelo. Tengo que impedir que siga vertiéndose y, de repente, sé cómo hacerlo.

«Adelante», le respondo. «Tú y yo hemos terminado.»

Pulso «Enviar». Y antes de que pueda ver su respuesta manipuladora o cruel, o peor incluso, que no responde en absoluto, bloqueo su número en mi teléfono.

Luego me tumbo boca abajo sobre la almohada. Un jirón de dignidad ondea como una brizna de hierba solitaria en un campo yermo. He dejado ir a Leo. Me he quitado de encima a Laurent. Pero no es a ninguno de ellos a quien quiero ahora mismo.

Quiero a Stewart. Necesito a Stewart.

Oigo un llanto agudo. Lo oigo antes de percatarme de que el sonido sale de mí. Entierro la cabeza bajo todas las almohadas que tengo a mi alcance. No logro controlar el volumen de los sollozos, de modo que los ahogo, tratando de amortiguar su fuerza cuando me desgarran el cuerpo. Lloro durante tanto rato que no consigo acordarme de cuándo paro de hacerlo. Me quedo dormida con las luces encendidas, la cabeza aún enterrada en las almohadas empapadas de lágrimas y endurecidas de mocos secos, los ojos hinchados y la cara llena de capilares rotos.

Y así me encuentra Stewart cuando llega a casa.

10

—Bien. Empecemos. ¿Por qué estáis aquí?

Es una pregunta directa formulada por nuestra nueva terapeuta de parejas, Evelyn, una mujer madura y algo fondona con una melenita muy natural y entrecana y un gran colgante de jade entre los montículos de su prodigioso pecho. Pero responderla es abrumador.

Stewart hace un gesto amplio hacia mí, como quien dice: «Adelante, cuéntale a esta señora tan simpática por qué estamos aquí». La terapia juntos fue idea mía, o, para ser más exactos, mi ultimátum.

Han pasado dos semanas desde mi «crisis», como me gusta llamarla. Hay algo reconfortante en esa palabra, algo atractivo en un colapso total. De hecho, estoy utilizando toda la fuerza que soy capaz de reunir para mantener la ilusión de normalidad ante mis hijos y el mundo exterior. Stewart, sin embargo, está al tanto de la verdad, y eso es importante para mí. Necesita saber que estoy destrozada. Hecha polvo. Kaput.

Mitchell me ha recomendado mucho a Evelyn, pero no consigo sentirme esperanzada. Quizá el problema sea el enorme espacio que ocupamos ahora, que triplica o más el tamaño de la acogedora consulta de Mitchell. Stewart me parece muy lejano en el sofá demasiado amplio de Evelyn. Y la propia Evelyn resulta inaccesible al otro lado de la enorme mesa de centro.

Respiro hondo.

—Estamos aquí porque yo ya no quiero seguir con un matrimonio abierto. Pero Stewart sí.

Stew exhala un profundo suspiro y Evelyn hace un gesto con la cabeza hacia él.

—¿No estás de acuerdo, Stewart?

Él me mira de reojo, y sus ojos son acusadores. Yo le devuelvo la mirada con cara de inocencia. Sé que he simplificado demasiado, pero también hay cierta verdad en lo que he dicho.

—No se trata de que quiera mantener el matrimonio abierto sin tener en cuenta lo que sienta Molly. Es que sé que va a cambiar de opinión. —Se vuelve hacia mí—. Ahora mismo eres desdichada, lo comprendo. Pero tienes que darle tiempo. Conocerás a alguien nuevo y te sentirás de otra manera.

Noto el escozor de las lágrimas en los ojos. No llevamos aquí ni cinco minutos.

—No quiero a nadie nuevo —respondo—. Te quiero a ti.

—Ay, tesoro —dice Stewart—. A mí ya me tienes. Siempre me tendrás.

—No parece que sea así. Me siento muy sola.

—¡No estás sola, Molly! —grita, exasperado—. ¡Estoy aquí, a tu lado! ¡En este preciso instante!

Evelyn levanta la mano para detenerlo, con el gesto de un guardia de tráfico escolar. Y desde luego parece que hayamos vuelto a la escuela primaria y dependamos de un adulto para que compruebe si hay peligro en ambos sentidos y nos guíe sanos y salvos a través de este cruce.

—Stewart, lo que Molly ha dicho es que se siente sola. Los sentimientos no son hechos, de modo que es preferible no tratar de cuestionar un sentimiento.

Stew levanta las dos manos e inclina la cabeza. No sé si la suya es una disculpa sarcástica o sincera.

—Molly —continúa Evelyn—, ¿puedes ser más específica sobre qué necesitas de Stewart para no sentirte sola?

—Quiero que sea feliz cuando está en casa —respondo.

—¡No puedes obligarme a ser feliz, Molly! —estalla Stewart—. Lo siento. Se supone que no debo hablar.

—No, puedes hablar —corrige Evelyn—. Y entendemos qué quieres decir. Volveremos más tarde a la cuestión de tu felicidad. Inténtalo de nuevo, Molly. ¿Qué te hace falta para sentirte menos sola?

Le doy vueltas a eso. Mi soledad es errática. Intento adentrarme

en ese sentimiento y averiguar qué me hace falta realmente.

—Necesito divertirme más con Stewart —digo—. Antes nos divertíamos mucho.

—De acuerdo —responde Evelyn asintiendo de modo alentador—. Y ¿cómo sería divertirse con Stewart? ¿Qué haríais vosotros dos? —Abro la boca para responder, pero se adelanta—: No me lo digas a mí. Díselo a Stewart.

Me vuelvo hacia él.

—Quiero que me lleves a desayunar. La semana pasada llevaste a Beth a desayunar y me dolió porque tú y yo ya nunca hacemos eso. Y me encanta el desayuno.

Stewart se echa a reír.

—Claro que sí —dice cogiéndome la mano—. Te llevaré a desayunar esta semana sin falta.

—¿En serio? —pregunto, más animada.

—¡Por supuesto! —responde—. Elige un día en el que no tengas talleres ni reuniones y lo haremos mientras los niños están en el colegio, ¿vale?

Al pensar en sus palabras, hundo un poco los hombros.

—Bueno, ahora me da la impresión de que solo estás tachando una cosa de una lista. Quiero que te apetezca ir a desayunar conmigo. Y que sea idea tuya.

Stew me suelta la mano. Se echa hacia atrás con tanta fuerza contra el sofá que me hace rebotar un poco.

—¡No puedo ganar! —exclama dirigiéndose ahora a Evelyn—. ¡Haga lo que haga, ella se enfada!

—Vale, probemos con otra cosa —propone Evelyn—. Haremos un ejercicio que consiste en escuchar. Stewart, tú vas a decirle a Molly por qué sientes que no puedes ganar. Molly, tú vas a repetirle a Stewart todo lo que él te diga. No hace falta que repitas sus palabras textualmente, pero no puedes añadir nada ni expresar tu propia opinión. Yo estaré aquí para ayudarte. Adelante, Stew. Mira a Molly. Empieza con lo que acabas de decir: «Tengo la sensación de que no puedo ganar. Haga lo que haga, te enfadas».

Stewart se frota la cara con la mano y se vuelve hacia mí. Puedo captar la reticencia en su rostro. Pero hace lo que le dicen.

—Tengo la sensación de que no puedo ganar —declara—. Haga lo que haga, te enfadas.

—Ahora repite eso tú —me indica Evelyn.

—Tienes la sensación de que no puedes ganar —digo—. Hagas lo que hagas, me enfado.

—¿Lo ha entendido bien Molly, Stewart? —pregunta Evelyn.

—Ajá.

—Bien, sigamos. ¿Qué más?

—Quieres que te lea el pensamiento —continúa Stew—. Y si no adivino lo que te está pasando por la cabeza, te decepciono.

—Quiero que me leas el pensamiento —repito—. Y si no adivinas lo que me pasa por la cabeza, actúo como si me hubieras decepcionado.

—Exacto —comenta Stewart. Observo cómo se relajan los músculos de su rostro. Yo también estoy más tranquila.

—¿Cómo te hace sentir esto, Stewart? —quiere saber Evelyn—. ¿Que Molly realmente escuche lo que dices?

—¡Me gusta! ¡Es como tener mi propio lorito!

Le doy un suave golpe en el brazo y él me aprieta la rodilla.

Evelyn nos mira con una sonrisa radiante. La esperanza vuelve a brotar en mi interior.

Continuamos con el ejercicio «Molly quiere una galleta», como lo llama Stew, y luego intercambiamos roles. Cuando la hora de consulta llega a su fin, los dos estamos riendo.

—Quiero que practiquéis esta técnica en casa. Y recuerda, Molly, está bien necesitar a Stewart y decirle qué necesitas de él, independientemente de si decidís mantener el matrimonio abierto o no.

Lo que entrañan sus palabras me despierta una inesperada oleada de alivio. Nuestro matrimonio, sea monógamo o no, necesita atención y cuidados. Y podemos dedicarnos a ello sin tener que tomar ninguna decisión definitiva sobre si mantenemos el matrimonio abierto.

—La próxima vez, Stewart —continúa—, hablaremos de lo que tú necesitas de Molly para sentirte más feliz en tu matrimonio. Ve dándole vueltas.

Cuando Stew y yo bajamos juntos en el ascensor, le pregunto:

—¿Qué te ha parecido?

—Me ha gustado más de lo que pensaba —admite—. ¿Y a ti?

—Creo que ha sido de ayuda. —Se abren las puertas y salimos al vestíbulo. Stewart se dirige hacia la salida, con una prisa casi palpable por volver al trabajo, por tomarse un respiro de toda esa charla sentimental. Pero yo no quiero renunciar a la cercanía que he sentido sentada a su lado en el sofá demasiado grande, todavía no. Me siento generosa. Quiero ofrecerle algo.

—¿Cómo se llamaba aquella página web de citas? La que funciona bien para gente en relaciones abiertas, la que te mencionó aquella chavala, Kathy.

—¿Te refieres a Katie? —Él sabe cuánto me divierte confundir los nombres de las mujeres con las que sale—. Se llama OkCupid. Sí, tiene buena pinta. Incluso puedes elegir «No monógamo» como estado civil.

—Esa. Pues creo que voy a crear una cuenta. Quiero decir, si aceptas seguir viendo a Evelyn conmigo, dejaré de salir con hombres de mierda de Ashley Madison y le daré una oportunidad de verdad a esto del matrimonio abierto.

—Eso es genial, tesoro —responde Stew sujetándome por los hombros y mirándome fijamente a los ojos. Me encanta que haga eso, que me haga sentir tan presente—. Te lo agradezco. — Me da un beso ligero en los labios—. Tengo que irme a trabajar, pero volveré a casa temprano.

Me resisto a preguntarle qué significa «temprano».

Por la noche, borro mi cuenta de Ashley Madison y me doy de alta en OkCupid. Ahí está: «No monógama» aparece en el menú desplegable, entre «Soltera», «Saliendo con alguien» y «Es complicado». Pero a mí todo me parece complicado.

En mi perfil de OkCupid, me llamo Molly, no Mercedes. Selecciono una foto en la que se me ve la cara. Empiezo a responder preguntas que me ayudarán a encontrar a mi pareja ideal. La mitad son redundantes, como si el algoritmo no estuviera muy convencido de que entiendo lo que significa «no monógama».

¿Hasta qué punto estás dispuesta a salir con alguien que tiene otra pareja?
Si tu pareja te dijera que ha besado a otra persona, ¿cómo reaccionarías?
¿Qué importancia tiene para ti la exclusividad en una relación?

Elijo entre las respuestas sin matices que se me ofrecen: «Muy dispuesta», «Me parecería bien», «No tiene importancia». Y así, sin más, me encuentro oficialmente en un matrimonio abierto.

Durante los días siguientes, mi cuenta de OkCupid se convierte en el centro de mi universo. No tardo en descubrir cómo gana dinero esta página «gratuita» de citas: a menos que contrate una cuenta prémium, ni siquiera soy capaz de leer los mensajes de mi bandeja de entrada. Actualizo la suscripción y comienzo la épica tarea de separar el grano de la paja. Pero una vez que descubro cómo filtrar a los hombres que también mantienen relaciones abiertas, mi lista de posibles parejas se reduce de 537 a 12. Y mi pareja ideal (lo que resulta reconfortante, supongo) es Stewart.

—¿Qué narices pasa aquí? —le comento una noche en la cocina, apoyados contra la isla, cuando le enseño su perfil en mi teléfono. —Creía que habías dicho que esta era la mejor aplicación para gente con matrimonios abiertos.

—Bueno, la opción «No monógamo» la añadieron hace poco. Me gusta ponerla porque así no tengo que dar explicaciones una y otra vez. Pero no te limites a hombres que también tengan relaciones abiertas. ¿Qué tal los solteros?

—Sí, supongo. Pero también me gustaría averiguar cosas sobre todo este mundo no monógamo, ¿sabes? —Me desplazo hacia abajo en la pantalla y me detengo—. Anda, ¿qué pasa con este tío? Liam. Dice que es no monógamo, pero también soltero. ¿Qué significa eso?

Stew observa por encima de mi hombro a la persona en cuestión. La foto muestra a un tipo atlético y con pinta de amante de la naturaleza, con una buena mata de pelo castaño, ojos azules y soñadores y labios sensuales. Lee en voz alta lo más destacado del perfil de Liam:

—Un sumiller heteroflexible al que le llevas más de diez años. Ve a por él, tesoro. No tienes nada que perder, ¿no?

Liam vive en Queens, que en cuanto a conexiones de transporte público con Park Slope equivale a estar en Filadelfia. Decidimos quedar en un parque del Lower East Side, no muy lejos del restaurante donde trabaja. Llego primero y me instalo en un banco, desde donde echo un vistazo alrededor tratando de localizarlo y parecer despreocupada al mismo tiempo. Para tratarse de un hombre que se gana la vida con el vino, ha organizado una cita inquietantemente sobria.

Un guaperas con vaqueros ajustados se dirige hacia mí cruzando la hierba desigual. Va sin abrigo pese al aire frío del otoño, y lleva una camisa de lino lo bastante desabrochada como para dejar al descubierto su pecho sin vello. A medida que se acerca, distingo un rostro que es la viva imagen de la satisfacción, demasiado relajado como para molestarse en sonreír.

—Molly —pronuncia mi nombre sin tono interrogativo. Abre los brazos en los últimos pasos y, cuando me pongo en pie, me suelta un abrazo que me envuelve por entero, demasiado íntimo para un primer encuentro aunque sin connotaciones sexuales, y susurra contra mi cuello—: Me alegro mucho de conocerte.

—Yo también —respondo sonrojándome.

—Cuéntame algo de ti —pide sentándose junto a mí en el banco. Su pierna toca la mía, pero no lo percibo como una insinuación. Sin embargo, me cuesta asimilar la intensidad con la que me mira a los ojos—. ¿Cuánto tiempo llevas experimentando con el poliamor?

—¿Cómo? —tartamudeo, desconcertada ante esa palabra—. Ah, yo tengo un matrimonio abierto, pero no estoy segura de que lo nuestro sea poliamor. O quizá es solo que no me gusta la etiqueta. —Me sonrojo aún más al darme cuenta de que a lo mejor le he ofendido—. Quiero decir… no es que tenga nada de malo… Dios mío, lo siento. Hablo como George Costanza.

—No pasa nada —contesta Liam con suavidad. Es probable que ni siquiera capte la referencia. Debía de tener nueve años cuando se emitió la serie *Seinfeld*—. El poliamor se sigue malinterpretando. Ni siquiera la comunidad poliamorosa se pone de acuerdo sobre su definición.

—¿En serio? —pregunto—. ¡Porque a mí me vendría muy bien una

clase!

Liam no se ríe exactamente. Lo suyo es más bien una sonrisa zen que evoca la sensación de la risa.

—En ese caso, soy tu hombre. Mi madre experimentaba con el poliamor y yo me crié en una comuna que lo practicaba en el norte de California —añade sin que haga ninguna falta.

—Vaya. Mis padres también tenían un matrimonio abierto, pero ni siquiera utilizan ese término. Mi madre dice que tuvo «una aventura» con el consentimiento de mi padre.

—Ajá —responde. Debe de ser la primera persona que conozco a la que no le sorprende esa revelación—. La gente se puede obsesionar mucho con el lenguaje, ¿sabes? Por ejemplo, algunos puristas consideran que el matrimonio abierto no es en absoluto poliamor. Creen que es demasiado jerárquico, puesto que los cónyuges son automáticamente «primarios» y las otras parejas «secundarias» o lo que sea.

—¿Y tú? —le pregunto.

—Bueno, yo practico el poliamor en solitario —responde.

—¿Y eso qué significa? —Me suena a oxímoron, pero intento no parecer estrecha de miras.

—Significa que mi relación principal es conmigo mismo. Así que no tengo intención de casarme, ni siquiera de que mis relaciones románticas duren para siempre. Pero eso no significa que no me tome las relaciones en serio. —No dudo de él. Me mira con una fijeza que solo puede describirse como… bueno, seria—. Es como tener más de un amigo íntimo: la gente quiere a sus amigos, pero no necesita un documento legal que obligue a comprometerse con ellos de por vida. Y nadie diría: «No puedo creer que hayas estado viendo a otros amigos». ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asiento con la cabeza, sintiendo cómo me invade la emoción al asimilar esa idea.

—Sí, sé exactamente a qué te refieres. —Pienso en Edie, en Nina, en Kayla, en Jessie. Cada una de ellas desempeña un papel distinto en mi vida. Y no querría separarme de ninguna de ellas. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en el ámbito del sexo y el romance?

—También he conocido a algunas de mis parejas a través de otras

parejas —continúa—. Eso es lo mejor. Cuando amas a dos personas que también se aman entre sí.

Al oír eso, la burbuja de emoción empieza a desinflarse. Intento sentir «amor» por una de las novias de Stewart. Lo único que consigo es una sensación tosca que se parece mucho al temor.

Liam interpreta mi reacción con inquietante exactitud.

—¿Debo suponer entonces que aún no has experimentado la compersión? —pregunta.

—¿Com… qué?

—Compersión. Es un sentimiento positivo que se tiene cuando tu pareja está con otra persona. Algo así como lo contrario de los celos.

—No —me apresuro a responder—. No, eso no lo he experimentado, seguro.

La cara de Liam luce la expresión de un maestro que se da cuenta de que su alumno necesita una ayuda extra.

—Hay un libro que deberías leer —comenta.

De camino a casa, me detengo en Strand, una librería lo bastante grande como para ocultar la vergüenza que siento al coger un ejemplar de *Ética promiscua. Guía práctica del poliamor, las relaciones abiertas y otras aventuras.* Según Liam, es la Biblia del poliamor. Me ha dicho que encontraré «compersión» en el índice y, en efecto, ahí está, entre «comunicación» y «compasión», por un lado, y «competitividad» y «conflicto», por el otro.

En el metro de la línea F, voy al capítulo 18 y leo: «Algunas personas poliamorosas utilizan la palabra "compersión" para describir la sensación de dicha que se experimenta al ver a tu pareja sexualmente feliz con otra persona».[3]

Cierro el libro. Creo que será mejor empezar por la página 1.

Unos días más tarde, Liam me envía un mensaje para invitarme a quedar en el bar del restaurante donde trabaja.

«Esta semana tengo turno de noche todos los días, pásate y te invito a una copa.»

Sin un día ni una hora concretos para quedar, no sé muy bien cuándo ir. Decido que un día entre semana estará bien. Si espero a que los niños se acuesten y Stew llegue del trabajo, llegaré lo

bastante tarde, aunque no sé decir para qué.

Entro por la doble puerta a las diez y media de una noche de martes y me sorprende ver que el local está lleno. ¿Esta gente no trabaja o qué? También me fijo en que, en lugar de Liam, hay una mujer detrás de la barra. Una mujer joven, guapa e increíblemente elegante, que parece hecha de rayos de sol y polvo de estrellas.

Me abro paso entre la multitud y me deslizo en el último taburete que queda libre. Me concentro en parecer decidida. Me lleva varios intentos colgar el bolso en el gancho que hay a la altura de mis rodillas y, una vez que lo consigo, me revuelvo inquieta en el asiento para alisarme la falda bajo el trasero. Entretanto, no dejo de mirar a la camarera, preguntándome con creciente pánico cómo explicarle quién soy, el error cósmico de mi existencia en este lugar de suaves temas tecno y luz azul más suave todavía. Cuando levanta la vista, le hago una señal para que se acerque, sin saber aún qué palabras van a salir de mi boca.

—Hola —me saluda—. ¿Qué tal estás esta noche?

De cerca es aún más guapa: el pelo alborotado con naturalidad, la nariz respingona, unos enormes ojos turquesa y una voz que recuerda al acento californiano de Liam. La política de contratación de este sitio debe de anunciarse como las normas para montarse en una montaña rusa: *Tienes que ser un verdadero bellezón para trabajar aquí*.

—Bien, bien —respondo sintiéndome extraordinariamente estúpida y fuera de lugar—. Soy… ejem… una amiga de Liam. Me dijo que estaría aquí esta noche…

—Oh, genial, genial. —¿Me está tomando el pelo al repetirse como yo? ¿O solo intenta que me sienta menos idiota? Tan absorta estoy analizando este primer intercambio que casi no oigo lo que dice a continuación—. Tú debes de ser Molly. Liam me ha dicho que estuviera pendiente por si venías. Le diré que estás aquí. Mientras tanto, ¿qué te pongo?

Aunque Liam me invitó a venir, me sorprende que me esté esperando.

—Estupendo, estupendo —digo toda aturullada y perdiendo la poca confianza que haya conseguido rascar—. Tomaré una copa de

vino blanco de la casa.

—Podemos ofrecerte algo mejor —responde ella riendo—. Liam me matará si le sirvo vino de la casa a una amiga suya.

Estoy tomando mi segunda copa de un «chispeante Viognier», un caldo del que nunca había oído hablar y cuyo nombre no me atrevo a pronunciar en voz alta, cuando percibo el aroma a hierbas de la colonia de Liam.

—¡Eh, hola! —exclama posándome una mano en los riñones para besarme en la mejilla. Su barba de apenas unas horas resulta tan agradable al tacto y al olfato como a la vista.

—¡Hola! —contesto en voz demasiado alta. Parezco un jabalí que se haya colado en el recinto de las gacelas del zoo. Pero las gacelas no parecen darse cuenta.

Liam alarga la mano para probar un sorbo de mi vino y asiente con la cabeza en señal de aprobación.

—Veo que Thea te cuida bien. Diré en cocinas que manden para acá un poco de crema de zanahorias asadas. Combina muy bien con este vino.

—Suena delicioso. Gracias —contesto. Me muero de hambre, pero parece que esta noche me toca pastar en plan gacela.

Se inclina de nuevo y vuelvo a percibir su aroma. A lo mejor podría sobrevivir tan solo con su olor.

—Podré tomarme un descanso dentro de media hora —me susurra al oído—. ¿Puedes esperar hasta entonces?

Asiento en silencio y él me besa de nuevo en la mejilla, esta vez rozando la comisura de mis labios.

Cuando termino mi tercera copa de vino, así como la crema, que por suerte venía guarnecida con unos cuantos garbanzos reconstituyentes, Liam reaparece a mis espaldas. Se inclina bajo la barra, me acaricia la pierna y coge mi bolso del gancho con un movimiento fluido que cala en mi entrepierna. Su otra mano toma la mía y me lleva al exterior.

Lo sigo hasta un lugar en penumbra entre la puerta y las ventanas en saledizo y me pregunto a cuántas otras mujeres habrá traído aquí. También me pregunto si tendré restos de garbanzo entre los dientes. Pero cuando se inclina desde su altura perfecta y me besa,

esas cuestiones dejan de importarme. Su beso es seguro pero tierno, dominante pero respetuoso: el galán sensible de las películas pero en la vida real. Un beso se funde con el siguiente y pierdo la noción del tiempo. Besarse con Liam es una experiencia multisensorial. El tacto de sus suaves labios, su aroma a hierba, el sabor de su lengua, como si hubiera pasado toda la noche masticando hojas de menta ecológica, y quizá lo haya hecho. Incluso el zumbido del tráfico y los fragmentos de conversación de los transeúntes parecen emanar del propio Liam, el director de esta banda sonora.

—Llega sana y salva a casa, Molly —dice finalmente, y abro los ojos para encontrarme con los suyos. El poliamor en su mirada es tan evidente como California en su voz. He aquí un hombre que no tiene miedo de enamorarse.

«Hola», me escribe Liam al día siguiente. «Gracias por pasarte a verme anoche. Fue muy *wapo* verte.»

Intento evitar que emerja mi reacción visceral al lenguaje de los mensajes de texto y centrarme en el recuerdo de los labios suaves y la barba sexi de Liam.

«Yo también me alegré de verte», le respondo. «¡Gracias por las copas gratis!»

«Cuando quieras. Por cierto, ¿has estado alguna vez en Poly Cocktails? ¡DUT si quieres ir! La próxima vez será el lunes por la noche.»

«Vale, gracias. ¡Te diré algo!»

Tras averiguar gracias a Google que DUT significa «Dame un toque», escribo «Poly Cocktails» en la barra de búsqueda. Es exactamente lo que parece. «El Poly Cocktails», dice el sitio web, «fue creado el día de San Valentín de 2007 por tres amigos activistas del poliamor como una forma de espacio social para la comunidad poliamorosa de Nueva York.» Echo un vistazo a la barra de navegación y hago clic en «¿Qué es el poliamor?».

> Poliamor (cuya etimología combina las raíces griega y latina con el significado de «muchos amores») también se conoce como no monogamia ética o

> consensuada (NME o NMC). En una relación basada en el poliamor, las personas pueden tener relaciones emocionales y/o físicas significativas con varias personas de manera simultánea, con el pleno conocimiento y consentimiento de todos los involucrados.

Hasta aquí todo bien. Nada nuevo ni impactante. Sigo leyendo:

> Hay tantas formas de poliamor como personas que lo practican, pero las principales características son la honestidad, la comunicación constante y la apertura emocional. De hecho, muchas de las enseñanzas que promueve el poliamor también son aplicables a las relaciones tradicionales. Aunque puede haber algunos solapamientos, el poliamor NO es lo mismo que la promiscuidad, el intercambio de parejas o los juegos sexuales no convencionales. El poliamor no implica ningún comportamiento o norma sexual en particular, sino que anima a las personas a explorar y definir sus propias normas de una manera que tenga sentido para ellas y respete las necesidades y deseos de todas las partes implicadas.

Todo eso me parece bien. ¿Comunicación constante? ¿Apertura emocional? ¿Sin presión para que hagas algo que no quieras hacer? ¿Quién podría discutir algo así?

La noche siguiente, Stewart y yo cenamos temprano en MooBurger antes de la obra de teatro escolar de Nate. Todas las mesas están a rebosar de familias. Padres y madres demacrados y ojerosos instan a sus hijos a comer mientras intentan conversar en medio del caos.

—¿Por qué has vuelto a elegir este sitio? —pregunta Stew mientras aparta la silla para dejar paso a un cochecito.

Nuestros hijos no nos acompañan. Nate está comiendo pizza con el elenco y Daniel, ya en segundo de secundaria, anda por ahí con sus amigos y se reunirá con nosotros para ver la obra. La creciente independencia de mis hijos es a la vez emocionante y aterradora. «¡Oh, gloriosa libertad!», grita una parte de mí. «¡Oh, se acabó mi función en la vida!», se lamenta otra.

—Lo siento. Supongo que es la fuerza de la costumbre. Suelo venir a este sitio porque queda cerca del colegio. Además, tienen pan sin gluten y vino. —Señalo alegremente el surtido que tengo

delante.

—Sí —contesta Stew—. Pero no tienen whisky, ni siquiera refrescos como Dios manda; detesto ese asqueroso sucedáneo de Boylan. —Da un sorbo a regañadientes a su agua.

—¿Quieres pedir una cerveza? —le sugiero con remordimientos. Si él me llevara a un sitio sin carta de vinos, seguro que me quejaría. Pero niega con la cabeza y pienso en cómo cambiar de tema—. ¿Has oído hablar de Poly Cocktails?

Stewart me mira de reojo.

—Eh… ¿sí?

—¿A qué viene el tono de interrogación? —comento agenciándome una de sus patatas fritas—. O has oído hablar de ese sitio o no.

—Lo que me pregunto es si realmente quieres saberlo —responde —. A ver, cómo expresarlo… Digamos que tiendes a hacer preguntas y luego te enfadas cuando las contesto con sinceridad.

—Tienes toda la razón —respondo.

Me mira con cara de sorpresa.

—¿En serio? Pensaba que lo negarías hasta el día de tu muerte.

—Estoy en ello, ¿vale? Parece que me he apuntado a un curso de iniciación al poliamor con Liam. Es él quien me ha invitado a ese Poly Cocktails. Y me ha hablado de algo llamado «compersión». ¿Has oído hablar de eso?

—Sí —confiesa Stew entre risas—. Estoy haciendo el mismo curso, pero creo que voy un par de semanas por delante de ti en el programa.

Aferro mi copa de vino con ambas manos. De modo que Stewart sale con alguien que le está enseñando los mismos conceptos que yo estoy aprendiendo de Liam. Eso es algo bueno, ¿no? ¿No nos pone en el mismo nivel? Entonces, ¿por qué siento que me consumen los celos? Intento recordar mi nueva sabiduría de *Ética promiscua*: «Los celos son a menudo la máscara que utiliza el conflicto interno más complicado que tienes en ese momento».

—Ve despacio, ¿vale? ¿De verdad fuiste a Poly Cocktails con alguien?

—No exactamente —contesta—. Pero sí que tuve una cita… más o

menos… con alguien que asiste habitualmente. Aunque dudo que vuelva a verla.

Al oír eso, mi cuerpo empieza a relajarse. «¿Lo ves? No hay razón para sentir celos», me digo a mí misma.

—¿Es alguien de quien me has hablado?

—No —responde Stew—. Sabía que te burlarías de mí si lo hacía. Justo antes de que te enfadaras.

—¿Por qué estás tan seguro de que me voy a enfadar? —le pregunto, empezando a enfadarme.

—Está bien —accede, y le hace señas a la camarera para pedir la cuenta—. Te lo diré, pero solo porque tenemos que irnos pronto a la obra de teatro. Me gusta tener una vía de escape.

—Vale. Tienes cinco minutos. Prometo no interrumpir.

—Puedo hacerlo en menos de dos —dice Stew—. Conocí a una mujer llamada Campanilla en OkCupid y…

—¿Campanilla? —lo interrumpo en voz muy alta—. ¿De verdad se llama así?

Stew guarda silencio y me mira con las cejas arqueadas.

—Lo siento. Ya me callo. Continúa.

—Como iba diciendo —prosigue Stewart mientras le tiende su tarjeta de crédito a la camarera—, el nombre que usa en OKC es Campanilla, y va a ese Poly Cocktails. Pero la mayoría de la gente que acude a ese sitio solo pretende encontrar otras personas que practiquen el poliamor para montar fiestas… privadas fuera del local.

—¡Fiestas sexuales! —exclamo, todavía demasiado alto. Agradezco el ruido de los niños pequeños que lloriquean.

—No, Molly —ironiza Stew—. Reuniones de Tupperware. ¿Qué crees tú? ¿Puedo terminar la historia, por favor?

—Claro. Lo siento.

—Esas fiestas son un tanto selectas: no participan más de cuatro o cinco parejas y todo el mundo tiene que hacerse antes un test de ETS. Campanilla era la anfitriona de una y me pidió que fuera su acompañante. De manera que fui. —La camarera vuelve con la tarjeta de Stew. Él le da las gracias y firma. Luego me dice—: Vámonos.

—¡Espera, no puedes dejar la historia ahí!

—Te lo cuento por el camino. La obra está a punto de empezar.

Mientras caminamos, Stewart me da algunos detalles. Cuando llegó a la fiesta, se sintió cohibido: todos los asistentes tenían menos de cuarenta años. Él y Campanilla tontearon, pero no se sintió especialmente atraído por ella. Era la segunda vez que quedaban y no la había visto desnuda todavía.

—Tiene la espalda cubierta de tatuajes y los pezones perforados —explica—. Ya sabes que no me van esas cosas.

—Ajá —confirmo, agradeciendo que me cuente solo los aspectos negativos de la experiencia, es decir, los detalles que soy capaz de soportar. Pero, como una tonta, insisto—: ¿Hubo algo que te gustara?

—Claro —responde Stew, demasiado rápido. Y luego, antes de que pueda arrepentirme de mi pregunta, añade—: Es como tener un asiento en primera fila para ver porno. Fue bastante guay ver cómo se corrían otras personas, ¿sabes?

Asiento con la cabeza en silencio, con lágrimas en los ojos. Parpadeo para evitar que caigan. Ya hemos llegado a la escuela de Nate y estoy deseando pasar una hora en un auditorio oscuro para procesar lo que Stewart acaba de contarme. Nate interpreta a un vendedor de periódicos y solo sale en una escena, hacia el final, según me ha contado, de modo que dispongo de algo de tiempo para desconectar.

El sentimiento que se esconde detrás de mis lágrimas me resulta familiar: es mi preocupación, mi miedo de no satisfacer todas las necesidades de Stewart. A él le gusta ver a la gente follando. Y, por más que lo intente, no puedo darle eso.

Pero mientras observo, como desde una gran distancia, a los niños dando traspiés por el escenario y olvidándose del guion, a los padres en las filas delante de mí buscando el ángulo perfecto para fotografiar a sus pequeñas estrellas, me asalta un nuevo pensamiento.

«¿Qué más da si Stew satisface algunas de sus necesidades en otro lugar?»

Y detrás de ese pensamiento hay también una nueva sensación: un cosquilleo de libertad. Si ya no soy la única pareja sexual de

Stew, entonces no he de sentirme culpable al negarme a hacer ciertas cosas que no me apetecen. Eso es bueno, ¿no? ¡Todos salimos ganando! Entonces, ¿por qué sigo sintiendo celos? ¿Por qué es tan difícil de alcanzar ese sentimiento de compersión?

—¡Extra! ¡Extra! ¡Lean todo al respecto!

La voz de Nate resuena a mis espaldas. Todas las cabezas del auditorio se vuelven en dirección al sonido. Busco a tientas mi teléfono y compruebo con alivio que Stew ya está grabando. Ahí está nuestro pequeño, pavoneándose por el pasillo, adorable y seguro de sí mismo. Sin duda es el momento estelar de Nate. Causa verdadera sensación. Se lleva más risas que ningún otro niño y hace una reverencia dramática antes de salir del escenario por la izquierda.

Stewart para de grabar, me coge la mano, me la besa y sigue apretándola con fuerza. Se inclina y me susurra al oído:

—Te quiero.

Y me doy cuenta de que nuestro matrimonio está a salvo. Da igual que no vaya a asistir a una fiesta sexual con él. Nada puede unirme más a Stewart que nuestros objetos de amor comunes: nuestros hijos.

El domingo recibo otro mensaje de Liam: «Espero de verdad que puedas venir mañana a Poly Cocktails. Vendrán dos de mis parejas, me encantaría que las conocieras. ¡Dime algo!».

Corro de vuelta a *Ética promiscua* y examino el índice en busca de ayuda. Reboto como una pelota entre secciones tituladas «Una utopía promiscua», «Parejas y grupos» y «Límites». En cuestión de diez minutos, voy del convencimiento de que nada me gustaría más que andar por ahí con las despampanantes novias de Liam a preocuparme de manera irracional por que Campanilla pueda ser una de ellas y, finalmente, a tomar la decisión de pasar de todo el asunto. Aunque *Ética promiscua* me asegura en todo momento que debo cuidar de mí misma, que debo sentirme cómoda diciendo que no y haciendo lo que sea mejor para mí, me siento neurótica e inmadura.

«No creo que esa escena sea para mí», le escribo a Liam. «Pero

muchas gracias por la invitación. He aprendido mucho de ti.»

Pulso «Enviar» y suelto un suspiro de alivio por haber cerrado a cal y canto a mis espaldas la puerta de esta rama de la «comunidad del poliamor».

Para quitarme de la cabeza la cita cuádruple a la que no voy a asistir, paso la noche del lunes buscando en OkCupid. Quizá lo que necesito no es un maestro del poliamor sino un novato en las relaciones abiertas, alguien que se haga tantas preguntas como yo sobre todo este mundo. Cuando leo las docenas de mensajes de mi bandeja de entrada, uno de ellos me llama la atención. Una foto en primer plano de un rostro juvenil, barbudo y sonriente acompaña al perfil:

> Nombre: Karl
> Edad: 36
> Altura: 1,90
> Complexión: un poco de más
> Situación actual: en una relación éticamente no monógama (en pareja)

«Hola» escribe Karl. «Pareces muy interesante. ¿Eres profesora? ¡A lo mejor puedes ayudarme con mi gramática! Soy alemán y me encanta el pódcast de esa chica que da consejos y trucos gramaticales (en segundo puesto, después de *The Moth*). Podemos intercambiar clases: ¡backgammon por gramática!»

Su entusiasmo es refrescante: sin juegos, a excepción del backgammon, por supuesto. Alabo en silencio mi cuenta prémium de OKC por avisarme de que está conectado. Me apresuro a escribirle.

«Hola, Karl. Suena divertido. ¿Dónde vives?»

«¡Ah, tú también estás en el ciberespacio ahora! Vivo en Windsor Terrace. ¿Y tú?»

Titubeo. Windsor Terrace está muy cerca. Pero Stewart se pondrá tan contento de que haya encontrado a alguien que me gusta que sin duda pasará por alto la norma de «nadie del barrio».

«¡Estoy en Park Slope!», respondo. «¿Puedo preguntarte por esa situación tuya en una relación ENM? ¿Estás casado? ¿Llevas mucho tiempo en una relación abierta?»

«Aún no estoy casado. Yo y mi prometida Martina vivimos juntos. Llevamos unos seis meses en una relación abierta. ¿Y tú?»

«Casada 16 años», contesto. «Relación abierta desde hace algún tiempo, pero todavía estamos averiguando cómo funciona. Y aquí tienes tu primera lección de gramática: "Mi prometida y yo": el pronombre personal va después.»

«Vaya. ¿Pronombre personal? ¡Eso para mí es como los preliminares del sexo! LOL»

No soporto eso de «LOL», pero como en efecto estoy riéndome a carcajadas, decido dejarlo pasar.

«Entonces nos llevaremos muy bien», escribo.

Karl y yo quedamos para el jueves por la noche en Lucey's Lounge, en la Tercera Avenida en dirección a Gowanus, por donde es poco probable que deambulen nuestros vecinos y las madres de los amigos de mis hijos. Está a menos de diez minutos a pie, pero salgo media hora antes y doy un rodeo. Necesito tiempo para pensar.

Karl y yo ya hemos intercambiado docenas de mensajes de texto durante los últimos tres días. Me hace muchas preguntas sobre la gramática inglesa, detalles sutiles, como cuándo usar el subjuntivo y la diferencia entre «menos» y «menor», con lo que se gana mi respeto. Me cuenta cosas sobre su trabajo como fotógrafo independiente y me hace preguntas sobre mi vida. El miércoles me envía un mensaje de voz para que pueda oír su acento: «Hola, Molly. Soy Karl. ¡Ahora ya estás segura de que soy muy alemán!». Tiene voz de simpático y las peculiaridades de su inglés resultan de lo más encantadoras.

Lo más importante es que Karl me cuenta que él y su prometida, Martina, llevan años hablando de la posibilidad de tener una relación abierta. La idea fue incluso de ella. Martina es bisexual y quiere intimidad femenina en su vida. Karl me cuenta que están aprendiendo mucho juntos y que les va bien. Siento cierta seguridad en la naturaleza paralela de nuestras experiencias. Es posible que esta sea una relación capaz de durar. Tal vez Karl sea la persona que pueda llenar mis vacíos. A lo mejor nos enamoramos…

El destello de ese pensamiento me provoca una expectativa

vertiginosa y, al mismo tiempo, me pesa en las piernas como un temor plomizo. «Nada de enamorarse» sigue encabezando nuestra lista de reglas para las relaciones. Pero ¿de verdad quiero seguir esta norma? ¿No la he incumplido ya? Aún no sé muy bien cómo clasificar los sentimientos que abrigaba por Matt, pero sé que los tenía. También sé que mis relaciones con Leo y Laurent eran principalmente sexuales, y que me dejaron fría.

Ética promiscua se ha instalado de forma permanente en el cajón de mi mesita de noche, y lo consulto una y otra vez en busca de respuestas. El capítulo titulado «Cómo alcanzar acuerdos» está ahora lleno de páginas marcadas y pasajes subrayados. Me fijo en un párrafo en particular:

> Janet y una de sus parejas, por ejemplo, empezaron su relación con un acuerdo según el cual podían tener relaciones sexuales con otras personas, pero no podían enamorarse de nadie más. Hasta que una lo hizo. (*A posteriori*, parece un acuerdo bastante ridículo, ¡como si pudieses decidir enamorarte o no!)

Estas palabras me producen terror y consuelo en igual medida. ¿Acaso nuestro acuerdo de no enamorarnos está destinado a cambiar? ¿Podría realmente amar a otra persona sin poner en peligro mi matrimonio?

Empujo estos pensamientos hasta un rincón tembloroso de mi mente y centro mi atención en la última manzana que me separa de mi primera cita con Karl. Cuando me acerco al bar, veo una figura alta con abrigo oscuro de pie en medio de la acera, sonándose furiosamente la nariz con lo que parece un pañuelo de bolsillo. Levanta la vista y me ve caminando hacia él. Su rostro se ilumina con una enorme sonrisa, incluso mientras sigue limpiándose con gesto enérgico la nariz con el pañuelo. Es Karl. El tío ya me está mostrando sus mocos. Hay algo en la vulnerabilidad de este acto, en la absoluta falta de pretensiones, que envía una ola vertiginosa desde mi corazón hasta mi pelvis y viceversa.

Karl se guarda el pañuelo en el bolsillo y abre los brazos. Es tan grandote como un oso y me deja sin resuello con su poderoso

abrazo. Su abrigo de lana desprende un olor a tabaco. Y aunque nunca he salido con un fumador, ese aroma me atrae al instante. Parece tan agradable, tan correcto, pero que fume prueba que tiene un lado destructivo, le da un aire de chico malo. Al cabo de unos instantes, Karl me suelta.

—¿Así que tú eres Molly? —inquiere mirándome a la cara, todavía sonriente.

—Seguramente deberías habérmelo preguntado antes de abrazarme.

Se ríe. Con ganas. Con naturalidad.

—Es verdad. ¿Entramos?

—Me encantaría.

Unas horas más tarde, esa misma noche, estoy en la cama con Stew. Me pregunta por mi cita con Karl y me cuesta mucho contarle cómo ha ido sin delatarme. Si le digo un ápice de la verdad, que lo he pasado muy bien, le daré la razón a Stewart en que mi interés por mantener nuestro matrimonio abierto depende de con quién salga en cada momento. ¿Qué pasará si mi relación con Karl se va al traste y quiero blindar nuestro matrimonio al fin y al cabo? ¿Qué argumentos tendré cuando Stewart me asegure que cambiaré de opinión en cuanto conozca a alguien nuevo?

Por otro lado, si voy más allá y le revelo que siento algo por otra persona, no sé qué pasará. ¿Le quitará importancia, incapaz de creer que pueda estar tan cautivada tras una sola cita? ¿Se enfadará, se sentirá herido y me acusará de haber cruzado un límite? ¿O será algo peor? ¿Me confesará que él también abriga ahora sentimientos por otra persona?

Para evitar estos escenarios imaginarios, doy respuestas incompletas a sus preguntas.

—¿De qué habéis hablado? —me pregunta.

—Ya sabes, lo típico en una primera cita: el trabajo, la familia… —respondo. No le digo que Karl me ha enseñado algunas fotografías que demuestran que tiene un alma bella. No le digo que me ha hablado sobre la muerte de su padre y que se le han llenado los ojos de lágrimas al hacerlo. Y que a mí también.

—Vale —contesta Stew mirándome con recelo. Por lo general

habla por los codos—. ¿Y qué aspecto tiene? No, espera. Déjame adivinarlo. Apuesto a que es otro anti-Stew: alto, delgado y con mucho pelo.

—Alto sí que es, desde luego, pero no está delgado. Y ya le clarea un poco el pelo. Mira, ¿lo ves? —Le enseño la foto de perfil de OkCupid y me encanta la sorpresa que refleja su rostro al fijarse en la corpulencia de Karl, en las gafas y su aspecto corriente. Eso es exactamente lo que quiero: que Stewart no se sienta amenazado.

—¿Lo has besado?

La cabeza me da un vuelco embriagador al recordar nuestro primer beso. Estábamos sentados en el sofá al fondo del bar y, en cuanto se marcharon los únicos clientes que quedaban, Karl se inclinó hacia mí, me puso una mano en la rodilla y me dijo en su inglés entrecortado:

—Tengo muchas ganas de besarte. ¿Te parece bien?

Asentí y me besó. Ha sido el primer beso más tierno que he experimentado, sensual más que sexual, con su barba tupida mucho más suave de lo esperado y sus gruesos dedos acariciando mi mejilla.

—Sí —le digo a Stew.

—¿Y?

—Ha estado bien.

—¿Solo bien? —Sus ojos lo ponen en duda.

—Sí —contesto—. Ha estado simplemente bien.

Simplemente bien es exactamente lo que anhelo.

3. Esta referencia, como las siguientes, procede de la edición española de *The Ethical Slut*, de Dossie Easton y Janet W. Hardy, publicada por Melusina con traducción de Miguel Vagalume.

11

—Tengo noticias —me dice mi madre por teléfono cuando estoy sentada en la cama doblando la colada.

—¿Sí? —pregunto distraída. Las noticias de mi madre suelen tener que ver con las flores que se abren en el jardín o con novedades sobre la vida de personas de mi infancia que apenas recuerdo. Tengo cosas más urgentes en la cabeza, como Karl. Voy a volver a verlo esta noche; por tercera vez en una semana.

En nuestra segunda cita, salimos a cenar y luego fuimos al Bell House a una edición de Moth StorySLAM, una de esas sesiones de micrófono abierto donde narradores fortuitos pueden contar sus historias. Llegamos demasiado tarde para conseguir asientos, de modo que Karl se quedó detrás de mí mientras veíamos a los cronistas, con las manos apoyadas en mis caderas, invitándome a recostarme contra su robusto cuerpo y a inhalar el aroma ahumado de su piel. A diferencia de los manoseos de Laurent, el contacto de Karl es relajante, como si mis caderas fueran su destino final. Y esta noche, mientras su prometida está fuera con su amiga, Karl me ha invitado a su apartamento.

Esta tarde, mientras Daniel y Nate convertían la sala de estar en un fuerte a base de cojines, he leído la sección de *Ética promiscua* sobre algo llamado «energía de las nuevas relaciones» o ENR. Creo que Karl me ha contagiado por completo. La Molly de Matrícula de Honor incluso ha subrayado los pasajes relevantes y casi se los ha aprendido de memoria:

> Muchas personas nuevas en tener relaciones abiertas intentan limitar los encuentros sexuales con terceras personas a un nivel esporádico, de diversión, para evitar el aterrador fantasma de ver a su pareja enamorada o al menos encaprichada con una tercera persona… Sin duda no queremos marcar unos

límites tan ajustados en nuestros acuerdos que excluyan a cualquier persona que nos guste. No hay una regla que nos vaya a proteger de nuestras propias emociones.

Ética promiscua pasa entonces a recordarme que las nuevas relaciones son emocionantes precisamente porque son nuevas; que la fase de luna de miel de toda relación llega a su fin; que una nueva relación no tiene por qué amenazar la intimidad más profunda que tengo con mi marido. Pero no me dice qué debo hacer con esta energía que recorre mi cuerpo, una vibración frenética en la misma frecuencia que la que sentí con Matt. Sin embargo, hay algo tranquilizador en el hecho de que ya haya sentido esto antes. Si nuestro matrimonio sobrevivió a Matt, puede sobrevivir a Karl, ¿no? Pero ¿y yo? ¿Puedo yo sobrevivir a otro tsunami emocional? Incluso ahora, haciendo varias cosas a la vez en mi cama, hablando con mi madre mientras doblo la ropa, no puedo quitármelo de la cabeza.

—Ayer fui a ver a un médico nuevo —continúa mi madre.

—Ajá…

Las visitas al médico son otro tema recurrente. La lista de trastornos neurológicos que mi madre no sufre parece crecer con cada cita médica. No tiene exceso de metales pesados en la sangre. No padece la enfermedad de Lyme. No tiene un tumor cerebral, ni esclerosis múltiple, ni una infección del oído interno. Sin embargo, su cuerpo sigue ralentizándose en todos los sentidos imaginables. Caminar, levantarse del inodoro, incluso llevarse un tenedor a la boca: con el pasar de los días todo le resulta más difícil.

—Una nueva neuróloga —puntualiza—. Está bastante segura de que tengo algún tipo de Parkinson.

Me quedo paralizada, con unos calzoncillos de Stewart a medio doblar delante de mí.

—¿Qué? —Típico de mi madre declarar semejante diagnóstico con el mismo tono que usaría para anunciar la graduación del nieto de un antiguo compañero de trabajo—. Creía que la Clínica Mayo había descartado el Parkinson hace años.

—Esta doctora cree que se equivocaron. Lo ha llamado par-kin-so-nis-mo… ¡Uf! Qué difícil de pronunciar.

—¿Y eso qué significa?

—No estoy segura —responde mi madre lentamente—. Pero podría ser una muy buena noticia. Me va a recetar un medicamento llamado Sinemet. Si funciona, podría moverme mucho mejor en un par de semanas.

—¿Qué? ¡Mamá, eso es increíble! ¿Ya has empezado a tomar el medicamento? —Contengo la respiración, pensando en su pasada aversión a la medicina occidental. Se aferraba a la creencia del Mahikari de que todas las enfermedades eran toxinas que salían del cuerpo. Espero que ya haya dejado atrás esas ideas.

—Sí —contesta.

Exhalo.

—¿Has notado algún cambio?

—Bueno, es difícil decirlo. ¡Pero creo que sí! Siento que tengo un poco más de energía. Pero tal vez… —Su voz se quiebra por la emoción—. A lo mejor es solo que vuelvo a tener esperanza.

Un batiburrillo de sentimientos brota también dentro de mí.

—Es una noticia maravillosa, mamá. Has pasado por mucho. Te mereces un resquicio de esperanza.

—Ay, cariño —responde—. Gracias.

Por la noche, me encamino hacia el apartamento de Karl, junto al cementerio de Green-Wood. Al llegar a la última manzana, constreñida a un lado por tumbas silenciosas, me detengo para mirarme en el espejo lateral de un coche aparcado. Quiero decirle algunas palabras de ánimo a mi reflejo, pero los pensamientos tardan en formarse. Siguen revueltos mientras subo los peldaños y llamo al segundo timbre, en el que figuran los nombres de Karl y Martina. Veo cómo aparece Karl al fondo del pasillo y se acerca con zancadas largas y esbozando una sonrisa. Le sonrío a mi vez.

Abre la puerta y me besa en los labios.

Miro con recelo la puerta señalada con el número 1, justo a nuestra derecha, y Karl me hace un gesto con la mano.

—No te preocupes. Los vecinos son amigos. Lo saben todo sobre Martina y sobre mí.

Me coge de la mano y me lleva a la puerta 2. Me siento como el

personaje de un libro de «Elige tu propia aventura». Al entrar en el apartamento, sé que he elegido bien. Me encuentro en un país de las maravillas adulto y con un toque femenino, un hogar que no está invadido por niños ni es un piso de soltero. Hay unas cuantas velas encendidas y un ramo de flores sobre la pequeña mesa de la cocina. Suena música de guitarra acústica en el equipo y hay una botella de vino y dos copas sobre la encimera.

Karl me estrecha entre sus brazos y me besa de nuevo, esta vez más profundamente.

—Estaba deseando que vinieras aquí desde que me enviaste el primer mensaje —me dice—. Pero… ¿dónde están mis modales? Déjame el abrigo. Quítate también los zapatos, si quieres. Aquí se está muy a gusto.

Mientras cuelga mi abrigo y empieza a servir el vino, entro en la sala de estar y mis pies se hunden en una alfombra de pelo largo, sin migajas de galletas ni piezas de Lego escondidas. Las paredes están cubiertas de fotografías enmarcadas, y reconozco algunas de las que Karl me enseñó en su teléfono en nuestra primera cita.

—Ponte cómoda —me dice tendiéndome una copa de vino.

Me recuesto en los cojines del sofá y él da unas palmaditas en su regazo.

—Ponme aquí los pies. Doy muy buenos masajes.

—¿Me tomas el pelo? —pregunto mirando alrededor en busca de una cámara oculta.

—¿Por qué crees que lo digo en broma? —quiere saber Karl, y sonríe mientras me quita los calcetines y comienza a masajearme el empeine con un potente pulgar. Me cuesta enormes esfuerzos no gemir en voz alta.

—No es que hables en broma —digo—. Es solo que en tu piso reina un ambiente muy distinto al de mi casa. Me siento como si hubiera entrado en un spa.

Él se echa a reír.

—Por eso soy muy hogareño. —Levanta mi pie en el aire y me besa con delicadeza un dedo. Agradezco haber encontrado un hueco ayer para hacerme la pedicura—. Y me hace muy feliz tenerte en nuestra casa.

La palabra «nuestra» me sobresalta durante un instante, pero mi mente se apresura a suavizar cualquier incomodidad. «De esto se trata», me digo tomando otro sorbo de vino. Estoy saliendo con un hombre que está en la misma situación que yo. Ambos tenemos parejas con las que vivimos, a las que amamos. Y las ventajas de este arreglo empiezan a volverse evidentes. Karl sabe claramente cómo hacer feliz a una mujer.

Dejo la copa de vino y cierro los ojos. Las manos de Karl me suben por las pantorrillas. Luego me toca los muslos, me quita las mallas y presiona la palma de la mano contra la parte delantera de mis bragas. Siento su aliento en mi cara y mantengo los ojos cerrados mientras me besa y mueve sus dedos suavemente a lo largo de la raja de mi coño, sin separar nunca los labios. Nunca me han tocado con tanta suavidad, con tanta delicadeza. Es la agonía más dulce que he experimentado jamás. Me estoy retorciendo en el sofá cuando Karl se detiene.

—¿Puedo desnudarte?

—Sí.

Me coge de las manos y me pone en pie. Me quedo ahí plantada, con un dolor en la entrepierna, mientras él me quita el vestido por encima de la cabeza y lo dobla pulcramente sobre la mesita. Sonríe al ver el cierre delantero de mi sujetador y lo desabrocha, deteniéndose para besarme cada pezón antes de colocar el sujetador con cuidado sobre el vestido. Se arrodilla y me quita lentamente las bragas. Me tiemblan las piernas cuando me besa suavemente justo debajo del ombligo.

—Ven —dice incorporándose de nuevo.

En el dormitorio, me tumbo sobre unas sábanas de lujo, como de hotel. Las luces están atenuadas y una vela arde en la mesita de noche. La misma guitarra acústica suena a través de altavoces ocultos, de modo que el espacio está lleno de música. Los punteos y rasgueos se conectan con el ligero tacto de los dedos de Karl. Hace sonar mi cuerpo como si fuera un instrumento precioso, buscando notas nunca oídas. Sus dedos y su boca se mueven con fluidez, fusionándose con mi piel. Soy algo nuevo, algo tan glorioso que cuando finalmente alcanzo el orgasmo, no tengo palabras. Me siento

como una estrella que hace explosión, rebosante de luz y de colores que solo pueden expresarse a través de la música y las sensaciones. El sonido de mi propio grito y las lágrimas húmedas en mi rostro me traen de vuelta a mí misma. El rostro sonriente de Karl se cierne sobre mí y me aferro a él, llorando contra su cuello.

—¿Te ha gustado? —me pregunta, y me río entre sollozos.

—¡Ni siquiera sé qué acaba de pasar! —exclamo cuando recupero la voz. Es entonces cuando me doy cuenta de que Karl sigue completamente vestido—. ¿Y tú?

Me besa en la nariz.

—No te preocupes por mí. Yo disfruto dándote placer.

—¿De verdad? —pregunto—. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

—Yo soy el afortunado. Tú relájate. Ahora vuelvo.

Me deja tendida en la cama y desaparece hacia la sala de estar. La música sigue llenando el aire, perfumado por la vela de lavanda, y miro al techo, suspirando satisfecha, con la mente en blanco. Me vuelvo de costado y veo por primera vez una enorme fotografía en blanco y negro que se cierne sobre mí. Es el cuerpo desnudo de una mujer, tumbada boca abajo en una cama. Me incorporo y me quedo mirando su estrecha cintura, sus nalgas perfectamente formadas, el cuerpo de un violonchelo obra de un maestro artesano. Tiene la mejilla vuelta hacia un lado, pero una mata de pelo rubio y rizado le oculta la cara. Me fijo más y advierto que el cabezal de la cama de la foto es igual que el que tengo ahora a mis espaldas, donde hay unas almohadas idénticas.

Karl regresa con nuestras copas de vino, que acaba de rellenar.

—¿Quién es esa? —pregunto confiando en que mi voz suene neutral.

—Esa —responde Karl con una sonrisa de oreja a oreja— es Martina. ¿A que es preciosa?

Más tarde, Karl se ofrece a acompañarme hasta la calle Diez, pero rehúso el ofrecimiento con el argumento de que él debería estar en casa para recibir a Martina cuando regrese. Necesito pensar, aprovechar el kilómetro y medio que separa su apartamento de mi casa (una distancia ridículamente corta, teniendo en cuenta el

abismo entre la decadencia y la responsabilidad que representa) para darle sentido a lo que siento.

Me he aferrado a mi papel de pareja «principal» de Stewart, como esposa, madre de sus hijos. Cuando Stew sale con otras, vuelve a casa conmigo, y siempre me asegura que soy la única con la que quiere compartir su vida. Y aunque he elegido a Karl en gran parte porque tiene una relación similar con Martina, si bien sin hijos y sin tantos años de matrimonio, hasta ahora nunca había pensado en lo que significa ser la pareja «secundaria». La otra.

La de la fotografía es la mujer que Karl considera el pináculo de la belleza, la mujer con la que quiere estar para siempre, la mujer que ama. Esto despierta en mí sentimientos de celos que creía reservados solo para Stewart. Pero Martina es también la mujer que ha creado el santuario del que acabo de disfrutar, que ha elegido las velas perfumadas y las sábanas de alta calidad, que se ha alejado de su propio hogar para que su hombre pudiera atenderme con ternura. Y por eso le estoy profundamente agradecida. Me siento intrigada, atraída y conectada con ella, de una manera que me sorprende.

Cuando subo los peldaños de la entrada, noto cómo me vibra el teléfono en el bolsillo. Lo saco y veo un mensaje de Karl.

«¡Espero que hayas llegado sana y salva!», ha escrito.

Sonrío. ¿Será posible que Karl sea el primer hombre (aparte de Stewart, por supuesto) que se preocupa por mi bienestar después de una cita? Me invade una agradable sensación de nerviosismo.

«Sí, estoy en la puerta de mi casa», le respondo. «Gracias por una velada maravillosa.»

«Para mí también ha sido maravillosa», escribe. Veo cómo parpadean los tres puntitos que indican otro mensaje y espero con la llave en la cerradura, sin ganas de entrar todavía en mi sala de estar llena de piezas de Lego y romper con ello el hechizo de Karl. Llega el siguiente mensaje:

«Martina se alegra de que no haya cambiado las sábanas después de que te fueras. Le gusta tu olor.»

Miro fijamente el mensaje. Con la vista aún clavada en el teléfono, giro la llave y cruzo el umbral. Doy un respingo al ver a Stewart delante de mí.

—Yo también me alegro de verte, tesoro —bromea inclinándose para besarme.

—Lo siento, no esperaba que estuvieras en casa. ¿No tenías una cita esta noche?

Hace un par de semanas, después de que Nate cumpliera los once años, los niños nos plantearon que ya no necesitaban canguro. Al fin y al cabo, Daniel ya tenía casi catorce años. Stew y yo salimos a cenar a un restaurante cercano a modo de prueba y, cuando volvimos a casa a las diez, Daniel anunció que Nate estaba en la cama, algo que yo rara vez conseguía tan temprano.

—¿Cómo lo has hecho? —quise saber.

—Le he dejado videojuegos y luego le he puesto un cronómetro para ver lo rápido que podía lavarse los dientes y ponerse el pijama. Y le he dicho que si no estaba en la cama para cuando volvierais, nunca nos dejaríais quedarnos solos otra vez —explicó con aire de suficiencia. Tuve que admitir que no necesitar canguro suponía un cambio vital, sobre todo porque los niños parecían realmente emocionados ante la idea de quedarse solos en casa.

—Sí —contesta Stewart cuando me estoy quitando el abrigo y las botas—. Pero ¿sabes qué? He quedado con una mujer que también tiene un matrimonio abierto. Y con tres hijos, además. Y tenía que estar de vuelta en casa antes de medianoche. Vive en Nueva Jersey.

—¡Vaya! —exclamo. Últimamente, Stewart ha salido con varias mujeres solteras. Rompió con la última cuando ella le preguntó si alguna vez se divorciaría de mí.

Él le dijo que eso era imposible y ella se echó a llorar.

—Me pareció que te gustaría —comenta.

—Y me gusta. —¿Una mujer con su propia vida, su propio marido, sus propios hijos? ¿Una mujer que no quiera más de lo que Stewart pueda darle?—. Es genial.

—¿Qué tal tu cita con Karl? —pregunta bajando la voz de manera sugerente.

Sé que le interesa saber cómo ha ido el sexo, pero no es de lo que yo quiero hablarle. Para empezar, me parece demasiado especial, demasiado valioso. No quiero degradarlo describiéndolo en términos que excitarían a Stewart. Además, lo que realmente

necesito hablar con él es la situación con Martina.

—Ha sido divertido —comento sentándome en el sofá—, pero hay algo que no sé cómo tomarme.

Le cuento lo de la foto de Martina desnuda, su comentario sobre mi olor en las sábanas.

—Qué interesante —murmura todavía por lo bajo—. De modo que te has corrido por todas las sábanas, ¿eh? Cuéntame más. —Me pone los pies en su regazo y empieza a masajearlos. No recuerdo la última vez que disfruté de un masaje de pies, ni mucho menos de dos la misma noche.

—Esa no es la cuestión —respondo—. ¿No te parece un poco raro? Me hace sentir… no sé… incómoda.

—Cielo —dice él, volviendo a su tono normal—. A mí me parece buena cosa; significa que le gusta que vayas a su casa. Decías que ha sido divertido, ¿no?

—Sí.

—Y ya sabías que es bisexual. ¿Estaba en casa de su amiguita esta noche?

—Sí —respondo de nuevo—. Esa parte también es un poco rara. Su novia, creo que se llama Rebecca, también está comprometida con un hombre. Y Karl me cuenta que Martina es la primera mujer con la que Rebecca se ha acostado. Dice que a Martina le gustan las «chavalas hetero».

Stew se ríe.

—Bueno, tan hetero no serán, si follan con ella.

—Exacto —coincido—. ¿No te parece rarito?

—Para nada —dice Stew—. De acuerdo, reconozco que yo no soy una tía bisexual, pero sí es una fantasía muy popular entre los hombres que una lesbiana se vuelva heterosexual. Quizá a ella le gusta lo mismo, pero al revés. Es su fetiche.

—Es posible —admito, todavía con dudas que no logro definir.

—Piénsalo de esta manera —propone sin dejar de frotarme los pies—. Fíjate en todas las cosas que estamos descubriendo sobre otras personas. Es como si tuviéramos una ventana a la vida íntima de personas que, de otro modo, quizá nunca hubiéramos conocido. Me parece fantástico.

—Pues yo creo que es una locura lo mucho que ya sé sobre Martina. Y lo mucho que ella, probablemente, sabe de mí.

Stew se ríe.

—A Kiwi también le pareces increíble, pero eso es porque solo le cuento las cosas buenas. —Me guiña un ojo.

—¿Kiwi?

—La mujer con la que he quedado esta noche, la de Nueva Jersey, la que tiene un matrimonio abierto. Es de Nueva Zelanda, de modo que le he puesto ese apodo.

Se me hace un nudo en el estómago. ¿Un apodo? Stewart tiene un millón de apodos para mí: Vasco da Gama cuando me pierdo, Mario Andretti cuando me multan por exceso de velocidad, el favorito de siempre, Maleta. Pero ¿un apodo para otra mujer? ¿Y uno que evoca un acento insoportable de tan adorable? Intento dejar a un lado los celos y profundizar en la otra parte de lo que ha dicho Stewart, la parte que debería hacerme sentir bien.

—¿Qué le has contado sobre mí?

—Que eres guapa. Y divertida. Que eres una madre, una esposa, una amiga y una hija increíble.

Una hija. De pronto me invade una oleada de culpabilidad.

—Dios mío —exclamo—. No puedo creer que se me haya olvidado contártelo. Hoy he hablado con mi madre. Ha encontrado una nueva doctora que podría ayudarla.

Por la noche, abrazada a Stewart, me siento como si hubiera engullido un puñado de estimulantes y tranquilizantes. Por un lado, todo es perfecto. Siento una profunda conexión con Stewart. Y aunque los celos siguen siendo una compañía habitual, empiezo a verlos como lo que son: un sentimiento a veces injustificado. Es posible que Stew le haya puesto un apodo bonito a su nueva novia (¿debería utilizar siquiera la palabra «novia»?), pero también le habla de mí, de lo mucho que me quiere. Y ella tiene marido e hijos. No supone ninguna amenaza, ¿verdad? Luego está Karl. He encontrado a un hombre dulce y atento que tiene un claro interés en mí y que también tiene su propia relación principal. Eso se sostiene, ¿no? Además, mis hijos se están volviendo más independientes.

Empiezan a quedarse solos en casa y lo disfrutan. Y, a modo de guinda del pastel, mi madre tiene esperanzas de recuperarse de su mala salud por primera vez en más de una década. Entonces, ¿qué me causa tanta ansiedad? ¿Por qué no puedo confiar en que todo vaya bien? Me ciño más el brazo de Stewart y me aferro a él hasta sumirme en un sueño intranquilo.

Al día siguiente, decido darme un respiro y volver a las aguas poco profundas de OkCupid. Una aventura rápida podría curarme de mi creciente apego por Karl y distraerme de la obsesión por la vida sentimental de Stewart y la salud de mi madre. Solo necesito un poco de diversión sin complicaciones.

Decido contactar con un chico con el que ya he salido una vez, solo para tomar algo, y que también tiene una relación abierta. Además de ser mono y simpático, Jay va a ayudarme a batir un récord personal: tiene catorce años menos que yo. Apenas me paro a considerar si se trata de un intento de igualar el terreno de juego con Stewart, a quien se le escapó que Kiwi es trece años más joven que él (y, por lo tanto, ocho años menor que yo). Pero Stew afirma que el hecho de que esté casada y tenga tres hijos, por no hablar de que se ha hecho una vida en un país nuevo, lo compensa.

—Ha vivido más que una chica estándar de treinta y cinco. Y, de todos modos, es la mitad más siete, ¿no? —añade refiriéndose a la fórmula que acordamos para determinar si una pareja potencial es demasiado joven. Según esta regla, Stewart, con cuarenta y ocho años, puede salir con chicas de treinta y uno. A mis cuarenta y tres, yo puedo bajar hasta los veintiocho y medio. Jay tiene veintinueve, así que ya está maduro. Y aunque se iba de la ciudad durante unas semanas tras aquella primera cita, ahora veo que tengo un mensaje suyo sin leer en mi bandeja de entrada.

«Hola, Molly», dice. «He vuelto de mi aventura en la naturaleza y me encantaría verte de nuevo. ¡Avísame cuando tengas una noche libre!» Firma con su número de teléfono.

Sonrío al recordar que Jay me dijo que se iba de acampada con su novia. «Por eso es genial la no monogamia», pienso. «Nunca, jamás, dormiré en una tienda de campaña con Jay. ¡Pero él puede acampar

cuantas veces le apetezca con otra persona!»

Como me ha enviado su número, cierro la aplicación y le mando un mensaje.

«¡Hola, Jay! Soy Molly. Me alegra mucho que hayas vuelto. ¿Qué haces mañana por la noche?»

Acepto ir al apartamento de Jay esta vez. Su chica pasará la noche con su otro novio para que podamos quedarnos allí. Jay vive en Queens y tengo que coger dos metros para llegar. Justo antes de salir, recibo un mensaje de Karl.

«Hola, Molly. ¿Qué haces esta noche?»

Dudo un momento, pero decido decir la verdad.

«Hola, Karl», escribo. «Tengo una segunda cita. Por desgracia, vive en Queens.» Acompaño el mensaje con un emoji con el ceño fruncido, con la esperanza de que Karl entienda que esta cita es más una molestia que un placer. «Nos vemos el viernes igualmente, ¿sí?» Añado el emoji de las manos aplaudiendo.

Los tres puntos parpadean durante un momento y luego veo su respuesta:

«Oh, sí. ¡Estoy deseando que llegue el viernes! ¡Que te diviertas esta noche!»

Me siento aliviada por su respuesta y satisfecha por lo estupenda que es mi vida. Puedo tener lo mejor de dos mundos y un marido también. Pero cuando me bajo del metro de la línea N y camino doce manzanas más bajo una lluvia helada, me replanteo las ventajas de quedar con alguien que no sea Karl.

A través del interfono, Jay me abre la puerta principal de un edificio anónimo y voy en busca del ascensor que me llevará a su planta. Tengo los zapatos y el paraguas empapados y estoy segura de que mi pelo y mi maquillaje no se parecen en nada a como estaban hace más de una hora cuando he salido de casa. Intento convertir una pequeña chispa de nervios en una gran llama de deseo, pero mi cuerpo está demasiado frío y empapado para arder.

Recorro los pasillos laberínticos de la octava planta en busca del apartamento 8N.

Las paredes tienen manchas grises y la pintura está desconchada,

y empiezo a sentir claustrofobia. He llegado a una salida de emergencia y emprendido la vuelta hacia los ascensores cuando veo una puerta abierta al final del pasillo. Jay asoma la cabeza. Bajo la dura luz fluorescente, parece mucho más joven de lo que recuerdo. Tiene una ligera barba incipiente en la mandíbula, pero dudo que pueda dejársela crecer. Lleva una camisa oxford metida por dentro de unos vaqueros con cinturón, lo que le da el aspecto de un adolescente empollón el día de la foto de grupo.

—Hola, Molly —dice saludando con la mano—. Lo siento, este edificio es un poco confuso.

—Hola —respondo alisándome el pelo. Dejo el paraguas en el felpudo y nos abrazamos con torpeza—. Ay, no… Te estoy mojando.

—No te preocupes —contesta—. Puedes dejar tu abrigo aquí.

«Dejar» es exactamente lo que quiere decir. Realmente no hay ningún sitio donde colgar un abrigo, de modo que dejo caer el mío sin ceremonias formando un charco. Lo sigo a una amplia sala de estar sin sofás. Una televisión ocupa una pared entera y hay un par de cojines en el suelo.

—Vaya —comento tratando de que mi tono sea positivo—. Este sitio es muy espacioso. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —Quiero darle el beneficio de la duda. Quizá se acaban de mudar…

—Eh, pues como un año y medio —responde. Y luego, como si me hubiera leído el pensamiento, pero sin todo el trasfondo, añade —: Se nos rompió el sofá… era una mierda de Ikea de segunda mano, y nunca nos molestamos en reemplazarlo.

—Entendido.

—¿Quieres ver el dormitorio? —pregunta con nerviosismo.

—Claro —respondo—. Al fin y al cabo, para eso estoy aquí, ¿no?

Por suerte, el dormitorio está completamente amueblado. La cama incluso está hecha, con sábanas limpias, espero, aunque intento no pensarlo mucho. La iluminación es brillante y el sonido predominante es el zumbido del tráfico por la autopista Brooklyn-Queens. Me pregunto si Jay va a hacer algo para cambiar el ambiente. Tampoco es que necesite velas ni música, pero un regulador de intensidad lumínica estaría bien.

En lugar de ello, Jay me agarra por la cintura y me atrae hacia sí,

me besa con los labios cerrados solo una vez y luego trata de leer en mi rostro el permiso para meterme la lengua en la boca.

—Quiero comerte el coño —declara con el mismo tono de voz con el que me ha hablado del sofá roto.

—Vale —contesto. Me he puesto un conjunto fácil de quitar. Tras unos pocos movimientos ágiles, estoy desnuda y tumbada en la cama, observando cómo lucha Jay con el cinturón, los botones de la camisa, los vaqueros y los calcetines. Me sorprende ver que el bulto bajo sus calzoncillos es el pene más grande que he visto en mi vida. La promesa de semejante paquete me hace mojarme al instante.

Antes de que pueda arrellanarme contra las almohadas, Jay se abalanza sobre mi coño como un perro con un juguete, más con los dientes que con la lengua. Le pongo las manos en la cabeza, pero no capta la indirecta. Espero lo que me parece un intervalo cortés y luego lo distraigo con un cumplido discreto en lugar de una crítica.

—¿Por qué no me follas con esa polla tan grande? ¿Tienes condones? He traído algunos por si acaso, pero son… ejem… de tamaño normal.

Jay sonríe tímidamente.

—Un segundo. —Se vuelve hacia la cómoda y saca una caja del cajón superior.

—Vaya. ¡No sabía que existían los Magnum XL!

—Sí —contesta riendo—. He tenido que buscar un poco.

—Me lo imagino. —Observo con asombro cómo se quita los calzoncillos y desenrolla el condón sobre la longitud y el grosor considerables de su miembro.

—¿Lista?

—Por supuesto.

Jay se me echa encima y guía su enorme polla enfundada en látex dentro de mí. Cierro los ojos y espero sentir algo nuevo, pero es una sensación familiar, y nada placentera. Cuando Jay arremete con fuerza, me siento como si estuviera en la silla del ginecólogo y me golpearan el cuello del útero con un espéculo. Levanto las caderas e intento moverlas en círculos. Seguro que alguna parte de esta enorme polla tocará mi punto G si maniobro como es debido, ¿no? Pero qué va.

Aunque no es doloroso, desde luego no resulta agradable. Y sin embargo, me sorprendo a mí misma profiriendo ruidos de placer. «Di lo que piensas, Molly», me digo a mí misma. «¿De verdad no has aprendido nada?»

—Mmm… —finjo gemir—. Quiero que me lo hagas por detrás.

—Vale —responde Jay.

Se aparta de mí y me arrastro hasta el borde de la cama, evitando mirarlo a los ojos. Al estilo perrito, su polla no me parece tanto un instrumento médico como un consolador rígido, de los que usé un par de veces cuando tenía veinte años y luego descarté al darme cuenta de que nada supera a la realidad de carne y hueso. La ventaja ahora es que puedo tocar mi propio clítoris y, en cuestión de un par de minutos, mientras ignoro las arremetidas detrás de mí, soy capaz de provocarme un cosquilleo y decido llamarlo orgasmo. Gimo un poco más fuerte y sacudo las caderas.

—¿Ya has llegado? —me pregunta.

—Sí —miento—. Ha estado genial. ¿Quieres correrte tú también? —Espero que no le falte mucho.

Se retira de mí y se quita el condón.

—No suelo correrme con el coito —dice, como disculpándose.

Siento una punzada de profunda compasión y, antes de poder impedirlo, pienso: «Pobre chico».

—¿Cómo te corres normalmente? —pregunto. Rezo para que no me pida que se la chupe. La mera idea de intentar metérmela en la boca me horroriza. Durante todos estos años, me han hecho creer que las pollas grandes son lo mejor que se ha inventado desde el pan de molde. De repente, siento una inmensa gratitud por la perfección del pene de Stewart, por las diversas formas en que me lleva al orgasmo. Y luego pienso en Karl, en su sinceridad al decirme que disfruta con mi placer. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Para serte sincero —responde Jay—, la masturbación es mi opción preferida.

Suspiro de alivio por dentro.

—Pero no me malinterpretes. Eres muy sexi. Y voy a pensar en ti cuando me masturbe más tarde.

—Eres muy tierno —le digo. Y lo digo en serio, aunque sea de una

forma que casi parece maternal. Puede que él tenga casi treinta años, pero me da la sensación de que Jay y yo pertenecemos a generaciones diferentes. Probablemente porque así es.

De camino al metro, saco el móvil para enviarle un mensaje a Stewart: «Voy para casa y doy gracias al cielo por tu pene del tamaño perfecto». Y veo que tengo tres mensajes de Karl.

El primero me hace sonreír: «Molly, espero que estés teniendo una cita agradable».

El segundo me borra la sonrisa: «Eso era una mentira. Espero que la cita sea horrible. Me siento muy celoso, aunque no tengo derecho a estarlo».

El tercero me hace sentir pena por Karl y aumenta mi aprecio por su chica: «Martina cree que debería parar de enviarte mensajes y dejarte libre, pero no puedo evitarlo. No sé qué me pasa. Lo siento».

El último mensaje lo ha enviado hace apenas unos minutos, de modo que, en lugar de responderle, lo llamo.

—¿Molly? —contesta casi de inmediato—. Por favor, perdona todos los mensajes. Soy un desastre.

—No pasa nada, Karl —le digo—. ¡Quería contarte que mi cita ha sido horrible! Ya voy de camino a casa.

—¿En serio? ¿No intentas hacer que me sienta mejor? —Y luego añade a toda prisa—: Porque tú te mereces tener una cita agradable.

Me echo a reír.

—No, es un chico decente, pero no tengo ningún interés en volver a verlo. De verdad. —Decido no contarle a Karl la razón anatómica tras mi decisión y vuelvo a sentir una oleada de gratitud hacia Stewart. Mi marido nunca podría decirme que los pechos enormes de una mujer le supusieran un problema durante el sexo, pero sé que a él puedo contárselo todo. Nos reiremos juntos del «caso del nabo gigante».

Karl exhala un profundo suspiro.

—Me alegro mucho, pero no debería comportarme así. ¡No sé qué me ha pasado! ¿Me perdonas?

—Por supuesto —respondo. En lugar de cabrearme, me siento halagada—. No hay nada que perdonar. Solo me has dicho cómo te

sientes.

—Sí —admite él—. Pero esto es algo de lo que no habíamos hablado antes. Sé que eres libre de salir con quienquiera que te apetezca. —En silencio, le doy puntos por usar correctamente «quienquiera», un tema gramatical de nuestros primeros mensajes de texto—. Pero por mi parte, voy a desactivar mi cuenta de OkCupid. Solo quiero salir contigo. ¿Te parece bien?

Pienso en el trayecto de más de una hora en metro hasta el apartamento de Jay, en la sala de estar vacía, en el sexo ridículo de tan malo. ¿Por qué acepté esa cita? ¿Qué trato de demostrar?

—En realidad, Karl —respondo, y mi corazón se llena de una forma que resulta a la vez maravillosa y aterradora—, yoquiero lo mismo. También voy a desactivar mi cuenta esta noche.

—¿De verdad? —pregunta, incapaz de contener la emoción en su voz—. ¿No te estoy presionando?

—En absoluto. Hasta ese punto ha sido mala la cita de esta noche. —Él se ríe y yo me permito añadir—: Y tú eres maravilloso hasta ese punto. —Lo digo en serio. Es cierto que no tengo ningún interés en ver a nadie más.

—Molly, la maravillosa eres tú —dice él. Las piernas me tiemblan y me detengo para disfrutar de la sensación—. Cuánto me alivia que hayamos hablado. Pensaba que me moriría de celos esta noche. Martina ha intentado ayudarme, pero he pasado de morros toda la velada. Ha sido horrible.

—Pero no puede ser la primera vez que te sientes así —comento —. ¿No te pones celoso cuando Martina sale con otra persona?

—Con Martina, es fácil —explica—. Ella solo sale con mujeres, y a mí me gusta imaginar a dos mujeres juntas. —Baja la voz hasta hablar en susurros—: Por ejemplo, si supiera que tú has salido con Martina, no me pondría celoso en absoluto.

Consigo soltar una risita. Seguro que habla en broma.

—¿Nos vemos el viernes?

—Estoy deseándolo.

Voy al apartamento de Karl el viernes. Y el domingo por la tarde. Y otra vez el martes por la noche. Me descubre nuevos vinos («Creo

que te gustará este Grüner agradable y ácido»), nueva música («¿Te suena una banda llamada First Aid Kit? Son de Suecia, y muy especiales») y nuevas posturas sexuales.

Karl es un amante tierno, lo que supone un cambio respecto a la dominación de Leo, Laurent y Stewart. Siempre he creído que necesitaba un hombre que asumiera el control. Con Stew, apenas tengo que pensar y, la mayor parte del tiempo, disfruto del papel sumiso. Sabe, en especial, cómo me gusta que me sujeten, nunca hasta el punto de sentir dolor, pero sí con la presión suficiente para que pueda experimentar la plenitud del orgasmo, para poder vaciarme una y otra y otra vez. Stew me ha explicado en más de una ocasión que para mantener la erección durante una hora, y a veces más, debe hacer acopio del autocontrol de una máquina. Eso lo lleva en ocasiones a expulsar verbalmente la energía acumulada, a menudo en la forma de palabras como «zorra» y «puta».

—Te juro que no lo hago a propósito; simplemente se me escapan.

Cuando me quejo, se desinfla. Con el tiempo, hemos asumido un compromiso, poco satisfactorio para ambos: él intentará por todos los medios no gritar «zorra» durante el sexo y yo haré todo lo posible por ignorarlo si lo hace.

Pero nunca me había dado cuenta de que lo que anhelo no es la ausencia de vulgaridades, sino la presencia de otra cosa. Así que cuando Karl me susurra al oído:

—¿Qué quieres? —me sorprendo a mí misma con la inmediatez de mi respuesta.

—Quiero que me llames buena chica —confieso.

Después de eso, el sexo con Karl se convierte en una especie de afirmación, en cuerpo y alma.

—Eres tan buena chica, Molly —me susurra en la cama con su adorable acento alemán. Me hace llegar al orgasmo con la boca, los dedos, la polla y combinaciones de los tres. Casi siempre lloro cuando Karl logra que me corra. A veces, él también llora.

Unas semanas más tarde, en la terapia de pareja, Evelyn nos pregunta sin rodeos:

—¿Cómo van las cosas entre vosotros dos?

—Las cosas van de maravilla —respondo—. Creo que ambos somos muy felices.

—Me alegra oír eso —dice Evelyn—. ¿Por qué crees que es así?

—Bueno, ahora los dos salimos con otras personas y nos va bien, de modo que eso ayuda, o eso creo. —Miro a Stewart y me sorprende verlo mirándose fijamente las manos en el regazo—. ¿No estás de acuerdo?

—Supongo —contesta Stew—. Pero me parece más acertado decir que yo estoy bastante bien y tú estás bastante bien. Pero no tengo la sensación de que estemos bien como pareja.

—¡Eso es una locura! —exclamo.

—Molly —interviene Evelyn con dulzura—. Recuerda que los sentimientos no son hechos. Deja que Stewart termine. ¿Cómo describirías tu relación con Molly últimamente?

—Cuesta decirlo con exactitud —responde Stew—. El tipo con el que se ve, Karl, vive cerca y tengo la impresión de que ella no para de salir corriendo hacia su casa. Y cuando no está allí, le envía mensajes de texto o habla sobre él. Sé que está emocionada por haber encontrado a alguien que le gusta, pero lo que yo siento es que ya no está realmente presente conmigo. Como lo que pasó la otra noche, por ejemplo…

Su voz se quiebra y vuelve a mirarse las manos. Me quedo mirándolo, atónita. Me devano los sesos tratando de pensar de qué estará hablando. Evelyn se da cuenta.

—Stewart, ¿podrías decirle a Molly qué fue lo que te hizo sentir que no estaba presente?

Él exhala un suspiro y se agarra los muslos, como si intentara evitar que sus dedos se cierren en puños.

—¿Te acuerdas del domingo? Mientras preparabas la cena, los niños estaban jugando a la videoconsola y yo trabajaba en el comedor.

Asiento con la cabeza, todavía confundida.

—Recuerdo que pensé que era muy agradable que estuviéramos todos en casa. Y entonces entré en la cocina en busca de algo de beber y vi tu teléfono. No quería invadir tu intimidad, me limité a

echar un vistazo. Vi el mensaje que le enviaste a Karl.

Observo el rostro de Stewart, pero él no me mira a los ojos. Su boca esboza una sonrisa triste, en un intento de ocultar un sentimiento más vulnerable, un punto débil que rara vez muestra.

—¿Sabes a qué se refiere, Molly? —interviene Evelyn.

Asiento de nuevo, invadida por una oleada de vergüenza. Me obligo a hablar:

—Dije «Ojalá pudiera escapar e ir a verte ahora mismo», o algo parecido.

Stewart vuelve a exhalar.

—Fue esa palabra: «escapar». Me hizo sentir… No sé…

En susurros, porque se me quiebra la voz, explico:

—No me refería a que quisiera escapar de ti, sino más bien huir de mi papel: el de esposa, el de madre.

—Bueno, pues me dolió —se limita a responder él—. Me dolió mucho.

Me vuelvo hacia Evelyn y veo la compasión en su rostro. Compasión por Stewart, estoy segura. Algo en todo esto me parece injusto. ¿No se me permite tener deseos de escapar? Una repentina oleada de ira abrasa mi vergüenza hasta reducirla a cenizas.

—Sé que duele. Tú llevas años escapando de nosotros.

Siento una tormenta gestándose en mi pecho y ahora mi voz retumba como un trueno ominoso.

»Es como si tuvieras alergia a la vida doméstica. Jamás has querido estar en casa, y era yo quien, durante años y años, me encargaba de acostar a los niños, recogerlos del colegio, cocinar, limpiar, lavar la ropa y llevar a nuestros hijos a las fiestas de cumpleaños, a las actividades extraescolares y a las citas con el médico. Y tú decías que tenías que trabajar. Pero ahora, por lo visto, tienes tiempo para otras mujeres, y para una mujer en particular. Así que sí, a lo mejor me ha llegado a mí el turno de escapar.

La tormenta amaina con la misma rapidez con la que ha llegado y me deja temblorosa. Siento la necesidad de disculparme, de recular. Pero no. Esto es lo que he estado trabajando con Mitchell, ¿no? En dejar de ser la Molly de Matrícula de Honor, en permitirme sentir ira, ¿verdad?

Evelyn deja que el silencio nos envuelva durante unos instantes. Luego se vuelve hacia Stewart.

—¿Hay algo de verdad en lo que dice Molly?

Espero una negativa por su parte, pero Stew asiente con la cabeza. Evelyn continúa:

—¿Hay alguna razón por la que has evitado estar en casa?

Durante un breve instante, esa vía de interrogatorio se me antoja ridícula. Mi rabia está justificada, es férrea en su resistencia al contrainterrogatorio. Llevo más de una década siendo una esposa y madre abnegada. ¿Qué podría decir Stewart en su defensa? Pero entonces, Stew se recuesta contra el respaldo del sofá. Capto la pesadez de su cuerpo y me doy cuenta de que tiene una respuesta. Contengo la respiración.

—Tengo la sensación de que nunca puedo complacerte. Desde hace mucho tiempo; desde que nació Daniel. Todo lo que hago está mal.

La habitación parece ladearse vertiginosamente y recolocarse boca abajo. Me doy cuenta de que tengo los brazos cruzados y los labios fruncidos y de que desprendo arrogancia por todos los poros.

El resto de la sesión transcurre en una nebulosa. Evelyn pregunta a Stewart por las semanas posteriores al nacimiento de Daniel, cuando su padre enfermó de neumonía y murió en cuestión de días. Escucho mientras él desenmaraña los hilos de los factores estresantes de los meses siguientes. Teníamos un bebé recién nacido, y eso ya era bastante difícil. Además, Stewart estaba de luto, deprimido. Él supone que yo no tenía suficiente energía para atender tanto las necesidades de Daniel como las suyas, de modo que me dediqué por completo a Daniel. Y tiene razón. Pensé que lo mejor que podía hacer por Stewart era asumir toda la carga que pudiera de la crianza. Y eso hice.

Las voces de Evelyn y Stewart se funden en un telón de fondo para las nuevas preguntas que se forman en mi interior. ¿En qué momento estuvo Stewart listo para volver al seno de nuestra nueva familia, o tal vez incluso lo necesitó imperiosamente? ¿Cuándo podría yo haber cedido parte de mi control, de mi concepto de la forma «correcta» de alimentar, cambiar pañales, bañar y calmar a

nuestro bebé? ¿Cuándo se había transformado mi compasión por Stewart en resentimiento, haciéndolo sentir que no hacía lo suficiente, incluso cuando yo insistía en encargarme de todas las tareas domésticas y de la crianza?

—Sé que es complicado —dice Evelyn—, pero hoy habéis avanzado mucho. Habéis dejado atrás los sentimientos superficiales para llegar a algo más profundo. Es mucho que asimilar de golpe, de modo que voy a intentar resumir las cosas más importantes que he oído hoy.

Me concentro en mirar a Evelyn, esperando que nos eche un cable.

—Molly, te sientes atrapada en el papel de esposa y madre y todo lo que conlleva. Estar con Karl te ofrece un respiro con respecto a eso. Y tú, Stewart, sientes que no estás a la altura de las expectativas que Molly tiene de ti, que la decepcionas constantemente. Y tal vez estar con Kiwi te atrae porque sus expectativas son más fáciles de cumplir; porque con ella no tienes que hacer nada difícil, como criar hijos o construir una vida juntos.

Miro a Stewart y ambos asentimos al unísono a lo que ha dicho Evelyn. Todo suena muy claro y sencillo cuando ella lo dice, pero me duele la cabeza y a Stewart parece que lo ha atropellado un camión.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto.

—No hay respuestas mágicas —contesta Evelyn—. En cierto modo, el matrimonio abierto es una aventura conjunta, algo que hacéis juntos. Pero al mismo tiempo, vuestras relaciones fuera del matrimonio son exploraciones individuales. Y entrañan riesgos. Más vale no adentrarse en la selva sin saber cómo encontrar el camino de vuelta a casa. Tenéis que averiguar cómo mantener una conexión auténtica a pesar de todo esto. Y eso —concluye levantándose para indicar que nuestra sesión ha terminado— es más fácil decirlo que hacerlo.

Me da miedo mirar a Stew cuando salimos de la consulta, pero le cojo la mano y se la aprieto mientras bajamos en silencio en el ascensor, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

Evelyn tiene razón. Este no es solo nuestro viaje como pareja, también es el de Stewart, y el mío. No podemos saber adónde nos

llevarán estos caminos, ni siquiera si nos llevarán de vuelta el uno al otro. Pero siento una fuerza mayor que tira de mí hacia delante.

No, no quiero perder a Stewart.

Y tampoco quiero perderme a mí misma.

12

El sábado, estoy en mi cama doblando otra vez la colada mientras hablo por teléfono con mi madre. He advertido una nueva inquietud en mis manos, una necesidad de mantenerlas ocupadas constantemente. La mayor parte del tiempo hay mucho que hacer: correos electrónicos que escribir, platos que lavar, facturas que ordenar. Pero cuando estoy esperando en una cola o caminando por la calle, sobre todo ahora que Nate ya no necesita ni quiere cogerme de la mano, mi pulgar tamborilea contra los demás dedos uno por uno; una y otra vez, como si intentara quitarme una sustancia pegajosa de las yemas. Es un movimiento inconsciente, que solo cesa cuando doy a mis manos una tarea clara. Doblar la ropa se ha convertido en mi actividad favorita mientras hablo por teléfono.

—Mamá… —digo cuando ya hemos intercambiado los saludos habituales. Desde la sesión con Evelyn, he estado barajando cómo plantearle una cuestión a mi madre, cómo extraer la información esencial del confuso embrollo que hay en mi cabeza—. ¿Puedo preguntarte algo? Es complicado y no sé si es el momento adecuado.

—¡No hay mejor momento que el presente! —exclama mi madre, la reina de los aforismos alegres.

—¿Alguna vez creíste realmente en todo eso que enseñaba el Mahikari sobre la curación, la luz divina y todo lo demás? —suelto a bocajarro, y luego trato de suavizar la pregunta—: Me alivia mucho que estés dispuesta a tomar este medicamento para el Parkinson, pero hubo un tiempo en que ni siquiera me dejabas usar un espray nasal.

Se queda callada un momento al otro lado de la línea.

—Todavía me siento fatal por eso.

—No pasa nada, mamá —le aseguro, reprimiendo cualquier

cabreo que amenace con aflorar. ¿Qué sentido tendría?—. Supongo que lo que quiero saber es si te uniste al Mahikari por Jim o si querías hacerlo por ti misma.

—Ay, Dios mío —suelta mi madre con una risa nerviosa—. Esa es una pregunta complicada.

—Solo intento entenderlo. Recuerdo que hacías taichí y cosas por el estilo, quiero decir. —Puedo visualizar a mi madre en la sala de estar con su amiga Ivy, enfundadas en mallas y bodi moviéndose como dos estatuas gemelas que hubiesen cobrado vida, con los brazos cortando el aire tan despacio que me daban ganas de salir corriendo—. Supongo que era algo corriente en los años setenta. Pero ¿qué te atrajo del Mahikari?

—Bueno —responde—, en esa época de mi vida, andaba en busca de algo más grande que yo misma. Y Jim tuvo que ver en parte, pero desde luego no lo fue todo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto sentándome más erguida. Los mismos vaqueros siguen desplegados en mi regazo y mis dedos han vuelto a su compulsivo tamborileo.

—¿Cómo explicártelo? —reflexiona para sí. Espero hasta que continúa—: ¿Te he contado que papá y yo teníamos un nombre en clave para Jim? Al menos antes de que se conocieran.

—¿Qué clase de nombre en clave?

Mi madre suelta una carcajada al otro lado de la línea, un eco de la risa que Jim solía arrancarle desde lo más profundo.

—Jesucristo.

—¿En serio? —Ahora yo también me río—. ¿Por qué?

—Todo empezó porque interpretaba a Jesucristo en una obra de teatro. Pero había algo más: era como un guía espiritual para mí.

Asimilo esa información.

—¿Y papá también lo llamaba así? Es decir, ¿consideraba él también que Jim desempeñaba ese papel en tu vida?

—Oh, sí. Papá pensaba que Jim era muy importante para mí. Tanto en lo sexual como en lo espiritual —añade.

Hago una mueca al imaginar a mi padre utilizando la palabra «sexual» para describir a mi madre. Me invade una oleada de sintonía con Daniel; nadie quiere pensar esas cosas de sus padres.

Pero también me siento fascinada. ¿Significa eso que mi padre sentía verdadera «compersión»? ¿Que estaba encantado de que mi madre emprendiera su propio viaje, uno que involucraba tanto el sexo como el espíritu, lejos de él?

—Y luego estaba Buda, cómo no.

Eso me arranca de mis pensamientos.

—¿Buda?

—Vale, era otro nombre en clave.

Recuerdo la conversación que tuve con mi madre después de que todo acabara con Matt: «Oh, cariño. Habrá más».

—¿Y quién era Buda? —quiero saber.

Ella se queda callada un momento.

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Y tenía razón? ¿Sabías quién era Buda? —me pregunta Mitchell unos días más tarde, después de que lo haya puesto al corriente.

Ahora que Stew y yo estamos viendo a Evelyn, mis sesiones con Mitchell tienen lugar solo una vez al mes. Mitchell ya ha intentado frenar hoy mi verborrea en varias ocasiones, asegurándome que tenemos tiempo de sobra. Me sorprendo cuando miro el reloj y compruebo que en quince minutos le he contado los pormenores sobre la terapia de pareja, acerca de Karl y de mi madre. Incluso me he acordado de revelarle el cumplido que Daniel nos hizo a Stewart y a mí en la celebración familiar de su decimocuarto cumpleaños: «Tú y papá sois el equilibrio perfecto entre no ser unos aburridos, pero tampoco unos chiflados».

—No lo supe enseguida —le contesto ahora—. Pero al insistirle a mi madre para que me lo explicara, todo cobró sentido.

Buda era un *sensei* de aikido, un arte marcial con raíces espirituales más profundas que el kárate o el judo, y en la primera visita de mi madre con Jim al dojo Mahikari, Buda le dio su tarjeta y la invitó a asistir a su otro *dojo* para practicar el aikido. Mi madre fue, se puso un *gi* y empezó como cinturón blanco. A veces yo iba a la clase para niños, que consistía sobre todo en dar volteretas por el suelo, de modo que había conocido a Buda, aunque apenas me acordaba de su verdadero nombre.

—Mi madre me contó que Buda tenía problemas de salud, algo relacionado con los riñones. De modo que fue Jim quien le habló por primera vez del Mahikari, pero en realidad fue Buda quien le pidió que engrosara sus filas. Quería que ella pudiera imponerle las manos para darle luz divina o algo así. Y además de eso —respiro hondo—, Buda le dijo que dejara de ver a Jim. No le importaba que mi madre estuviera casada, pero la idea de que tuviera otro amante lo ponía muy celoso. Así que ella hizo lo que él quería: dejó de ver a Jim, al menos en el sentido romántico.

—¿Y qué te sugiere eso? —pregunta Mitchell tendiendo la mano hacia su cuaderno. Debe de prever que se avecina una revelación. Me da miedo lo que pueda ser.

—Bueno, me hace preguntarme si mi madre hizo alguna vez algo por sí misma —respondo—. Me refiero a que ver a otros hombres fue idea de mi padre, y luego está toda esa búsqueda espiritual suya, impulsada por los hombres con los que tuvo relación. Incluso los nombres que les puso: Jesucristo y Buda, como si fueran seres divinos o algo así. Como si los hombres tuvieran todas las respuestas y ella solo los siguiera. Como una discípula.

Mitchell asiente mientras toma notas, animándome a seguir.

—Así que me pregunto si será esa la fuente de la «ira reprimida» de la que me habló.

Hago una pausa.

Mitchell deja de escribir y me mira, expectante.

—Me asusta un poco. Creía que su libertad sexual era su única válvula de escape. Pero ¿y si solo fuera, no sé, una ilusión de libertad?

Otra vez se me llenan los ojos de lágrimas.

—Y supongo —añade Mitchell mirando el punto mágico del techo que le proporciona todas las respuestas— que tú estás preocupada por lo mismo… por que el matrimonio abierto también te esté dando una ilusión de libertad, ¿no?

Asiento con la cabeza y cojo los pañuelos de papel, mis compañeros inseparables en la terapia.

—Karl también me pidió que dejara de ver a otros hombres.

—Eso no es así —me corrige Mitchell—. Pensaba que te había

dicho que lo ponía celoso que salieras con otras personas, pero ¿llegó realmente a pedirte que dejaras de hacerlo?

—No —respondo—. Supongo que no. Creo que era la decisión correcta para mí también, pero ahora me cuesta confiar en mi instinto. ¿Y si solo estoy haciendo lo que Stewart y Karl quieren que haga?

—Esa es una pregunta crucial que debes hacerte.

Ahora soy yo quien mira al techo. ¿Por qué Mitchell encuentra tantas respuestas ahí arriba y yo nunca lo consigo?

—Y hay algo más: Martina quiere conocerme. Y no estoy segura de cómo me siento al respecto. Supongo que no es nada del otro mundo. Además, sé que Karl se alegrará si nos llevamos bien.

—Vale —dice Mitchell volviendo a su cuaderno de notas—. ¿Y qué hay en el otro aspecto de esa respuesta? ¿Qué te dice tu instinto?

—Me produce nerviosismo. Tengo la sensación de que todo se volverá más complicado. Ahora tenemos un sistema estupendo: yo voy a su piso mientras ella está en casa de su novia, y nadie siente ningún tipo de incomodidad al respecto.

Mitchell asiente sin levantar la vista y sigue escribiendo.

—Pero en *Ética promiscua* se dice que es buena idea conocer a las parejas de tu pareja. Que es probable que imaginemos lo peor, pero que suele salir bien. Y la verdad es que siento curiosidad.

Mitchell me sonríe, pero sigue callado.

—Bueno, ¿no piensas darme tu opinión sobre lo que debería hacer? —quiero saber.

—No existe una respuesta correcta, Molly —dice—. Limítate a prestar atención a tus propias señales internas. Y ahora, ¿fijamos nuestra próxima cita?

Esa noche, una fuerte tormenta de nieve arrecia sobre Nueva York e interrumpe mis inquietantes cavilaciones sobre Karl, Martina, mi madre, Stewart y Kiwi. Con las escuelas cerradas para mis dos hijos y las aceras por despejar, tengo distracciones suficientes.

La tarde siguiente, Nate me ruega que lo lleve a Prospect Park a deslizarse en trineo. Mientras avanzamos con dificultad hacia la Séptima Avenida a través de la nieve amontonada por el viento, noto

cómo me vibra el teléfono en el bolsillo de mis pantalones acolchados. Con la esperanza de que sea un mensaje de Karl, me quito un guante y hurgo entre mis capas de ropa para comprobarlo.

«¡Hola, Molly! ¿Estás disfrutando de la nieve?» Como de costumbre, su forma tan alemana de expresarse me hace sonreír.

«¡Sí! ¡Estoy llevando a Nate a la colina para trineos!», respondo escribiendo con un dedo.

«¡Nosotros también vamos a ir en trineo! ¡La amiga de Martina tiene hijos y nos ha invitado! ¡Encontrémonos en la cima de la colina!»

Cuántos signos de exclamación, y qué poco tiempo para procesar las palabras que puntúan. Mi cabeza acaba tan entumecida como mis extremidades, y camino más despacio.

—¡Vamos, mamá! —me increpa Nate para que siga adelante.

Al cabo de diez minutos, llegamos a la colina. Con su metro noventa y sus ciento diez kilos, cuesta lo suyo pasar por alto a Karl, pero aun así echo un vistazo a mi alrededor para no bajar la guardia. Nate está demasiado emocionado para advertir mi turbación y sale corriendo en busca de sus amigos. Me quito los guantes para escribirle otro mensaje a Karl: «¡Ya estamos aquí!» y, justo cuando pulso «Enviar», lo veo saludándome con la mano desde el otro extremo del paisaje nevado. Supongo que la más baja de las dos mujeres que están a su lado es Martina. Le devuelvo el saludo débilmente.

A medida que se acercan, la amiga de Martina y sus hijos se separan de ellos y se alejan. Doy unos pasos hacia delante y me detengo. ¿Puedo abrazar a Karl? ¿O debería abrazar a Martina? Paralizada por la indecisión, mantengo los brazos firmemente pegados a los costados mientras les sonrío y asiento como una tonta. Karl me abraza y me besa en ambas mejillas al estilo europeo. Martina nos mira con cara de pocos amigos, pero quiero creer que es su expresión natural, y rápidamente me acerco para abrazarla y darle dos besos también, tratando de que todas las interacciones sean equitativas. Ella me corresponde con rigidez.

—Hola, Martina —saludo esperando que el frío disimule mi cara sonrojada y mis leves temblores—. ¡Qué alegría conocerte por fin!

Martina suelta una risita que suena a burla.

—Igualmente. Karl habla mucho de ti. —Le lanza una mirada de reojo.

Quiero que Karl borre la sonrisa de su rostro, pero él sigue sonriéndonos a las dos.

—¡Esto es una locura! ¡Es como encontrarte a tu profesor en el supermercado! —Se ríe de su propio chiste.

Detrás de Karl, veo a Nate corriendo hacia mí. Irrumpe en el centro de nuestro triángulo y consigue romper el hielo.

—Mamá, ¿puedes venir a verme bajar la colina? —pregunta jadeando.

—Vale —respondo ocultando mi alegría por la interrupción—. Pero primero saluda a mis amigos.

—¡Hola! —exclama él sin comprometerse—. ¡Vamos, mamá!

«¡Bien hecho!», pienso cuando Nate se me lleva.

—¡Adiós, Karl! ¡Adiós, Martina! ¡Ha sido un placer conocerte!

—Igualmente —farfulla ella.

—¡Adiós! —exclama Karl, todavía radiante, como si las cosas no solo estuvieran bien, sino que fueran fantásticas.

Las dos horas siguientes son dolorosas. Intento concentrarme en Nate, sus hazañas con el trineo y sus «¡Mírame!», pero mi atención sigue vagando hacia Martina. Me odia, es evidente. Es probable que en este preciso momento le esté diciendo a Karl que quiere que rompa conmigo. Y entonces me quedaré sola mientras Stewart corretea por Nueva Jersey con su nueva novia neozelandesa. Mantengo una nerviosa mano dentro del bolsillo para no perderme el importantísimo bzzzzz que indicará la llegada de un mensaje de Karl que revelará mi destino.

Por fin, cuando Nate y yo marchamos penosamente de regreso a casa al anochecer, llega.

«Martina está furiosa conmigo», leo. Se me corta la respiración.

Y luego: «Es porque no le había contado que estás como un tren. No estaba preparada».

Bajo la vista hacia mi cuerpo enfundado en un traje de nieve, con peto incluido, que me da un aspecto parecido al del muñeco Michelin. Una bufanda enrollada al cuello me tapa la mitad inferior

de la cara, como lo ha hecho durante toda la tarde, y llevo el pelo recogido bajo un gorro y una enorme capucha. ¿Cómo puede pensar que soy sexi? Ni siquiera me ha visto.

«Ella quiere que quedemos los tres esta semana. ¿Te parece bien?»

«Claro», respondo rápidamente para evitar darle muchas vueltas. «Sería genial.»

La siguiente ocasión en que veo a Martina, por tanto, es en una salida planeada a tres bandas: quedaremos en un bar para una noche de trivia. Decidir qué me pongo para la ocasión me lleva al borde del ataque de nervios. ¿Querrá Martina que vaya sexi? ¿O eso la intimidará? Me decido por un vestido de punto bonito, pero no demasiado ceñido, y emprendo el lento camino hacia el bar para reunirme con ellos.

Cuando llego, ya están dentro. Martina se levanta y, para mi sorpresa, me da un fuerte abrazo. Lleva un vestido largo y ajustado con rayas horizontales que a mí jamás me sentaría bien. Sin embargo, a ella le queda espectacular. Tiene los pechos grandes y la cintura estrecha, y es evidente que no ha tenido hijos. A pesar del frío, su pelo rizado todavía se ve húmedo de la ducha.

—Hueles bien —le suelto sin pensarlo dos veces. «Ay, Dios», me digo presa del pánico. «Ahora va a pensar que soy una especie de bicho raro que anda oliendo el pelo de la gente.»

Pero su rostro se ilumina con el cumplido y siento una oleada de entendimiento: «Alimenta el ego de Martina y todo irá bien».

Martina se desliza en el asiento junto a Karl y yo me siento frente a ellos. Cuando Karl se inclina bajo la mesa y me aprieta la rodilla, le aparto la mano con la cara impasible. ¿No entiende acaso lo que está en juego aquí?

—Necesitamos un nombre para el equipo —declara Martina.

—¿Qué tal «Los poliamoristas»? —propone Karl con una sonrisa.

Martina hace un ademán para rechazar semejante sugerencia.

—Yo pensaba en «Dos mujeres inteligentes y Karl». —Me sonríe con aire burlón y yo suelto una risa incómoda. Karl me ha contado que Martina está muy orgullosa de sus títulos universitarios y, como

él no fue a la universidad (ni siquiera acabó la secundaria, puesto que decidió dedicarse a la fotografía), a ella le gusta presumir de su inteligencia ante Karl. Pero esto de ahora no parece una broma inofensiva: hay algo agresivo detrás de sus palabras. ¿O estaré sacando demasiadas conclusiones?

—Voy a pedir algo de beber —anuncia Karl—. Creo que sé qué os gusta a las dos. —Se ríe de esa forma suya alegre y tontorrona, y yo le sonrío a Martina, tratando de calibrar su reacción al énfasis de Karl en que las dos somos una unidad. Vuelve a lucir su odiosa cara de pocos amigos. Es como estar de vuelta en el instituto y que me hayan sentado en la mesa de las chicas malas. Necesito volverme lo más pequeña posible para evitar que me examinen.

—Karl me ha dicho que te saltaste un curso —suelta—. ¿Eres un genio o algo así?

«Mierda», pienso. Realmente he vuelto al instituto.

—¡Por supuesto que no! —Espero que mi expresión transmita hasta qué punto es absurda esa idea.

—Karl parece creer que sí lo eres —replica. Sus ojos me dicen que ella no está nada convencida.

—Eso es porque no habla bien inglés —contesto.

Ella se echa a reír y me pone la mano en el brazo.

—¡Ja, ja! ¡Es verdad! —exclama con un resoplido. Estoy jugando a un juego inventado por niñas de doce años: burlarse de los demás como rito de vinculación afectiva.

Karl vuelve con nuestras bebidas y sonríe ante la escena que tiene ante sí: su prometida riéndose a carcajadas con su novia, ambas pasándolo en grande. ¿Sabe que es una fachada? Sigo el ejemplo de Martina y finjo reírme con ella mientras se burla de Karl, de su inglés tan «flojo», de su peso, de su falta de un sueldo fijo. Me siento vagamente incómoda, pero a él no parece importarle. ¿Quizá es simplemente la forma que tiene Martina de lidiar con sus propias inseguridades? En cualquier caso, agradezco que la atención no se centre en mí.

Pero cuando empiezan las preguntas de trivial, me pongo sin querer en el punto de mira. Sé más respuestas que Martina. Y una vez que mi espíritu competitivo se ha despertado, cuesta lo suyo

sofocarlo.

—¿En qué año boicoteó Estados Unidos los Juegos Olímpicos?

—¡En 1980!

—En el poema de Lewis Carroll, ¿qué comen la morsa y el carpintero?

—¡Ostras!

—¿Quién fue el rival de Mark McGwire en la «guerra de *home runs*» de 1998?

—¡Sammy Sosa!

No reparo en la irritación de Martina hasta la tercera ronda, y entonces me disculpo por mis conocimientos:

—Oh, soy mayor que tú, Martina —digo en un intento de halagarla—. Ni siquiera habías nacido en 1980, ¿no?

»Al fin y al cabo, era profesora de lengua y literatura inglesas… ¡Más me vale saber quién es Lewis Carroll!

»Mi padre es fan de los Cubs. Te juro que es la única pregunta sobre béisbol que podría haber respondido.

Además, en el tiempo en que yo me tomaba dos cervezas ella se ha tomado cuatro, y quizá algunas más antes de mi llegada. Su talante anterior, que he tratado de creer alegre, se ha vuelto ahora decididamente avinagrado. Empiezo a fingir que no sé las respuestas a las preguntas y nos marchamos antes de la ronda final.

Permanecemos los tres unos incómodos instantes ante el local, mientras pienso en una estrategia para irme. Me acerco primero a Martina para despedirme con un abrazo. Entonces, para mi sorpresa, Karl se inclina para abrazarla también.

—Voy a acompañar a Molly a casa, ¿vale? —dice con naturalidad.

«Mierda.»

—No hace falta —balbuceo—. Puedo volver sola.

—No, él te acompañará —zanja Martina con una sonrisa forzada —. Es lo que quiere hacer, claramente. —Da media vuelta con gesto brusco y se aleja con andar tambaleante en la dirección opuesta.

—Está cabreada, Karl —farfullo—. Me marcho. Vete a casa con ella.

—No, por favor, espera aquí. Martina está bien, te lo prometo. Déjame hablar con ella, vuelvo enseguida. —Y, con varias torpes

zancadas, alcanza a Martina en la esquina.

Me entretengo con mi teléfono e intento escuchar a hurtadillas, pero no puedo fiarme de los fragmentos de conversación que llegan a mis oídos. «Puedes largarte ahora mismo a follar con ella, por lo que a mí respecta», oigo o creo oír. ¿Debería esperar donde me ha dejado Karl o dar media vuelta y marcharme? Así va a acabar la cosa, pienso. Martina lo obligará a romper conmigo y tendré que buscarme otra vez a alguien para salir. No soy capaz de hacerlo. Le diré a Stewart que lo he intentado con todas mis fuerzas, pero que ya no puedo seguir con esto del matrimonio abierto.

Un instante después, Karl se dirige hacia mí sonriendo de oreja a oreja.

—Todo arreglado —anuncia—. Vamos.

Lo miro con incredulidad, pero él me agarra del codo y me hace echar a andar. Recorremos en silencio la primera manzana y luego añade:

—Le gustas de verdad. Solo está furiosa conmigo. Se pone así cuando bebe.

—¡Pero está furiosa contigo por acompañarme a casa! ¡Deberías haberte ido con ella! —protesto.

—No, no se trata de eso —responde subiéndose las gafas en el puente de la nariz—. Si te lo cuento, ¿prometes no enfadarte?

—Mmm… vale —suelto rompiendo mi promesa de entrada.

—Está celosa. No de que yo esté contigo, sino de que tú estés conmigo. —Noto su mirada, pero no me vuelvo hacia él—. Creo que se sentiría mejor si pudiéramos… ya sabes… acostarnos los tres juntos. Pero solo si tú quieres. Sin presión.

Mi pensamiento regresa a nuestro antiguo apartamento en el Upper West Side, el año antes de que Stewart y yo nos casáramos. Tras nuestra segunda visita a Le Trapeze, decidí que no volvería a pisar un club sexual. En su lugar, nos decantamos por la idea de un buen trío a la antigua usanza. En la universidad, y justo después, me había sentido cautivada por algunas amigas, aunque nunca tuve la seguridad de que mi atracción por las mujeres fuera realmente sexual. Pero cuando Stewart me dijo que su exnovia Wendy la Desenfrenada (ese nombre la diferenciaba de Wendy la Plasta, con

quien también había salido) quería conocerme, empecé a preguntarme cosas. Por las historias de Stew, sabía que a Wendy la Desenfrenada le gustaban más las mujeres que los hombres. También sabía que era lo bastante escandalosa como para que Stewart no tuviera interés en ella más allá del sexo. A lo mejor un trío de dos mujeres y un hombre sería una forma segura de comprobar el alcance de mi bisexualidad.

—Eres justo su tipo —me dijo Stew, mientras me acariciaba los pechos y me metía los dedos bajo las bragas con avidez.

Pero la realidad de nuestra noche con Wendy resultó diferente de mis fantasías. Esperaba que el sexo con una mujer fuera delicado y tierno, que las manos de una mujer sobre mi cuerpo supieran exactamente qué hacer, que la sensación fuera parecida a la de masturbarse. Pero nunca se me pasó por la cabeza que el tacto de una mujer pudiera cortarme el rollo. Sin embargo, eso fue lo que sentí. Sus labios eran demasiado blandos; sus manos, demasiado pequeñas. Le lamí los pechos y, por culpa de algún complejo que no aparecía en *Introducción a la psicología* de Kleinman, me sabían a leche. Contemplar el cuerpo desnudo de Wendy por su valor estético ya me estaba bien, pero no me interesaba acariciarlo. Y así, las dos nos dedicamos por turnos a chuparle la polla a Stewart hasta que se corrió. Después, Wendy la Desenfrenada se quedó tumbada en nuestra cama de matrimonio con nosotros, hablando sin parar del último trabajo del que la habían despedido, hasta que solté un bostezo exagerado y le sugerí a Stewart que le llamara un taxi.

«Quizá un trío con Karl y Martina sea diferente», me planteo.

—Déjame pensarlo —concluyo.

—Es cuanto quiero que hagas —me contesta Karl con una sonrisa.

Ese fin de semana, cojo el coche para asistir a una conferencia de profesores en el Marriot Boston, en Quincy. Los kilómetros pasan volando. En los trayectos largos y en solitario, suelo hacer paradas frecuentes para no quedarme dormida al volante. Pero ahora mi cabeza está hiperalerta, es un hervidero de actividad. Mis pensamientos no se apartan de Karl ni, por supuesto, de Martina. Vuelvo a sentir su mirada recorriendo mi cuerpo de arriba abajo

cuando llegué al bar. Recuerdo su sonrisa enigmática y tensa cuando Karl anunció su intención de acompañarme a casa. Y luego me imagino diciéndole a Karl que no creo que un trío sea buena idea, que me da miedo que las cosas se compliquen demasiado, que se tuerzan. Veo su rostro redondo y juvenil nublado por la decepción ante mi negativa. A continuación, imagino que digo que sí y cómo se ilumina su rostro ante la idea de los tres juntos en la cama. Pese a mis reservas, mi cuerpo se estremece al pensar en la emoción de ofrecerle esto. «Es posible que yo también disfrute», me digo. «¿No era la novia de Martina heterosexual antes de que empezaran a salir? A lo mejor Martina tiene un toque mágico.» Mis pensamientos dan vueltas y más vueltas, arremolinándose hasta formar un torbellino en ebullición.

El Marriott Boston es un nombre muy poco apropiado, puesto que Quincy no está cerca de Boston ni mucho menos, y, sola en mi remota habitación de hotel, no encuentro respiro alguno para mi ansiedad. Le mando un mensaje a Karl para ver si puede hablar y recibo una respuesta que me parece despectiva: «Lo siento, estoy con Martina. No puedo enviarte un mensaje ahora». Sé que Stewart está en una cita con Kiwi. Antes de nuestra última sesión con Evelyn, acordamos «concedernos espacio» cuando estuviéramos con otras personas. Era una idea que yo apoyaba totalmente, puesto que me permitía apagar el teléfono cuando estuviera con Karl. Pero ahora pienso en la advertencia de Evelyn: «Asegúrate de saber cómo encontrar el camino de vuelta a casa». No me siento capaz de pasar la noche sin Stew, de modo que le mando un mensaje, tratando de infundirle un poco de humor a mi desesperación: «Fantaseo con la idea de ingresar en el psiquiátrico más cercano. ¿Puedo llamarte, por favor?*».*

Me suena el teléfono casi de inmediato.

—¿Qué pasa, tesoro? —pregunta Stew.

Al oír la preocupación en su voz, me echo a llorar convulsivamente.

—Tranquila, tesoro —me dice con dulzura—. Cuéntame qué pasa.

—Siento mucho molestarte cuando estás en una cita —gimo.

—No pasa nada, de verdad. Kiwi lo entiende perfectamente; ha

salido un momento para que podamos hablar en privado.

«Ha salido», pienso. De su habitación de hotel, por supuesto. Pero entonces los celos que me provoca esa imagen se transforman en gratitud: «Kiwi lo entiende. Gracias a Dios que sale con alguien que también tiene una relación abierta».

—Creo que me estoy volviendo loca —suelto—. No sé por qué es tan importante para mí, pero ¡no sé qué hacer!

—¿Respecto a qué? —quiere saber Stew.

—¿Respecto a qué? —repito a voz en grito—. ¡El trío! Te lo conté ayer… Martina quiere hacer un trío y no sé si es buena idea.

—Claro —contesta Stew. Sospecho que está conteniendo la risa—. Te das cuenta de que no se trata de una cuestión de vida o muerte, ¿verdad? Hazlo si te apetece, aunque yo diría que no te apetece. Y no creo que tenga que recordártelo: la noche que pasamos con Wendy fue increíble para mí, pero a ti no te gustó tanto.

—Lo sé, lo sé. Mitchell dice que tengo que hacer caso a mi instinto. Pero mi instinto está hecho un lío. ¡Detesto no saber qué hacer!

—De acuerdo, mi querida indecisa —responde—, empecemos por respirar hondo.

Stew respira conmigo durante un rato y empiezo a sentirme mejor.

—Recuérdame que no te vote si alguna vez te presentas a presidenta, ¿vale?

Me río.

—Vale. Debería dejarte tranquilo.

Casi se me olvida que tiene una cita. Esta noche no es solo mío. Como si me hubiera leído el pensamiento, Stew dice:

—Te diré qué vamos a hacer. Quiero que busques algo realmente estúpido que ver en la tele. Cuanto más tonto, mejor. Y te llamaré dentro de un cuarto de hora para ver cómo estás, ¿de acuerdo?

—No tienes por qué hacer eso —digo sin mucha convicción.

—Sé que no tengo que hacerlo. Pero quiero hacerlo. Eres mi mujer. Te quiero. Y no me apetece tener que conducir hasta Boston mañana para sacarte del manicomio.

Me río de nuevo.

—¿Y a Kiwi no le importará?

—No. Ella también quiere que te sientas mejor.

—Vaya, pues muchas gracias —contesto.

—Un cuarto de hora —repite Stew—. Y más te vale estar viendo alguna idiotez.

—Entendido.

Dejo el teléfono y cojo el mando a distancia. Quince minutos más tarde, estoy viendo *Atrapa un millón* en el canal Game Show Network cuando Stew vuelve a llamar.

—¿Todo bien?

—Como la seda —respondo, y subo el volumen para que pueda oír el griterío de los concursantes.

—Perfecto —concluye—. Te quiero, tesoro. No pondré el móvil en silencio, por si necesitas hablar.

—Gracias, Stew. Yo también te quiero.

Me quedo dormida con la televisión encendida y el móvil en la mano.

Al día siguiente, tras cumplir con el mínimo indispensable de mis obligaciones en la conferencia, conduzco de vuelta a casa. Sin un lugar concreto al que dirigirla, mi ansiedad reprimida comienza a cristalizar en un plan de acción casi maníaco.

Sé qué debo hacer. Karl, Martina y yo haremos un trío, pero solo una vez. Esa noche, le cuento mi plan a Stew, pronunciando las palabras sin apenas respirar.

—Voy a ir, pero solo estaré allí un par de horas. No, una hora y media. Y después, tienes que encontrarte conmigo para tomar algo en el Dram Shop o en algún sitio cercano para que pueda procesarlo. Además, así tendré una excusa para irme a una hora determinada. ¿Vale? ¿Puedes hacer eso por mí? Voy a enviarle un mensaje a Karl ahora mismo.

Stew me mira mientras elige cuidadosamente las palabras, tratando de poner freno a este tren fuera de control que ha suplantado a su mujer.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Creía que no te iban las mujeres.

—Tengo que hacerlo —explico—. ¡De otro modo no pararé de obsesionarme con lo que podría ocurrir! —Mi lógica es endeble, pero necesito creer que es sólida como una roca. Miro a Stewart deseando que me apoye. Abre la boca para hablar, pero en lugar de hacerlo exhala un suspiro.

—Vale, como quieras —suelta, y levanta los brazos con exasperación.

No es la clase de apoyo que anhelaba.

El proceso de planificación para mi *ménage à trois* resulta tan sugerente como organizar una recaudación de fondos para el colegio. En primer lugar, para crear la distancia adecuada entre mi yo sexi y mi yo «mamá», organizo que tanto Daniel como Nate se queden a dormir en casa de algún amigo, lo que significa que tendré que corresponderles invitando a los dos chavales en cuestión el fin de semana siguiente. En segundo lugar, intento decidir qué me pongo, pero en lugar de resultar decadente y divertido, parece un acertijo imposible. ¿Cómo me visto para Martina sin hacerle sombra? Además de la ropa, tengo que elegir sujetador y bragas, depilarme los pelillos rebeldes alrededor de los pezones sin que me queden bultitos antiestéticos y podar la selva en mi entrepierna. Dichas tareas parecen interminables.

Cuando ya me dispongo a salir, interrogo a Stewart sobre mi aspecto.

—¿Qué te parece? O más importante, ¿qué crees que va a pensar ella?

—Estás estupenda, tesoro —me dice. Sus ojos transmiten la misma vacilación que ha estado ahí desde que le mencioné todo el asunto, pero ahora trata de abordarlo desde otro ángulo—: Lo principal es que te relajes. Quiero decir, y solo es una idea, que a lo mejor podrías intentar divertirte un poco, digo yo… Porque si no puedes hacerlo, realmente no entiendo qué sentido tiene la cosa.

Tiene razón, por supuesto. Pero ya he llegado hasta aquí, estoy en la orilla del Rubicón. En lugar de admitir la verdad (que no quiero hacer un trío con Karl y Martina, que solo lo hago porque me da la sensación de que es un requisito para salir con Karl), esbozo la

sonrisa más radiante que puedo y le suelto a Stew la misma mentira que me digo a mí misma:

—¡Muy bien, pues voy a divertirme! Nos vemos en el Dram Shop a las nueve. ¿Quizá podrías llegar un poquito antes, por si acaso?

—Allí estaré —responde con tono de resignación. Abre los brazos para estrecharme entre ellos—. Allí me tendrás para lo que necesites.

No consigo relajarme lo suficiente como para rendirme a su abrazo, pero respiro hondo, tratando de absorber su esencia a modo de reconstituyente.

Resisto el impulso de enviarle un mensaje a Karl de camino a su piso. No, el piso de los dos, me corrijo. Mi oportunidad de hablar con él a solas ha pasado, y lo último que quiero es que Karl comparta mis dudas e inseguridades con Martina. He comprado dos botellas de *sauvignon blanc* Oyster Bay, el favorito de Martina, según Karl. Confío en que meterme una copa entre pecho y espalda cure el nerviosismo que me ha tenido paralizada y encerrada en mí misma como lo haría una armadura.

Pero entonces, cuando llamo al timbre y veo a Karl al final del pasillo, caminando hacia mí con una sonrisa en la cara, algo cambia. Mi cuerpo sigue siendo de hierro, pero me sorprende su fluidez al moverse. Y de pronto entiendo qué ocurre: este cuerpo no soy yo. Soy yo quien lo controla, pero mi verdadera identidad está a salvo dentro de mí. No hay nada que temer.

—Hola —me veo diciéndole a Karl—. He traído vino.

Le entrego la bolsa y paso a su lado para entrar primero en el piso. Capto el olor de las velas, oigo la música. Esos indicios sensoriales me recuerdan a mi otro yo, a la Molly que tanto disfruta viniendo al apartamento de Karl, la que se deleita en bajar la guardia y dejar que él la cuide. Pero esta noche soy otra persona.

Martina está sentada en el sofá, hojea distraída uno de los libros de fotografía de Karl. Me dedica una sonrisa algo torcida. Me siento a su lado, cerca, y la abrazo con fuerza. No lleva sujetador y noto sus pechos contra los míos a través del jersey. Detecto esa sensación sin darle ningún significado. No es ni buena ni mala: Martina tiene pechos; mi cuerpo también tiene pechos.

—Me encanta tu jersey —me oigo decir mientras mantengo una mano en su espalda y acaricio el tejido—. Es muy suave.

—Gracias —contesta. Me mira con curiosidad, sorprendida por mi atrevimiento. Retiro la mano y recuerdo, como si fueran las notas del director de un ensayo anterior: «Deja que Martina lleve la iniciativa. Quiere que te rindas ante ella. No te excedas». Cada movimiento que hago me resulta más fácil cuando no lo veo con mis ojos, sino a través del gran angular que se cierne sobre la escena.

Karl entra con dos copas de vino. Me tiende una y da un sorbo a la otra antes de dársela a Martina. «¿Te has fijado en lo que ha hecho Karl?», dice mi director interior. «Ha sido una forma sutil de dar a entender que ellos son la pareja principal y tú la visitante. Sigue su ejemplo.»

Espero dando sorbos al vino y luciendo una expresión de anhelante disposición. Karl está a mi izquierda en el sofá, Martina a mi derecha. Intercambian una mirada y luego Karl pregunta, como hizo la primera vez que nos acostamos, pero con un ligero cambio de persona gramatical:

—¿Podemos desnudarte?

Asiento con la cabeza. Karl me quita la copa y me aparta el pelo para desabrocharme el vestido. Martina me mira sonriendo y, mientras Karl me desabrocha el sujetador, se quita el jersey y veo de cerca la perfección de sus pechos. Desde la caja fuerte que es mi cuerpo, observo la diferencia entre sus pechos y los míos con ojo clínico. Yo he amamantado a dos hijos; ella no. Pero incluso antes de dar a luz, mi pecho derecho ya era una talla más grande que el izquierdo, y mis senos siempre se han negado obstinadamente a encontrarse a mitad de camino. Para mí, el escote es un efecto que se consigue con sujetadores incómodos, más que un estado natural. Martina, por su parte, luce dos copas simétricas de helado de melocotón, salpicadas con dos cerezas a medio madurar. Ver sus pechos hace que la Molly oculta se retuerza, cohibida, pero solo durante un instante. Karl se apoya en un brazo del sofá mientras Martina me mira desde el otro extremo. Él me masajea entonces los pechos desiguales con sus grandes manos, y me relajo y vuelvo a interpretar mi papel. Martina se inclina desde la derecha para

besarme y me alivia descubrir que no sabe a leche. Para confirmarlo, bajo la cabeza y pruebo cada helado de melocotón por turno. No sabe a nada, a nada en absoluto, constato. Mi secuencia de actos tiene el efecto deseado y ella comienza a gemir.

—¿Vamos a la cama? —propone Karl. Asiento con la cabeza, temerosa de romper el hechizo de nuestra química escénica con un diálogo espontáneo.

Me levanto y dejo que Karl me quite las medias y las bragas, y luego se quita los pantalones y la camisa. Martina me besa de nuevo, presionando todo su cuerpo contra el mío, y me lleva de la mano al dormitorio. Me fijo en el reloj de la pared de la cocina. Tengo que estar en el Dram Shop dentro de cincuenta y siete minutos.

En su habitación, llevo las manos y la boca de Martina a aquellos lugares donde se espera que las ponga, y dejo que ella haga lo mismo conmigo. Karl adopta un papel secundario, tocándome más que a Martina, y confío en que eso figure en el guion aprobado. Dejo que Martina, con sus manitas, me lleve a un orgasmo no del todo fingido, salvo por el volumen de mis gritos, y observo cómo mira a Karl a los ojos y le mete los dedos en la boca, para que me saboree. Parece una señal, de modo que me incorporo, esperando parecer lo bastante guarra.

—Dios mío —suelto—. Ha sido increíble, Martina. —La beso en la boca, demorándome para causar efecto, y luego pronuncio mi frase —: Stewart me está esperando. Le prometí que no llegaría tarde, para no ponerlo celoso.

Me desperezo con dramatismo y recojo mi ropa del salón. Voy al baño a hacer pis y me visto allí mismo; no quiero regresar a esa escena.

Una vez lista y a salvo, les hago un coqueto ademán de despedida desde la puerta mientras ellos siguen desnudos en la cama.

—Adiós, chicos.

No presto atención a sus respuestas. Salgo por la puerta y voy al encuentro de Stewart. Mientras camino, soy consciente de que mi cuerpo no me pertenece aún del todo. Pero ya ha terminado.

Stewart está sentado en la barra del Dram Shop, con una copa de

pinot noir reservándome un sitio a su lado.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta cuando me quito el abrigo y me siento en el taburete. Por supuesto, ya sabe cómo ha ido. Lo sabía incluso antes de que ocurriera.

—¡Ha sido divertido! —exclamo con voz alegre, sin engañar a nadie.

Stew me pone la mano en la nuca y me da un suave masaje. Noto su tacto y respiro, volviendo poco a poco a ser yo misma. Me alegro mucho de que mi marido sepa dónde guardo la llave de la caja fuerte.

Al día siguiente, recibo una serie de mensajes de Karl:

«Martina y yo lo pasamos muy bien mimándote anoche.»

«Qué excitante fue veros juntas a las dos.»

«Martina dice que no cambie las sábanas.»

Siento una profunda inquietud y respondo con un entusiasmo cauteloso: «Me alegra… Yo también… Vaya…». Ya he tachado el trío de la lista de cosas por hacer, ¿no? He hecho lo que Martina me pedía. He cumplido con mi obligación.

Esa noche, después de lavar los platos y acostar a Nate, me pongo al día con algunos episodios de *Girls*, y mi mente encuentra descanso en el crudo paisaje de Greenpoint. Cuando mi teléfono vibra, lo cojo y veo un mensaje de un número que no reconozco.

«Hola.» Me quedo mirando los tres puntitos. «Karl acaba de follarme súper bien, pero yo solo podía pensar en ti.»

El pánico y el miedo se apoderan de mí, compitiendo por el reducido espacio en mi pecho. Pongo la televisión en pausa. ¿Qué debo decir? Tengo que pararle los pies de alguna manera, pero con cuidado.

«Hola, Martina», escribo. «Yo también he estado pensando mucho en lo de anoche. Muchas gracias por invitarme. ¡Que duermas bien!» Añado un par de emojis con guiños por si acaso y pulso «Enviar».

Después de apagar la televisión, me quedo despierta durante mucho rato.

A la mañana siguiente, espero hasta estar segura de que Karl ya

esté trabajando y entonces lo llamo, con manos temblorosas.

—¿Por qué le has dado mi número a Martina? —digo en respuesta a su «¡Hola!».

—Me lo pidió —responde con naturalidad, confundido por la pregunta.

13

En las semanas siguientes, me obsesiono con el drama de Karl y Martina como si fuera el único argumento de mi vida; de hecho, en eso se ha convertido. Solo vuelvo a ver a Martina una vez más. Me paso por una reunión con sus vecinos, lo justo para hacer otro numerito coqueto y fingir que recibo una llamada de Nate que me permite volver a casa. Pero incluso la ausencia de Martina es una presencia. En cada mensaje de texto y en cada cita con Karl, o incluso cuando estoy sola o con Stewart y los niños, ella está siempre en mis pensamientos.

Sé que estoy internándome en terreno peligroso cuando cancelo una cita con Mitchell y luego otra con Evelyn. Solo Stewart sabe lo perdida que estoy en este culebrón que yo misma he creado, lo imposible que me resulta encontrar una salida.

Una mañana, lo pongo al día.

—Según Karl, Martina entiende que él y yo necesitemos tener nuestros propios encuentros, pero quiere ver a veces cómo follamos. Sin embargo, no me hace sentir cómoda que eso sea la nueva normalidad, de modo que le sugerí que, si quiero que ella entre, dejaremos la puerta del dormitorio abierta, pero si no, la dejaremos cerrada. ¡Y se enfadó muchísimo! ¡Le dijo a Karl que nunca le habían faltado al respeto de esa manera en toda su vida! Karl dice que no me preocupe, pero no tengo ni idea de cómo apaciguarla. Me parece imposible.

Stewart interrumpe mi monólogo con una exhalación audible.

—Voy a salir con Kiwi esta noche, ¿vale?

Hago una pausa. Su declaración tajante me golpea como una caída de bruces en la acera. El *shock* me protege del dolor, al menos durante unos instantes.

—Pensaba que íbamos a salir juntos esta noche.

—Molly, necesito un respiro. —Me da la espalda—. Si tengo que oír una palabra más sobre el puto Karl, se me van a saltar los fusibles.

—Oh —suelto.

Tiene razón. Nuestro tiempo juntos se ha envenenado, y cualquier promesa por mi parte de no hablar de Karl y Martina sería vacía; sería como tragarme un frasco de jarabe de ipecacuana y prometer que no vomitaré.

Pero el dolor de que Stewart necesite un respiro lejos de mí es solo una pequeña parte del malestar que me consume por dentro. Creo que me he enamorado de alguien. Y ahora voy a perderlo.

—¿Karl ha vuelto a OkCupid? —pregunta Stewart unas noches más tarde, en la cama. He tenido buen cuidado de no mencionar a Karl y Martina, y agradezco que sea él quien por fin saque el tema.

—No —respondo—. ¿No te acuerdas? Cerró su cuenta justo después de que empezáramos a salir.

—Bueno, pues igual deberías preguntárselo otra vez. Le ha puesto un «Me gusta» a Kiwi.

—¡¿Qué dices?! —exclamo, y la confusión se convierte en pánico —. ¿Cómo lo sabes?

—Me ha enviado una captura de pantalla. Mira.

Stewart me pasa su teléfono y veo la cara de Karl ocupando todo el marco azul de la aplicación. Mientras lo miro, mi cerebro intenta darle sentido a lo que estoy viendo. Karl me ha mentido. Ya está buscando a su próxima novia para sustituirme, y Kiwi es quien ha llamado su atención. Ella va a quitarme tanto a mi marido como a mi novio y no hay nada que yo pueda hacer. He dejado que todo esto suceda y ahora soy incapaz de detenerlo. La blanda superficie de la cama es demasiado cómoda, demasiado acogedora para el quebranto que noto en las entrañas, y ruedo de costado para dejarme caer al duro suelo de madera. El llanto comienza como un gemido por lo bajo, pero no tardo en berrear de forma tan violenta que apenas puedo hablar.

—¿Por qué me estás contando esto? —le pregunto a Stew entre sollozos.

Es la única pregunta cuya respuesta no conozco.

Stewart sigue en la cama y me mira desde arriba, sin saber muy bien cómo lidiar con el animal salvaje que tiene ante sí. Así me siento exactamente: como un animal salvaje y herido, algo difícil de manejar, pero vulnerable. Quizá como un hipopótamo bebé, ahí acurrucado en el suelo junto a la cama.

—Porque no quiero que te hagan daño —contesta—. Intento protegerte. Y Kiwi no va a salir con él ni nada por el estilo. Solo le ha parecido que debías saber que te está mintiendo.

—¡Si quieres protegerme —suelto a grito pelado—, no me obligues a seguir haciendo esto! Deja de salir con Kiwi y con quien sea y quédate conmigo. ¿No lo entiendes? ¡No puedo seguir así!

Tiende una mano hacia mí, pero no le permito tocarme. Me tapo los oídos con las manos como una niña con una pataleta. No lo dejo hablarme ni consolarme, y me quedo acurrucada en el suelo, en un rígido ovillo de dolor. Espero hasta oír los ronquidos de Stew antes de trepar de nuevo a la cama, agotada, procurando que su cuerpo no toque el mío.

A la mañana siguiente, me despierto en una habitación vacía. Stewart se ha ido temprano al trabajo, supongo que para evitarme. Esto debería doler, pero todo mi cuerpo es ya una magulladura en carne viva. Me siento con el teléfono en la mano durante varios minutos. Tengo que enfrentarme a Karl, pero no me fío de ser capaz de hablar. En lugar de eso, le envío un mensaje. Y más que plantear preguntas, hago afirmaciones.

«Has reactivado tu perfil de OKC. Le has puesto un "Me gusta" a la novia de Stewart.»

El tiempo que pasa antes de que responda se me hace más largo que los pocos minutos que marca el reloj de mi mesilla. Salto cuando el teléfono vibra y lo aprieto contra mi pecho antes de leerlo.

«Debe de haberlo hecho Martina. Ya sabes que le gustan las mujeres heterosexuales, así que la dejé suplantarme y entrar en mi cuenta.»

No sé qué hacer con esta información, con la mezcla descarada de honestidad y deshonestidad. Y con lo que significa para mí.

Están buscando nuevas presas.

Voy en piloto automático, con la cabeza gacha y esquivando peatones mientras camino por las largas avenidas entre Herald Square y la consulta de Mitchell. Me retumba la cabeza, pero el dolor emana de un lugar más allá de las neuronas dentro de mi cráneo. El dolor está en todas partes. En todo.

Le he pedido a Mitchell una sesión doble y he escrito un resumen de lo que ha pasado desde mi última cita. Lo leo en voz alta desde la sección de notas de mi teléfono, con la voz entrecortada y las lágrimas cayendo sobre un pañuelo hecho un higo. Cuando termino, cojo el café helado extragrande de Dunkin' Donuts que he traído y me agarro la frente con la otra mano, hundiéndome el pulgar y el anular en las sienes.

—Veo que hoy tienes migraña.

—He olvidado qué se siente al no tener migraña.

Mitchell forma un campanario con los dedos y mira al techo.

—Lo insidioso de la migraña es lo agotadora que es. De hecho, es posible que esa sea su función principal. O de las úlceras, de los dolores de espalda… de cualquier dolencia asociada al estrés. En cierto modo, el dolor físico te protege de experimentar plenamente el dolor emocional.

—Pero yo sí siento dolor emocional —puntualizo echándome a llorar de nuevo para demostrarlo.

—Sí, lo sé —responde él con suavidad—. Pero estás atribuyendo ese dolor a Karl, a Martina, a Stewart. Creo que la verdadera fuente de tu dolor es mucho más profunda.

—¿Qué quieres decir?

—Hablemos de la Molly de Matrícula de Honor. Has dicho que durante tu trío con Karl y Martina sentías que tu verdadero yo estaba oculto, como si estuvieras interpretando un papel. ¿Crees que es posible que la Molly de Matrícula hiciera su aparición esa noche?

Mis labios se aflojan en torno a la enorme pajita rosa que tengo en la boca. Ay, Dios mío. Tiene razón. Asiento con la cabeza.

Hojea su cuaderno y señala una página con el dedo.

—Ah, aquí está la lista de libertades que hiciste. El 21 de

septiembre de 2014. Cuando estábamos poniendo «nuevos deberes a la Molly de Matrícula de Honor». ¿Te acuerdas?

Vuelvo a asentir con la cabeza. Incluso ese pequeño movimiento hace que me estremezca. Eso pasó hace más de un año y medio, pienso. Y estoy atrapada exactamente en el mismo lugar.

—Creo que el punto más importante que debemos recordar ahora mismo es este: el de liberarte «de complacer a los demás». ¿Estás de acuerdo?

Miro fijamente mi vaso de Dunkin' Donuts, sin decir nada. Está claro que me toca a mí darle algún sentido a todo esto. Pero no tengo respuestas, solo una pregunta.

—¿Por qué sigo haciendo esto? —digo en voz más alta de lo que pretendía—. ¿Por qué no puedo dejar de complacer a todo el mundo? ¡¡Estoy hasta las putas narices de mí misma!!

Ahora estoy gritando, chillando desde una angustia que no consigo emplazar.

Mitchell está sentado frente a mí, inmóvil, discreto, esperando. Me sueno la nariz y espero también, a que mi cerebro confuso produzca un pensamiento. Y entonces empieza a surgir un recuerdo. Aprieto los ojos con fuerza para dejar que se convierta en palabras.

—¿Qué te está pasando por la cabeza ahora mismo? —quiere saber Mitchell.

—Estoy pensando en algo que me dijo mi madre cuando empecé a salir con Stewart.

—¿Sí?

—Me preguntó: «¿Cómo te sientes contigo misma cuando estás con él?». Era como una prueba de fuego o algo así.

—¿Y qué le respondiste?

—Le dije que Stewart me hacía sentir mejor conmigo misma que nadie en toda mi vida. Quiero decir… William me hacía sentirme una mierda, y Stew, en cambio, me hizo entender qué se suponía que debías sentir cuando amabas a alguien. Pero… —Se me hace un nudo en la garganta y mi voz queda ahogada por una nueva oleada de sollozos que amenazan con brotar.

—Pero ¿qué?

Respiro. Necesito sacarlo.

—Pero la verdad es que nunca me he sentido bien conmigo misma —declaro—, da igual con quién esté. La verdad es que me siento como una mierda todo el tiempo. —Estoy vertiendo ahora un verdadero torrente de lágrimas, puro dolor líquido. He vaciado la caja de pañuelos que hay sobre la mesita y Mitchell coge otra de su escritorio y me la tiende.

—Molly, hoy estás haciendo un trabajo maravilloso —dice con tanto entusiasmo que me echo a reír.

—Sí, supongo que un día en el que se gastan dos cajas de pañuelos se merece una estrella dorada, ¿eh?

—Tampoco es que te vaya a poner una matrícula —contesta con una sonrisa—. Pero me has recordado otra cosa sobre la que hablamos en una sesión anterior. Creo que has descubierto la causa del agujero en tu cubo.

Dejo de sollozar y le doy vueltas a eso. Sí, el agujero en mi cubo: el sitio por donde se escapa toda mi autoestima.

—Lo que estoy oyendo de tus labios ahora mismo —continúa— es que a lo largo de tu vida has buscado en otros (tus padres, tus hijos, Stewart, Karl) la valoración y el amor que tanto anhelas. Pero Molly, no puedes recibir el amor de nadie hasta que no te ames a ti misma.

Me siento más erguida y el dolor de cabeza empieza a remitir. Capto la veracidad en sus palabras.

—Nadie más, ni tu madre, ni tus hijos, ni tu marido, ni tus amantes, podrá arreglar esto. Solo tú tienes el poder de reparar este agujero.

Al salir de la consulta de Mitchell, siento que lo veo todo más claro. La migraña ha desaparecido, sí, pero hay algo más: necesito tomarme otro descanso y no ver a nadie. Necesito salir conmigo misma.

Sin darle detalles, le mando un mensaje a Stewart para decirle que me siento mucho mejor.

«¡Yupi!», escribe. «¡Gracias a Dios por Mitchell!»

Luego le envío un mensaje a Karl.

«Hola. ¿Te parece que busquemos algún hueco para hablar?»

No me responde.

Me han hecho *ghosting*.

Es un término que no conocía antes de entrar en el mundo de las citas en línea, pero describe a la perfección lo que ocurre a continuación. Karl se desvanece en el aire, sin responder a mis mensajes, correos electrónicos ni llamadas, y me deja llorando su pérdida como si hubiera muerto. Pero sé que está vivo.

En mayo, veo fotos en Facebook de la boda de Martina y Karl en Alemania. Ella lleva una corona de flores en la cabeza y un vestido blanco de encaje. Él está a su lado, con el brazo ciñéndole la cintura y una sonrisa bobalicona en el rostro. Al verlos juntos, tengo el convencimiento de que pasé más tiempo pensando en Karl que él en mí. Yo era un simple títere. A Martina le ponía hacérselo con una hetero; la tarea de Karl consistía en encontrarlas. Es posible que Karl desarrollara sentimientos hacia mí, sentimientos que no esperaba albergar, y que por eso Martina exigiera una ruptura. Pero si en efecto es así, ¿por qué se negó a enviarme un último mensaje de texto o un correo electrónico, un mísero adiós, algo que me hiciera sentir menos utilizada?

Quizá es el karma, pienso. Matt era un accesorio en mi matrimonio y yo he sido un accesorio en el de Karl.

Durante esta época, me siento como un cangrejo ermitaño que ha crecido demasiado para su caparazón. Corro por la playa, desnuda y vulnerable, buscando refugio. Decido ponerme en contacto con Jessie. Nuestros hijos van a colegios diferentes y se han distanciado, lo que significa que nuestra amistad nos pertenece ahora por entero a las dos. Nos sentamos en su cocina, con sendas tazas de café y una caja de Kleenex entre nosotras. La pongo al día sobre la saga del «puto Karl» (el apelativo la hace reír) y le doy las gracias por darme el número de Mitchell hace tantos años.

—Siento haberme esfumado de la faz de la tierra —apunto mientras me seco las lágrimas y me sueno la nariz—. Creo que te evitaba porque tenía miedo de lo que dirías. Y sabía que tendrías razón.

Ella se ríe.

—¿Y en qué habría tenido razón, exactamente?

—No lo sé —respondo—. Quizá en que me preocupaba demasiado por las necesidades de los demás y no prestaba suficiente atención a las mías.

Jessie asiente con la cabeza. Ella también está pasando por una transición, pues ha dejado de beber hace poco.

—Lo que dices me recuerda algo que oí en una reunión de Alcohólicos Anónimos. Se trata de la idea de «acertar con la medida». Y todavía intento averiguar cuál es. —Hace una pausa y toma un sorbo de café.

—¿Puedes ponerme un ejemplo? —le pido. He echado de menos estas charlas con Jessie, y cómo alternamos entre la risa y las reflexiones profundas sobre nuestra vida interior.

—Bueno, como el alcohol en mi caso. El alcohol se convirtió en una parte excesiva de mi vida. No podía pasar sin él, de modo que dedicaba demasiado tiempo a pensar en cuándo podría echar un trago. Y luego bebía demasiado y a la mañana siguiente estaba destrozada porque me sentía fatal. No conseguía dar con la medida adecuada, la bebida siempre parecía apoderarse de mí. Así que decidí que tenía que dejarlo. Me pregunto si tú también puedes extraer una lección de ahí. Por ejemplo, cuando Stewart se enfadó tanto porque no podías dejar de hablar de Karl y Martina, o cuando tenías la sensación de estar perdiendo la cabeza porque te obsesionabas con cómo manejar toda la situación.

Me detengo a pensar en ello mientras las dos tomamos sendos sorbos de café.

—Sí —concluyo—. Encaja a la perfección. Esa relación no era la adecuada, desde luego.

—Pero eso no significa necesariamente que debas poner fin a tu matrimonio —añade, sorprendiéndome—. Sabe Dios que me gustaría poder beber con moderación y no tener que dejarlo. Quizá es algo que debes preguntarte a ti misma. ¿Te parece que puedes lograr que el matrimonio abierto sea una parte «adecuada» de tu vida?

Es la pregunta del millón.

Una noche, estoy ayudando a Nate con un enorme montón de ejercicios de matemáticas que debe terminar antes del último día de

clase. Es una situación que suele acabar en lágrimas, para los dos. Subo a mi habitación mientras Nate se toma un descanso de las ecuaciones y descargo mi frustración en una almohada, golpeándola hasta quedar exhausta. Justo después, la migraña que acecha en los umbrales de mi conciencia se disipa. Más tarde, esa misma noche, me siento frente al ordenador, busco en Google «boxeo femenino en Nueva York» y encuentro una clase de boxeo para mujeres.

Me apunto al curso preparatorio para los cuatro sábados siguientes. La primera semana somos cinco, y la última solo aparecemos otra mujer y yo. Aún no he dado un puñetazo, pero he saltado a la comba, he trabajado mi juego de pies y he hecho cientos de sentadillas, planchas y saltos de rana. Estoy deseando unirme a la clase «de verdad» cuando empiece la próxima sesión.

También he adoptado una agradable rutina al ir y volver del gimnasio en metro. Llevo varios números de la revista favorita de mi madre en mi bolsa de boxeo; me regaló una suscripción por Navidad. Llega todos los meses, llena de textos autobiográficos, poesía y fotografías preciosas. En la contraportada del número de junio veo información sobre un retiro de escritura de fin de semana en Carolina del Norte.

—¿Quieres ir? —le pregunto a mi madre por teléfono. Al otro lado de la línea se hace un breve silencio.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Papá podría llevarte al aeropuerto y yo recogerte cuando aterrice tu avión en Charlotte. Alquilaremos un coche y una silla de ruedas para ti, y cogeremos una habitación doble para que pueda ayudarte a ir al baño y esas cosas.

Puedo oír las lágrimas que asoman en su voz.

—Molly, no se me ocurre nada más maravilloso.

En la semana anterior al viaje, elegimos nuestras sesiones del catálogo de actividades. Acordamos asistir a los mismos talleres para que mi madre me tenga cerca. Mientras que ella quiere escribir poesía, yo pienso llevarme la guitarra y componer algunas canciones. Estoy deseando que llegue el momento de viajar, pero Mitchell me ha advertido que tenga cuidado con la Molly de Matrícula de Honor.

—Dirá que sí a cualquier cosa —me recuerda—. Pero es probable que la Molly Auténtica se sienta resentida.

En efecto, al final de la primera velada, después de recoger a mi madre en el aeropuerto, conducir más de ciento cincuenta kilómetros por carreteras de montaña entre la niebla y abrirme paso en una cena de ambiente familiar y la sesión inaugural para conocernos todos los participantes, tengo una migraña terrible. Mientras ayudo a mi madre a quitarse los calcetines de compresión y disponer sus medicamentos en la mesita de noche, mantengo una sonrisa fija en la cara. Tengo miedo de tomar paracetamol con difenhidramina, porque debería ser capaz de oírla si me necesita durante la noche.

Me acuesto en la cama haciendo muecas de dolor, con la almohada dura como una piedra machacándome el cráneo. Mi madre lo está pasando en grande; no quiero estropearlo todo revelándole mi enorme malestar. Pero a través del dolor punzante, surge un recuerdo, las palabras que ella me dijo cuando tenía diez años y me pidió que me uniera al Mahikari: «Me harías la madre más feliz del mundo».

¿He dejado alguna vez de sentir la presión de hacerla feliz a ella, y más tarde a Stewart, a mis hijos, a Karl? ¿De satisfacer diligentemente las necesidades de todos menos las mías?

«¿Cómo puedo saber siquiera cuáles son mis propias necesidades?», me pregunta mi migraña.

Pasar la noche con mi madre es como tener un recién nacido. Solo me despierta una vez, alrededor de la una de la madrugada, para que la ayude a ir al baño, pero permanezco en alerta máxima, igual que cuando esperaba los llantos de Daniel o Nate. Vuelvo a quedarme dormida cuando la primera luz del alba se cuela a través de las finas cortinas y, unos instantes después, o eso me parece, me arranca del sueño el despertador portátil de mi madre. Son las seis de la mañana.

Necesita dos horas completas para prepararse para el día. El primer paso es tomar su medicación. Al cabo de ocho horas sin ella, su cuerpo está tan flácido como el de una muñeca de trapo. Las pastillas tardan casi treinta minutos en hacer efecto, y entonces, con

mi ayuda, puede llegar al cuarto de baño; pero entretanto, ninguno de sus músculos la obedece, incluidos los que retienen la orina.

—Siento mucho que tengas que ocuparte de este desastre —dice mirándose el camisón mojado.

—Tranquila, mamá —respondo—. No es nada del otro mundo. —Y en efecto no lo es. Lleva un pañal para la noche y duerme sobre un empapador desechable.

Solo tengo que tirar esas cosas a la basura y meter su camisón en una bolsa de plástico. Pero veo la vergüenza en su rostro y siento mi propio bochorno por haber olvidado poner buena cara. A pesar del dolor que se irradia desde mis sienes y las náuseas que lo acompañan, me obligo a sonreír.

—Vamos a darte una ducha calentita —anuncio con falsa alegría.

Resulta que dos horas no bastan. El comedor está en el otro extremo del centro de retiro, y empujo a mi madre por un camino de grava recalcitrante que nos hace llegar al desayuno con media hora de retraso. Se pone de los nervios. Necesita comer algo con su segunda ronda de pastillas, y la primera sesión del programa dará comienzo a las nueve.

—No te preocupes, mamá. Te instalaré en una mesa y te traeré algo. ¿Qué tal copos de avena?

—Gracias, cariño —responde ella mirando con nerviosismo las mesas, donde los participantes en el retiro charlan animadamente. Veo en su rostro el temor a entablar conversaciones triviales.

Diviso una mesa ocupada a medias, me acerco con mi mejor sonrisa y exclamo con voz alegre:

—¡Buenos días! Soy Molly y ella es mi madre, Mary. ¿Podemos sentarnos con vosotros?

—¡Ay, claro! —exclama una mujer regordeta con una larga trenza entrecana. Cuando aparco la silla de ruedas ante la mesa, le estrecha la mano a mi madre—. ¡Hola, Mary! Os vimos a ti y a Molly en el acto de inauguración de anoche. Es tan bonito veros juntas… Qué suerte tener una hija así a tu lado, ¿no?

Mi madre asiente con la cabeza.

—¡No podría estar aquí sin ella!

Para cuando le he servido a mi madre y la he ayudado a organizar

sus pastillas, ya he renunciado a tomar un desayuno como Dios manda. Meto un plátano en el bolso y lleno de café mi taza termo. Llegamos tarde a la primera clase y luego nos perdemos el ejercicio de práctica de escritura porque mi madre tiene que ir al baño otra vez.

—No debería haber tomado ese café —me susurra, avergonzada de nuevo.

El baño más cercano tiene tres escalones, de modo que deambulamos por el recinto, tratando de encontrar unos aseos con rampa, y terminamos de vuelta en el comedor. El baño en cuestión es muy estrecho para dos personas y una silla de ruedas, de modo que, mientras mi madre está en la taza, me siento en su silla.

—Ay, Molly —se lamenta ella negando con gesto triste con la cabeza—. Te lo estás perdiendo todo por mi culpa.

—No pasa nada, mamá —le digo quizá por décima vez en lo que va de día—. Tú eres la razón por la que estoy aquí. No me estoy perdiendo nada. —En cuanto pronuncio esas palabras, un dolor agudo me atraviesa el cerebro. No puedo evitar una mueca.

—Ay, querida. ¿Tienes migraña? —me pregunta.

—Sí —admito—. Pero no te preocupes, se me pasará.

Guardamos silencio unos instantes; no es raro que lo hagamos cuando mi madre está en el baño, y doy por hecho que se está concentrando en «hacer sus necesidades».

—¿Has oído hablar de la teoría de la máscara de oxígeno? —me pregunta de pronto.

Sí, la conozco. Se basa en las instrucciones que te dan en los aviones. Cuando baja la presión en cabina, debes ponerte tu propia máscara antes de ayudar a los demás. Supe de su existencia como concepto de crianza en una clase de yoga para madres y bebés a la que asistí cuando Daniel tenía nueve meses. Entendía la analogía en teoría, que el cuidado de uno mismo forma parte del cuidado de los demás, pero nunca logré practicar mucho yoga mientras intentaba dar de mamar o perseguir a un bebé que gateaba.

—Sí —respondo—. No estoy segura de que sea una idea muy realista.

—Yo también he tenido siempre dificultades con eso —admite mi

madre con un suspiro—. Pero me pregunto si será la causa principal de tus migrañas. Estás aquí intentando cuidar de mí y a ti misma te falta el aire.

La miro con asombro.

—Eso es justo lo que descubrí en terapia.

—¡Vaya, qué bueno! —exclama mi madre. Parece emocionada de verdad—. Tu terapeuta tiene que ser maravilloso.

—Pero no se trata solo de cuidar de ti —digo—, sino de todo lo que hago. —Mi voz se apaga y, antes de que pueda evitarlo, se me llenan los ojos de lágrimas.

—Ay, cariño. —Mi madre alarga la mano hacia el papel higiénico, arranca un trozo y me lo da. En el tiempo que le ha llevado hacer eso, yo podría haber cogido seis pañuelos de papel, pero dejo que complete el gesto; dejo que me cuide con ese pequeño detalle.

—Pero no me importa nada ayudarte en este viaje, te soy sincera —añado, con la culpa revolviéndose en mi interior mientras me sorbo los mocos y me sueno la nariz. Más sincera sería si dijera que desearía que no me importara.

—Bueno, por desgracia, no veo otra solución en este momento —declara mirándose, todavía sentada en el inodoro con los pantalones en los tobillos. Empieza a reírse.

—¿Quieres decir que no debería robarte la silla de ruedas y dejarte aquí tirada? —le pregunto, riéndome también.

—Supongo que alguien me encontraría —bromea riéndose aún más—. ¡Al final!

Con el sonido de nuestras carcajadas llenando el pequeño cuarto de baño, a las dos nos falta el aire. Mi madre se aferra el pecho y puedo verla, joven y hermosa, sosteniendo el viejo teléfono de disco mientras Jim la hacía partirse de risa de forma parecida.

Nos cuesta varios intentos, pero una vez que recuperamos el aliento, mi madre me coge la mano.

—Creo que no hay sentimiento más bonito que el de reír entre lágrimas —declara.

Le aprieto la mano y asiento con la cabeza.

Decidimos no molestarnos en volver corriendo a la primera sesión, sobre todo cuando caigo en la cuenta de que me he olvidado la

guitarra.

—Vamos a por ella —propone mi madre—. El próximo taller parece perfecto para componer canciones.

A mí también me hace ilusión asistir. Lleva el título de «La música de la escritura» y el profesor que lo imparte destacó especialmente entre las presentaciones de anoche.

Salimos del comedor una vez más y empujo a mi madre por la traicionera grava en dirección a nuestra habitación. He empezado a sudar y ya me pregunto si existirán sillas de ruedas todoterreno, cuando oigo un zumbido a mis espaldas. Me doy la vuelta y veo un carrito de golf que se acerca por el camino.

—¡Buenos días, señoras! —Es el encargado del funcionamiento del centro de retiro. En la reunión inicial, nos dio una breve conferencia orientativa y nos contó todo lo que hay que saber, desde la historia del lugar hasta la ubicación de los contenedores de reciclaje. Es un hombre de edad indeterminada. Sus gafas y su complexión delgada le dan cierto aire de profesor, en profundo contraste con sus botas de trabajo y sus manos ásperas—. ¿Puedo llevarlas? ¿Adónde van?

—Ay, es muy amable —respondo—, pero no hace falta. Solo he olvidado algo en la habitación.

—¿También tiene que ir a la habitación, Mary? Puedo cargar con la silla en la parte trasera de este artilugio y llevarla directamente a su próxima sesión.

Los ojos de mi madre se abren como platos.

—¿Cómo sabe mi nombre? —pregunta—. Me da vergüenza admitir que no recuerdo el suyo.

—Nunca olvido a una mujer guapa —contesta él—. Me llamo Chris. Y que no le dé vergüenza; anoche se presentaron muchas personas.

—Bueno —dice mi madre incorporándose—, yo desde luego no voy a olvidarle dos veces. ¡Y estaré encantada de tener un acompañante tan apuesto!

Observo la escena con horror. ¡Mi madre está ligando!

—Bueno, pues vamos allá. —El tipo le ofrece la mano y la ayuda a subir al asiento del copiloto. Ella sigue sonriendo con coquetería mientras él le ajusta el cinturón de seguridad. Con un movimiento

diestro, pliega la silla de ruedas y la coloca en la parte trasera del carrito, y luego me hace un gesto con la cabeza—. Nos vemos dentro de unos minutos. ¿Lista, Mary?

—¡Lista, Chris! —exclama ella.

Mamá se da la vuelta y me saluda con la mano, sonriendo como una colegiala a la que hayan sentado al lado del *quarterback* en un desfile de bienvenida.

Me encamino rápidamente a nuestra habitación. Es solo al salir de nuevo cuando miro a mi alrededor, miro de verdad, por primera vez desde nuestra llegada. La niebla que cubría las montañas anoche y esta mañana se está levantando, pero aún quedan algunos jirones de bruma azulada. La altura de este lugar tiene un efecto desorientador: no da la sensación de hallarse en una montaña, sino flotando sobre la cordillera. Incluso con la guitarra a la espalda y cruzando la engorrosa grava, me siento ligera y etérea. Libre.

Veo el carrito de golf un poco más adelante. Mi madre está de nuevo en su silla de ruedas y Chris se inclina hacia ella desde el asiento del conductor; se han enzarzado en una amigable charla. No advierten mi presencia hasta que me tienen casi encima.

—Bueno, Mary, veo que ya no me necesitas —dice Chris. Por lo visto ya se tutean—. Volveré más tarde para llevarte a comer.

—No sé cómo agradecértelo —gorjea mi madre—. ¡Hasta luego!

—¿Te diviertes? —le pregunto cuando Chris se aleja en su carrito.

—¡Válgame Dios! —exclama ella—. Pues claro que sí. Chris es bastante atractivo, ¿no crees?

Me echo a reír.

—Tengo que reconocerlo, mamá. Sigues teniendo encanto.

Me da una palmadita en la mano a modo de protesta, pero se ríe conmigo cuando empujo su silla rampa arriba. Dentro hay un aula espaciosa con una pared formada por grandes ventanales que dan a las montañas, ahora totalmente iluminadas por el sol.

—¿No es precioso este sitio? —comenta ella.

—Sí —respondo.

Las sillas están dispuestas en círculo y ya hay algunas personas esperando al tallerista, Paul Fitzgibbon. Se trata de un profesor de Escritura Creativa de una universidad de la zona que ha publicado

varios poemarios. La sala ya está casi llena para cuando entra, con los brazos cargados de montones de papeles y bolsas de tela colgadas de los hombros.

—¡Hola, escritores del planeta Tierra! —exclama con voz atronadora. —¡Os traigo regalos!

Va y viene afanosamente por la sala, repartiendo paquetes grapados y sacando de sus bolsas un cascabel para cada uno de nosotros, de esos que se cosen en la punta de los calcetines de Navidad. Nos miramos desconcertados y, cuando por fin ocupa su asiento en el círculo, Paul Fitzgibbon cuenta con toda nuestra atención.

—Bienvenidos a «La música de la escritura» —empieza—. Hoy solo disponemos de noventa minutos juntos, y hay mucho que hacer. —Mira sus bolsas con expresión preocupada.

Siento tanta curiosidad por el cascabel que tengo en la mano que comparto su preocupación. Si las bolsas contienen objetos igualmente intrigantes, ¿cómo vamos a poder verlo todo?

—Empecemos por esto. —Con un gesto de mago, extiende un brazo y abre la mano para mostrar el cascabel que descansa en el centro de su palma, y luego cierra los dedos alrededor de él—. Por favor, sostened vuestro cascabel como yo hago con el mío —añade —: con fuerza, en el puño cerrado. Apretad bien.

Pasea la vista por la sala para asegurarse de que nuestros nudillos estén suficientemente blancos. Luego asiente para expresar su aprobación.

—Ahora sacudid el puño —nos indica, y nos demuestra cómo con entusiasmo, moviendo enérgicamente el antebrazo entero como si el cascabel en su mano hubiera cometido un terrible crimen.

Todos lo imitamos.

—¿Oís algo? —pregunta.

Negamos con la cabeza a la vez que sacudimos los puños. Miro a mi madre. El ritmo de sus movimientos es mucho más lento que el del resto del grupo y más espasmódico, pero me fijo en que está sacudiendo con todas sus fuerzas, que se está abandonando al placer de su propia corporeidad.

—Ahora, parad —nos indica Paul, y eso hacemos—. Aflojad el

puño que ciñe el cascabel y sujetadlo ligeramente. Y volvamos a agitarlo.

La sala se llena del alegre tintineo de los cascabeles.

Todos se miran con asombro ante semejante descubrimiento: ¡los cascabeles suenan! El rostro de mi madre se ilumina de puro placer. Hacemos sonar los cascabeles hasta que, con un gesto grandilocuente, Paul nos indica que nos detengamos.

—En la escritura, como en la vida —dice paseando la mirada alrededor del círculo para que entendamos que se dirige a cada uno de nosotros—, a veces nos aferramos demasiado a las cosas. Cuando se trata de escribir, intentamos forzar las palabras para que hagan lo que queremos. Y en la vida, tratamos de obligar al mundo a darnos lo que deseamos. Me gustaría que conservaseis estos cascabeles como recordatorio de que hay que aflojar la presión, hay que dejar que tanto la música del lenguaje como la de la vida suenen.

Los noventa minutos parecen contener la sabiduría de noventa años. Recibimos más «regalos» de las bolsas sorpresa de Paul: patitos de goma que nos animan a surfear las olas de la vida; monedas de plástico que nos recuerdan que debemos hurgar en nuestro dolor para extraer el «oro» de lo que escribamos, y respondemos a los distintos estímulos. Llevo la guitarra hasta un porche con una hilera de mecedoras Adirondack, y allí contemplo las montañas, con mi cascabel en la palma, y dejo que las letras fluyan sobre el papel. Cuando termina la sesión, me siento como si saliera de un trance. Mi madre también parece aturdida. Me dispongo a guardar la guitarra en la funda cuando se acerca una llamativa mujer del grupo en la que ya me había fijado. Tendrá sesenta y tantos años y lleva el pelo teñido de negro, un vestido de tejido vaquero y un cinturón con tachuelas turquesas.

—¿Qué tipo de música tocas? —pregunta señalando mi guitarra con la cabeza.

La mayoría de la gente aquí parece simpática a rabiar, pero la expresión de esta señora es muy fría. Intimidante. Incluso después de noventa minutos bajo el hechizo de Paul.

—Ay, no hace mucho que toco —contesto un tanto incómoda—.

No soy muy buena.

—Es pura modestia —interviene mi madre—. Tiene una voz preciosa.

Niego con la cabeza en señal de protesta y la mujer hace un ademán despreciativo.

—Si sabes tres acordes y puedes seguir una melodía, me basta con eso. Trae la guitarra al salón principal después de cenar. Varios de nosotros hemos traído instrumentos y vamos a reunirnos allí para una sesión de improvisación.

Miro a mi madre y ella asiente con la cabeza para animarme.

—Gracias —balbuceo—. Allí estaré.

—Estupendo —responde la señora con frialdad.

Cuando ya ha salido de la habitación, otra mujer, corpulenta y con un jersey grueso, se acerca y me susurra con dramatismo:

—Era bastante famosa, ¿sabes? Ella y su marido sacaron algunos discos en Nashville. He oído que incluso tocó con Bob Dylan.

—Ay, Dios mío —suelto, palideciendo. Si el rasero es saberse tres acordes y seguir una melodía, no tendré ningún problema. Pero tocar con alguien del círculo de Dylan es algo bien distinto.

—No te preocupes. Al principio no lo parece, pero es encantadora. Viene a este retiro todos los años. —Me da una palmadita tranquilizadora en la mano y se aleja con andares de pato.

Mi madre me mira con los ojos muy abiertos.

—Molly, querida —dice—. Esto es lo más emocionante que me ha pasado en mucho tiempo.

Me echo a reír.

—Vaya, pues me alegro. Y ahora, vamos a llevarte a tu carruaje; no queremos hacer esperar a Chris.

Cuando empujo su silla de ruedas hacia la puerta y cruzamos el umbral para salir al magnífico sol, caigo en la cuenta de que mi migraña ha desaparecido.

Esa noche, después de cenar, me ciño la correa de la guitarra y empujo la silla de mi madre hasta el lugar donde van a reunirse los músicos. Intento luchar contra el síndrome de la impostora, que amenaza con hacerme salir corriendo en dirección contraria.

La mujer fría como un témpano, que según he averiguado se llama Lorraine, apoya un pie sobre la chimenea apagada mientras afina su violín. A un lado, hay un hombre mayor sentado con una guitarra acústica, y cerca de él, una mujer más joven con un ukelele. Nunca en mi vida he tocado en una sesión improvisada con desconocidos. Pero lo que más me intimida es la pequeña multitud que se ha reunido: alrededor de treinta personas se han distribuido por la habitación y nos miran expectantes. Entre ellas se encuentra la mujer corpulenta que me ha hablado de la fama de Lorraine. Me dedica una sonrisa animosa.

Cuando terminamos de afinar, Lorraine le pregunta al hombre de la guitarra:

—¿Qué tocamos?

—¡A mí no me mires! —responde él.

—Y a mí se me da fatal recordar las letras —interviene la mujer del ukelele. Me hace un gesto con la cabeza—. ¿Qué canciones sabes tú?

—Estooo… —balbuceo—. Sé «The Sound of Silence». Pero tengo la voz un poco grave; no puedo cantar la melodía. Mamá, ¿puedes hacer tú de Garfunkel? Te sabes la letra.

—Ay, Dios —responde mi madre sonrojándose—. Ya no tengo mucha voz.

—¡Te ayudaremos, Mary! —grita alguien entre la multitud. Me he fijado en que todos los miembros del retiro parecen saber el nombre de mi madre.

—Estupendo —concluye Lorraine, y añade, mirándome—: ¿En qué tono?

Trago saliva.

—No estoy muy segura —admito.

—Toca el primer acorde y lo sabré.

Pongo la cejilla en el segundo traste y rasgueo las cuerdas.

—Mi menor —declara ella—. ¿Lo tenéis todos? Hagamos una introducción de cuatro compases. Empieza tú, Tommy.

El guitarrista sentado da unos golpecitos con el pie y luego comienza a tocar el delicado arpegio. Los demás músicos se unen. Me encanta descubrir que formo parte de ellos. ¡Soy músico! Le

hago un gesto con la cabeza a mi madre mientras abro la boca para cantar la primera estrofa en el registro grave. Su voz de soprano emerge débil, pero afinada. Otras voces en la sala se unen a la suya y el violín me acompaña en la armonía.

Hello darkness, my old friend,
I've come to talk with you again

Al final de la canción, reina el silencio durante la última nota lastimera que interpreta el violín, y luego la sala estalla en vítores y aplausos.

Miro a mi madre. Está radiante.

Por la noche, tendidas en nuestras camas gemelas, no podemos dormir, demasiado emocionadas por las maravillas de la jornada.

—Molly —me dice—, quiero darte las gracias otra vez por traerme aquí.

—No hace falta, mamá. No tienes que darme las gracias; yo también lo estoy pasando muy bien.

Lo digo en serio: hoy se ha producido alguna clase de cambio dentro de mí. Para empezar, no he pensado en Karl en todo el día; ni una sola vez, excepto ahora, para constatar que ya no me obsesiona.

—Me alegro mucho, cariño. Y también de que se te haya pasado la jaqueca.

—Ya somos dos.

Nos quedamos en silencio unos instantes y luego ella continúa, con la voz entrecortada:

—Nunca habría podido hacerlo sola. Pero incluso si hubiera podido, nunca lo habría hecho sola.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, incorporándome sobre un codo para mirarla. Una vez que se instala en la cama, con el cuerpo en la posición correcta sobre el empapador y una almohada extra debajo de las rodillas, intenta no moverse demasiado para que no haya que repetir el arduo proceso de colocarla en su sitio.

—Admiro mucho tu valentía —explica—. Por habernos apuntado a este retiro, haber alquilado un coche y conducido por las montañas,

por tocar la guitarra delante de tanta gente… Haces cosas que yo nunca sería capaz de hacer.

Sus palabras me llegan hondo y las asimilo, tratando de captar cuánta verdad entrañan.

—Gracias, mamá. No siempre me siento tan valiente. —Quiero preguntarle algo, pero no sé muy bien cómo; ella lo percibe y permanece en silencio—. ¿Recuerdas cuando empezaste a tener los primeros síntomas del Parkinson? ¿Cómo te preguntabas si eran por tu «ira reprimida»?

—¿Eso decía? —pregunta con genuina sorpresa.

De alguna manera, tiene sentido que lo haya olvidado. La represión no se repara en un día.

—Sí —respondo—, lo decías.

—Vaya —contesta dando por buena mi palabra—. Bueno, siempre me ha costado exteriorizar la ira. Y por algún lado tiene que salir, ¿no?

—Así es —coincido. Últimamente he reflexionado mucho sobre eso. Al igual que llenarse la panza puede provocar dolor de estómago, tragarse la ira puede causar toda clase de dolores físicos. Mi propio cuerpo me ha demostrado constantemente, y cada vez con mayor claridad, que eso es cierto.

De repente, veo claras también mis preguntas para mi madre, que brotan de mí como agua.

—Pero quiero saber de dónde viene tu ira, porque trato de entenderlo para mí misma. ¿Era por papá? ¿Por el hecho de ser madre? ¿Por Jesucristo y Buda? ¿Y tener un matrimonio abierto te hizo sentir menos o más indignada?

Ella suelta un suspiro y yo espero. Espero a que mi madre me transmita la sabiduría que sin duda habrá acumulado a lo largo de su vida.

—La pura verdad —responde— es que en realidad no lo sé.

Me dejo caer en la cama, pero no es decepción lo que siento. Es más bien resignación. Al fin y al cabo, es la respuesta que esperaba.

—Pero sí sé una cosa —continúa—, y es la lección más importante que he aprendido en mi vida.

La esperanza y la curiosidad se despiertan en mí. Quizá sí tiene

algún consejo que darme.

—¿Cuál es?

—Todo lo que ocurre en la vida es una oportunidad para aprender quiénes somos. El matrimonio, la maternidad, las relaciones… Incluso la ira y la enfermedad. Nada de lo que ocurre es bueno o malo en sí mismo; todo es simplemente una oportunidad para aprender y crecer.

Siento un cosquilleo en la piel y asiento con gesto solemne en la oscuridad. Este momento se me antoja casi sagrado.

—Mamá, ¿puedo contarte algo?

—Por supuesto, cariño.

La historia de los últimos meses sale de mí a borbotones: lo que pasó con Karl y Martina, mi temor de que Stewart amara a Kiwi. Dejo al descubierto mis sentimientos de pérdida, dolor, tristeza y confusión, y mi madre me escucha. Cuando termino, habla ella.

—Ay, cariño, eso es mucho —dice—. Siento que haya sido tan duro para ti. Pero no lo olvides: todo supone una oportunidad para aprender. No desperdicies esta oportunidad.

—Gracias, mamá —contesto—. Intentaré no hacerlo.

—Y en cualquier caso —añade con tono ligero, como quien va a soltar un globo en lugar de una bomba—, mi trío no fue ni de lejos tan emocionante.

TERCERA PARTE

14

—Creo que estoy lista para volver a salir con alguien —le digo a Mitchell nada más sentarme. En lugar de la terapia de pareja, he vuelto a las sesiones individuales semanales. Mitchell apoyó este cambio de enfoque: «Enfocarte en tus cosas siempre ayudará a tu matrimonio»—. Creo que ahora tengo la capacidad necesaria para ello.

Mitchell asiente con la cabeza.

—Es muy posible, pero hablemos del tema. ¿Qué ha cambiado desde que terminó tu relación con Karl?

Me paro a pensarlo. Tantas cosas me parecen distintas…

Por un lado, me he tomado más en serio la música. He formado un dúo con una amiga de la escuela de guitarra, Susan, y ensayamos al menos una vez por semana: escribimos canciones, trabajamos las armonías vocales y tomamos vino. Tener esa válvula de escape, y una nueva colaboración creativa, alimenta una parte de mí que no sabía que estuviera tan ávida.

Y luego está el boxeo. He estado yendo a clases tres veces por semana. El gimnasio está en un sótano sin ventilación en el extremo oriental de Chelsea. Eso, combinado con las cucarachas en la ducha, le da a la cosa un aire callejero que me atrae. Las otras mujeres de la clase tienen apodos geniales: Chispa, Texas, Tromba. A mí me siguen llamando Molly, pero cuando caliento con Tromba, intercambiando directos y ganchos con ella, me siento dura, llena de una nueva fuerza y de confianza en mi cuerpo.

—Son muchas cosas —le cuento a Mitchell—. La guitarra y el boxeo, y las nuevas amistades. Siento que me estoy ocupando de aspectos de mí misma que había descuidado desde que nacieron los niños. Y nada de esto tiene que ver con complacer a los demás; es todo para mí.

De repente, sé la verdadera respuesta a la pregunta de Mitchell. Sé qué es lo que ha cambiado. «A lo mejor he conseguido arreglar el agujero en mi cubo», estoy a punto de decir, pero no quiero ser gafe.

Decido esperar un poco más antes de volver a OkCupid. Stew y yo planeamos hacer una escapada a Maine mientras los niños están en el campamento, y no quiero distraerme. La idea de estar solos durante toda una semana es emocionante, pero siento una punzada de ansiedad, una presión autoimpuesta por demostrar que mi cubo ya no tiene agujeros, que no necesito a Stewart para llenarme, para «hacerme» feliz.

Por supuesto, la intención de no ejercer presión sobre mí misma me lleva a hacer justo eso. Así que cuando llegamos al Bar Harbor Inn y Stew se tumba en la cama y se enfrasca en su teléfono, siento que me interno dando tumbos en terreno conocido. Antes de poder expresar mis pensamientos, me dejo caer junto a Stewart, boca abajo, en una dramática pose de desesperación.

—¿Ya? —exclama—. Te preguntaría si es por algo que he dicho, pero no he abierto la boca.

—¡Lo sé! —gimoteo—. Estoy estropeando nuestras vacaciones y ni siquiera han empezado.

—Cielo, tendrás tiempo de sobra después para estropear nuestras vacaciones. Por el momento, hablemos. ¿Qué pasa?

Me río.

—Supongo que me da miedo estropearlas.

—¿Quieres que lo haga yo primero y acabemos de una vez?

Vuelvo a reírme. Pero lo que ha dicho no está tan lejos de la verdad.

—También me da un poco de miedo eso. En cuanto te he visto coger el móvil, he dado por hecho que era Kiwi u otra mujer, y me preocupa que vayas a estar toda la semana enviando mensajes a tus amigas y que tú y yo no aprovechemos este tiempo para reconectar.

Le da la vuelta al móvil para enseñarme el solitario al que estaba jugando.

—Nada de mensajes —dice—. De todos modos, dudo que Kiwi

vaya a escribirme. Tiene un montón de trabajo estos días.

—Pero ella no es la única que te escribe. ¿Y si apagas las notificaciones?

Entra en los ajustes y luego deja el teléfono sobre la mesita de noche.

—Listo. Y ahora tengo una esposa a la que necesito darle un revolcón.

Durante las siguientes treinta y seis horas, follamos (¡dos veces!), comemos todo lo que encontramos con langosta (ensalada de langosta, tortillas de langosta, colas de langosta rellenas de langosta) y pasamos unas horas lluviosas jugando al ocho loco y al ajedrez en una cafetería. La mañana de nuestro segundo día completo, el sol brilla mientras conducimos hacia el Parque Nacional Acadia para hacer una caminata. Me he limitado a tomar una sola taza de café para no tener que hacer pis en el sendero, pero no basta ni mucho menos para evitar el dolor de cabeza por la falta de cafeína. Aparcamos donde arranca el camino y Stew mira el mapa mientras yo me pongo protector solar. Cuando termino, se lo tiendo.

—¿Puedes meter esto en la mochila?

—¿En serio? —Mira el bote de tamaño familiar—. ¿Por qué necesitas esa mierda para una caminata de cuatro horas?

—¿Cuatro horas? ¡Pero si no hemos traído nada para comer! Creía que hoy íbamos a hacer una ruta corta.

—Molly, no quiero ir por un sendero plano lleno de niños y perros. ¿No hemos venido aquí para explorar Acadia?

—Sí, lo sé, y será divertido —contesto con tono tristón—. Déjame coger un par de barritas de cereales de la guantera.

Mete mis refrigerios en la mochila y saca el agua para un último sorbo y el protector labial para que me aplique un poco, y luego los guarda, y entonces nos ponemos en marcha. Stewart avanza con paso enérgico y observo cómo sus fuertes pantorrillas pecosas sobresalen de los calcetines especiales para senderismo que se ha comprado para la ocasión. Tengo que correr para seguirle el ritmo, y eso me cabrea. Al cabo de unos minutos, grito más fuerte de lo necesario:

—¿Puedes esperarme, por favor?

Stew suelta un suspiro y se da la vuelta.

—Supongo que comprendes que, si vamos más despacio, tardaremos aún más en hacer este recorrido.

—Pero mis piernas son más cortas que las tuyas —me quejo—. Y no he tomado suficiente café. Me duele la cabeza.

—Está bien —cede Stew con la cabeza gacha, frustrado.

—¿Por qué no vas delante y marcas el ritmo?

—¿Me das un poco de agua primero?

Baja aún más la cabeza y saca una de mis tres botellas de agua de su mochila.

Caminamos en silencio durante un rato y empiezo a sentirme mejor. La temperatura es seis o siete grados más baja que en Brooklyn y casi puedo sentir cómo los magníficos árboles que nos rodean oxigenan mi sangre. Me concentro en sincronizar la respiración con los pasos mientras oigo el canto de los pájaros.

—Esto es realmente bonito —comento mirando atrás—. ¿Cómo te decidiste por este sendero?

—Kiwi estuvo aquí el año pasado. Evan y ella llevan a los niños de excursión constantemente, y según ella es un buen calentamiento para el primer día.

Mi dolor de cabeza se intensifica durante unos instantes mientras asimilo esos detalles.

—¿Sus hijos hicieron este sendero? —pregunto observando la empinada ruta que tenemos por delante—. ¿El pequeño no tiene cinco años o algo así?

—Sí —contesta él riendo—. Son una familia amante de la naturaleza. Será cosa de los genes neozelandeses.

—Supongo —digo, y me obligo a sonreír. ¿Por qué me molesta tanto esta información? Quizá me hace sentir una madre horrible: estoy criando a mis hijos en una jungla de asfalto y los dejo jugar a videojuegos durante horas y horas. Además, estoy enfadada conmigo misma. ¿Cómo han conseguido mis celos irrumpir en este momento de unión con la majestuosidad de la naturaleza? ¿Qué coño ha pasado con mi cubo reparado? Mientras lucho con mis propios sentimientos, Stewart confunde mi silencio con una

invitación a seguir hablando.

—¿Te he contado alguna vez que Kiwi le soltó un puñetazo en la cara a Evan? —pregunta, todavía riendo para sí. Mi cuerpo se tensa, pero no digo nada—. Fue hace unos años, cuando empezaron con el matrimonio abierto. Kiwi tuvo un montón de citas antes de que Evan encontrara a alguien que le gustara. Así que por fin sale con otra mujer, con la bendición de Kiwi, y tan pronto como llega a casa, ella le suelta un puñetazo. Con el puño cerrado; casi le rompe la nariz.

Me detengo tan bruscamente que Stewart me pisa el talón de la zapatilla. Me doy la vuelta, tentada de darle también un puñetazo en la cara.

—¿Por qué narices me cuentas esto? —espeto—. ¿Por qué la ira de Kiwi es tan divertida y mi ira es algo que nunca debo mencionar?

Observo cómo la expresión de Stewart pasa de la sorpresa a otra cosa, como si acabara de resolver un rompecabezas que le había llevado años. Se relaja.

—Hablamos de tu ira todo el tiempo, Molly —dice—. De hecho, no recuerdo la última vez que tuvimos una conversación en la que tú no estuvieras cabreada o a mí no me preocupara hacerte enfadar. Y en cuanto bajo la guardia… —Se interrumpe y echa a andar por delante de mí sendero arriba. Las hojas y las ramitas bajo sus pies crujen y se rompen como petardos.

—¿Eso es todo? —le grito—. ¿Hemos terminado de hablar? ¿Y vas a dejarme sola en el bosque?

—¡Sí! ¡He terminado, joder! —exclama, pero se detiene y se apoya contra el tronco de un árbol. Cuando vuelve a hablar, deja caer cada palabra como si fuera un peso enorme—: Creo que te gusta estar cabreada. Cada conversación contigo es un campo minado. Es como si estuvieras esperando a que toque algún tema tabú, pero nunca sé qué va a desencadenar la explosión. Estoy agotado, Molly. No puedo seguir así.

—¿O sea que quieres que nuestro matrimonio deje de ser abierto? —pregunto tendiendo mi siguiente trampa.

—Sabes muy bien que no es eso —contesta. Celebro en silencio esta victoria—. Y quizá sea lo que tú quieres hoy. Pero admítelo: si Karl siguiera en la escena, no estaríamos teniendo esta discusión. Y

si mañana conocieras a alguien nuevo, tampoco la tendríamos.

Examino un hongo que crece en una rama muerta para desviar mi atención de la verdad de sus palabras.

—¿Sabes cuál es la ironía en todo esto? —continúa. Parece estar hablando consigo mismo, así que no me molesto en responder. Pero levanto la vista del hongo—. Kiwi cree que eres increíble. ¿Sabes esa historia que te acabo de contar sobre cómo le dio un puñetazo a Evan? Me la contó cuando estábamos hablando de ti. Le conté que te has tomado un descanso en las citas, pero que sigues dejándome salir con otras, lo cual es increíble, Molly. Es algo que valoro mucho. Y Kiwi decía que te admira por ser capaz de hacerlo, por darme algo que me hace feliz, aunque te cueste. Y yo te lo agradezco, de verdad.

Vuelvo a mirar la seta mientras le doy vueltas al asunto. Le di un ultimátum a Stew con lo de la terapia de pareja, pero nunca le he exigido que pongamos fin a nuestro matrimonio abierto. He fantaseado al respecto con Mitchell en unas cuantas sesiones, pero siempre he acabado llegando a la misma conclusión: sé que Stewart es más feliz así. Y también sé, en el fondo, que es bueno para mí, salga con otras personas o no. Estoy aprendiendo a ser responsable de mi propia felicidad. Visualizo mi cubo durante un instante y tapo mentalmente la vía de agua que se ha abierto en el fondo.

—No hay nada que agradecer —digo—. Siento lo de las minas.

—No pasa nada —responde—, pero ¿hay más? —Señala hacia el sendero.

—Ojalá lo supiera —contesto. Cuando se echa la mochila a la espalda y me indica que vuelva a ir delante, añado—: Solo una cosa más. ¿Prometes que no te vas a cabrear?

—No me cabrearé —dice con cara de no fiarse un pelo.

—¿Puedes sacarme la botella de agua?

Suelta un gruñido y se quita la mochila otra vez.

—Eres un verdadero coñazo, ¿sabes?

—Mira quién habla —respondo.

El último día de nuestro viaje coincide con nuestro decimoséptimo aniversario. Nunca nos hacemos regalos, solo intercambiamos

tarjetas. Hace unos meses, cuando los recuerdos de Karl aún me atormentaban, abrí un cajón de mi cómoda y me encontré con una vieja misiva de Stewart sobre un montón de pantalones de chándal:

Algún día encontrarás esta tarjeta en un cajón

De hecho, era la tercera vez que encontraba esa tarjeta en un cajón. La volvía a guardar cada vez en el cajón más estrecho en la parte superior de la cómoda y, cada vez, se deslizaba por el espacio vacío detrás de las guías para ir a parar a un lugar nuevo. El cajón superior está lleno de tarjetas que Stew me ha ido dando a lo largo de los años, pero esta es la única que cambia de sitio. En esta ocasión, había caído cuatro cajones más abajo y se había colocado en el centro. Sabía lo que llevaba escrito en el interior, pero aun así sentí una punzada de emoción al abrirla.

Algún día encontrarás esta tarjeta en un cajón
y tú y yo seguiremos enamorados.

A continuación, con la letra meticulosa de Stewart, venían dos páginas de prosa hermosa y divertida. Una vez pillé a Stewart escribiéndome una tarjeta en su ordenador portátil. No me había percatado hasta entonces de que siempre escribiera un borrador antes de copiarlo luego a bolígrafo.

Este año me he esforzado mucho en escribirle una tarjeta a Stew que pueda llegar al alto listón que él ha puesto. Pero, como de costumbre, mi tarjeta no tiene punto de comparación con la suya. En la portada de la de Stew aparece una mujer doblada en dos, con las manos bajo los pies y una sonrisa dichosa en el rostro.

La vida se parece mucho al yoga.
Relájate, sé flexible…

La abro:

…y procura que no se te escape un pedo.

Mi preciosa esposa:

Cada año me enfrento al mismo dilema: ¿qué clase de tarjeta de aniversario

ejemplifica mejor el año pasado?

¿Una sentimental? ¿Una divertida? ¿Otra tarjeta de «Feliz quinceañera»? No, la elegante elección de este año tiene que ver con lo divertido que ha sido este año y lo bien que te sientan las mallas de yoga.

Esta tarjeta es la muestra de cómo los dos hemos aprendido a aceptar en mayor medida las limitaciones del otro. De que el matrimonio es una lucha dura, a veces todo un desafío, que nos vuelve a los dos felices, mejores y más unidos. Y más sudorosos.

Y es posible que sea así porque la única otra tarjeta remotamente interesante que había en la tienda 24 horas a las dos de la madrugada era «Feliz aniversario de parte del perro».

No estoy diciendo que este último año haya sido todo de color de rosa.

Sé que hemos pasado por momentos difíciles con las citas, con el jaleo de la relación abierta, con las migrañas… Hostia, creo que he comprado la tarjeta equivocada. Este año ha sido un puto lío.

Pero no hay nadie, y quiero decir NADIE, en el mundo entero aparte de ti con quien querría enfrentarme a todas estas cosas. Eres mi esposa, mi amiga, mi terapeuta. El ángel/demonio sobre mi hombro. Mi copiloto. Mi piloto. Mi asesora de moda.

Pero, sobre todo, eres mi persona favorita, de toda la vida. Es solo una ventaja adicional que cada año que pasa te vuelvas más guapa y sexi.

Y las mallas de yoga te sientan de putísima madre, vale la pena mencionarlo dos veces.

Te quiero. Amo cada centímetro sexi, dulce, peculiar y besable de ti.

Stew bsss

De vuelta en Brooklyn, me sumerjo de nuevo en una rutina que incluye el trabajo, la guitarra, ayudar a Nate con sus deberes de matemáticas y su antídoto: el boxeo. En el trayecto en el metro de la línea F hacia la calle Veintitrés, en dirección contraria a los viajeros que regresan a casa desde las oficinas del centro, me gusta el modo en que mi bolsa de boxeo llena el espacio entre mis pies; me gusta hurgar en ella en busca de mi botella de agua extragrande, y notar el peso de los guantes y la suavidad de las vendas moradas: enrollarlas se ha convertido en mi nuevo ritual favorito con la colada.

En la calle Catorce, noto cómo vibra mi teléfono. Siempre se me

olvida que ahora algunas estaciones de metro tienen wifi. Exhalando un suspiro, lo saco del bolsillo lateral con cremallera. Pronto no habrá ningún lugar sobre la faz de la tierra donde pueda ignorar los correos electrónicos y los mensajes de texto.

Es una notificación de OkCupid. He vuelto a la aplicación con una nueva actitud. Como imagen de perfil, he elegido una foto mía en el escenario de una sesión de micrófono abierto, donde toco la guitarra y canto con aspecto feroz. Quiero presentarme como una mujer fuerte, que tiene sus propias pasiones y no necesita tomar prestadas las de nadie más. En la foto, entono una canción de *blues* que escribí justo después de que Karl me hiciera *ghosting*, mientras Stew estaba en una cita con Kiwi:

> Todas las noches, al llegar a casa, te espera tu mentira favorita.
> Todas las noches, al llegar a casa, te espera tu mentira favorita.
> No te preocupes por mí, tesoro. Estoy bien.

Pero ahora en efecto estoy bien; la mayor parte del tiempo, por lo menos. Mitchell me ha asegurado que las fugas ocasionales en mi cubo no significan que todos mis progresos hayan sido inútiles. Es cierto que soy capaz de tapar los agujeros más rápido que antes. Y estoy decidida a seguir el consejo de mi madre, a utilizar las citas como una oportunidad para aprender sobre mí misma y crecer.

Me echo la bolsa al hombro y subo por las escaleras que dan a la calle Veintitrés. Una vez en el exterior, reviso el aluvión de mensajes. El más reciente es de un tipo que también me escribió ayer. Y anteayer. Hay un primer plano de su rostro: no sonríe pero tiene un aire desaliñado que le da un toque atractivo. Tiene una buena mata de pelo oscuro, los labios gruesos y unos ojos de un soñoliento azul claro y mirada franca y suplicante.

> Nombre: Scott
> Edad: 43
> Altura: 1,73
> Complexión: normal
> Estado actual: en una relación ética y no monógama (casado)

Más bien bajito, ¡pero es de mi edad! ¡Y tiene un matrimonio abierto! Echo un vistazo a los mensajes. El primero es una presentación estándar:

«Hola, Molly. Me llamo Scott y soy nuevo en todo esto del matrimonio abierto. También tengo dos hijos y me encanta la música. ¡Espero tener noticias tuyas!»

El segundo mensaje me lo mandó ayer:

«Hola de nuevo, Molly. Soy Scott. Siento molestarte. Seguro que tienes cosas mucho mejores que hacer. Pero mi mujer ya ha recibido como cuatro mil respuestas a su perfil… ¡y yo ni una! Pareces tener las cosas claras en lo que se refiere a las relaciones ENM y te agradecería mucho tu ayuda. ¿Qué estoy haciendo mal? ¿Será porque vivo en Nueva Jersey? Muchas gracias por cualquier consejo que puedas darme.»

El último mensaje lo ha enviado hace cinco minutos y ha activado la alerta en mi teléfono:

«Molly, soy Scott. Me siento un idiota por escribirte tres veces seguidas. Creo que voy a cerrar mi cuenta de OKC si no tengo noticias tuyas. No es por presionarte ni nada de eso. Solo quería explicártelo por si no ves esto en semanas y me envías una respuesta y piensas que te estoy ignorando. Te prometo que no estoy loco. De hecho, soy bastante agradable. Por lo menos, eso dicen mis amigos… claro que son todos unos capullos de 25 años, de modo que, ¿quién sabe?»

Niego con la cabeza, pero estoy sonriendo. ¿Quién es este tío? Aunque sea una estratagema, la pésima forma de ponerla por escrito lo vuelve encantador. Decido responderle.

«¡Scott! ¡No hagas nada precipitado! He estado ocupada, pero esta noche echaré un vistazo más atento a tu perfil. El jersey desde luego no ayuda. Y tienes 43 años, ¿no? ¿Qué pasa con los amigos de 25 años?»

Pulso «Enviar» y entro en el gimnasio de boxeo. Tromba y Texas me saludan con la mano y me dirijo hacia ellas mientras me envuelvo las manos formando sendos capullos morados, lista para encajar cualquier golpe, venga de donde venga.

15

Ese sábado quedo con Scott en Rough Trade, una tienda de discos y sala de conciertos tan en la onda que nunca había oído hablar de ella. Va a ir con unos amigos a ver a un grupo punk llamado Beach Slang.

«Por eso mis amigos son mucho más jóvenes que yo», me explica en un mensaje. «Son los únicos que comparten mi gusto musical.»

Como vive en Jersey y no viene a Brooklyn a menudo, le digo que me pasaré por allí. «Pero esto no cuenta como una cita "de verdad"», le escribo. Intento ser cautelosa, no precipitarme.

«Lo entiendo», me responde. «Además, sospecho que la de Beach Slang no es la clase de música habitual para ti. Ja, ja.»

Pero él quiere saberlo todo sobre mi música. ¿Qué me gusta escuchar? ¿Qué canciones toco con la guitarra? ¿Cómo suena mi voz? El día antes de conocernos, me grabo tocando «Blackbird», el tema de los Beatles, y se la envío.

«Tu voz me ha hecho llorar», me escribe.

En el taxi de camino a Rough Trade, repaso mis reservas con respecto a Scott. Me cuesta admitirlo, pero las cosas que me preocupan de él son precisamente las que más me excitan. Scott se junta con gente joven. Antes era batería. Desde que nacieron sus hijos ha colgado las baquetas, aunque ha tocado en un par de grupos diferentes a lo largo de los años. Fuma, es posible que beba demasiado y detesta su empleo. Es un «chico malo», pero parece del tipo dulce que muestra abiertamente sus emociones.

Cuando salgo del coche, veo a Scott delante del club. Lleva el pelo teñido de negro azabache y peinado hacia delante sobre la frente. Luce una camisa de franela abierta, dejando ver una camiseta desgastada de un grupo. Tira el cigarrillo al suelo y lo apaga con el tacón de la bota. Siento un cosquilleo al ver sus ojos soñolientos, de

un tono azulado que me sugiere tristeza.

—¿Molly? —pregunta al acercarse. Su voz es una octava más grave de lo que esperaba, potente y sexi—. Madre mía, qué guapa eres.

El cosquilleo se intensifica y se irradia hacia fuera. Ahora está justo delante de mí. Es posible que haya exagerado su altura, como suelen hacer los hombres más bien bajos, pero sigue sacándome unos centímetros.

—Hola, Scott. —La mirada de admiración en su rostro es embriagadora, pero me hace sentir incómoda al mismo tiempo.

—¿Quieres ir a algún sitio? ¿A hablar? —Ya me ha cogido de la mano.

—¿No quieres entrar al concierto? —le pregunto mientras miro como una tonta mi mano entre las suyas. Para ser sincera, me alegro de no tener que conocer a sus amigos, chicos de Jersey a quienes sin duda no soportaría y que volverían imposible suspender mi incredulidad con respecto a Scott. La forma en que me mira ya me parece una droga que necesito para funcionar.

—Ni hablar. No quiero perderme ni un segundo contigo. —Sigue sujetándome la mano y me devora con la mirada. Llevo un conjunto que espero que parezca más de Williamsburg que de Park Slope: un mono negro, un cinturón enorme y unas sandalias de tiras cruzadas —. Eres toda una estrella del rock.

El cosquilleo se transforma de pronto en algo menos agradable y retiro la mano instintivamente. ¿Qué estoy haciendo? ¿Volviendo a poner mi autoestima en manos de terceros, tan pronto?

—No, no lo soy —declaro en voz más alta y con tono un tanto airado. A Scott se le demuda el rostro y parece casi asustado, de modo que añado más suavemente—: Es solo que… no me conoces en absoluto.

—Lo siento mucho. Tienes razón, no te conozco. Pero quiero conocerte, de verdad. Hay un bar en la esquina. ¿Tomamos algo?

Echamos a andar por la calle de adoquines y caigo en la cuenta de que he vuelto a cogerle la mano. Nunca he salido con alguien de mi altura, y noto la facilidad con la que caminamos al mismo ritmo. ¿Qué está pasando exactamente? Me siento cómoda y

desconcertada al mismo tiempo.

Encontramos dos asientos en la barra y me doy cuenta de que todos los que nos rodean tienen menos de treinta años, incluidos los camareros, vestidos de negro y cubiertos de tatuajes. Me siento un poco tonta pidiendo una copa de vino, pero lo hago.

—Que sean dos —dice Scott con su voz de barítono. Se vuelve y se inclina hacia mí.

—Ya me estás volviendo más sofisticado.

Me río y hago el gesto de sacar la cartera, pero él me lo impide con un ademán. Lo observo rebuscar entre los restos en su bolsillo (un paquete de tabaco casi vacío, dos mecheros, un incongruente bálsamo labial) hasta dar con un fajo de billetes. Saca uno de veinte y uno de cinco y se vuelve de nuevo hacia mí.

—Bueno, preciosa. Cuéntamelo todo sobre ti.

Me mira con embelesada atención mientras le suelto mi repertorio de historias seleccionadas: mi infancia y adolescencia con mi hermana la rebelde, cómo me uní a la secta de mi madre y la abandoné después, mi trabajo como profesora de inglés en Costa Rica.

Scott hace muchas preguntas y esquiva mis intentos de hacerlo hablar. Pero consigo sacarle algunas cosas. Su madre había sido azafata. Su padre era policía en el norte del estado de Nueva York, pero metió el pie bajo la cortacésped, se cercenó un dedo y tuvo que aceptar un puesto de oficina en una comisaría de Florida. Scott pasó siete años en la universidad antes de conseguir graduarse. Es comercial, en una serie de puestos temporales en realidad, lo que le garantiza no tener que tomarse nunca un empleo demasiado en serio, poder asistir a conciertos en la ciudad entre semana y trabajar con resaca y funcionar bastante bien con cinco horas de sueño. Tiene una hija y un hijo. Su mujer, Diana, trabaja en el sector hotelero; el matrimonio abierto fue idea de ella. A él no le iba mucho la cosa. Hasta que me ha conocido, claro.

—Mi vida no tiene mucho interés. Soy aburrido —me dice Scott—. Pero yo podría pasarme toda la noche aquí sentado escuchando tus historias.

Tres días después, Scott y yo volvemos a quedar.

«Esta cita cuenta», me escribe. Coge el autobús hasta la terminal de la Autoridad Portuaria y me pide que nos veamos en un bar del East Village.

«Los Ramones solían pasarse por allí», escribe. «Es un lugar icónico. El grupo de un amigo mío escribió una canción sobre él.» Me envía un enlace y lo escucho en el metro de camino a la Segunda Avenida. Tiene un sonido pop punk y la letra es sorprendentemente inteligible.

He oído que algunos lugares pueden cambiar tu estado de ánimo.

No es algo que se pueda ver, pero creo que es real.

Yo también creo que es real. Cuando cruzo la entrada sin distintivo alguno, en efecto me siento diferente. La barra en forma de herradura está decorada con luces navideñas. Veo asientos de cuero verde, paredes revestidas de madera. Por los altavoces suena una canción de un grupo de los ochenta que reconozco, pero cuyo nombre no recuerdo. Este lugar no me hace sentir exactamente en mi elemento, pero sí en un elemento en el que me gustaría estar. ¿Por qué me enfadé tanto cuando Scott me llamó estrella del rock? Está claro que aspiro a eso. Quizá lo sea. Esta noche me pongo una minifalda vaquera que lleva años colgada en mi armario, esperando a que mis piernas vuelvan a tener el aspecto que tenían a los veintiocho. Pero ya no me importan las arrugas de las rodillas que aparecieron con el nacimiento de Daniel. El boxeo me ha fortalecido las pantorrillas y, vista la lucha de mi madre por caminar, valoro la fuerza de mi propio cuerpo. Además, me gusta tener cuarenta y tres años. No volvería atrás por nada del mundo. La confianza es lo que convierte a alguien en estrella de rock, ¿no?

Scott está sentado en un sofá en un rincón. Cuando me ve, se levanta y sonríe con su aire triste y soñoliento.

—Hola, preciosa —saluda. Su voz grave me tranquiliza, como el canto de los monjes tibetanos.

Nos abrazamos y aspiro su olor, a tabaco y jabón y al dulzor mantecoso del ron. Me siento a su lado y mi mano busca la suya. Pasamos las dos horas siguientes tomando cócteles con sombrillitas,

picando patatas fritas y tacos de kimchi, hablando de música y haciendo comentarios sobre los excéntricos clientes habituales dispersos por el bar. ¿Qué tiene este tío? En muchos aspectos, no nos parecemos en nada. Sin embargo, hay cierta familiaridad entre nosotros, como si lo conociera de toda la vida o, más importante, como si él me conociera a mí. Y entonces lo comprendo.

Así me sentí en mi primera cita con Stewart.

Stew y yo nos conocimos en Manhattan, en la fiesta de cumpleaños de Nina. Yo estaba con William; era antes de que rompiéramos y me mudara a la ciudad para vivir con Nina. Alto, atlético e intelectual, William era el hombre con el que pensaba casarme. También era todo lo contrario a Stewart.

Definitivamente, Stew no era mi tipo. Encajaba en todos los estereotipos negativos de un judío de Long Island. Era ruidoso, descarado y llevaba pantalones con pinzas. Sus chistes eran ofensivos o críticas feroces de sí mismo. Me pareció repulsivo. Pero unos meses más tarde, cuando se enteró de que mi relación con William había terminado, Stew le dio la lata a Nina para que le diera información: quería saber si yo saldría con él. Le gustaba. Y yo necesitaba gustarle a alguien. Lo necesitaba desesperadamente, de modo que decidí darle una oportunidad.

En nuestra primera cita, Stewart me llevó a sitios impresionantes: un bar con cómodos sillones y una chimenea, un restaurante tailandés con la comida dispuesta en vertical. Durante esa velada juntos, el Stewart real asomó la cabeza de su escondrijo tras el Stewart actor al que había conocido en la fiesta. Y me gustó el Stewart real. Me gustó mucho. El Stewart real me hacía reír. Hacía buenas preguntas, sabía escuchar y también se reía de mis chistes. Volvimos a su apartamento y nos di una buena sorpresa a ambos al desnudarme. A diferencia del sexo serio y en la posición del misionero que había tenido con William durante cuatro años, el sexo con Stewart era desordenado, ruidoso y divertido.

Cuando llevábamos unos meses saliendo juntos, un día que hablaba por teléfono con mi madre, entusiasmada con ese chico nuevo, me hizo la pregunta que era tan vital para ella: «¿Cómo te

sientes cuando estás con él?».

Stewart me hacía sentir interesante. Divertida, sexi. Le dije a mi madre que, pasara lo que pasara con Stew, nunca me conformaría con menos. Pero sí me había conformado: desde que abrimos nuestro matrimonio, había salido con muchos hombres que me hacían sentir que yo no era suficiente. Que me hacían sentir un mero objeto. Sin valor.

Hasta ahora.

—Quiero que cantes para mí —declara Scott. ¿Cómo sabe que esa es la forma de llegar a mi corazón?

—Vale —contesto sonrojándome, y se me ocurre una idea—. Conozco un sitio al que podemos ir.

—Espera —dice él—. ¿Puedo hacer algo primero?

Me pone la mano en la cara y sus ojos se clavan en los míos con una fijeza que parece sostenerme. Nos miramos durante largo rato. Y entonces me besa. Sus manos se hunden en mi cabello y me saborea, con cautela pero con avidez, como si mi boca fuera un manjar que quiere degustar, hacer durar.

El Sing Sing queda a cinco minutos andando. Han pasado años (¿siete? ¿ocho?) desde que estuve aquí con Matt, pero una parte de mi cerebro reptiliano recuerda el anhelo que sentí aquella noche. El chico de la recepción nos indica la cabina número cinco. No sé si siento alivio o decepción ante el hecho de que no sea la misma sala que compartimos Matt y yo. Scott se sienta en el sofá y dobla su chaqueta como un espectador de la gala del Met. Solo los Marlboro Lights que asoman en el bolsillo de su camisa lo delatan.

—¿Qué canto? —le pregunto.

—Lo que tú quieras, preciosa. —Sus ojos permanecen clavados en mí mientras hojeo el libro de canciones.

—He estado ensayando «Strong Enough», un tema de Sheryl Crow —digo—. Igual pruebo con ese.

—Lo que tú quieras —repite.

Marco el número en el mando a distancia y enciendo el micrófono. Empieza la música de introducción y aparece un vídeo cursi de una luna saliendo sobre el mar. Scott y yo nos reímos, y la tensión en la

habitación cambia.

Siempre me ha costado mantener el contacto visual cuando canto, así que cierro los ojos durante la primera estrofa. Cuando los abro, Scott me mira con tanta intensidad que solo consigo pronunciar un par de palabras más antes de verme obligada a apartar la mirada. La letra parece una explicación: «Tengo un rostro que no puedo mostrar, decido las reglas sobre la marcha».

Pero cuando llego al estribillo, mi mirada se clava en él antes de darme cuenta de lo que está pasando.

«¿Eres lo bastante fuerte para ser mi hombre?», le pregunto. Scott está sentado con el brazo estirado a lo largo del respaldo del sofá, con la bota formando un cuatro con la rodilla opuesta. Su rostro desaliñado parece rogar que lo acaricien y sus ojos no se apartan de los míos. Mientras mantengo la última nota de la canción, sigo mirándolo con fijeza. Doy un paso adelante y prácticamente caigo en su regazo. Sucede muy deprisa, con naturalidad. Nuestras bocas se encuentran. Sus dedos tantean bajo mi falda y se deslizan bajo mis bragas. Alcanzo el orgasmo tan rápido que me pregunto si ha sido un sueño. Un golpe en la puerta me confirma que no lo ha sido.

—¡Nada de sexo! —grita la voz que acompaña al golpe—. ¡El sexo está prohibido!

Scott y yo nos separamos y sigo su mirada hasta un rincón de la sala. Una cámara de vídeo nos enfoca.

—¡Sonríe, preciosa! —exclama él riendo.

Me tapo la cara con las manos, pero yo también me estoy riendo.

—Vaya por Dios, tenemos que irnos. Sal tú primero —le pido.

Recupera nuestras cosas y me coge de la mano. Manteniendo la vista fija en el suelo, cruzo el umbral tras él. Recorre a grandes zancadas el pasillo y casi tengo que correr para seguirlo, tratando de no tropezar. Ya he pasado bastante bochorno por una noche.

—Lo sentimos mucho —se disculpa ante el recepcionista con su voz ronca.

A pesar de sus palabras, su tono no es de arrepentimiento ni mucho menos. Suena sexi de narices.

Salimos a la calle, riendo y corriendo, con las manos todavía

entrelazadas. Cuando llegamos a la esquina, Scott pone cara de póquer.

—¡El sexo está prohibido! —exclama en una perfecta imitación que nos hace partirnos de risa de nuevo. Cuando recuperamos el aliento, me aprieta la mano y me atrae hacia sí. Me gusta la firmeza con la que me sujeta. Estoy a punto de desvanecerme—. ¿Cuándo podremos volver a vernos?

—Es posible que pase un tiempo. —Me decepciona profundamente mi propia respuesta, y su cara refleja ese sentimiento—. La semana que viene tengo una conferencia en el norte del estado.

—Qué putada —suelta.

—Sí, la verdad —respondo—. Va a ser lo más aburrido del mundo. Pero he buscado en Google locales con micrófono abierto por allí y he reservado en uno para el jueves, así que al menos tendré una velada que esperar con ilusión.

—¿Puedo ir? —pregunta, y se le ilumina el rostro.

Me río, dando por hecho que bromea.

—Lo digo en serio. Puedo coger el tren el jueves después del trabajo. El viernes me tomaré el día libre.

Lo miro, titubeando.

—No tengo permitido invitar a nadie a dormir conmigo. Es una de nuestras reglas.

—Lo entiendo perfectamente —contesta dando un pequeño paso atrás y haciendo un gesto con las manos para ilustrar ese límite—. Pero mi mujer trabaja en el Hyatt, ¿recuerdas? Puedo reservar una habitación para mí.

Me mira con una esperanza tan sincera que me permito imaginarlo: lejos de los niños, lejos de toques de queda autoimpuestos; una noche llena de música y posibilidades.

—Déjame hablarlo con Stewart —sugiero, con el entusiasmo asomando en mi voz.

—Por supuesto. Y yo hablaré con Diana, aunque estoy seguro de que no le importará. Está saliendo con un tío nuevo del que no para de hablar. —Capto un matiz de desagrado en la voz de Scott cuando dice eso. Lo miro con curiosidad y se apresura a añadir—: Así que

está encantada de que yo también tenga interés en alguien.

Quiero oírselo decir otra vez. Me hago la tímida.

—¿De modo que te intereso?

—Molly. —La forma en que dice mi nombre, como si fuera una frase entera en sí mismo, hace que mi cabeza parezca flotar—. Hostia, no sabes hasta qué punto. —Como para darme una pista, me besa de nuevo.

Pienso en ese beso durante el trayecto en taxi hasta casa. No es solo que la boca de Scott encaja perfectamente con la mía, sino también la forma en que sus manos se curvan en torno a mi nuca. Y cómo nuestros cuerpos presionan el uno contra el otro. Y algo más: si un beso fuera un baile, Scott no llevaría exactamente la iniciativa, y tampoco me seguiría; o tal vez sabe llevarme y seguirme con tanta maestría que no sé distinguir cuándo hace qué. Es como si anticipara por una fracción de segundo adónde irán mis labios, mi lengua, y se encontrara conmigo allí, en un lugar inesperado e inevitable a la vez.

El metro de la línea Q pasa traqueteando cuando mi taxi cruza el puente de Manhattan. Me arranca de mis ensoñaciones. Si voy a hablar con Stewart sobre mi encuentro con Scott en el norte, más vale que lo haga pronto. Quizá incluso esta noche.

Cuando llego a casa, veo a Stew a través de la ventana del sótano, trabajando en su estudio. La oscuridad crea un efecto espejo y me oculta de su vista. Está inclinado hacia delante, con las manos sobre el teclado del piano, los ojos fijos en la pantalla que tiene ante sí y el cuerpo meciéndose al ritmo de la música que mana de sus auriculares.

Mi marido.

Lo veo con otros ojos. Un creador. Un sostén económico. Un hombre apasionado que ha construido un negocio a partir de la música, lo que más ama en este mundo. Durante muchos años, la dedicación de Stewart a su trabajo me ha provocado resentimiento. Su vocación era mi archienemiga, competía conmigo por su atención. Pero ahora mi corazón se llena de ternura y aprecio por él, por quién es y por lo que hace.

Junto a ese sentimiento, surge el atisbo de una idea. ¿Es posible que el hecho de ser feliz con otro hombre me haga amar más a mi

marido, y no menos? No puedo explicar cómo funciona, pero las pruebas de que es así se acumulan en mi interior. Soy como un crisol en el que se mezclan ingredientes mágicos para crear algo nuevo.

Es jueves y Scott me envía un mensaje desde su hotel, casi contiguo al mío. Cuando le pregunté a Stewart qué le parecía este plan, asegurándole que no sería realmente pasar la noche con Scott porque él se alojaría en otro hotel, mi marido puso los ojos en blanco.

—¿En serio, Molly? ¡Deja que el pobre se quede a dormir!

—¿De verdad? ¿No te importa?

—Bueno, esa norma es más bien por los niños, ¿no? Si te has ido de viaje de trabajo y ya tienes mi permiso para follar con otra persona, no me parece que dormir juntos sea tan grave.

—Supongo. —Pero entonces me pasó por la cabeza la imagen de Stewart despertándose junto a una Kiwi dormida y con el pelo cubriéndole el rostro, ese rostro que nunca he visto. Una aguda punzada de celos me llevó a discrepar—: Pero dormir juntos puede ser muy íntimo. No creo que esté preparada para eso. De todos modos, la mujer de Scott tiene habitaciones gratis en el Hyatt y yo tengo una reserva en el Marriott.

—Como quieras. Pero por mí no te preocupes. Pásalo bien y ya está.

«Pásalo bien y ya está», me recuerdo a mí misma ahora. Pero estoy agotada tras los dos días de trabajo en la conferencia, y los micrófonos abiertos siempre me ponen los nervios a flor de piel. Saber que Scott estará allí me inquieta todavía más.

Me dirijo al aparcamiento de mi hotel con la guitarra a la espalda, disfrutando de las miradas intrigadas de los asistentes a la conferencia que se encuentran en el vestíbulo. Conduzco unos doscientos metros hasta la entrada del Hyatt y saco el móvil para mandarle un mensaje a Scott, pero ya está ahí, apagando un cigarrillo bajo el pie y con aspecto de estar más nervioso incluso que yo. Bajo la ventanilla y lo saludo con la mano.

—Hola, preciosa —dice con una sonrisa trémula.

—Hola, Scott —respondo. Se sienta en el asiento del

acompañante. A Stewart le encanta conducir, y a mi padre también. Es posible que sea la primera vez desde la autoescuela que estoy al volante con un hombre a bordo—. ¿Estás bien?

—Solo un poco cansado —me dice mientras se abrocha el cinturón de seguridad—. No he dormido bien esta noche. Estaba emocionado porque iba a verte. —Me mira con timidez.

Absorbo cada detalle de esta escena en rápida sucesión. El cigarrillo, su expectación y la ternura de su mirada me provocan vértigo. Pero, casi en contra de mi voluntad, mi atracción se ve atenuada por otros aspectos mundanos: el cinturón de seguridad, su postura encorvada, su actitud taciturna. ¿Por qué la realidad es tan poco sexi?

El micrófono abierto queda a unos veinte minutos, por una carretera sinuosa y sin línea divisoria. Una capa de niebla desciende cuando pasamos ante un cementerio. Estoy lejos de casa con un hombre casi desconocido en mi coche.

«¿Qué demonios estoy haciendo?», me pregunto.

De repente, la conversación se vuelve forzada y no encuentro fuerzas para mantenerla.

—¿Y si miramos qué hay en la radio de aquí? —propongo.

Mi sugerencia anima a Scott, que busca entre las emisoras hasta que encuentra una canción de The Clash. Ajusta el volumen de los graves y, cuando está satisfecho, se reclina en el asiento, con el cuerpo relajado y cómodo de nuevo.

Entro en el aparcamiento del bar, un granero reformado con silo y todo y pintado de rojo. Scott abre la puerta trasera para coger mi guitarra y me la tiende.

—Te la llevaría, pero no quiero quitarte protagonismo.

Me río. Aprecio que entienda la alegría que supone llevar mi propia guitarra.

Dentro, voy directamente a la pizarra y me apunto para tocar, en segundo lugar respecto al intérprete actual, mientras Scott busca dos asientos en la barra. Pedimos nachos y cerveza, y yo picoteo con nerviosismo. Dan, el tipo que va antes de mí (todos los nombres de la lista, excepto el mío, son de hombres), es un guitarrista consumado. Sus dedos se deslizan ágiles por el diapasón, y noto

cómo se tambalea mi confianza.

—No te llega ni a la suela del zapato —me susurra Scott leyéndome el pensamiento—. Canta fatal y toca como un robot.

—Gracias —murmuro, no muy convencida—. Quizá debería salir a afinar.

Durante los aplausos que siguen a la primera canción de Dan, salgo por la puerta con mi guitarra y llevo a cabo el reconfortante ritual de ajustar cada cuerda. Toco los primeros compases de «Down to Zero», de Joan Armatrading, la canción que Leo me sugirió que aprendiera hace casi dos años. Es la primera vez que la toco en público y ahora me produce alivio que Scott vaya a estar mirándome con sus ojos atentos y alentadores junto con todos los desconocidos del bar.

Oigo más aplausos y sé que Dan ha terminado su actuación. Llegó mi turno.

Vuelvo al interior y subo al escenario. Busco a tientas el cable que conecta mi guitarra al amplificador y me tiemblan las manos cuando ajusto el soporte del micrófono. Scott me tranquiliza con la mirada.

Cuando empiezo a tocar, el latido de la música me relaja. Mantengo los ojos cerrados hasta que me veo obligada a mirar cómo los dedos de mi mano izquierda forman el complicado acorde de si. Entonces miro al frente con los ojos abiertos y me concentro en la cara de Scott. Él me observa cantar con atención, como si se empapara de los detalles y los almacenara para repasarlos más tarde en su cabeza.

Vete a la cama
Dices que hay paz en el sueño
Pero vas a soñar con el amor.

Siento que me ven, que me escuchan, que me adoran, de una forma que no experimentaba desde los primeros tiempos con mi marido. Stew y yo acabamos bromeando sobre el pedestal en el que me puso durante nuestros primeros años juntos, y sé que haberme caído de él nos unió más. Los pedestales separan; crean desequilibrios. Al recordar aquella época con Stewart, a veces he

pensado también en mi amigo Billy, que solía vomitar cada vez que veía a su futura esposa. Ese tipo de adulación tiene que llegar a su fin para que surja algo real.

Pero este pedestal donde Scott me ha colocado produce una sensación muy agradable bajo mis pies. Me gusta su base lisa y sólida, al igual que la embriagadora certeza de que soy el ideal de alguien, la visión que alguien tiene de la perfección.

16

Cuando llevamos unos meses saliendo, Scott me graba un CD. El papel que hace las veces de carátula se ha escrito a mano con una letra impecable. Ya nadie tiene un reproductor de CD, pero siempre me ha apasionado la tinta sobre el papel. De modo que lo guardo, incluso después de haberle confesado que no puedo reproducirlo y de que Scott haya recreado su regalo con la forma de una lista de reproducción de Spotify. Las canciones son de melancólicos artistas *indie* que no conozco, con títulos seductores como «Vanishing Act» y «Transatlantic Love Song». Escucho la lista de reproducción cada vez que puedo: mientras preparo la cena o doblo la ropa, en el metro de camino al gimnasio de boxeo. Cada nota me ayuda a revivir mis noches con Scott.

Tiene una forma de rodearme con sus brazos que me hace sentir perfectamente bien, a medio camino entre la firmeza de Stewart y la ternura de Karl. Cuando me tumbo de costado, Scott me abraza por la espalda, encajándose en mi cuerpo, y puedo sentir su miembro duro contra la suave curva de mi trasero. A veces me penetra así. Scott me dice las palabras que le he pedido que me diga. Sigue gustándome que me llame «buena chica», pero ahora también necesito otras cosas: *No te preocupes, preciosa. No voy a hacerte daño. Solo voy a follarte*. Sus arremetidas a mis espaldas hacen que todo mi cuerpo se rinda y le permita entrar por completo. Quiero que me controle, pero solo en la medida en que yo no pueda controlarme. Cuando agito los brazos, necesito que me los inmovilice. Cuando empiezo a gritar, necesito que me haga callar con suavidad. Mi deseo es que me guíe para alcanzar una liberación de mi cuerpo, de mi mente, de mis inhibiciones y miedos y del núcleo mismo de mi ser. Casi siempre lloro después de que Scott me haga llegar al orgasmo. Luego me abraza y follamos de nuevo, a menudo

cinco o seis veces en una noche.

Cuando Stewart y yo estamos juntos en la cama, me ruega que le cuente los detalles del sexo con Scott. Pero me lleva un tiempo llegar a revelarle la magnitud de la impresionante virilidad de Scott.

—Debe de tomar Viagra —comenta Stewart con desdén.

—Sí, es probable —respondo, pero solo por el bien del ego de Stew. No creo que sea cierto. Prefiero creer que yo soy la causa de la erección perpetua de Scott, que el deseo que siente por mí es insaciable, voraz.

Casi todas las semanas imparto al menos un curso de formación para profesores en Nueva Jersey. Scott y yo nos reunimos en un hotel no muy caro cerca de su nuevo trabajo temporal en Newark. Echamos un polvo, vamos a un restaurante a pocas manzanas de allí y luego volvemos al hotel para seguir follando.

Una noche, durante la cena, Scott me pregunta si he visto la nueva película de Jordan Peele.

—¿*Déjame salir*? Todavía no, pero tengo muchas ganas de verla —contesto rebañando el plato para acabar con los restos de la enchilada de queso. Además de haberme pasado el día de pie, el revolcón de antes de cenar me ha abierto el apetito—. ¿Tú la has visto?

—No, a Diana no le van esas cosas. Cree que puede ser «perturbadora». —Hace comillas con los dedos, burlándose.

Me encojo de hombros. Sus pullas contra Diana me incomodan un poco, de modo que intento hacer caso omiso.

—Ha tenido muy buenas críticas —comento.

Scott saca su teléfono.

—La dan a un kilómetro y medio de aquí. ¿Te apetece ir?

Sí. Pero, aunque Stewart y yo hemos roto la mayoría de las reglas originales de nuestro matrimonio abierto, todavía no he visto una película con nadie que no sea él. Y sé que Stew se muere por ver esta. «Le propondré ir a verla por segunda vez», me digo a modo de justificación.

—Vale —contesto—. Vamos.

A Scott se le ilumina la cara. Hace búsquedas en el teléfono,

teclea aquí y allá y parlotea cuando compra las entradas. Considero sacar mi propio teléfono para contarle mi plan a Stewart, pero en lugar de eso cojo la cuenta y me dirijo a la caja a pagar.

—Ya está, tengo entradas para la sesión de las ocho y cuarenta —anuncia cuando vuelvo a la mesa—. Tenemos que darnos prisa.

El coche de Scott está en el aparcamiento del hotel. Corremos hacia él y ocupo el asiento del copiloto.

—Creo que es la primera vez que me subo a tu coche —comento. Aparte de un paquete de tabaco medio vacío y una lata de Coca-Cola abierta en el compartimento central, el coche está ordenado.

—Sí, diría que sí —responde sonriéndome mientras gira la llave en el contacto.

Me gusta su forma de conducir. Sale marcha atrás del aparcamiento sin mirar por los retrovisores y lleva el volante con la mano izquierda, haciéndolo girar con la palma de la mano; así le queda la mano derecha libre para cambiar de emisora en la radio y acariciarme la rodilla.

Entramos en el cine cuando ya han empezado los tráilers. Stew siempre me exige silencio mientras los proyectan, porque a veces capta en ellos alguna de sus composiciones o sus arreglos de sonido. Pero a Scott no le interesa la pantalla. Noto su mirada y me vuelvo hacia él para verlo sonriéndome.

—Estás emocionado con esta película —le susurro, riendo.

—Estoy emocionado por estar aquí contigo —corrige—. No sé… es como si estuviéramos realmente juntos.

Entiendo lo que quiere decir. De alguna manera, estar sentados codo con codo en este cine oscuro me parece más íntimo que el sexo en el hotel.

«Debería haberle enviado un mensaje a Stewart», pienso con una punzada de culpa. Aparto ese pensamiento, me cojo del brazo de Scott y apoyo la cabeza en su hombro. «Limítate a disfrutar de esto. Ya te ocuparás luego de Stew; a lo mejor ni siquiera le importa.»

El terror es el género perfecto para una cita en el cine. Disfruto de la película casi tanto como de mis propias reacciones. Suelto gritos ahogados, escondo la cara en la cálida y humeante franela de Scott, le aferro el bíceps con ambas manos. Scott también se apunta. Me

acaricia la cabeza, me frota la espalda y se ríe de mis payasadas.

Salimos del cine cogidos de la mano. Me lanzo a hacer un análisis preliminar de la película, sin apenas detenerme a respirar.

—¡Y lo del algodón en las orejas ha sido un toque increíble! Como si utilizara ese símbolo de la esclavitud para escapar de esos negreros. Jordan Peele es un genio.

—Tú sí que eres un genio —contesta Scott—. No me he fijado en nada de eso. Pero me ha parecido una gran película.

Scott permanece en silencio en el trayecto de vuelta al aparcamiento del hotel y aparca en la plaza libre junto a mi coche. Me mira con expresión melancólica y me coge la mano.

—Supongo que tienes que volver a casa, ¿no?

Miro el reloj del salpicadero. Son más de las once.

—Sí, probablemente debería volver. —La película sigue dándome vueltas en la cabeza. Estoy deseando volver a verla con Stew para que me ayude a descifrar más símbolos. ¿Qué significa el ciervo? ¿Y el *flash* de la cámara?

—Gracias por ir al cine conmigo, preciosa —dice Scott con la mirada gacha y una expresión avergonzada mientras me acaricia la mano con el pulgar.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que te empiezo a echar de menos.

Me mira con sus soñolientos ojos azules y mi cerebro parece derretirse, con todos los pensamientos sobre motivos cinematográficos y el tráfico de la autopista de Jersey formando un charco a mis pies.

—Yo también te echo de menos —declaro, porque de repente lo hago, en efecto—. Pero nos vemos la semana que viene, ¿no?

—Sí —reconoce—, pero nunca es suficiente.

Nos quedamos callados. Mantengo mi mano en la suya y estudio su perfil. Parece casi afligido. Es cierto que lo echo de menos cuando estamos separados, pero también adoro mi vida: a mis hijos, a mi marido, mi trabajo, mi barrio y mis rutinas. Empiezo a comprender que Scott no siente lo mismo.

Su cuerpo se estremece de repente cuando se sacude la tristeza de encima como un perro que acabe de salir del agua.

—Ay, casi se me olvida —dice. Me suelta la mano y coge su teléfono—. Te he hecho otra lista de canciones. Te la paso para que la escuches de camino a casa.

Oigo un pitido en mi móvil y compruebo que se ha añadido «Mix para Molly #2» a mis listas de reproducción de Spotify.

—¡Gracias! —Me inclino para darle un beso—. Qué detalle.

—Esta tiene dieciocho canciones. Añadiré una más cada vez que te haga una nueva.

—¿Tienes pensado hacerme más?

—Por supuesto, preciosa. Me encanta pensar en qué música podría gustarte.

Alargamos la despedida y luego emprendo el trayecto a casa por el camino largo, pasando por Staten Island y por el puente Verrazzano. Me embriagan las poéticas letras de las canciones que ha elegido Scott:

> Si necesitas a alguien que te consuele
> cuando las lágrimas se derramen por tu rostro
> haré todo lo que pueda…
>
> Siento cómo me deslizo en ti
> cuando te miro a los ojos…
>
> Tómate tiempo para demostrarme que eres mía
> y yo seré una luna azul en la oscuridad…

Cuando escucho esa música, experimento un placentero cambio de identidad. Ya no soy una esposa. Ni una madre. Apenas soy siquiera una adulta.

Llego a casa pasada la medianoche y veo las luces encendidas en nuestra habitación. Cuando entro, Stew está tumbado en la cama viendo la televisión.

—Hola, tesoro —me dice poniendo en pausa el programa que está viendo—. ¿Qué tal la cita?

—Ha estado bien —respondo. Me invade una oleada de culpa al recordar la película; no quiero empezar con esa información—. ¿Con quién has salido tú esta noche?

Como yo he cogido el coche y él no podía ir a casa de Kiwi, ha salido por Manhattan con otra persona.

—Con Cara —contesta.

—¿Es la psicóloga? —quiero saber.

—No. La actriz. —Stew hace una mueca—. Nunca salgas con una actriz.

—Tomo nota —digo con una sonrisa—. ¿Al menos lo has pasado bien?

—Sí —reconoce con un suspiro—. Pero he cometido el error de decirle a Kiwi adónde iba.

—Y déjame que lo adivine: se ha puesto celosa. —Conozco el drama que se desarrolla entre ellos. Kiwi ha llegado a un punto en el que acepta las otras relaciones de su marido. Y está de acuerdo con que yo tenga prioridad como esposa de Stewart. Pero el hecho de que Stew siga saliendo con otras mujeres es como una espina que ella tiene clavada. Entiendo cómo se siente y se lo he hecho saber a Stewart. Si Scott quisiera salir con otras mujeres, es probable que a mí también me molestara. Me gusta ser la nueva y flamante. Pero, al mismo tiempo, me alivia que Stewart no ceda ante los celos de Kiwi; al fin y al cabo, nunca ha cedido ante los míos. Para él, tener varias parejas es la razón de ser del matrimonio abierto.

—Bingo —contesta—. Kiwi dice que quiere saber si salgo con otras personas, pero cuando le digo la verdad, enloquece.

—¡Mujeres! —exclamo negando con la cabeza con fingida indignación. Stew se ríe a carcajadas.

Pocas cosas me satisfacen más que hacer reír a mi marido. No quiero arruinar este momento, pero aún debo confesarle algo. Le cuento lo de la película.

—¿Te cabrea mucho?

Stewart se encoge de hombros.

—No me encanta. Quiero decir, ¿cómo te sentirías tú si hubiera una película que quisieras ver y fuera a verla con Kiwi?

Me sorprende esa reacción suya tan tranquila. ¿De verdad vamos a evitar una pelea?

—Me sentiría fatal. Lo siento, cariño.

—No pasa nada —añade—, siempre y cuando la vuelvas a ver

conmigo. Y por suerte para ti, Kiwi detesta las películas.

—¿En serio? ¿Cómo es posible?

—Yo tampoco lo entiendo. Prefiere leer.

—A Scott le gustan las películas, pero no se le da bien analizarlas después. Así que te soy muy sincera cuando te digo que estoy deseando volver a verla contigo; hay tantas cosas que me gustaría comentar…

—He ahí tu propio castigo, entonces —bromea Stew—. No puedes hablarme de la peli hasta que la veamos juntos.

—Eres muy cruel —digo acurrucándome a su lado en la cama.

—Lo sé —contesta. Y me besa en la coronilla.

Un par de meses más tarde, en un cálido día de finales de abril, cojo el metro para ir a una sesión con Mitchell mientras escucho «Mix para Molly #4» de Scott, las veinte canciones en orden. Una vez instalada en el sofá, cuando Mitchell me pregunta cómo va todo, empiezo con las listas de reproducción. Con cómo me hacen sentir.

Él mira al techo, pensativo.

—Me pregunto si este cambio de identidad te parece genuino… ¿Es parte de la Molly Auténtica?

—Me he estado preguntando lo mismo —admito—. Es como boxear, o tocar la guitarra: son cosas nuevas que estoy explorando, pero me hacen sentir bien. Y todo en ellas es un poco… no sé… ¿de tía de armas tomar?

Me sonríe.

—La Molly de Matrícula no es de armas tomar.

Me echo a reír.

—Claro que no.

—Sabes, Molly, esto me recuerda a tu lista de libertades. —Hojea su cuaderno, buscando la página en cuestión.

Asiento con la cabeza.

—Hace tiempo que no pienso en las libertades. Quizá sea porque me siento mucho más libre.

—Cuéntame más sobre eso —pide Mitchell abandonando la búsqueda de la lista y garabateando algo en su cuaderno.

—Tiene mucho que ver con que los niños se estén haciendo

mayores. Daniel tiene ahora quince años y Nate doce.

—Cuesta creerlo.

—Y que lo digas —respondo—. Supone que ahora tengo tiempo suficiente para hacer mis cosas. Los niños casi parecen decepcionados las noches que me quedo en casa.

—¿Sabes qué advierto en todo esto, Molly? —comenta Mitchell. Espero a que termine de garabatear una nota—. En lugar de obsesionarte con una relación, o con las relaciones de Stewart, te estás centrando en ti misma. Es un cambio significativo.

Intento verme desde el punto de vista de Mitchell. Él intuye que tengo más que decir y se queda callado, con el bolígrafo suspendido sobre la página.

—Pero sigo teniendo ansiedad —confieso—. Me preocupa que las cosas vayan demasiado bien, que todo se venga abajo.

Él asiente y toma nota.

—Por ejemplo —explico—, Scott quiere pasar el fin de semana conmigo. Ir a pescar o algo así. Además, Diana, su mujer, quiere conocerme.

—Son pasos importantes —opina Mitchell—. La cuestión es si son pasos que tú también quieres dar.

—Bueno, me gusta la emoción de las nuevas experiencias. Pero lo cierto es que algo podría salir mal.

—En efecto —coincide Mitchell. Me mira con serenidad y sus ojos sonríen—. Siempre existe un riesgo.

Me encuentro con Diana en Lucey's Lounge, el mismo bar donde tuve mi primera cita con Karl. He elegido este sitio porque queda cerca de Bell House, donde Scott y Diana tienen entradas para un concierto. Me fascina que apenas un año después de la profunda herida que le dejó Karl, mi corazón parezca haberse curado por completo. Cuando entro en Lucey's, no hay rastro de dolor. Llego un poco antes de hora y me siento en la barra.

Este encuentro ha sido idea de Diana, y he accedido en parte por curiosidad. Durante las últimas semanas, me ha enviado regalos a través de Scott: jabones, lociones y, más recientemente, una espátula de goma morada de Williams Sonoma. Yo, por mi parte, no

he hecho más que espiar en la página de Facebook de Diana, llena de *selfies*, y con la ayuda de Stewart, he encontrado su perfil en OkCupid.

«¡No me consideres una MILF!» He ahí su frase de presentación. No tenía ni idea de que existiera esa categoría que se traduce como «Mami que me gustaría follarme».

Sentada en mi taburete, giro el cuerpo hacia la puerta principal y veo a Scott y Diana enmarcados por la ventana. Diana tira del brazo de él, instándolo a entrar. Los ojos de Scott se encuentran con los míos a través del cristal. Me saluda con la mano, se vuelve en redondo y sale de la escena. Un instante después, hace su entrada Diana, riendo y gesticulando mucho.

—¡Madre mía, menudo cobardica! —exclama pasándose una mano por el cabello liso y oscuro y caminando hacia mí con sus tacones de cinco centímetros—. Le da miedo estar con nosotras.

Diana es más guapa en persona que en las fotos. Me esperaba que tuviera un aspecto un tanto relamido, pero también hay algo magnético en ella. Cuando oigo su voz sensual, recuerdo que cuando conoció a Scott era DJ en una emisora de rock clásico. Lleva una camiseta escotada debajo de una entallada chaqueta de camuflaje que acentúa su cuerpo de MILF. Su cabello tiene un brillo que no parece artificial. Pero lo que más me llama la atención son sus ojos, de un azul sobrenatural, que se mueven muy deprisa de aquí para allá, por lo que nunca consigo mirarlos fijamente.

Hablar con Diana es bien sencillo. Parlotea sin parar, de modo que rara vez tengo que pensar en algo que decir. Sobre todo, me habla de su novio, Rick.

—Técnicamente vive en Malibú, pero en la práctica reparte el tiempo entre ambas costas. No se me ocurre por qué coño querría vivir alguien en la Costa Este pudiendo hacerlo en California. ¿Has estado alguna vez en Malibú?

—No, nunca. ¿Cómo es? —le pregunto, aunque no necesita que le den pie.

—Es divina. —Saca su teléfono y me enseña fotos que ya he visto en Facebook—. Aquí estamos en la playa.

Continúa con su monólogo. Suena como la reproducción acelerada

de una grabación. Asiento y suelto murmullos de admiración ante sus fotos, pero mis sinapsis están disparando en otra dirección. Hay algo inquietante en su obsesión por Rick. Según Diana, él también tiene un matrimonio abierto, pero viajan por todo el país para pasar juntos un fin de semana cada dos. Y ahora me creo lo que me ha contado Scott: Diana es incapaz de parar de hablar de su novio. ¿Qué significa esto para su matrimonio? Pero entonces recuerdo cómo me comportaba yo con Matt, con Karl. Son nuevos en esto, me digo. Es probable que se trate solo del clásico caso de la energía de una relación nueva.

De repente, Diana para de hablar y deja el teléfono. Apoya la mano sobre la mía y noto el marcado contraste entre sus dedos de manicura perfecta y los míos, de uñas cortas y llenos de callos ganados a pulso tocando la guitarra.

—Molly —dice. Sus ojos azules por fin se encuentran con los míos. Es realmente guapa—. Quiero que sepas algo. Hace años que no veía a Scott tan feliz. Tú sacas lo mejor de él.

—Qué bonito por tu parte decir eso, Diana —balbuceo. ¿Así me he ganado las lociones y la espátula de goma?

—Scott me ha contado que vais a ir juntos de pesca. ¿Es verdad?

—Bueno, no estoy segura —me apresuro a responder—. Aún no he hablado con mi marido sobre eso. Y, por supuesto, solo iré si a ti te parece bien.

Diana echa la cabeza atrás y se ríe a carcajadas. La gente se vuelve para mirarla. Su cabello oscuro brilla y sus dientes muy blancos resplandecen en contraste con su piel, bronceada por el sol de Malibú.

—¡Más que bien! —exclama—. ¡Me parece genial! Porque sabe Dios que a mí no me van a ver pescando ni por puta casualidad.

Me río con ella al imaginarme esas uñas en torno a una caña de pescar, los tacones hundiéndose en la orilla fangosa del río.

Ella mira su reloj. Parece caro y me pregunto si es un regalo de Rick. Según Scott, está forrado y financia todos los viajes de Diana al oeste.

—Me voy pitando. Le dije a Scott que nos veríamos a la hora en que se abren las puertas de acceso al concierto, y ya sabes lo furioso

que se pone. —No tengo ni idea, pero finjo saberlo y asiento con la cabeza—. Pero primero tenemos que hacer una cosa. Ven aquí un momento.

Me rodea con un brazo y sostiene el teléfono con el otro en un ángulo ensayado para hacernos varios *selfies*.

—Le dije a Rick que le enviaría una foto. —Recoge sus cosas y me abraza con lo que parece un afecto genuino antes de salir toda ufana por la puerta.

Esa misma noche, Diana me etiqueta en Facebook. Desde mi posición privilegiada en la taza del váter, le enseño la foto a Stew, que se encamina a la ducha.

—¿A que es guapísima?

—No tanto como tú, tesoro. —Stew sabe exactamente cómo masajear mi ego. Se mete bajo el chorro de agua—. Y, de todos modos, no suelo acercarme a ese tipo de tía.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo decirlo con delicadeza? Tiene pinta de costar un riñón complacerla.

—Sí, entiendo que debe requerir mucha atención y recursos.

Alzando la voz por el ruido del agua, le cuento nuestra conversación y su relación con Rick. Stew y yo nunca nos hemos molestado en poner una cortina en el baño, y me encanta hablar con él así, con la intimidad de la desnudez cotidiana.

—Qué raro —comenta Stew haciendo una mueca—. ¿Crees que quiere divorciarse?

Está expresando mi temor. Si se divorcian, ¿dónde quedo yo? Retorno a las partes de mi conversación con Diana que sirven para disipar esa preocupación.

—No lo creo —respondo—. Me ha dado las gracias por hacer feliz a Scott, y ¿por qué iba a importarle su felicidad si no siguiera queriéndolo? Además, tienen hijos.

Stew coge una toalla y se frota la cabeza enérgicamente. No estoy segura de que esté convencido.

—En fin, por lo que parece, ha ido bien. Me alegro, tesoro.

—Gracias —contesto. El episodio parece dar pie a la posibilidad de

que yo conozca a Kiwi, pero no sé si es el momento adecuado; no estoy segura de estar preparada todavía. Y tengo otra petición que tiene preferencia.

—¿Qué? —pregunta Stew con la cara asomando de la toalla con expresión inquisitiva.

—¿Cómo has sabido que tenía algo más que decir?

—Molly, no te ofendas, pero siempre tienes algo más que decir. ¿De qué se trata?

Se ciñe la toalla alrededor de la cintura y coge el cepillo de dientes. Dejo escapar otro chorrito de pis. Desde que tuve a los niños, siempre necesito varios intentos para vaciar la vejiga.

—Diana quiere que haga un viaje con Scott —le cuento. Sé que no estoy siendo sincera al plantear la idea como si fuera suya—. A él le encanta pescar y a ella le horroriza, de modo que me ha pedido que vaya con Scott en su lugar.

Stew se ríe.

—A lo mejor Diana y yo nos llevaríamos bien después de todo. Pescar es un coñazo.

—A mí me parece divertido.

—Entonces deberías ir, tesoro.

—¿Estás seguro? Es más que dormir fuera. Serían un par de noches.

—Me parece bien —dice. Lo observo apretar la pasta de dientes a través del espejo—. De hecho, Kiwi también me ha pedido que hagamos un viaje.

—¿Qué? —exclamo sentándome muy tiesa en el inodoro—. ¿Adónde?

—Bueno, le dije que este año no ibas a venir conmigo a Las Vegas, y me preguntó si podía acompañarme en tu lugar.

Todos los años, Stewart hace un viaje de trabajo a Las Vegas. Durante nuestro compromiso y los primeros tiempos de casados, lo acompañé. El ritual se interrumpió con la llegada de Daniel y Nate, pero luego retomamos la tradición. Sin embargo, tras nuestro viaje del año pasado, le comenté que ya estaba un poco harta de ir a Las Vegas. Siempre perdía dinero y comía en exceso y hacía demasiado calor incluso para salir a la calle. Aun así, aunque no me apetezca ir

a Las Vegas, no quiero que vaya Kiwi en mi lugar.

—¿Cuándo tenías pensado decírmelo?

Cuando salen de mi boca, las palabras parecen arder.

—No iba ni a mencionarlo —contesta. Su tono es el de un padre que explica el arte de hacer turnos a un crío malhumorado, y eso aviva las llamas de mi ira. ¿Cómo se atreve a comportarse como si mi reacción fuera exagerada? —. Le dije que tú y yo aún no permitimos que el otro pase la noche fuera y que prefería esperar hasta que te sintieras cómoda con la idea. Y ahora dices que quieres irte de pesca con Scott, de manera que he supuesto, idiota de mí, que estabas preparada. —Hace aspavientos con las manos y una gota de pasta de dientes salpica el espejo—. Pero ya veo que esto es una calle de sentido único, y si menciono siquiera una posible escapada con Kiwi, soy una especie de monstruo insensible.

Espero a que haya apagado las luces del dormitorio antes de salir del baño. Hace mucho que acordamos que «Nunca te vayas a la cama cabreado» es una regla estúpida, pues solo suponía que empezáramos el día siguiente agotados. Y hay veces que prefiero dejar que mis sentimientos se asienten antes de expresarlos.

Mi mente lógica escucha lo que dice Stewart, incluso está de acuerdo con él. Entonces, ¿por qué mi corazón se niega a atender? Pienso en una frase de *Ética promiscua* que he memorizado: «Los celos son a menudo la máscara que utiliza el conflicto interno más complicado que tienes en ese momento».

Supongo que se trata del mismo conflicto de siempre: yo contra mi cubo.

17

En julio, Scott reserva una cabaña cerca de un embalse para pesca en Mount Kisco. Stewart quiere el coche para el fin de semana y se ofrece a llevarme a casa de Scott.

—Me gustaría conocerlo —dice. La idea me emociona y me da náuseas a la vez.

Stew y yo hemos alcanzado lo que espero que sea una paz duradera. Tras nuestra discusión sobre Las Vegas, Stewart sugirió un compromiso: ¿qué tal si él y Kiwi hacían el mismo tipo de viaje que Scott y yo estábamos planeando? Sin viajar en avión. Solo a un Airbnb, a poca distancia en coche, en un lugar que no tuviera ningún significado especial. Y yo podía hacer mi escapada primero. Me pareció razonable y empecé a ilusionarme con mi fin de semana con Scott, sin dejar que mi pensamiento se desviara hacia el próximo viaje de Stewart con Kiwi.

Aunque la cosa no es exactamente equitativa. Daniel y Nate se irán de campamento durante mi viaje, pero estarán en casa cuando Stewart se marche. «Será mejor así», me digo. Podré evitar sentirme culpable como madre cuando esté con Scott, y cuando Stewart esté con Kiwi, los niños me distraerán de mis celos.

—¿Seguro que no te estás fugando de casa? —me pregunta Stewart cuando ve todo lo que me llevo.

—Son solo dos bultos. Y mi guitarra.

Le he pedido a Scott que traiga también sus bongos. Tengo la fantasía de los dos tocando juntos mientras bebemos vino rosado y vemos la puesta de sol. Stewart coge mi maleta y mi mochila, y yo lo sigo con la guitarra.

—¿Tienes una cita con Kiwi esta noche?

—Sí, viene ella a Brooklyn con el coche, para variar. —Al abrir el maletero, me ve la cara y añade—: No te preocupes. No va a venir

aquí, he reservado un hotel.

Me siento avergonzada.

—No tenías por qué hacerlo —le digo, aunque no del todo en serio—. Me parece un poco tonto si los niños y yo estamos fuera.

—Bueno, pues ya está reservado. Dudo que pueda cancelarlo ahora.

Durante el trayecto escuchamos uno de los primeros monólogos de Mitch Hedberg. «Se tarda una eternidad en asar una patata en el horno. A veces me limito a meter una ahí dentro aunque no me apetezca, porque para cuando esté lista, ¿quién sabe?» Da gusto reírse juntos. El programa termina justo cuando salimos de la autovía Garden State. Tamborileo con los dedos contra mi pierna para calmarme un poco. Stew se da cuenta y me coge la mano inquieta.

—¿Por qué estás tan nerviosa, tesoro? ¿Crees que voy a soltarle un puñetazo o algo así?

—Solo es un poco raro —digo.

—En particular si hago esto. —Retira la mano y empieza a rascarse, haciendo ruidos de mono—. ¡Uh uh ha ha!

Me echo a reír.

—Eres ridículo.

—Pues sí —admite—. Pero prometo portarme bien.

Doblamos la esquina hacia la calle de Scott y lo veo de pie delante de su casa. Ayer me aseguró que Diana y los niños se habrían ido cuando llegáramos, pero una parte de mí sigue esperando que nos haga señas para que pasemos de largo, como un vigía que nos advierta de que los federales están dentro. En cambio, se dirige con paso tranquilo hacia la acera, con las manos en los bolsillos y una indiferencia estudiada. Él también debe de estar nervioso.

Stewart sale del coche mientras yo sigo desabrochándome el cinturón, ganando tiempo. Echo un vistazo por la ventanilla y los veo caminando el uno hacia el otro. Se dan la mano en medio de la calle vacía.

—¿Qué tal, tío? —oigo decir a Scott. Nunca le había oído llamar «tío» a nadie.

—Vaya, qué voz tan grave tienes —comenta Stew. Noto que mis

hombros se relajan y abro la puerta del coche.

—¿No sería gracioso que estuviera fingiendo? —responde Scott.

Hincha el pecho con gesto exagerado y cómico.

Stew se ríe afablemente. Se nota que ambos están haciendo un esfuerzo por llevarse bien. Me siento la única que no está cómoda. Me quedo junto a Stewart, sin saber adónde mirar.

—Déjame coger tus cosas —dice, salvándome. Me aprieta el hombro al volver al coche y yo lo miro con gratitud.

—Metámoslas en mi maletero —propone Scott sacando las llaves.

Los dos echan a andar juntos calle arriba, Stewart con mi maleta y mi guitarra y Scott con mi mochila al hombro. Envidio su sentido común y sigo allí de pie, como si tuviera las piernas clavadas en el suelo. Desaparecen detrás del maletero abierto de Scott y yo me obligo a respirar profundamente. Stew vuelve hacia mí mientras Scott se entretiene moviendo las cañas de pescar. Sé que solo nos está dando la oportunidad de despedirnos.

Stew me abraza con fuerza y me besa en la frente.

—Diviértete, tesoro —me dice—. Te quiero.

Se me hace un nudo en la garganta. Me siento amada. Stew me está haciendo un regalo precioso. Y yo le correspondo. La libertad y la seguridad se entrelazan en este momento cotidiano y audaz.

—Yo también te quiero —le aseguro—. Diviértete con Kiwi. Y gracias. Por todo.

Mi marido sube al coche y me deja con mi novio. ¿Quién podría creer mi descripción de esta escena? Scott saluda con la mano cuando pasa el coche y Stew da un amigable toque de claxon. Scott y yo almorzamos en un restaurante por el camino y para cuando llegamos a Mount Kisco ya es última hora de la tarde.

La humedad se ha condensado en una fina niebla que no acaba de tener la consistencia de llovizna. La cabaña que Scott ha reservado es más pequeña de lo que parecía en las fotos, y no se leyó la letra pequeña. Hay un lavabo, pero no retrete, ni ducha. Resulta que tenemos que salir corriendo hacia la casa del propietario para usar el baño.

—Lo siento mucho, Molly —se disculpa dejándose caer en el futón hundido que hace las veces de sofá y cama. Este sitio es un asco.

—No pasa nada —contesto con tono alegre. Mi madre estaría orgullosa de mi espíritu optimista—. Encendamos el aire acondicionado. ¡Y mira qué vistas! —El panorama es realmente espectacular. Toda una pared de la cabaña está formada por ventanales que dan a una extensa zona de césped muy verde, con un bosque más allá y las estribaciones de las montañas de Catskill en la distancia.

Scott gira la cabeza para mirar, pero no se levanta del futón.

—Muy bonito —comenta, todavía con tono melancólico—. Como tú.

Me está mirando con sus ojos seductores, pero aún no estoy lista para lanzarme de cabeza al sexo.

—¿Y si te traes los bongos del coche? —sugiero mientras abro la funda de la guitarra.

Nuestra sesión improvisada resulta deslucida y dura menos de diez minutos. Scott y yo echamos un polvo sobre el futón. Después, salgo corriendo a la casa del anfitrión para evitar una infección urinaria. Pedimos falafel a domicilio y nos bebemos el vino que he traído. Nos apoltronamos sobre los cojines y vemos una maratón de *Comedians in Cars Getting Coffee*.

Estoy rellenando nuestros vasos de plástico cuando advierto que mi teléfono vibra sobre la mesita. Se ilumina con una notificación de Seamless: «Tu pedido de Kiku Sushi llegará entre las 20.50 y las 21.00». Miro fijamente el mensaje, tratando de verle sentido. Debe de ser un error. Los niños están en el campamento… ¿quién podría pedir sushi a domicilio?

Y entonces caigo en la cuenta: Stewart está en casa. Con Kiwi.

Scott me ve la cara.

—¿Qué pasa, preciosa?

—Lo siento —digo sin apartar la vista del teléfono—. Tengo que llamar a Stew.

Dejo los vasos con tanta fuerza que se derrama un poco de vino sobre la mesa. Cojo el teléfono y salgo, cerrando la puerta a mis espaldas sin mirar a Scott. Noto la hierba fresca y pinchuda bajo los pies descalzos. Temblando de pies a cabeza, marco el número de Stew. Contesta al cabo de un par de tonos.

—¿Qué pasa, tesoro? ¿Todo bien?

—Tu pedido de sushi está en camino. Acabo de recibir un aviso en el móvil.

Se ríe como si fuera una gran broma.

—Gracias, pero no tenías por qué llamar. Seguro que el repartidor llamará al timbre.

Mis sutiles intentos de agresividad pasiva no le llegan. Da igual. No me siento ni sutil ni pasiva.

—¿Qué haces en casa? —le pregunto. Y antes de esperar una respuesta, añado—: ¿La has llevado a nuestra casa?

Stewart guarda silencio un instante.

—Vaya —suelta finalmente. Baja la voz y sé que la está protegiendo a ella de mi ira—. Me dijiste que podía traerla. ¿No te acuerdas?

—¡Y una mierda que te lo dije! —grito. Quiero asegurarme de que Kiwi me oye al otro lado de la línea. ¿Dónde están ahora?, me pregunto. ¿En el salón? ¿En la habitación de invitados? ¿En nuestra cama? No. Stewart no se atrevería.

La respuesta a mi pregunta es el sonido de los pasos de Stewart sobre las baldosas y el golpe de una puerta mosquitera. Ha dejado a Kiwi en la cocina y ha salido al porche trasero para que ella no pueda oír nuestra discusión. En cambio, los vecinos van a tener asientos en primera fila.

—Dijiste, y cito textualmente —exclama alzando también la voz—: «No tenías por qué buscar una habitación. Es un poco tonto», añadiste. De modo que llamé al hotel y me dejaron cancelar.

El terreno moralista se desmorona bajo mis pies y las piernas me tiemblan. Me siento con las piernas cruzadas en la hierba, agradeciendo las briznas afiladas que se clavan en mis pantalones cortos y me raspan los muslos.

—Solo lo dije para ser amable —explico—. No hablaba en serio. Deberías saber que no la quiero en nuestra casa.

—Tienes razón —responde con sarcasmo—. Siento mucho no haberte leído el pensamiento cuando dijiste lo contrario de lo que querías decir.

—Que te jodan. Sácala de mi casa y llévala a un hotel. —Cuelgo el

teléfono. Luego me tumbo y cierro los ojos, dejando que las lágrimas caigan hasta mis orejas. Un rayo de luz me ilumina y giro la cabeza para ver a Scott en la puerta.

—Hola, preciosa —dice—. ¿Qué ha pasado?

No me apetece hablar de ello, pero se lo cuento de todos modos. Más o menos. Omito la parte en la que le dije a Stew que podía cancelar el hotel. No quiero que Scott vea las cosas desde su perspectiva.

—Menuda mierda —opina.

Ahora está sentado a mi lado, arrancando hierba sin ganas. Siento una punzada de vergüenza por haber pintado a Stew de forma tan negativa. Pero me reconforta tener a Scott firmemente de mi parte.

—No tan horrible como lo que está haciendo Diana —añade—, pero una mierda al fin y al cabo.

—¿Y qué está haciendo Diana? ¿No se había llevado a los niños a algún sitio para que pudiéramos irnos tú y yo?

Él suelta un gruñido y sigue con la mirada fija en el suelo.

—Sí. Pero no te dije adónde se iba. No quería echar a perder nuestro tiempo juntos con mis problemas. —Coge una brizna de hierba entre el pulgar y el índice y la lanza hacia la oscuridad.

Una burbuja de ansiedad brota en mi garganta.

—Cuéntamelo —pido.

Me mira, pero aparta la vista antes de hablar.

—Se ha llevado a los niños a California. Para que conozcan a Rick.

Me quedo muda, tratando de procesar la información. Solo hay una forma de interpretarla.

—Quiere mudarse allí, para estar más cerca de él. Me pidió el divorcio hace unos días. —Sigue mirando la hierba.

—Madre mía, Scott. Lo siento mucho. —Espero que no pueda captar por dónde van mis pensamientos. «¿Por eso Diana quería abrir el matrimonio? ¿Para encontrar un nuevo marido antes de dejar a Scott?»

—No lo sientas —me dice. Y luego, como si me leyera el pensamiento, añade—: Nuestro matrimonio lleva mucho tiempo muerto.

Nos quedamos sentados en silencio durante unos segundos.

Quiero estar presente por Scott, pero mi mente se precipita a explorar un escenario terrible tras otro.

—Espera un momento… No puede llevarse a los niños a la otra punta del país, ¿no?

—Diana siempre consigue lo que quiere —contesta él—. No hay mucho que yo pueda hacer al respecto.

—¡Eso es absurdo! —exclamo, atónita ante su actitud derrotista—. Por supuesto que hay cosas que puedes hacer. Para empezar, necesitas un buen abogado.

—Seguramente tienes razón. —Se vuelve para mirarme a los ojos —. Tengo mucha suerte de tenerte en mi vida.

Quisiera decirle lo mismo, pero no puedo. Me da vueltas la cabeza y noto que se avecina un dolor palpitante detrás de los ojos.

—Vamos —dice, levantándose, y me tiende la mano para ayudarme a ponerme en pie. No perdamos más tiempo hablando de Stew y Diana. Que les den.

Esa noche, acurrucada contra el cuerpo de Scott a mis espaldas, intento dormir entre sus brazos. No lo consigo y permanezco despierta durante mucho tiempo mientras Scott ronca suavemente contra mi pelo. Cuando se da la vuelta, me escabullo de la cama y busco a tientas el teléfono sobre la mesa. Son las dos y cuarto.

«Hola, cariño. Dudo que sigas despierto, pero necesito escribirte de todos modos. Siento haber perdido los papeles antes. No ha sido justo por mi parte darte mensajes contradictorios y luego esperar que supieras cómo me sentía.»

Pulso «Enviar». Me sorprende ver aparecer los tres puntitos y aferro el teléfono con ambas manos, esperando la respuesta de Stew.

«Soy yo quien debería disculparse. Fue una estupidez por mi parte pensar que un comentario hecho al azar era un permiso para tener a Kiwi en nuestra casa. Tenías razón al cabrearte.»

Vuelvo a leer su mensaje varias veces.

«Vaya», respondo. «Estamos mejorando mucho en nuestras peleas. ¿No te parece?»

«Ja, ja. Estoy de acuerdo.»

Dudo antes de contarle lo otro que me preocupa. Pero no puedo

guardármelo para mí.

«Diana le ha pedido el divorcio a Scott.»

«Hostia. ¿Está bien?»

«Cuesta saberlo. No sabes cuánto me alegro de que tú y yo sigamos al pie del cañón.»

«Siempre, amor mío. Siempre.»

«Buenas noches, Stewbie. Te quiero.»

«Que duermas bien, Maleta. Yo también te quiero. Mogollón.»

Me despierta la luz de la mañana que entra por las ventanas sin cortinas. Ya hace calor y hay neblina cuando salimos con nuestras cañas de pescar. Pese a la humedad, Scott lleva su típica camisa de franela y vaqueros, y unas pesadas botas de pesca. Cuando llegamos a la orilla, que está plagada de insectos, bajo la vista hacia mis piernas desnudas y mis sandalias y me siento poco equipada.

Muevo el peso de un pie al otro y espanto mosquitos de toda índole mientras Scott abre su caja de aparejos. Está tan organizada que no parece casar con el Scott que conozco. Lo observo mientras sujeta un señuelo al sedal con dedos ágiles y seguros. Y luego me entrega la caña.

—Toma, preciosa.

Me enseña a lanzar. La primera vez que lo intento, se me olvida pulsar el botón, o soltar el botón, o lo que sea que se supone que debe hacerse al lanzar. Scott se ríe. Se acerca a mi sitio en la ribera, moviéndose con facilidad sobre las rocas resbaladizas, y se coloca detrás de mí para enseñarme qué debo hacer. Sus manos pequeñas y suaves, unas manos femeninas que contrastan con su olor a whisky y su profunda voz de bajo, cubren las mías. Scott me guía y yo me dejo llevar, y el sedal sale disparado hacia las oscuras aguas azules. Es un experto en esto, en la pesca, y su destreza es sexi. Me concentro en el tacto de sus manos y en el suave movimiento de nuestros brazos, moviéndose al unísono, e intento olvidar que la vida de Scott se está yendo al garete.

Unas semanas más tarde, Stewart se va de excursión a los Poconos con Kiwi. Oigo cómo se abre la puerta del garaje alrededor de las

once de la noche del domingo, después de que los niños se hayan acostado, y me alegro de que Stew me encuentre aquí, sentada en nuestra cama, doblando la colada y viendo la tele. Esta postura relajada pero productiva es la imagen que quiero transmitir, y es casi exacta. He pasado un par de días muy buenos. El viernes fui a tomar algo con Jessie. El sábado por la mañana practiqué boxeo. Luego vino Susan y preparamos la cena para los niños, tomamos vino y tocamos la guitarra. Hoy he llevado a los niños a comprar cosas para el colegio. Hemos pedido pizza y visto una película. En brevísimos momentos, recordaba: «Stewart está con Kiwi ahora mismo». Pero tampoco me he obsesionado con ello. Me he centrado en cambio en mi propia vida, en el momento que estoy viviendo, y no en el que no estoy. Me siento orgullosa de lo bien que lo he hecho.

De manera que me sorprende notar un nudo en la garganta cuando Stewart empieza a responder a mi sencilla pregunta:

—¿Qué tal ha ido?

—No salimos de excursión, llovía demasiado —cuenta—. Así que fuimos a un *outlet* y me compré unos zapatos. Y luego fuimos a la bolera.

Continúa hablando con voz animada. Me cuenta que han pasado un fin de semana muy hogareño. Kiwi tenía la regla y todo en el Airbnb era blanco, de modo que el sexo fue más cauteloso que apasionado. Luego, Stew derramó guacamole en el sofá y tuvieron que pasarse cuarenta minutos intentando quitar la mancha. Describe esos sucesos como negativos, pero este tipo de situaciones caseras y compartidas es lo que siempre he deseado por parte de Stew. He llegado a considerar las tareas domésticas como algo que hago sin él, algo que mi marido evita a toda costa. Cuando me relata cómo preparó la cena con Kiwi, y que él peló las patatas, rompo a llorar.

Para de hablar.

—¿Por qué lloras? —me pregunta con genuino desconcierto.

Es por las malditas patatas.

Recuerdo nuestra sesión en la consulta de Evelyn, hace más de tres años: «¿Hay alguna razón por la que has evitado estar en casa, Stewart?». Supongo que Kiwi no le hace sentir que lo está haciendo todo mal. Supongo que, cuando está con ella, su aversión por las

tareas domésticas se levanta como una sábana tendida al sol y ondeando levemente en la brisa.

Cuando expreso esas suposiciones ante Stewart, se ríe.

—Ay, tesoro —contesta—. No es así en absoluto. —Según Stew, su conversación sobre las patatas fue más o menos así:

—Lo estás haciendo mal —le reprendió Kiwi.

—Entonces hazlo tú —replicó él tendiéndole el pelador.

—Estoy a otra cosa. Limítate a hacerlo bien.

Su recreación de la escena de la preparación de las patatas me hace reír. Tengo que admitir que admiro la sensata actitud de Kiwi para conseguir que Stewart ponga de su parte, su negativa a aceptar cualquier excusa tonta sobre por qué no puede, no debe o no quiere hacerlo.

Como si me leyera el pensamiento, Stewart añade:

—Para serte franco, Kiwi me ha ayudado a entender muchas cosas de nuestro matrimonio. Por ejemplo, por qué has estado cabreada conmigo. Sé que me pongo a la defensiva con todo esto, pero tienes razón en que no ayudo lo suficiente en casa. —Me coge la mano—. Y lo siento. Intentaré mejorar.

Ojalá pudiera abrazar a Kiwi. A lo mejor no necesito conocerla, al fin y al cabo. Parece que tenemos algo bueno en marcha y es evidente que ella me apoya. ¿Por qué echarlo a perder?

—¿Sabes qué? —le cuento—. Yo también estoy aprendiendo sobre nuestro matrimonio a través de Scott. Hay muchas cosas que os diferencian a los dos, y eso me hace apreciarte más.

—Me gusta cómo suena —contesta Stew riendo—. ¿En qué sentido?

—Bueno, por ejemplo, Scott detesta su empleo. Para él es solo trabajo, pero a mí me encanta que te apasione lo que haces. Además, aunque a veces sea difícil, tú y yo hablamos de todo. Scott y Diana no lo hacen.

Stew baja la mirada y me coge la mano.

—Es posible que me arrepienta de admitirlo, pero aprecio que me me tires de la lengua. Kiwi no lo hace. Aunque sepa que está enfadada por algo, nunca me dice de qué se trata. En cierto modo, supone un alivio, porque yo también soy de los que evitan los

problemas. —Levanta la vista para mirarme. Tiene los ojos brillantes, llenos de lágrimas. Solo he visto llorar a Stewart tres veces: cuando murió su padre y tras el nacimiento de cada uno de nuestros hijos—. Pero lo que tenemos tú y yo es especial. Somos almas gemelas, tesoro.

—Lo somos —le susurro.

Esa noche, Stewart y yo, tendidos en la cama con las manos entrelazadas, hablamos en la oscuridad. Quizá por primera vez en nuestra vida, hablamos libre y abiertamente sobre el amor: sobre cómo, pese a los inevitables desafíos que supone, él ama a Kiwi y yo amo a Scott; sobre cómo el amor se transforma y evoluciona y difiere de una situación a otra; sobre cómo nuestro amor por otras personas solo parece hacer que nos queramos más el uno al otro.

—No enamorarse nunca es una regla muy poco realista —opino.

—Pues sí —coincide Stew riendo—. Pero eso no lo sabíamos hace diez años.

—No sabíamos muchas cosas —sugiero.

—Es verdad.

Durante unos instantes, ninguno de los dos habla y escucho nuestra respiración sincronizada en el silencio.

—Es posible que solo nos haga falta una norma —digo finalmente volviéndome hacia él—. Prometamos ser sinceros el uno con el otro y ayudarnos a procesar cualquier emoción que surja.

—Me gusta esa norma —contesta él alargando la mano para tocarme el pelo.

Me acerco a él para que nuestras caderas se toquen. Enrosco mi pie alrededor de su pierna.

—Quizá incluso te deje llamarme «zorra» durante el sexo —susurro.

Él se ríe.

—No es necesario. Puedo satisfacer esa perversión en otro sitio.

—¿A Kiwi le gusta? —pregunto.

—¿Seguro que quieres saberlo?

Me detengo a considerar mi respuesta.

—No quiero una descripción detallada, pero sí, quiero saberlo.

—Vale —responde—. A veces.

—Genial. —Lo digo en serio. Me alegro de que Stew esté satisfaciendo sus necesidades, y de que yo no tenga que cambiar mis límites por él. ¿Empieza así la compersión?

Me sonríe en la oscuridad y me acaricia el pelo. Luego me besa. Con dulzura, despacio. Me toca levemente la piel debajo del ombligo con las yemas de los dedos. Me estremezco y se detiene.

—Quiero que esta noche no tengas prisa por correrte, ¿vale?

Asiento con la cabeza.

—Así me gusta —dice.

18

Una mañana de mediados de octubre, voy escuchando un pódcast de camino a casa desde el gimnasio. Nate ha empezado primero de secundaria e insiste en ir solo a la escuela en metro, de modo que, los días que no tengo talleres, disfruto de mi tiempo libre. Ira Glass queda interrumpido por un zumbido y veo el número de mis padres en mi móvil.

—¿Qué tal? —pregunto esperando la voz de mi madre.

Oigo una tos grave al otro lado de la línea.

—Hola, Molly. Soy papá. ¿Es un buen momento?

Bajo su tono alegre, parece cansado. En lo más profundo de mi ser, sé que algo va mal.

—¿Va todo bien? —pregunto.

—Ay, pues sí y no —contesta con una risa forzada—. Tu madre está en el hospital.

Esa actitud de «no te preocupes, es solo cuestión de vida o muerte» es típica de mi padre. Quiero atravesar los miles de kilómetros que nos separan y sacudirlo.

—¿Qué ha pasado? —Espero que mi tono lo convenza de no suavizar las cosas.

—Bueno, ha tenido algunos problemas en el baño. —Pongo los ojos en blanco. Mi padre no soporta hablar de funciones corporales. Tendré que ser más específica en mis preguntas.

—¿Estamos hablando de una infección de vejiga? ¿O de las vías urinarias?

—No, nada de eso —responde, probablemente agradeciendo que no haya sugerido un prolapso uterino—. Solo un poco de estreñimiento.

—El estreñimiento no te hace acabar en el hospital, papá.

Parece aliviado de que lo haya dicho.

—Eso pensé yo. Así que cuando se quejaba de dolor de estómago, no le di mucha importancia. —Ahora reconozco la emoción clave en su voz: culpabilidad—. Pero en plena noche, me dijo que llamara a emergencias. Ahora le están haciendo algún tipo de escáner. Acabo de llegar a casa para pasear a *Hugo*. Con suerte, dentro de unas horas sabremos qué es.

—Voy para allá, papá.

—Oh, no hace falta —suelta, y luego se desdice—. Aunque sin duda a tu madre le alegraría saber que estás en camino.

—Reservaré un vuelo ahora mismo.

En el taxi de camino al aeropuerto LaGuardia, consciente de que mi padre rara vez hace las preguntas adecuadas y de que, en cualquier caso, no tiene un teléfono móvil para mantenerse en contacto conmigo, llamo al hospital y hablo con el médico de guardia. Mi madre tiene un vólvulo intestinal y necesita ser operada de urgencia. Nada más colgar busco en Google «vólvulo intestinal y Parkinson» en mi teléfono. Me sumerjo en un agujero negro de todas las complicaciones de salud derivadas de la enfermedad de Parkinson en fase avanzada: problemas digestivos, caídas, neumonía, incluso alucinaciones y demencia. Le envío a Stewart enlaces a artículos sobre las posibilidades más graves y él me responde:

«Te vas a volver loca, tesoro. ¿Por qué no escuchas música en lugar de eso?»

Sé que tiene razón, pero la música me parece una traición al sufrimiento de mi madre. En el avión, escucho ruido blanco con los auriculares y cierro los ojos. Mi miedo se niega a desaparecer. «Mi madre va a morir», pienso. «Si no ahora mismo, lo hará pronto.»

Son casi las cinco cuando llego al hospital, el lugar donde nací. Encuentro a mi padre en el vestíbulo, dormido con la barbilla apoyada en el pecho y roncando ligeramente. En su regazo hay una gruesa biografía histórica y tiene el dedo entre las páginas para señalar dónde se ha quedado. Ahora tiene la barba completamente blanca y el pelo, cada vez más escaso, peinado hacia atrás para cubrir la calva. Mi mano se dispone a tocarle el hombro, pero dudo si despertarlo. Abre los ojos y se incorpora sobresaltado.

—¡Estás aquí! —exclama con una mezcla de sorpresa y alivio.

—Hola, papá. —Me inclino torpemente para abrazarlo.

—Hola, hija —responde dándome unas palmaditas en la espalda —. Qué bueno que hayas venido.

Unas horas más tarde, cuando mi madre se despierta de la anestesia y me ve, se le llenan los ojos de lágrimas, pero es incapaz de sonreír, y mucho menos de hablar. Han pasado casi veinticuatro horas desde su última dosis de Sinemet, el medicamento milagroso para el Parkinson. Sin medicación, su cuerpo la mantiene prisionera. Aunque le traigamos las pastillas de casa, no podrá tragarlas, así que le insisto al médico de guardia para que siga los protocolos necesarios para añadir levodopa a su gotero. Una vez que el ingrediente mágico entre en su torrente sanguíneo, aún tardará unas horas más en liberarla.

Mando a mi padre a casa a descansar, utilizando como excusa a su viejo labrador blanco.

—Ve a cuidar de *Hugo*, papá. Yo me quedaré con mamá esta noche. Aparto la mirada mientras él le da un beso en la frente y le susurra al oído.

Después de buscar una manta y una almohada en el armario, me acomodo en la silla reclinable junto a la cama de mi madre. Observo su rostro en busca de signos de incomodidad y le cojo la mano cuando hace una mueca de dolor.

A lo largo de la noche, varias enfermeras entran y salen de la habitación para comprobar los signos vitales de mi madre. Algunas de ellas encienden las luces. Cuando le hablan, intervengo en su nombre.

—Tiene Parkinson —explico una y otra vez, sorprendida de que esa información no figure en un lugar destacado de su historial—. Se saltó varias dosis de la medicación cuando estaba en cirugía y no puede hablar ni moverse hasta que vuelva a hacerle efecto. —Los ojos de mi madre se encuentran con los míos y veo su gratitud en ellos.

Al amanecer, consigue susurrar con voz ronca:

—Molly.

—Aquí estoy, mamá —le digo apretándole la mano—. Aquí estoy.

Durante los dos días siguientes, monto guardia desde la silla reclinable y tomo Excedrin para evitar la migraña que se está formando detrás de mis ojos. Mi padre va y viene, pero le cuesta realizar las tareas que yo he asumido. La voz de mi madre sigue siendo débil y la mala audición de mi padre le dificulta llamar su atención. Yo, en cambio, estoy muy atenta a todas sus necesidades. Pulso el botón para llamar a la enfermera cuando necesita orinar; le ahueco las almohadas cada hora; le paso una esponja mojada en agua helada por los labios. Es evidente que mi madre prefiere mis cuidados a los torpes intentos de mi padre, de modo que cada tarde lo mando a casa para que «se ocupe de *Hugo*».

Al tercer día, mi madre se inquieta porque va a perderse su club de lectura.

—Me da miedo que se preocupen por mí.

—¿Debería enviar un correo electrónico al grupo? —le pregunto.

—Pero no tienes sus direcciones.

—Entraré en tu cuenta de Gmail. ¿Cuál es la contraseña?

Mi madre se queda asombrada de que pueda hacer eso. Cuando ya he enviado el mensaje al club de lectura, me pregunta si puedo ver quién le ha escrito en los últimos días. Ya he enviado mensajes de texto a todos los miembros de la familia (mi hermana, mis tías, mis sobrinos y mis primos), pero ahora reviso su bandeja de entrada en busca de otros nombres.

Y entonces lo veo: un correo electrónico de Jim. Un rápido vistazo a la lista de mensajes de mi madre me revela que él le escribe bastante. Los asuntos dicen cosas como «¡Qué gracioso!» y «¿Ya has vuelto?»

—¿Quieres que te lo lea? —le pregunto, vacilante—. Lo envió ayer.

—Claro —contesta.

Miro el frágil cuerpo de mi madre, empequeñecido por la cama del hospital. Supongo que sus intercambios ya no son muy picantes, si es que alguna vez lo fueron, así que hago clic en su mensaje y lo leo.

¡Hola, querida! He intentado llamarte esta mañana, pero no contestabas y el buzón está lleno. Espero que estés bien. ¡Avísame si tú y Phil queréis ir a comer algo el próximo fin de semana! Besos, J

—Qué encanto —comenta mi madre. Observo su sonrisa como una estudiante de arte examinaría la Mona Lisa—. ¿Podrías contestarle y contarle lo que ha pasado? Dile que lo llamaré en cuanto llegue a casa. Voy a cerrar los ojos unos minutos, si te parece bien.

—Claro, mamá.

Sigo las instrucciones de mi madre y pulso «Enviar» justo cuando entra mi padre. Suelto un grito ahogado como si estuviera participando en una actividad ilícita encubierta. Tengo que recordarme a mí misma que mi padre lo sabe todo sobre Jim. Por el amor de Dios, siguen quedando para ir a comer juntos los fines de semana.

Pero ahora se me ocurre una idea.

—Oye, papá —susurro señalando con la cabeza a mi madre, que sigue dormida—. Creo que voy a volver a casa a darme una ducha.

—Buena idea. —Me da las llaves de su Honda—. No hace falta que pongas la llave en el contacto. Guárdala en el bolsillo y ya está.

Llevo tres años conduciendo su coche «nuevo» cada vez que voy a casa, y el mío funciona igual.

—Sí, papá. Lo sé.

Me encuentro sola en casa de mis padres, la casa en la que crecí. Cuando dejo salir a *Hugo* de la habitación de atrás, mueve la cola con entusiasmo al ver a otro ser vivo.

—Lo entiendo, *Hugo* —le digo acariciándole el pelaje blanco—. Esta casa parece otra cuando está vacía. —Me sigue escaleras arriba y se tumba en el almohadón que mis padres tienen para él en su dormitorio.

Mi mirada va a posarse en el escritorio de mi madre. Tiene la misma forma y color que un riñón: tres cajones curvos de profundidad creciente a cada lado, más uno estrecho en el centro, por lo que mi madre lo llama su escritorio «arriñonado». Cuando mi hermana o yo necesitábamos un bolígrafo para hacer los deberes, o

cuando mi padre buscaba el talonario o un sello, ella gritaba desde las escaleras: «¡Busca en el escritorio arriñonado!». Recuerdo nuestra última noche en el retiro de Carolina del Norte. Después de hablar, sin dar muchos detalles, sobre nuestros respectivos tríos, mi madre me contó varias cosas más: cómo ella también solía llorar después de un orgasmo; cómo la noche en que murió el padre de mi padre, ella estaba en una cita con Jim y todavía se sentía culpable por ello. Pero yo quiero saber cosas que ella no me cuenta. Quiero saber cosas que ella no puede admitir, ni siquiera ante sí misma.

Empiezo por el cajón menos profundo de la izquierda. Aparte del polvo y unos cuantos clips, encuentro un librito azul. En la portada, me sorprende ver mi propia letra: una cursiva cuidadosa, con las letras redondeadas y circulitos sobre las íes, lo que lo identifica como un archivo de mis años de secundaria:

> ¡Feliz cumpleaños, mamá!
> Eres la mejor mamá del mundo y te quiero más que a nada.
> Con cariño, Molly

En las páginas siguientes, la letra es de mi madre. En ellas, escribe sobre su próximo año sabático como profesora:

> Quiero apuntarme a clases de arte y/o música y/o taichí, a algo que me haga salir de mi propia cabeza y me aleje de los «deberes» que tanto han configurado mi vida.

Lo sé todo sobre esos «deberes»: obligaciones derivadas del matrimonio y la maternidad y de llevar una existencia en el mundo como mujer. Pero la incertidumbre de esos «y/o» me llena de una tristeza difícil de definir. Buscar sin saber lo que buscas. «¿Esto?», parece preguntar mi madre. «¿Esto y/o esto me harán sentir completa?» Cierro el libro.

Bajo a uno de los cajones más profundos y levanto con cuidado un montón de papeles. Hay fotografías, tarjetas de cumpleaños y aerogramas delicados como la piel exterior de una cebolla. Cuando veo el nombre de Jim en la dirección del remitente, mi corazón se acelera. Hago una pausa y saco el teléfono.

—Hola, cariño —digo cuando Stewart contesta—. Estoy husmeando en casa de mis padres y estoy a punto de leer las cartas de mi madre. ¿Crees que soy una persona horrible?

No hay vuelta atrás, y ambos lo sabemos. Pero entiende que busco que me den permiso.

—Adelante —me dice—. Y no te preocupes. Estoy seguro de que Daniel y Nate también revisan nuestras cosas.

—Gracias —respondo—. Ahora mismo tengo en las manos una carta de Jesucristo. Te diré si encuentro algo interesante.

Él se ríe.

—Cuento con ello.

Agachada en el suelo del dormitorio de mis padres, leo todas las cartas de Jim que encuentro. Me llevo una decepción. Pensaba que serían más picantes. En cambio, todas hablan de trabajos como actor y de las enseñanzas del Mahikari.

En una carta, Jim se refiere a un viaje que mi madre me contó mientras íbamos en coche al aeropuerto de Charlotte después de nuestro retiro. Jim y ella habían viajado juntos desde Chicago a California para recibir su segunda iniciación en el Mahikari, una suerte de profundización de su compromiso con esa práctica. Mi madre recuerda el viaje como algo romántico, pero también me contó que fue casto. En ese momento, ella estaba viendo a Buda, quien le había prohibido su relación con Jim. Como *sensei*, me explicó mi madre, Buda estaba acostumbrado a dar órdenes. Mi madre, siempre obediente, la acató.

En otra carta, Jim responde a las dudas de mi madre sobre el Mahikari, dudas iniciales de las que yo no era consciente. Por lo que yo sabía, ella fue miembro ferviente desde 1978 hasta el día de 1994 en que escribió «Mahikari» en la recién estrenada World Wide Web y vio artículos con títulos del estilo de «Cómo escapar de una secta» y «Mahikari de América demandado por fraude». Pero la carta de Jim se había escrito al menos diez años antes. «He hablado de tus preguntas con un *doshi* del centro», escribe. «Él sugiere que pienses en tus dificultades con el Mahikari como si se parecieran a caminar por una cuerda floja.»

Si el objetivo era reconfortarla, me parece una metáfora extraña.

Me imagino a mi madre, que tiene tanto vértigo como yo, muy por encima de terreno sólido en el mundo inmaterial del Mahikari, temerosa de lo que podría pasar si diera un paso en falso en el peligroso cable que la sostiene en el aire.

Aun así, en sus cartas, Jim llama a mi madre «querida», igual que en su correo electrónico. Hay afecto, amistad y respeto.

Sigo rebuscando entre el montón en busca de cartas de Buda, revisando cuidadosamente los sobres de correo aéreo hasta que veo dos o tres con su apellido. El contenido es aún más aburrido: Buda tiene la gripe; está buscando un nuevo trabajo; sus hijos están bien. Es cierto que el inglés no es su lengua materna, por lo que sus cartas son comprensiblemente limitadas. Sigo buscando, sin saber muy bien qué, y me encuentro con un montón de fotos.

Hay dos instantáneas de mi madre y Buda en un aeropuerto, tomadas por separado, como si cada uno hubiera enfocado por turno la cámara hacia el otro. Reconozco el pelo revuelto y la mandíbula cuadrada de Buda. Aunque nunca lo pensé cuando era niña, ahora veo que es un hombre guapo.

Pero no puedo apartar la mirada de la foto de mi madre. Está radiante con una blusa azul intenso, una falda de flores y unas sandalias blancas a juego con el bolso. Sus piernas delgadas y bonitas están cruzadas por los tobillos y apoya la mejilla en una mano, con los ojos vivaces mirando al hombre que toma la foto. Su sonrisa muestra unos dientes blancos y uniformes. Intento adivinar su edad en la imagen. Debe de haberse tomado en otro viaje que recuerdo vagamente, el año en que yo tenía catorce y ella cuarenta y cuatro, la edad que tengo ahora. Se fue a Japón para recibir su tercera y última iniciación en el Mahikari, y para ver a Buda, me contó mientras atravesábamos las montañas de Carolina del Norte. Hacia el final del viaje, Buda reservó un lujoso hotel en Tokio para los dos. Pero para entonces, mi madre había conocido a la esposa de Buda (él la había estado engañando todo el tiempo) y ella había roto con él. Además, Buda tomó una dirección espiritual diferente después de su regreso a Japón. Renegó del Mahikari y se convirtió en testigo de Jehová.

De vuelta en el hospital, no menciono mi búsqueda en el escritorio arriñonado. En su lugar pongo al día a mis padres sobre las llamadas que se han perdido y cuántas veces ha hecho caca *Hugo*. Más tarde, mi padre baja el volumen del partido de fútbol americano entre Northwestern y Nebraska, y los tres jugamos a una versión cooperativa del Super Boggle, en la que mi padre crea largas listas de palabras dictadas por mi madre y por mí para que ella no tenga que escribir. Atrás quedaron los tiempos de las famosas vueltas olímpicas de mi padre tras quedar vencedor en una despiadada partida de Corazones o Scrabble. Los dos juegan al Super Boggle casi todas las noches, y la caja está llena de hojas de papel, reliquias de sus partidas anteriores, incluida una triunfal de cuatrocientos puntos.

Después de la partida, mi padre se va a casa, aprovechando esta última oportunidad para dormir bien antes de que yo vuelva a Nueva York por la mañana. Lo acompaño a su coche y, en la soledad del aparcamiento del hospital, me dice:

—Esta última semana ha sido la primera vez que he mirado a tu madre y he visto a una anciana.

Pienso en otra foto que he visto unas horas antes, al dejar atrás el escritorio arriñonado para hojear distraídamente el álbum de bodas de mis padres. Me llamó la atención porque era la única imagen donde no parecían posar. En ella, los dos están sentados fuera, sobre una manta. Mi madre de espaldas a la cámara, muy elegante con su vestido. Mi padre se apoya en un codo y la mira, cautivado.

Según ella, mi padre apreciaba la presencia tanto de Jim como de Buda en su vida. Llenaban un vacío que él no podía llenar: la búsqueda de un camino espiritual, supongo. Pero mi padre nunca pareció sentirse amenazado, y está claro que no había motivo para ello. Al fin y al cabo, él es quien juega al Super Boggle con mi madre todas las noches y acude corriendo a su lado cuando se despierta por la noche.

Vuelvo a la habitación del hospital y miro mi teléfono mientras mi madre descansa.

—¿Estás leyendo cartas de amor? —me pregunta con los ojos aún cerrados. Pienso en mi intromisión de antes y siento una punzada de

culpa.

Estoy leyendo mensajes de Stew («Nuestra cama parece vacía sin ti»), de Scott («¿Cómo está tu madre?»), de Nate («¿Estarás en casa mañana, mamá?»), y más de Nina, Jessie, Susan y otros amigos que saben que mi madre está en el hospital y están preguntando cómo me va.

—Supongo que sí —contesto. Si esto no son cartas de amor, ¿qué son?

Ella abre los ojos y se vuelve hacia mí.

—¿Te conté lo del correo electrónico que me envió Buda? Fue hace unos meses.

—No —respondo—. No me lo contaste. ¿Qué te escribió Buda?

—Puedes encontrarlo, ¿verdad? ¿En mi cuenta?

Inicio sesión en el Gmail de mi madre y escribo el nombre de Buda en la barra de búsqueda, y luego abro el único mensaje que aparece. Solo son un par de líneas, pero son tan conmovedoras que tengo que contener la respiración. Miro a mi madre. Tiene los ojos cerrados otra vez y la misma sonrisa de Mona Lisa en el rostro.

—¿Puedes leérmelo en voz alta? —pide—. Quiero volver a oírlo.

—«Mary» —leo—. «Anoche apareciste en mi sueño. Y estabas preciosa.»

19

Durante los meses siguientes, mi madre entra y sale del hospital. Mientras se recupera del vólvulo intestinal, se cae y se rompe la clavícula. Los persistentes «problemas para ir al baño», como sigue llamándolos mi padre, ejercen presión sobre su tracto digestivo y acaba con apendicitis.

Viajo varias veces entre LaGuardia y O'Hare. Le doy un respiro a mi padre, que le procura los cuidados constantes que ella necesita, y organizo que tengan ayuda para cuando yo no esté. Me reúno con los distintos médicos de mi madre, tratando de resolver el problema de su cuerpo debilitado.

Quiero arreglar las cosas. Creo que si consigo la combinación adecuada de productos y servicios, con la ayuda de Amazon Prime y enfermeras a domicilio, podré salvar a mi madre de los peligros de la vejez. Podré salvarla de una muerte segura.

No consigo programar una sesión con Mitchell hasta la primera semana de enero. Es posible que con todo el ajetreo realmente no haya tenido tiempo; o quizá no tengo energía suficiente para mirar en mi interior. Un dolor sordo en la cabeza me acompaña constantemente desde hace meses. Se cierne sobre mí como una sombra.

Cuando me siento en el sofá de Mitchell, exhalando profundamente, me pregunta enseguida:

—¿Qué tal esa cabeza?

Una risa se escapa de mis labios y puedo saborear su amargura.

—Supongo que a la vista está —digo.

Mitchell asiente.

—Quizá podamos usar tu migraña como guía para la sesión de hoy. ¿Recuerdas cuándo empezaste a sentirla? ¿O algún patrón cuando se vuelve particularmente mala?

—Recuerdo que tuve una la primera vez que mi madre estuvo en el hospital. —Mitchell conoce los últimos episodios que han tenido lugar en mi vida en los últimos meses. La salud de mi madre ha sido mi excusa para todas las cancelaciones—. Y tengo migraña cada vez que vuelvo a casa. Pero creo que es puro agotamiento.

Anota algo sin decir nada.

—Además, Scott está pasando por un momento estresante. Él y su mujer les contaron a sus hijos en Nochebuena que se iban a divorciar.

Mitchell apunta con el bolígrafo directamente a mi corazón.

—¿Y cómo te afecta el estrés de Scott a ti?

—Me llama mucho —respondo—. Normalmente cuando está haciendo la colada. —No sé muy bien por qué incluyo este detalle, pero me parece importante. «Hola, preciosa», me dice siempre. Capto el runruneo de la lavadora, el silencio cavernoso del sótano, la profunda tristeza en su voz.

Mitchell se limita a mirarme, a modo de recordatorio tácito de que no he respondido a su pregunta.

—Me da mucha pena. Diana está siendo muy impulsiva. Quiero decir, está planeando casarse con un tipo al que conoce desde hace apenas un año. Tiene la intención de mudarse a Malibú con los niños, pero ahora su hija quiere quedarse con Scott y terminar el instituto en Nueva Jersey. Y su hijo lo está pasando mal. Solo tiene nueve años.

Hago una pausa y Mitchell permanece en silencio, haciéndome sentir cohibida por lo que no digo.

—Sé que todo ese drama familiar me afecta, pero no sé cómo explicarlo.

—Tómate tu tiempo —me aconseja—. Deja que tus sentimientos salgan a la superficie. A lo mejor te ayuda cerrar los ojos.

Los cierro y respiro hondo. Varias imágenes se agolpan en mi cabeza. Veo al hijo de Scott, en una foto de la página de Facebook de Diana, vestido para un partido de la liga infantil. Y luego veo a Nate, de pie en el pasillo en pijama, todavía deseoso de que le cante una canción y lo arrope cuando se meta en la cama. Veo los ojos tristes de Scott. Recuerdo otra de sus llamadas telefónicas, a altas

horas de la noche, esta vez desde un bar, no desde el lavadero, y su voz ebria preguntándome: «¿Alguna vez lo dejarás, Molly? Él nunca te amará como yo». A la mañana siguiente me envió un mensaje de texto para disculparse, culpando al alcohol, y yo lo dejé estar. Pero ahora me arde la cabeza. Mantengo los ojos cerrados y las palabras brotan como agua para apagar las llamas.

—Scott quiere que conozca a su hijo. Pero no puedo. Parecerá una locura, pero me hace sentir como si estuviera engañando a Nate. Y tengo miedo de que lo que Scott realmente quiera es que deje a Stewart y me case con él, que sea madre de sus hijos. Y no puedo. Tengo mi propia familia. Quiero a Stewart. Amo la vida que tenemos juntos. Pero también amo a Scott. De verdad. Solo que no sé si él va a aceptar la realidad.

Cuando termino mi monólogo, abro los ojos y miro a Mitchell.

—Ya sé de dónde vienen los dolores de cabeza —declara—. La Molly de Matrícula de Honor ataca de nuevo.

Empiezo a protestar, pero tiene razón. Estoy tratando de complacer, de cuidar, de salvar a mis padres y a Scott. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? No sé si reír o gritar. Me quedo ahí sentada con la boca abierta, sin saber qué hacer.

Mitchell lee en mi rostro.

—Probemos algo —propone.

Coge la silla que hay frente a su escritorio y la coloca delante de mí. Luego quita un cojín del sofá y lo pone sobre la silla. Coge mi gorra del perchero y la coloca sobre el cojín.

—Esta es la Molly de Matrícula de Honor.

Me río.

—Vaaale.

—Tú eres la Molly real. La Molly Auténtica. Quiero que hables con la Molly de Matrícula. Tu yo perfecto que ha estado haciendo todo lo posible por cuidar de todos los demás desde que era una niña. Necesita oírte ahora mismo. ¿Qué quieres decirle?

Miro el almohadón con el sombrero y puedo verla. La Molly de Matrícula de Honor está hablando por teléfono con Scott, ayudándolo con su divorcio. Vuela a Chicago en fines de semana alternos para cuidar de su madre. Le come las tetas a Martina. Hace

malabarismos con dos hijos y un trabajo mientras se traga la rabia. Se está uniendo al Mahikari para hacer feliz a su madre. Y ahí está la Molly de Matrícula a los ocho años, con sus gafas de montura rosa asomando bajo una mata de pelo rubio mientras se inclina sobre su libro de ejercicios con un lápiz afilado, decidida a hacerlo entero.

Siento el deseo de abrazarla, y eso hago. Se le cae el gorro, pero no importa. La acuno en mis brazos, meciéndola de aquí para allá. Le digo a mi yo, a esa Molly «perfecta», que no tiene que complacer a los demás para satisfacer sus necesidades, que yo me ocuparé de ella. No sé quién está llorando ahora, si la Molly Auténtica o la Molly de Matrícula. Nos empapan las mismas lágrimas.

—¿Qué tal tu cabeza ahora? —me pregunta Mitchell con delicadeza cuando mis sollozos remiten.

—Mejor —respondo, todavía aferrada al cojín mientras busco un pañuelo—. Pero me siento muy frustrada. Un día estoy segura de que estoy progresando, y entonces caigo en la cuenta de que estoy aprendiendo la misma maldita lección una y otra vez.

Mientras me sueno la nariz, Mitchell mira al techo, ya sea para concederme intimidad para limpiarme los mocos o para pensar en algo sabio que decirme. Agradezco lo primero, pero confío en que sea lo segundo.

—No te engañes, Molly —dice finalmente—. Es como estar en una escalera de caracol: la vista parece la misma, pero en realidad estás un poco más arriba.

Esa noche, despierta en la cama, me asalta un recuerdo de mi infancia.

Tenía seis años. Me había quedado a dormir en casa de mi amiga Gretchen y, durante la noche, se desató una ventisca. Había tantísima nieve que las máquinas quitanieves no podían pasar, de modo que me quedé a dormir una noche más. Pero al tercer día, quería irme a casa. La madre de Gretchen no era exactamente mala, pero su voz severa y con mucho acento me asustaba, y Gretchen tenía que practicar el violín varias horas al día, estuviera yo allí o no. En su casa no tenían zumo de naranja, solo mosto de uva, que me daba diarrea. Y cenamos los mismos espaguetis dos noches

seguidas. Tenían un sabor raro, nada que ver con los de mi madre.

Llamé a mis padres y lloré por teléfono.

Daniel y Nate nunca se quedaron a dormir en casa de un amigo tan pequeños. Eso me hace dudar de mi memoria, pero mi recuerdo coincide con la mayor tormenta de nieve de la historia de Chicago. Debió haber tenido lugar en enero de 1979, hace treinta y nueve años. Y aun así, incluso a una edad que ahora me parece demasiado temprana para estar lejos de casa, nunca imaginé que alguien vendría a rescatarme. Tendría que arreglármelas sola. Cuidar de mí misma.

Gretchen vivía a tiro de piedra, pero se había acumulado tanta nieve que solo se veían los techos de los coches sobre la reluciente extensión blanca. Los escalones de los porches habían desaparecido y la parte superior de cada casa parecía demasiado baja para que allí vivieran personas de estatura normal. Pero cuando mi padre me oyó llorar por teléfono, me dijo:

—Aguanta. No tardaré en llegar.

Me puse las botas y el abrigo, los guantes y el gorro, y me senté a esperar, achicharrándome con ese atuendo. Gretchen estaba practicando con el violín en el piso de arriba y, mientras miraba por la ventana del salón, sentí una expectación similar a la de la víspera de Navidad.

Y entonces vi a mi padre.

Tenía la barba cubierta de nieve y avanzaba con dificultad por el centro de la calle sepultada, abriéndose paso con las manos enguantadas y el torso suspendido en el aire. Lo siguiente que recuerdo es ir sentada sobre los heroicos hombros de mi padre mientras caminaba hacia casa por el camino que había creado con sus pasos; el sonido de su respiración entrecortada, las visibles bocanadas de aire flotando ante su rostro, la sensación de sus manos sujetando mis piernas que colgaban mientras se inclinaba hacia delante entre los ventisqueros, para llevarme a casa, para ponerme a salvo.

En la bruma soñolienta que separa el recuerdo del sueño, mi padre levanta a mi yo niña de sus hombros y me la entrega a mí, ya adulta. Ahora soy lo suficientemente mayor para llevarla, para

cuidarla, para atender sus necesidades. Abrazo a mi pequeña y dulce Molly de Matrícula de Honor mientras me quedo dormida.

20

El divorcio de Scott se tramita a toda velocidad. Decide no buscar asesoramiento legal y no impugna nada. Diana se llevará a su hijo a California.

Al otro lado del teléfono, me muerdo la lengua. Su pasividad me desconcierta, pero me contengo y no le ofrezco contratar a un abogado en su nombre. Se me ocurre la letra completa de una nueva canción, la escribo y le pongo los acordes con una secuencia de rasgueo que tomo prestada de los Mountain Goats, uno de los grupos favoritos de Scott:

> Al final, los dos sabemos que no puede ser
> que yo no pueda salvarte y tú no puedas salvarme.

El abogado de Diana redacta el acuerdo de divorcio y Scott lo firma justo antes del día de San Valentín. «Déjame sacarte por ahí», le escribo. No nos hemos visto en varias semanas. Lo he animado a que se tome este tiempo para dedicárselo a sus hijos. Además, está buscando su propio apartamento. Sé que le preocupa poder pagar el alquiler, de modo que cojo una habitación en un hotel y hago una reserva para cenar. En el metro, de camino a encontrarme con Scott en el centro, saco la tarjeta de San Valentín que he comprado en una tienda 24 horas y me quedo mirando la página en blanco. ¿Qué puedo decirle que sea totalmente cierto? Me pongo los auriculares con la última lista de reproducción de Scott, «Mix para Molly #5», en modo aleatorio. Scott entra en mis pensamientos a través de mis oídos, como siempre ha hecho. Y cada canción parece revelarme una parte más de la verdad sobre nosotros.

Llego primero al hotel y me registro. Cuando Scott me envía un mensaje desde la terminal de la Autoridad Portuaria, salgo a esperarlo, con el aire frío azotándome la cara. No tardo en verlo

caminando hacia mí desde el final de la manzana, con una chaqueta demasiado ligera para el tiempo que hace, sin gorro ni guantes, las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros. Mantiene la cabeza gacha, supongo que para protegerse del viento. Pero cuando sus ojos se cruzan con los míos, sonríe débilmente antes de bajar la mirada. Noto una vaga sensación de aprensión en el estómago cuando me acerco para abrazarlo.

—Hola —saluda sin mirarme a los ojos—. Necesito hablar contigo.

—Tenemos toda la noche —respondo—. Subamos a la habitación.

—¿Te importa si hablamos aquí fuera?

—Estás actuando de forma extraña —le digo—. ¿Qué pasa?

Me tira de la manga hasta un sitio junto a la pared de ladrillo, protegido del viento.

—Me mudé a mi propia casa el sábado.

—¿En serio? Pensaba que todavía estabas buscando —digo, confusa—. ¡Pero eso es genial! Estoy deseando verla.

Respira hondo y luego suelta el resto muy deprisa:

—No quiero estar solo, Molly. Quiero estar contigo, pero solo si tú puedes estar realmente conmigo. —Niega con la cabeza—. No puedo creer que esté haciendo esto.

—¿Haciendo qué? —pregunto, pero ya lo sé. Él permanece en silencio, con los ojos entornados—. ¿Estás rompiendo conmigo? —Es inesperado e inevitable al mismo tiempo. Como la forma en que Scott me besa.

—No quiero hacerlo, Molly. Te quiero. Quiero estar contigo. Pero tengo que saberlo: ¿dejarás alguna vez a Stewart?

Me concentro en que mi respiración sea regular. «Inspira, dos, tres, espira, dos tres…»

—Nunca dejaré a Stewart. Lo sabes desde el principio.

—¿Nunca, preciosa? —Su voz brota áspera por el esfuerzo—. ¿Ni siquiera cuando tus hijos se vayan?

—Scott, te quiero. Y quiero a Stewart. Que Diana lo haya estropeado todo no significa que vaya a dejar a mi marido. ¿Por qué no podemos seguir como estamos?

—Porque he conocido a otra —murmura.

Siento cómo brota una oleada dentro de mí. Antes de que me

rompa encima, le hago una pregunta mesurada:

—¿Por qué no puedes vernos a las dos?

La respuesta está en sus ojos, y soy consciente de algo que he estado ignorando durante meses. Quizá desde el principio. Scott quiere monogamia.

—No creo que eso vaya a funcionar —susurra.

Me siento mareada. Cierro los ojos para recuperar el equilibrio. Cuando los vuelvo a abrir, las luces de la calle son demasiado brillantes. Asiento con la cabeza, pero no puedo hablar. En lugar de eso, me doy la vuelta y echo a andar hacia la entrada del hotel. Necesito estar sola.

—¡Molly! —me llama Scott—. Molly, lo siento.

Tomo el ascensor hasta la habitación que había dejado apenas quince minutos antes. Me parece pequeña. Vacía. Mi tarjeta de San Valentín asoma de la parte superior de mi bolso. La saco y abro el sobre.

«Te quiero, Scott», había escrito. «Siempre te querré.»

Intento romperla, pero el papel plastificado es demasiado grueso. Y, de todos modos, romperla no volverá menos ciertas esas palabras.

Me arrojo boca abajo sobre la cama, esperando que lleguen los sollozos. Pero lo que sale a la superficie es otra cosa. Es la voz de mi madre: «Oh, cariño. Habrá más».

Siento un dolor familiar en el pecho. Es una sensación placentera y desagradable a la vez. Es como el dolor que se siente al día siguiente de un entrenamiento duro, un recordatorio físico de que algo ha cambiado en el músculo del corazón, un dulce ardor que perdura.

Habrá más.

Creía que mi madre se refería a que habría más hombres. Más novios. Más citas emocionantes que me ayudarían a huir de la realidad del matrimonio y la maternidad.

Pero lo que realmente quería decir era esto: *Habrá más amor*.

Recuerdo cómo, la noche anterior al nacimiento de Nate, entré a hurtadillas en la habitación donde dormía Daniel. Mi vientre de embarazada rozaba los barrotes de la cuna que pronto tendría que dejar para hacer sitio a su hermanito. Me daba mucha pena que mi

corazón también tuviera que hacer sitio. ¿Cómo iba a querer a otro niño cuando mi amor por Daniel me llenaba hasta rebosar?

Pero entonces ocurrió un milagro. Llegó Nate. Y los quise a los dos.

Porque el amor es inmenso. Abundante. Infinito, de hecho. Y el secreto es este: el amor engendra amor. Cuanto más amas, más amor tienes para dar.

Tumbada en la cama de la vacía habitación de hotel, siento cómo el amor me recorre el cuerpo. Es doloroso y bello, y el dolor y la belleza forman parte de lo mismo. Sí, amo a Scott. Y sí, amo a Stewart. Y sí, habrá más. Mi corazón está tan abierto como para albergarlo todo.

Me pongo el abrigo y salgo de la habitación. Bajo en el ascensor hasta el vestíbulo y salgo de nuevo a la fría noche. Scott se ha ido, como sabía que haría. Quizá lo vuelva a ver. Quizá no. Pero, pase lo que pase, seguiré queriéndolo.

Saco el teléfono y llamo a Stewart.

—Hola, tesoro. ¿Qué tal?

—Scott y yo acabamos de romper. —Se me quiebra la voz al decirlo. Pero no pasa nada. Estoy bien.

—¡Oh, tesoro! —exclama—. Lo siento mucho. Estaba a punto de salir para encontrarme con Kiwi, pero puedo cancelarlo. ¿Quieres que lo haga?

Stew ya se ha ofrecido a cancelar sus planes con Kiwi otras noches en las que yo ardía de rabia o lloraba hasta quedarme dormida. Siempre me he armado de valor y le he dicho que se fuera, le he mentido diciéndole que estaría bien. Pero esta noche es diferente. Esta noche voy a quererme lo suficiente como para aceptar el amor de Stewart.

—Sí —contesto—. Gracias.

—Aguanta —me dice mi marido—. Ahora mismo voy.

Agradecimientos

La idea de escribir estas memorias se me ocurrió en abril de 2019. Desde entonces, he recibido tanto apoyo y tantos consejos que me resulta difícil desglosarlos.

A los profesores que me iniciaron en esto (Michele Filgate y Heather Aimee O'Neill, del Sackett Street Writers' Workshop; Emily Stone, y la gente de StoryStudio Chicago): gracias por ayudarme a encontrar mi voz como escritora y a superar el síndrome de la impostora. También estoy en deuda con mis compañeros escritores de los numerosos talleres a los que asistí. Vuestros comentarios y vuestro entusiasmo ante mi proyecto han sido inestimables. Un agradecimiento especial a Christie Tate por dejar a un lado su propio trabajo para leer mi propuesta y escribir mi primera reseña.

A Sam Hiyate, mi agente en Rights Factory, que me dijo más de una vez: «Me encanta, pero tienes que empezar de nuevo». Gracias por creer en mi libro desde el principio y por ayudarme a darle forma.

A mi corrector, Kris Puopolo, y al equipo de Doubleday: gracias no solo por vuestro talento editorial y vuestra calidez, sino también por estar dispuestos a dar una oportunidad a una autora novel sin cuenta en TikTok. Me he sentido en muy buenas manos.

A Jen Ziegler, Jake Kolton y la comunidad del Café Martin en Park Slope: gracias por las conversaciones inspiradoras, el ánimo y la cafeína. Este libro no existiría sin vosotros.

A Carey: gracias por ser mi única hermana del alma. A mis amigos, especialmente a Jennifer Saba, Emily Isaac, Julie Meyer, Rebecca Morrissey, Karima Hassan Hopkins, Rachel Mazor y Maaza Mengiste: gracias a aquellos de vosotros que leísteis los primeros borradores y a todos por animarme.

A los hombres con los que he salido a lo largo de mi vida, a los

que he amado y perdido, y a los que siguen amándome: gracias a todos por mostrarme partes de mí misma que, de otro modo, habrían permanecido ocultas.

A Michael Cohen: gracias por verme, por compartir tu sabiduría conmigo y por ayudarme a tapar ese maldito agujero en mi cubo. A mis padres: gracias por animarme a contar mi historia y por permitirme compartir mi versión de la vuestra. Vuestra confianza y vuestro amor lo son todo para mí.

A mis hijos, que me han enseñado más sobre el amor que nadie: gracias por ser los jóvenes extraordinarios que sois. Sin vosotros no sería yo misma. Y estoy muy orgullosa de ser vuestra madre.

A Stewart, que no se arredró cuando le mencioné por primera vez la idea de escribir este libro y que me ha apoyado en cada paso del camino: gracias por ser mi alma gemela. Me encanta amarte.



Molly Roden Winter

Se crio en Evanston, Illinois, y vive en Park Slope, Brooklyn, con su marido y sus dos hijos. Sus ensayos autobiográficos han aparecido en *The Cut*, *Time Magazine*, *Romper* y otros medios. Es la mitad del dúo de guitarristas y compositoras House of Mirth.

Sinopsis

Molly tiene dos niños pequeños y un marido, Stewart, que trabaja hasta tarde y rara vez ayuda en casa. Una noche, decidida a escapar de la rutina, acaba en un bar donde conoce a un chico alto y de ojos verdes que intenta ligar con ella. Al volver a casa, se lo cuenta a Stewart, quien, contra todo pronóstico, la anima a explorar su sexualidad con otros hombres. Así comienza el inesperado matrimonio abierto de Molly, que se crea un perfil en una *app* de citas y se lanza a vivir aventuras apasionadas (y en ocasiones desastrosas) con desconocidos, siguiendo una serie de reglas que acabará saltándose una a una: no salir con un ex ni con gente del barrio, no ir a casas ajenas y, sobre todo, no enamorarse.

Como tantas parejas, Molly y Stewart se enfrentan a los celos, la inseguridad y las dudas mientras se preguntan: ¿podemos querer a terceros sin traicionar el amor que nos une? ¿Podemos lograr lo imposible?

Escrito por una mujer felizmente casada, este retrato tragicómico, desinhibido y antidogmático de una relación no tradicional pone a prueba algunas de nuestras ideas preconcebidas sobre el sexo y el amor.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes

Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo
Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno
Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok
Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío
Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber
Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye

75. Los inquietos
Linn Ullmann

76. No y mil veces no
Nina Lykke

77. Niña de octubre
Linda Boström Knausgår

78. Trío
Johanna Hedman

79. La aldea perdida
Max Gross

80. Saturno
Sarah Chiche

81. Cantos de sirena
Charmian Clift

82. Jane y Prudence
Barbara Pym

83. Hombres en prisión
Victor Serge

84. La Chef
Marie NDiaye

85. Maldita suerte
Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising
Angela Thirkell

87. Los detalles
Angela Thirkell

88. Chica, 1983
Linn Ullmann

89. Ayer
Juan Emar

90. El pacto
Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas
Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto
Charmian Clift

93. Una estela salvaje
Kathryn Schulz

94. Hotel Splendide
Ludwig Bemelmans

95. Te quiere, Boy
Roald Dahl

96. Pasiones públicas, emociones privadas
Charles Dickens

97. Ven a este tribunal y llora
Linda Kinstler

98. La divorciada
Ursula Parrott

99. Engaño
Yuri Felsen

100. No hemos venido a divertirnos
Nina Lykke

101. Murió la dulce paloma
Barbara Pym

102. Las horas antiguas
Michael Bible

103. Un hombre cualquiera
Giovanni Arpino

104. La vida que nos queda
Matteo B. Bianchi

105. Diarios de un fumador
Simon Gray

106. Quien tiene miedo muere a diario
Giuseppe Ayala

107. Ojalá cayera una bomba
Gerrit Kouwenaar

108. Golpe magistral
Jessica Anthony

109. Muerde a tus amigos
Fernanda Eberstadt

110. La ficción del ahorro
Carmen M. Cáceres

111. Historias fantásticas de islas verdaderas
Ernesto Franco

112. El curioso caso de Mary Mallon
Anthony Bourdain

113. Vegas
John Gregory Dunne

114. Salto mortal
MacDonald Harris